

intervalo

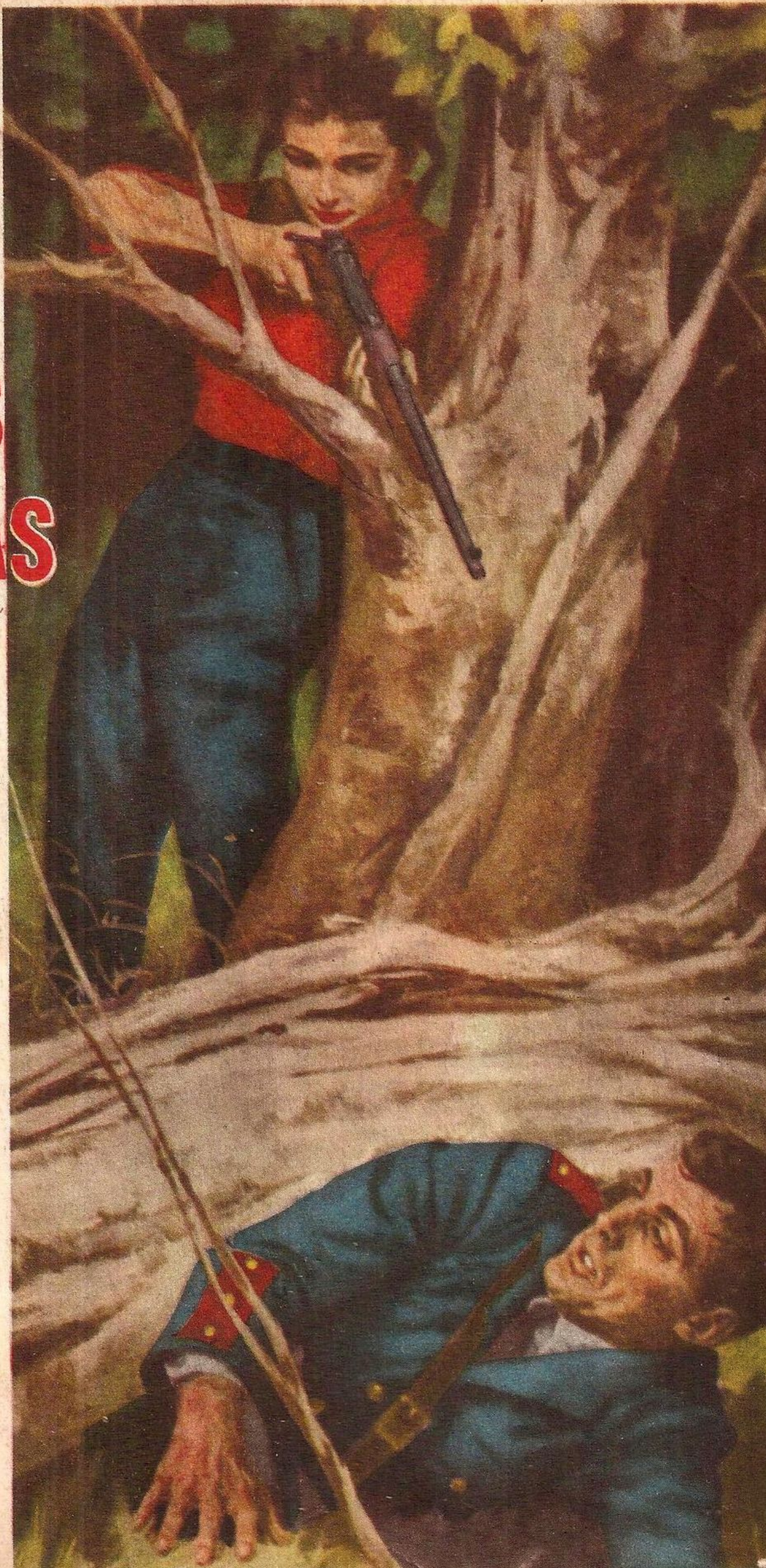
ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS

de

- Octavio Feuillet
- Giovanni Verga
- Charles K. Owens
- Cristóbal M. Paz
- Ollo Lansberg
- Robert Dozier
- Jack Fellow
- Hans Kurt
- J. Sturgis
- J. Bosch



ESTUDIE!

un curso •

CONTABILIDAD

DIBUJO

MECANICA

CORTE y CONFECCION

RADIO

CONSTRUCCIONES

No espere más. Inicie hoy mismo el estudio de un curso que le permitirá triunfar en su vida. Muy fácilmente puede prepararse en su casa, y aprovechando todos los momentos de que dispone, estudie con nuestros textos hasta recibir su Diploma.

En seguida remita su nombre y dirección y de inmediato recibirá GRATIS el Libro "Guía de Enseñanza", de 68 páginas, con los programas de los 50 cursos que enseñamos por correo desde 1923.

ENVIE EL CUPON HOY MISMO

PIDA ESTE LIBRO GRATIS

GUIA DE ENSEÑANZA



OBSEQUIOS:
1) Diccionario Castellano
2) Carnet de Estudiante
3) Banderin de Estudiante

SUCURSALES:
ENTRE RIOS 1458, Rosario,
Santo Fe, Arg. - URUGUAY
CHILE - PERU - COLOMBIA
VENEZUELA - BRASIL
BOLIVIA Y ECUADOR

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
Av. BOYACA 932 - BUENOS AIRES

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
ENSEÑANZA POR CORREO
Av. BOYACA 932 - Buenos Aires

Sírvase enviarme GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA"

NOMBRE _____
DOMICILIO _____
LOCALIDAD _____
CURSO QUE LE INTERESA _____
ALB. INT. _____



SUMARIO

ILMA ROSE, por Hans Kurt
Su despertar fue radiante, pues se sabía ama-
da..... Pág. 4

LA NOVELA DE UN JOVEN POBRE, por Octavio
Feuillet
Una de las paradojas frecuentes en la vida es el dolor
que abre el sendero de la dicha Pág. 15

PUEBLO DOMINADO, por Jack Fellow
...y el pueblecito se limpió de seres nefastos que oscu-
recían el brillo de la felicidad colectiva..... Pág. 36

AMANTES EN VERANO, por J. Bosh
La joven había llegado a Aguacalara con un simple carga-
mento de amor en el alma. Y ese amor fructifi-
có..... Pág. 49

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz
El destino había dado la última palabra en aquel juego de a-
mores, y esa palabra había sido negativa..... Pág. 59

UNO CONTRA TODOS, por J. Sturgis
Ni el odio ni la envidia anidarían jamás en el corazón de e-
se hombre puro de espíritu..... Pág. 67

PUERTO, por Otto Landsberg
...y allí se quedaron, en ese puerto donde había vivido y
donde sus ojos se habían encontrado por primera
vez..... Pág. 78

ACUSADO DE HOMICIDIO, por Charles K. Owens
Ese día fue de triunfo. El pasado ya no sería un fan-
tasma para lo que ya vivían con fe en Dios y en el
amor..... Pág. 93

AMARGA ES LA GLORIA, por Robert Dozier
La amargura había quedado definitivamente atrás.
Ahora era el momento de gozar de la verdadera
dicha..... Pág. 106

EL MARIDO DE ELENA, por Giovanni Verga
La puerta chirrió... Se escucharon unos pa-
sos que se acercaban a la mujer dormida: La
muerte pronto iba a cobrar su pre-
sa..... Pág. 117

ILMA ROSE

Por HANS KURT

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE D. HAUPT



El famoso número de variedades recorría los mejores salones del imperio austro-húngaro, cosechando merecidos aplausos.

¿Y esa magnífica bailarina? ¿Es nueva?



Era muy joven, muy bella, y muy diestra para la danza clásica.

Parece salida de un cuadro de Watteau.



En realidad, la joven rebalsaba la ya de por sí alta calidad del número. Era una estupenda bailarina. Y el selecto público así lo entendió.

¡Se lleva los mejores aplausos de la velada!



El caballero que había consultado con tanta insistencia a la dama sobre la magnífica artista, se acercó al sitio donde se hallaba el resto del elenco. Advirtió las envidias que despertaba la habilidosa danzarina.



El caballero se llamaba Serge Mitriev, y había sido famosísimo.

Concluida la representación, Serge Mitriev vio acercársele a esa auténtica figurina alada.

Mademoiselle...



Ella detuvo su carrerita, y fijó sus grandes ojos azules en ese hombre otoñal y distinguido.

No creo ser original, diciéndole que es una extraordinaria danzarina.



La joven luchaba mentalmente por poder ubicar ese rostro "que conocía de algún lugar". El caballero sacó su tarjeta, y la entregó a la muchacha. Luego besó su mano, y se marchó.



"¡Serge Mitriev!", dijo ella con emoción, tras haber acercado la tarjeta a un pabelón de luz, y de esa forma enterarse de la identidad del hombre.

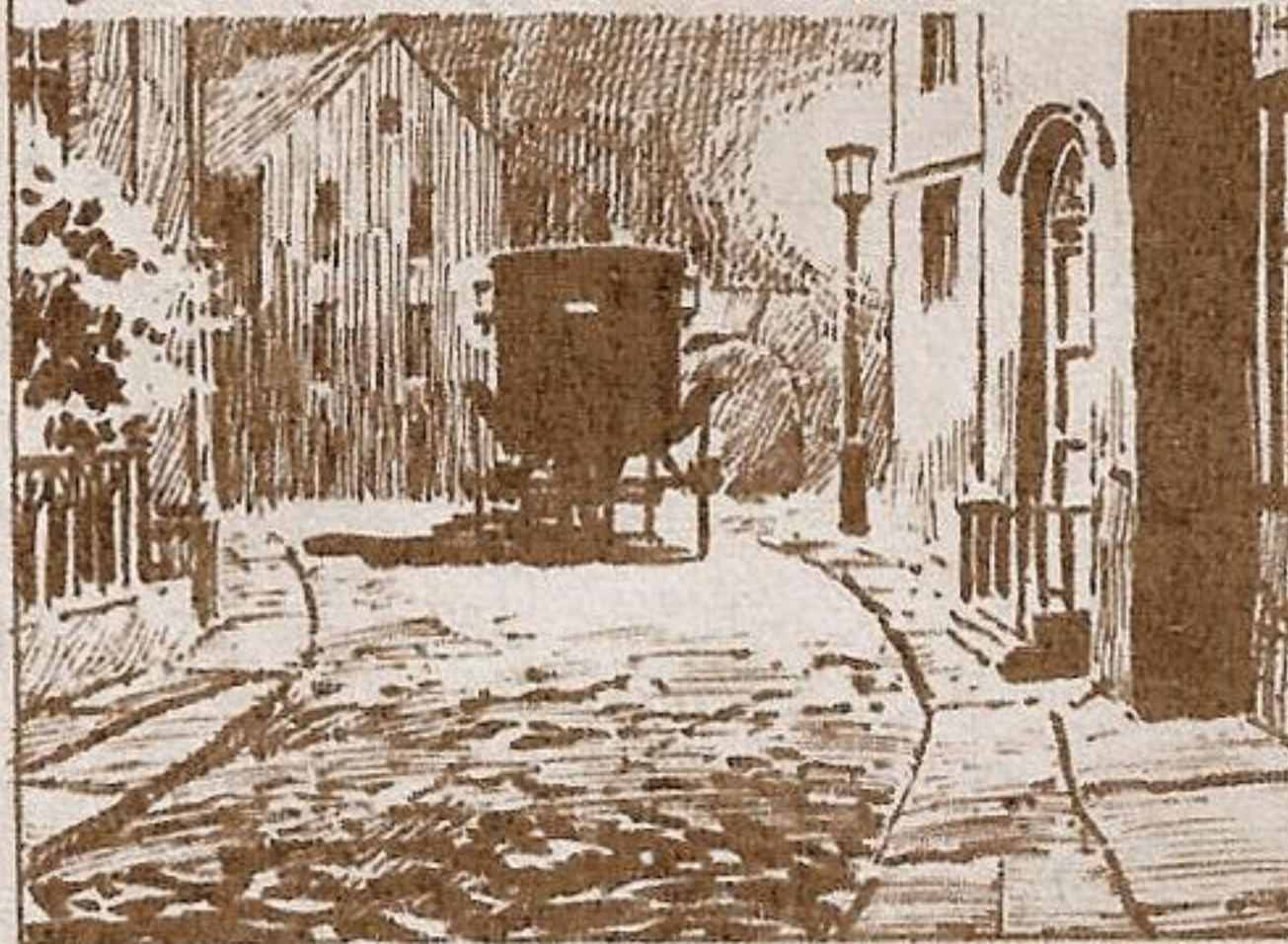


Serge Mitriev había desaparecido en la noche de Viena. Llevaría a su suntuoso y frío hogar, un cálido e inesperado placer. Un grato recuerdo.

(¡Y ni siquiera supe su nombre!)



Para el caso era lo mismo. El famoso y retirado maestro de danzarinas, a los cincuenta y un años de edad sólo deseaba vivir de sus recuerdos. Pero la desconocida artista húngara lo había emocionado de veras.



Emoción que concluyó para Serge al abrir la puerta de su casa, y fijar su mirada gris en un retrato de mujer. Y murmuró: "Buenas Noches, Ina".



Transcurriría toda esa noche, y gran parte de la siguiente mañana, hasta que alguien llamó a la puerta de Serge Mitriev.

Hay una persona que dice "que usted querría verla", Serge.



La anciana y enhiesta Irina Vanovina, aguardó casi un minuto la respuesta de Mitriev: "No deseo ver a nadie. Estoy muy ocupado".

No puede verla. Lo siento.



Una voz jovial, imperativa, estalló más allá del dintel de la puerta de entrada a la casa del otrora gran Serge Mitriev.

¡Tengo su tarjeta! ¡Serge Mitriev no la daría a cualquier persona! ¡Y he de verlo!



El ama de llaves hizo un gran esfuerzo para no sonreír a esa bonita y decidida criatura, delicadamente ataviada con un traje azul bordeado de piel blanca y hermosas botas oscuras.



Insistiré, ya que usted insiste, muchacha. ¿Quiere esperarme?

Cuando el ama de llaves se dirigía a la habitación alta de la casa, ya Serge Mitriev descendía, un poco encolerizado.

¡"No", es "no", aquí y en mi país!



La señora Irina cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó pacientemente.

Usted le dio una tarjeta a esa persona, Serge. ¿Por qué lo hizo?



El maestro no contestó a la anciana, y abrió la puerta.

¡Usted!



"Ilma Rose Huggy, para servir a usted", exclamó la joven haciendo una graciosa reverencia. Y agregó: "Su tarjeta es un tesoro para mí".

Haga el favor de pasar. Hace mucho frío esta mañana.



El descubridor de infinidad de figuras para los ballets de San Petersburgo y resto de Europa, comprendió de inmediato que le sería muy difícil liberarse de esa joven "que le conocía demasiado".

Leí su vida por varios autores; además comentarios de la prensa. Aquí estoy. Quiero ser su alumna, maestro.



"Si conoce algo sobre mi persona, sabrá usted; señorita, ¿cómo dijo que se llamaba?" empezó diciendo Mitriev.

Ilma Rose Huggy, nacida en Budapest hace discisiete años. De buena familia, con cierta fortuna...



... pero desdichadamente huérfana, y con una tutoría que detesto.

Palabras no le faltan.



Explico mi situación, antes de insistir nuevamente.

¿Insistir? ¿Pretende molestarme en mi retiro?



Conozco su gran dolor, maestro.

"Su retiro hace un gran daño al verdadero arte de la danza, maestro. Y no son palabras mías, sino es el sentimiento de todos sus admiradores", exclamó Ilma Rose con seriedad. Serge Mitriev apartó la vista de ella.



Ahora, las pupilas grises de Serge buscaron el cuadro del hall.

Ella era demasiado joven cuando murió. Fue su gran amor, maestro.



Como una letanía, la muchacha prosiguió: "Ina Borovna no debió morir a los veintiseis años, destruyendo sus ilusiones, maestro".

¡Cállese! ¡Cállese, por favor! ¡Y váyase!



Pero Ilma Rose Huggy continuaba graciosamente sentada en el amplio sillón de terciopelo negro. Y despegó los labios para insistir en su idea fija: "Sería alumna del fabuloso Serge Mitriev".

Usted vino a verme. Usted me tentó. ¡No debe ser tan injusto ahora!



Serge se puso en pie, clavó la mirada - brevemente llena de su añejo fuego creador - en la insolente joven y dijo: "Probaré sus condiciones. En dos días sabré si vale o no vale."



La señora Vanovina sintió que el corazón le latía más fuerte.

(¡Dios permita que se produzca el milagro de su reaparición!)



Conocía a Serge desde la infancia, habiendo sido íntima amiga de la madre del luego famoso descubridor de danzarinas. Sabía cuánto lo había afectado la muerte de su esposa, la joven y brillante Ina Borovna.

(¡Que esta joven sea un verdadero sol para su vida!)



Ilma Rose no sabía de los rigores de una verdadera enseñanza.

¡Por favor! ¡Estoy agotada, maestro!

Desde el piano, y con gesto imperativo, Serge Mitriev señaló la barra de ensayos, mientras gritaba: "¡Vuelva a su trabajo!"

Una hora más tarde...

¡Me desvanezco, maestro!

¡No se detenga! ¡Yo le ordenaré cuando corresponda! ¡Continúe!

La joven prosiguió el ensayo, y en cuanto escuchó la voz del maestro, se dejó caer al desnudo piso. Desde allí preguntó con trémula voz: "¿Así será durante mucho tiempo?"

¡Toda la vida! ¡Toda la vida!

En esa primera jornada, Ilma Rose no llegó a comprenderlo bien, y hasta supuso que el maestro tenía alterada las facultades mentales.

(¡No podré resistir!)

Al término de la agotadora segunda práctica, Ilma Rose ya no se permitió hacer el menor comentario. Serge Mitriev le dijo únicamente: "He decidido darle clases, mademoiselle Huggy. Vuelva mañana".

Loca de alegría, Ilma Rose abrazó y besó a su maestro.

Y no sea tan efusiva, mademoiselle, por favor.

La señora Vanovina preguntaría luego al maestro sobre las posibilidades de la joven húngara, y Serge le contestó: "Hoy tiene tantas como Ina Borovna; la magistral Ina Borovna".

Dentro de un año tal vez sea una bailarina excepcional.

Ilma Rose fue bien pronto para la señora Vanovina "la hija que no tuvo". Esa severa pero bondadosa mujer, la quería.

Escúchalo siempre. Que sea él quien se equivoque, y no tú. Mientras Serge sea tu maestro. Tú serás un títere, Ilma Rose. Un títere, por supuesto, con calma y nervios. Y llegarás muy lejos.

Una tarde, la puerta de la casa de Mitriev se abrió, dando paso a una muy atractiva figura masculina. Era Dewsén, hijo de un acaudalado industrial europeo. Roger conocería a Ilma Rose, enamorándose de ella al punto.

¡Escape de "las garras" de Serge, y acompáñame en un paseo a caballo!

Una mañana después, Roger vino en busca de Ilma Rose. Ponía a disposición de ella un magnífico animal de su propiedad. Los jóvenes escaparon bajo el tibio sol de primavera. Serge Mitriev advirtió tardíamente la maniobra.

(¡Cuando vuelva me oírás!)

La regañó asperamente. Ese día, Ilma Rose daría "la mejor clase en muchas semanas", y la tensión entre ellos se disipó.

Haremos un corto viaje, Ilma. Hasta Ewthal. Mañana mismo.



El maestro mantuvo un extraño silencio hasta que llegaron ante una casa pequeña, de piedras rojas, junto al lago de Ewthal. Luego penetrarían en la casa, repleta de objetos de arte valiosísimos.

Ahora conocerás a Marie, querida Ilma.



Marie Gorodin-brillo singular en el ballet ruso de principios del siglo diecinueve-verría en su ancianidad "volver su arte inimitable, en esa joven de Budapest". Y lo dijo con absoluta sinceridad.

¡Oh, un millón de gracias, señora Gorodin!



"Desde este momento dejarás de ser Ilma Rose Huggy", le dijo Serge, mientras el coche rodaba por la campiña austriaca.

El mundo artístico te reconocerá como Ilma Idanoff, querida. ¡Y muy pronto! ¡Muy pronto!



De la mano del insigne Mitriev, Ilma recorría media Europa, deslumbrando en su aparición "como una estrella de poderosa luz".

¡Esta carta de Roger, desde Italia, es mi mayor alegría de la noche!



Por supuesto que no olvidaba al apuesto Roger Dewsén, aunque su cariño, su inmensa gratitud, le inclinaban muchas veces hacia Serge Mitriev. Una noche, en París, y durante la gran cena en honor de la joven y magnífica integrante del ballet imperial austro-húngaro...

(¡Roger! ¡Roger con nosotros!)



La aparición del joven amigo no produjo la misma alegría a Mitriev. Más tarde, y aprovechando una oportunidad, el maestro llevó a Ilma a uno de los balcones del local, y con el París nocturno como fondo, le declaró su amor. Emocionada, confundida, Ilma aceptó ser su esposa.



Señores, voy a participaros de una gran noticia. El maestro y yo...

Roger Dewsén permaneció en su sitio sorprendido, herido en los más íntimo. Luego se marchó sin despedirse de sus amigos. Ilma bailaba en los brazos de su futuro esposo.



Días después, y en Berlín, Ilma contraía enlace con el insigne Serge. La fiesta resultó un verdadero acontecimiento social.

Mi regalo de bodas, Ilma.



Con inusitada emoción, Ilma recibió el obsequio de su marido. Se trataba del ballet "Vida y muerte de la rosa blanca", guardado celosamente por el artista, desde la muerte de su primera esposa, Ina Borovna.

Tú, solo tú, podrás hacer de él una creación indeleble.



El citado ballet aumentaría rápidamente la fama de Ilma Idanoff.

Nuestro secretario dice que te piden desde varios lugares de América. Por el momento no te moverás de Europa.



Serge rechaza sistemáticamente todos los pedidos de allende los mares.

¡Qué ocurrencia! ¡Pedir que la gran Idanoff vaya a Australia; la aún salva-je Australia!



Algo grave ocultaba Serge Mitriev. Saltaría dramáticamente sobre él, apenas cinco meses más tarde. Mientras tanto continuaban la "tournee" Europa.

¡Mi triunfo, todo lo que soy, es por ti, Serge; por ti, únicamente!



La añeja vanidad del gran artista no le permitía decir: "Tú tienes una gran parte en estas victorias." Ilma sonreía y callaba.

Debemos ir a New York, Serge. Nos ponemos antipáticos ante ellos.



Finalmente, el largo viaje por mar. Serge Mitriev permanecía muchas horas en la oscuridad de su camarote. Ilma, a veces, salía a pasear por cubierta con la señora Irina. Un hombre las observaba. Finalmente...



Permítame presentarme, madame. George Greener, de New York.

Los modales, la conversación de George Greener, resultaron del agrado de ambas mujeres. ¡Era el dueño del buque que las transportaba a los Estados Unidos! Greene era financiero, pero también un infatigable coleccionista de cuadros famosos. Confesó "no haber visto nunca un ballet".

Su sinceridad es muy estimable, señor Greener.

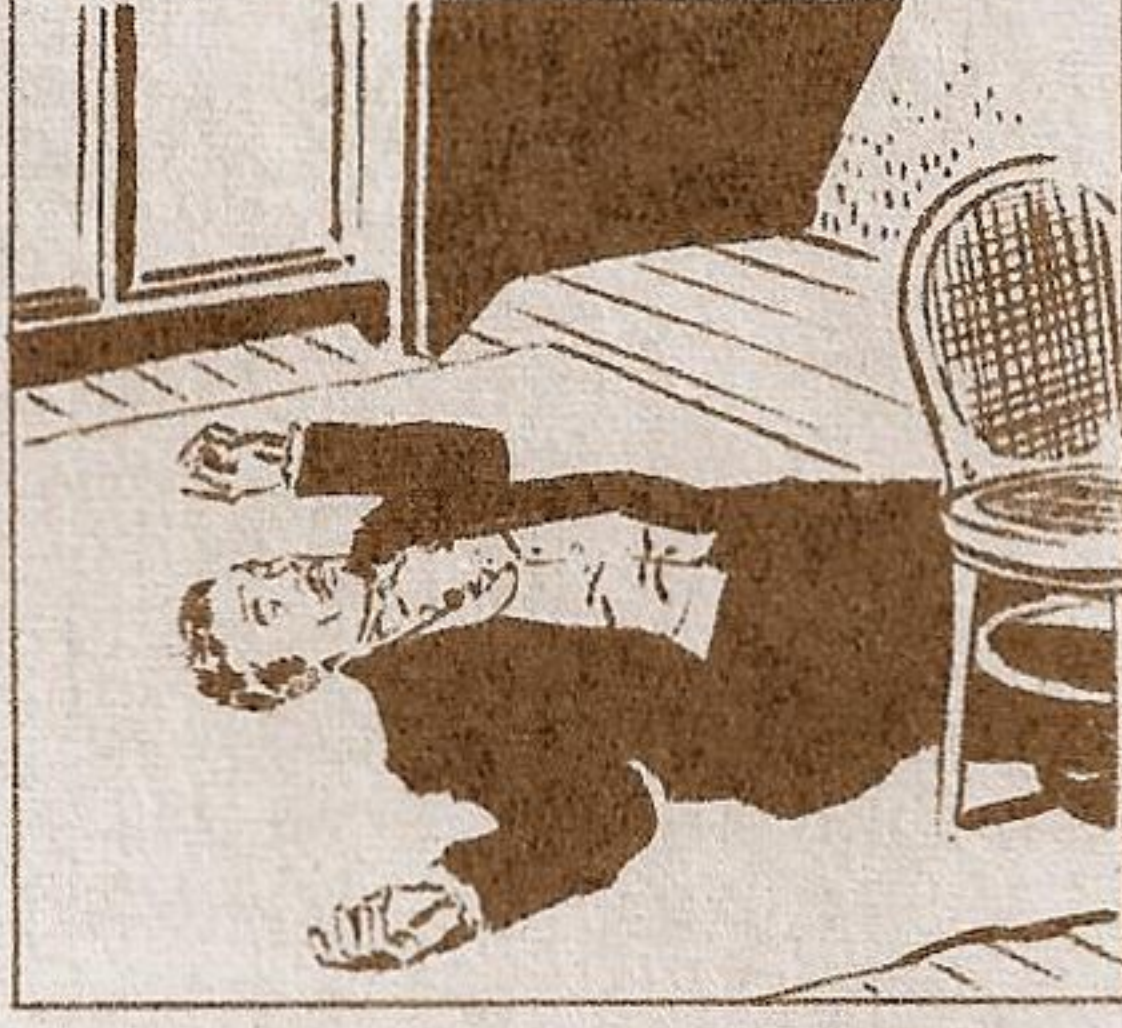


Ilma actuaría en New York con éxito clamoroso. "Vida y muerte de la rosa blanca" iba a recibir ovaciones inolvidables.

¡Bravo! ¡Excepcional! ¡(Es una mujer maravillosa!)



New York depararía dicha y dolor a la joven del ballet. Al penetrar en su camarín, halló a Serge impecablemente ataviado con su frac, pero muerto.

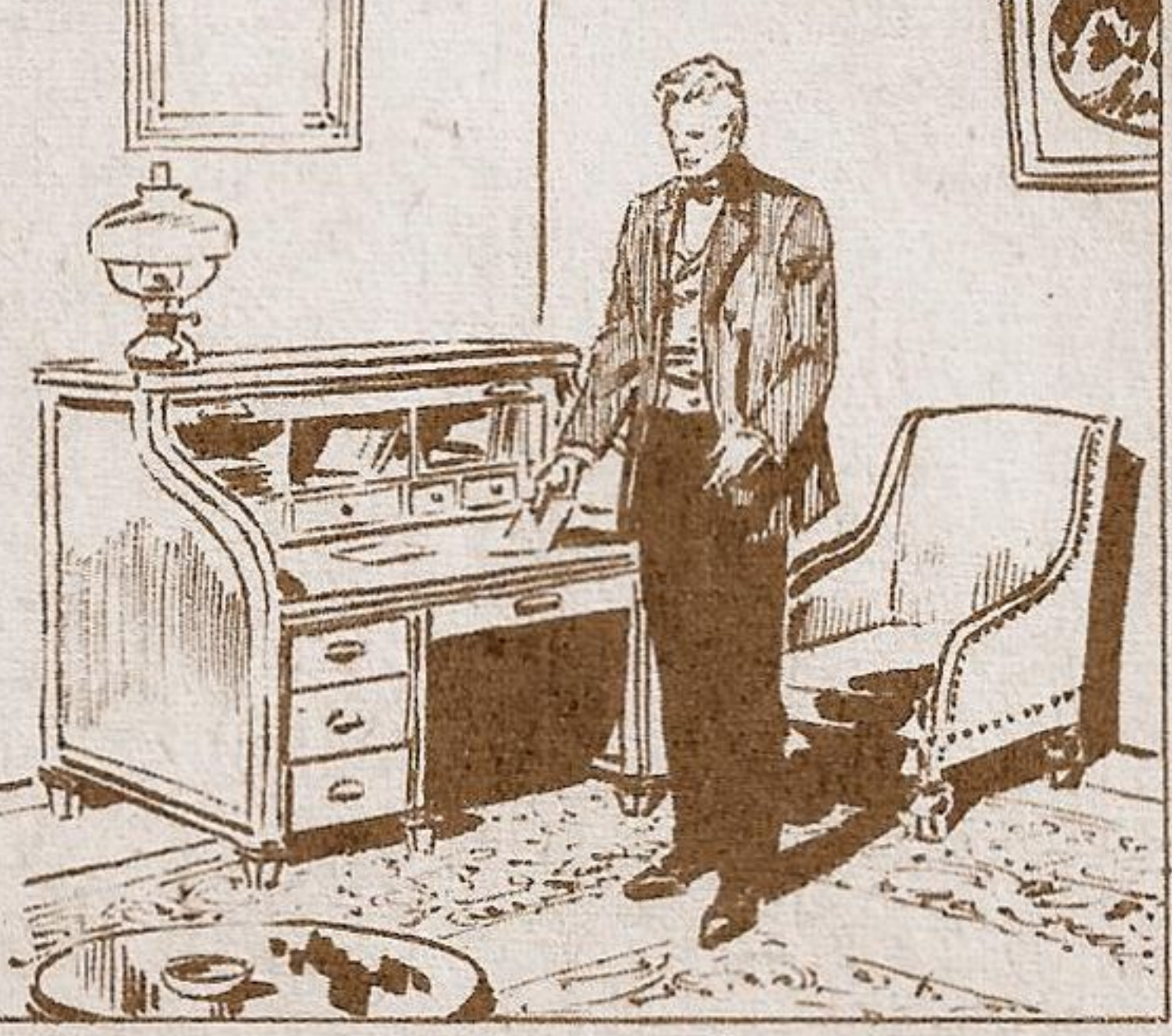


Entre los papeles del desaparecido maestro, se encontró una receta del doctor Meyer de Viena, con una nota adjunta en la cual el médico "lo prohibía todo viaje por mar, que excediera de un día en su extensión".

¿Por qué no me lo dijo? ¡Jamás habríamos hecho un viaje de más de una semana!



Suspendidas las funciones de "La rosa blanca", Ilma permaneció en New York, una semana más. En el ínterin, George Greener intentó verla en varias oportunidades, sin éxito. En una de esas ocasiones, recibió dos afectuosas líneas de Ilma en las que se excusaba "por razones conocidas".



En otros de los buques del señor Greener, Ilma regresó a Europa, iniciando una "relache" de varios meses. En el puerto, George se despidió de ella, pidiéndole permiso para escribirle.



Las cartas del americano eran sobrias y muy gentiles. Mucho contribuyeron a levantar el caído ánimo de la estrella del ballet austro-húngaro.

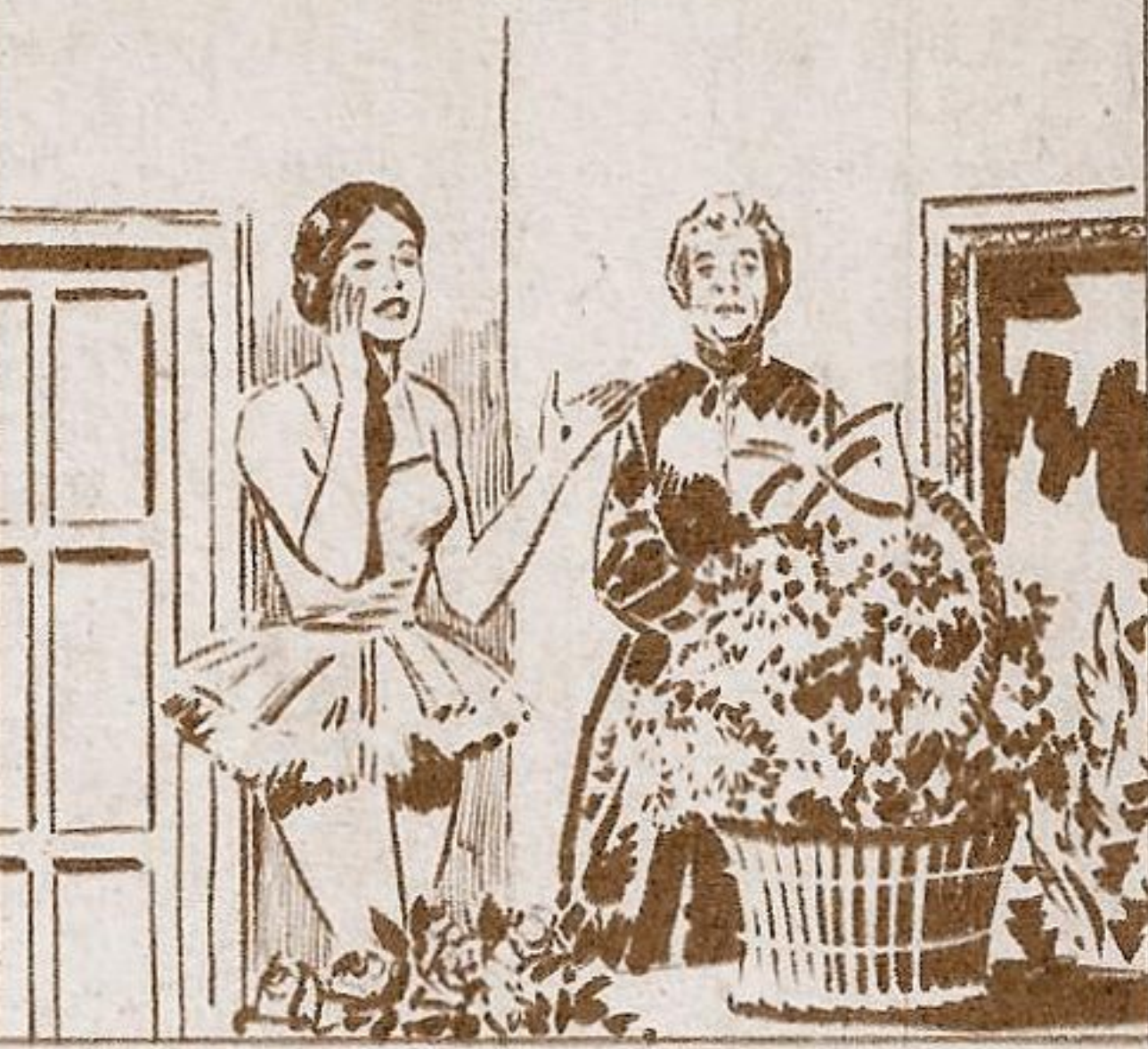
Henry está aquí, querida. ¿Puedes recibirlo?



El activo secretario de los Mitriev, llegó con grandes novedades. Londres, Milán, Barcelona, y por supuesto París, reclamaban a Ilma Idanoff. La joven viuda mantuvo su negativa por un tiempo más.



Reapareció con un suceso extraordinario. Y en Londres...



En un mismo año danzaría tres veces ante públicos de Inglaterra, por lo general poco exhuberantes en el elogio.

¡Señora! ¡Señora! ¡Vea qué magníficas crónicas!



"¡Ah, estas cartas también son para usted!", dijo el secretario, poniendo en las manos de Ilma siete u ocho sobres cerrados.

(George...)



Distinguió la enérgica y clara letra del amigo norteamericano.

(... "deseando que, a mi llegada a Londres, sus ojos no tengan ya esa azul tristeza que ví en New York")



El hombre llamó suavemente en el camarín de la artista. La señora Vanovina lo atendió.

Ilma, el señor Greener.



George Greener, agradable, comunicativo, afable, resultaba un delicioso compañero. Ilma conversó muchas veces sobre él, con la señora Irina.



Su última noticia, Irina: me pide en matrimonio.

El ama de llaves concluyó el peinado de los cabellos de Ilma, y expresó con una sonrisa: "Cásate con él, hija".

No podría. Me exige que abandone la danza. ¡Oh, nunca podría!



En París, Ilma Idanoff bailó por última vez, a principios de 1874. Contrajo enlace en Londres con George Greener, fijando su residencia en una mansión de la capital de Inglaterra.

Mi viaje durará siete u ocho meses, querida.



Ilma iba a tener un hijo. George partió solo tras sus negocios diseminados por el mundo entero. Meses después...

Es una niña, Ilma. ¡Una preciosa niña!



George se enteró, por una carta que la señora Vanovina le escribiera a los Estados Unidos.

(Mi hija se llama Rose. Si es el gusto de la madre...)



Recién cuando la pequeña Rose tenía cuatro meses, volvería el padre de su largo cruce por el mundo.

¡Hallé un Piero della Francesca, que me ha llenado de orgullo, Ilma!



Ilma contestó: "¿Y este montoncito de carne rosada, que has hallado, George? ¿Qué opinión merece de ti?"

¡Esta! ¡Las quiero! ¡Las quiero a las dos por igual!



Y abrazó y besó a madre e hija con un entusiasmo extraordinario.

¡Nunca sabrás exactamente cuánto te amo, Ilma!



George era así: algo frío y ceremonioso-y no cambiaría jamás. Tal vez por esa causa-que lo acercaba algo a Serge Mitriev-Ilma se casó con él.

Transcurrieron varios meses de aparente paz hogareña. El secretario Henry- que George detestaba- se había esfumado. Pero una tarde de otoño...

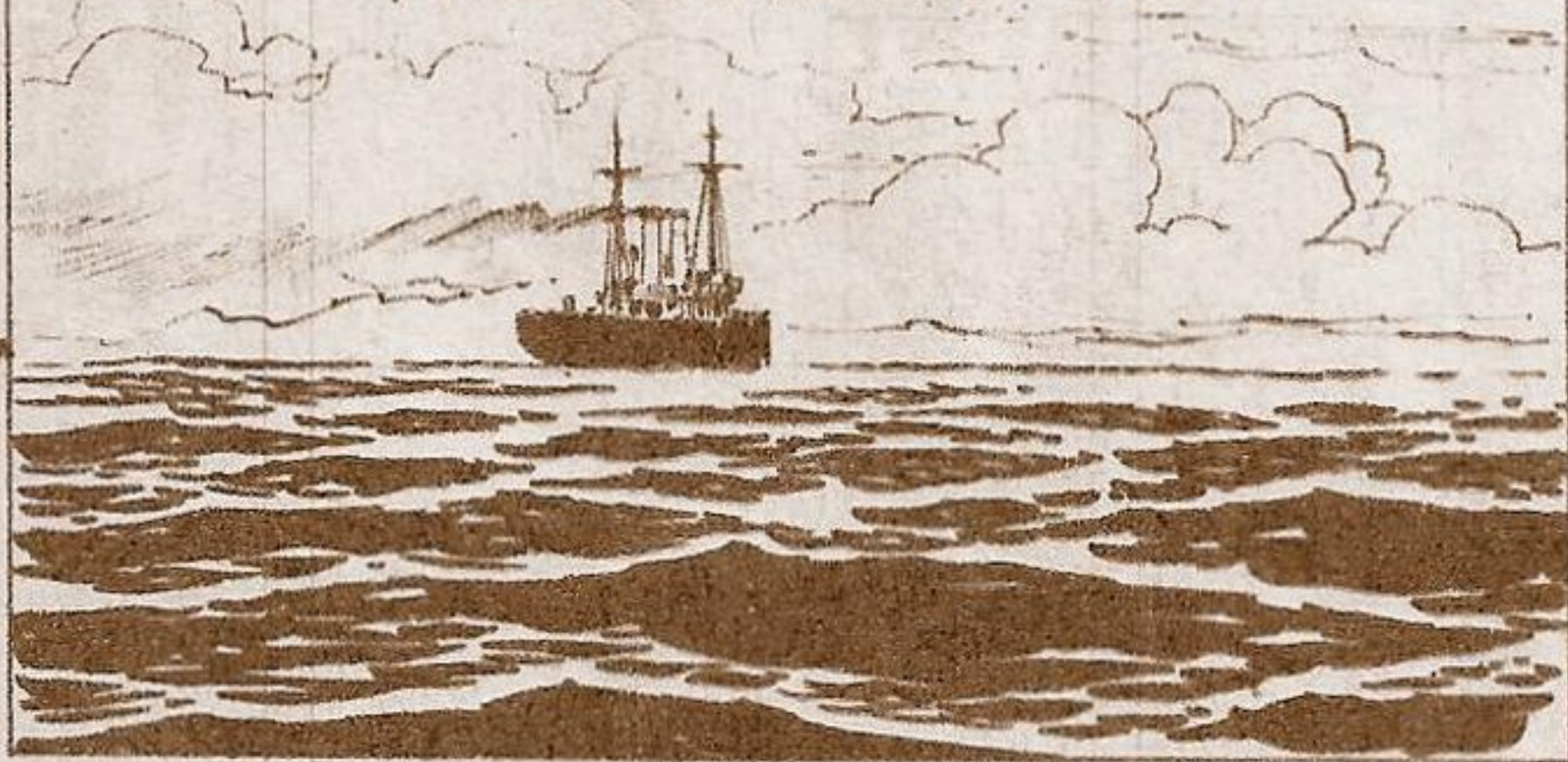
¿Es ese Henry? ¿Qué querrá de ti ese monigote, querida?



El quinto aniversario de la muerte de Serge Mitriev se acercaba. París le rendía un gran homenaje. "¿Puede Ilma Idanoff permanecer al margen de ese tributo artístico que tanto merece el maestro?", preguntó el hábil Henry. Ilma no contestó, pero su esposo sí: "Ella no irá".



Una única razón-el reconocimiento de Ilma a Serge Mitriev-hizo que la gran artista discutiera con su marido, largamente. El resultado fue imprevisto para todos. Greener se marchó a sus negocios en el exterior, mientras Ilma se adhería al homenaje en París, con su grata presencia en escena. El público la ovacionó hasta el delirio.



Un mes más tarde, George se presentó ante Ilma, reclamando a la pequeña Rose. Enojadísimo, gritó: "¡La llevo lejos de ese mundillo de locos que detesto! ¡Quédate con tu ballet, Ilma Idanoff!" Rose tenía catorce meses, y el apartarse de ella fue un terrible desgarrón para la madre.



Ninguna carta había llegado de George, en los seis meses posteriores. Ilma, presa de la desesperación, decidió volver a su carrera artística. Su reaparición en Viena fue inolvidable.

El Milán, una hora después de haber llegado a la capital del norte de Italia, recibiría gratísima sorpresa.

¡Roger! ¡Roger! ¡Roger Dewsén!



Tras ocho años, ellos volvían a verse. El hombre mostraba una alegría infantil por el encuentro. Conocía la situación de Ilma, y respetaba a la dama; a la excelente amiga. Interiormente la amaba, como en el primer día, allá en la casa de Serge Mitriev, en Viena.



Caía la tarde, y paseaban en un coche abierto, a favor de un clima de suave tibieza, cuando un imprudente echó su coche y sus caballos, sobre el que utilizaban Ilma y Dewsén. Este, volcó estrepitosamente...



...y cuando Ilma recuperó el sentido...

Siento informarle que no podrá bailar esta noche, señora.



"Nada me importa, fuera de saber cómo está Roger Dewsén", dijo ella trabajosamente. El médico hizo como si no oyera la pregunta.

Tal vez no pueda en varios meses bailar, señora.



No podía decir a esa mujer-con una grave lesión en el tobillo derecho-que Roger Dewsén había muerto en el accidente. ¡Demasiado era ya ponerla en conocimiento de su "muy probable alejamiento definitivo del ballet"! La señora Vanovina habló a Ilma días después, y la joven supo lo sucedido en esa trágica tarde.



Dos años pasaron antes de que Ilma pudiera volver a ejercitarse. En el intermedio, hubo dos operaciones del tobillo enfermo. Repuesta, inició el adiestramiento severísimo "que le señalara Serge Mitriev".

Buenas noticias, señora. Una "tourné" por Australia.

¿Esa es una "buena noticia", Henry?



Ni Ilma Idanoff era la de antes, ni los escenarios de Australia tenían la menor punto de contacto con los de Europa. Fue una gira dolorosa, y mechada con repetidos fracasos.

No se suspende por accidente de mi "partenaire", sino porque no hay público, Henry. ¡Oh, no me engañe!



Regresaron directamente a Londres.

Ilma, hijita; una carta de George!



El hombre le enviaba dos fotografías de Rose. Estaba muy crecida, muy hermosa. Con los ojos grandes y azules de su madre. Sobre esas placas, Ilma lloraría muchas horas.



Tiempo después, llegó una sorpresiva oferta de los Estados Unidos. Tendría que bailar su impagable "Rosa Blanca" en varios Estados, y en New York.

¡Acepto, acepto de todo corazón!



VUELTA DE UNA EXCEPCIONAL ARTISTA. GRAN ÉXITO EN CHICAGO.



Precedida de enormes elogios, Ilma arribó a New York. El público de América la recordaba y quería. Ilma dio a América todas sus energías, en esa gira de "reencuentro".



Luego del tercer día de actuación en New York, una noche...

¡Lo he conseguido, señora! ¡Lo he conseguido!



George Greener no quería recibir al "pesado" Henry, pero cuando lo permitió, el secretario consiguió doblegarlo, apelando a los sentimientos del americano. Eso explicaba ahora a Ilma, en su camarín del teatro.

Le espera a usted, mañana a las tres de la tarde, señora.



Fue una entrevista nostálgica la de los esposos. Estremeció a George la delgadez de Ilma; la tristeza renovada en sus ojos azules. Conversaron amistosamente durante más de dos horas.



George tuvo que reconocer que Rose "leía todos los diarios que hablaban sobre Ilma Idanoff".

¡Apenas sabe leer, y fíjate lo que va a buscar!



La figura danzante de Ilma atraía a la pequeña Rose, aún ignorando que se trataba de su madre. George dijo a la pequeña "que su mamá había fallecido", pero el remordimiento trabajaba en su interior.

¡Permite que Rose me vea bailando, George! ¡Permítelo, por favor!



Rose y su padre siguieron la estupenda función vespertina, con un interés y una emoción que unía sus corazones. Al concluir la función, George llevó a Rose hasta el camarín de Ilma Idanoff.



Luego de un titánico esfuerzo, Ilma abrazó a Rose, aunque sin revelar su verdadera identidad. Tras ese momento de infinita ternura...

Llévalas como recuerdo mío, Rose. ¿Te agradah, querida?



Temblaban las manitas de Rose Greener, al tomar las zapatillas de danza que le obsequiara "la admirada Ilma Idanoff".

Otro beso y adiós, querida mía. ¡Estoy tan cansada! ¿Sabes?



Al abandonar el camarín la pequeña, Ilma sintió que iba a desvanecerse. La señora Vanovina la asistió oportunamente. Pero George Greener aún no se había marchado, y tomó una de las manos de Ilma y le dijo: "¿Puedes venir a cenar con nosotros, Ilma?"

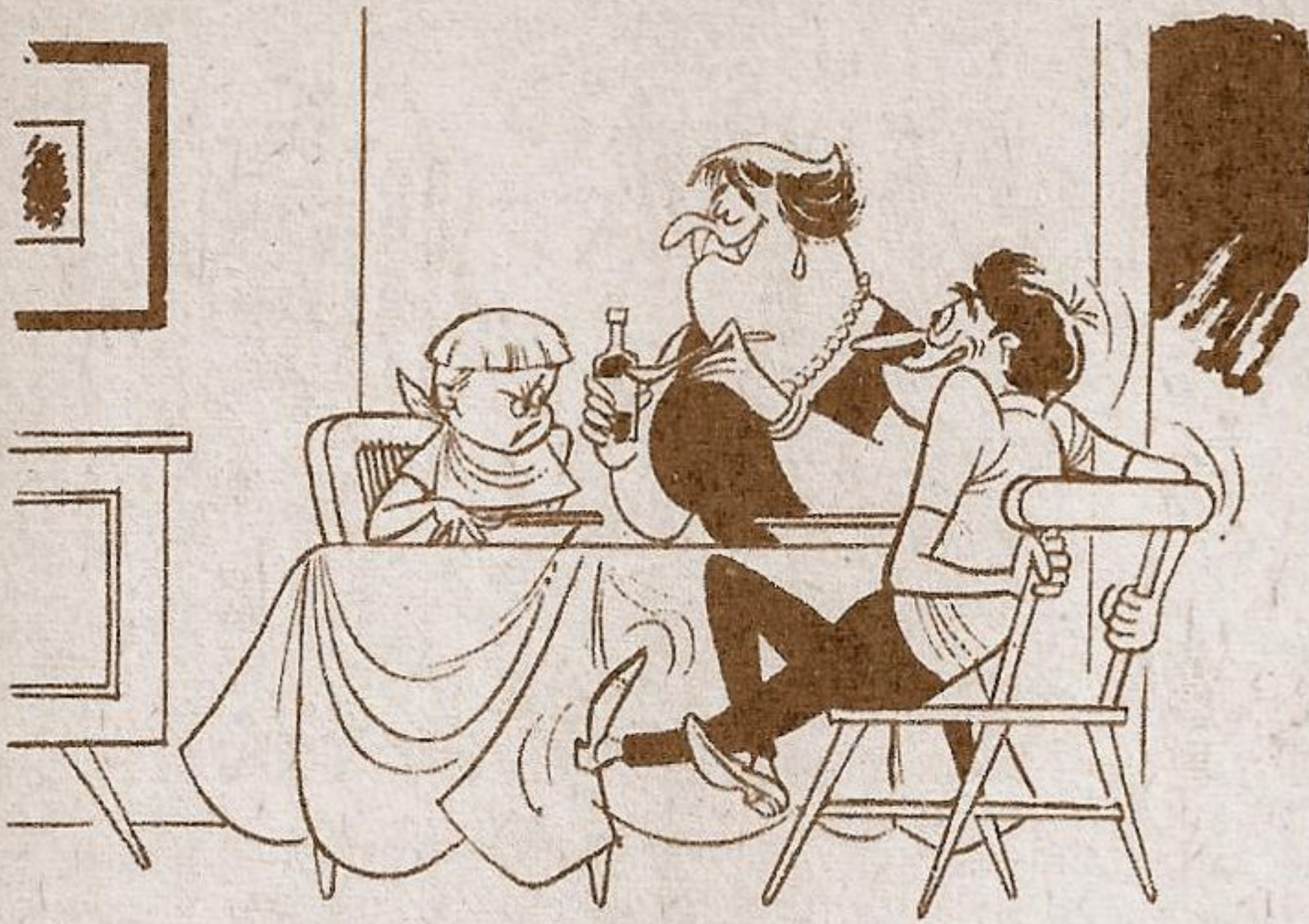


Ilma Idanoff abandonó la escena de sus triunfos, una noche de setiembre de 1882. Lo dejó todo, con humildad, por un hogar, un esposo, y una criatura-su propia hija- que todas las mañanas le permitiera despertar sabiéndose amada; verdaderamente amada. Con toda la verdad que encierra un hogar, un marido, e hijos.



FIN.

CHICOS TERRIBLES Por FERRONI



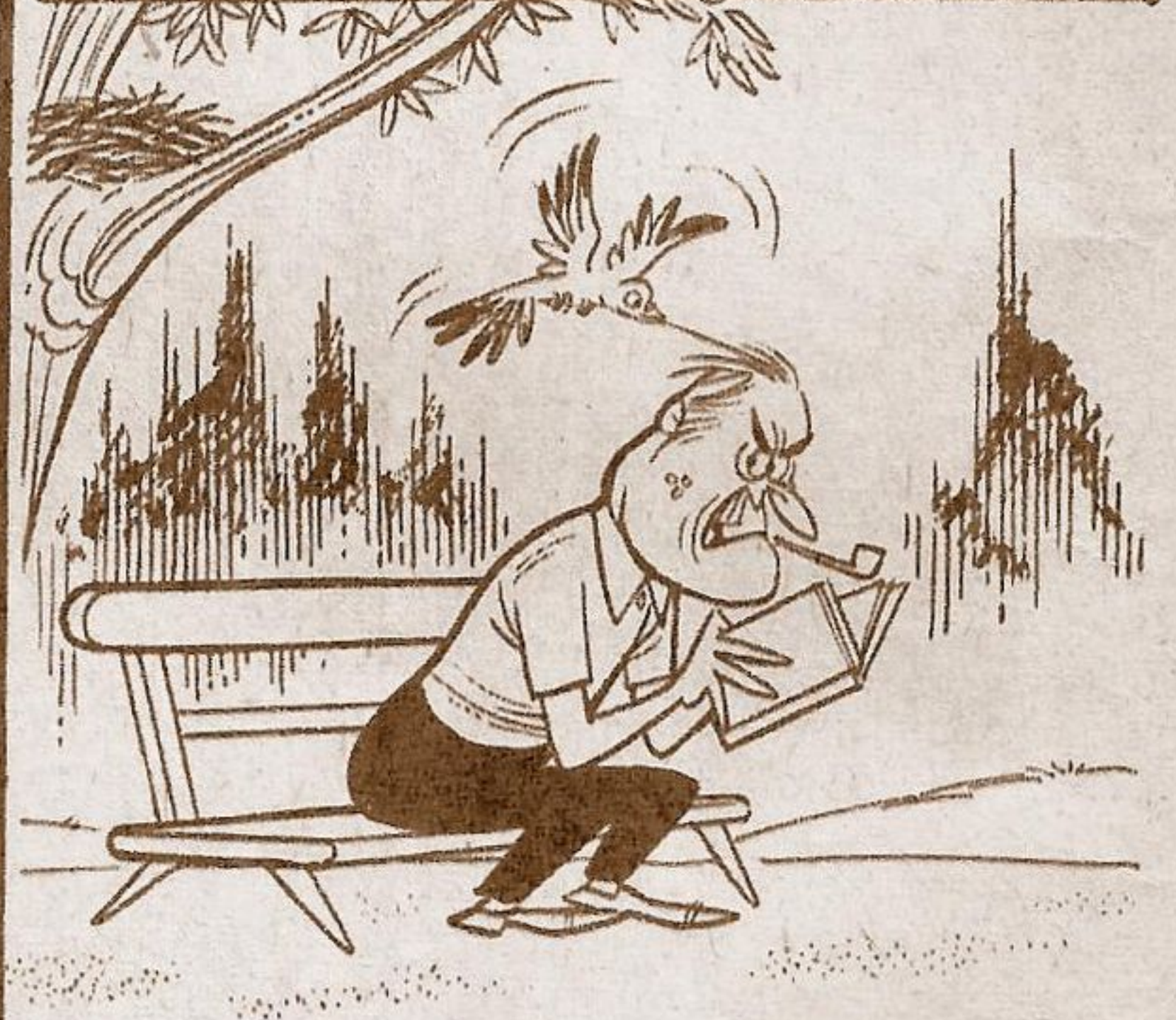
- ¿Ves? Mira cómo le gusta a papá.



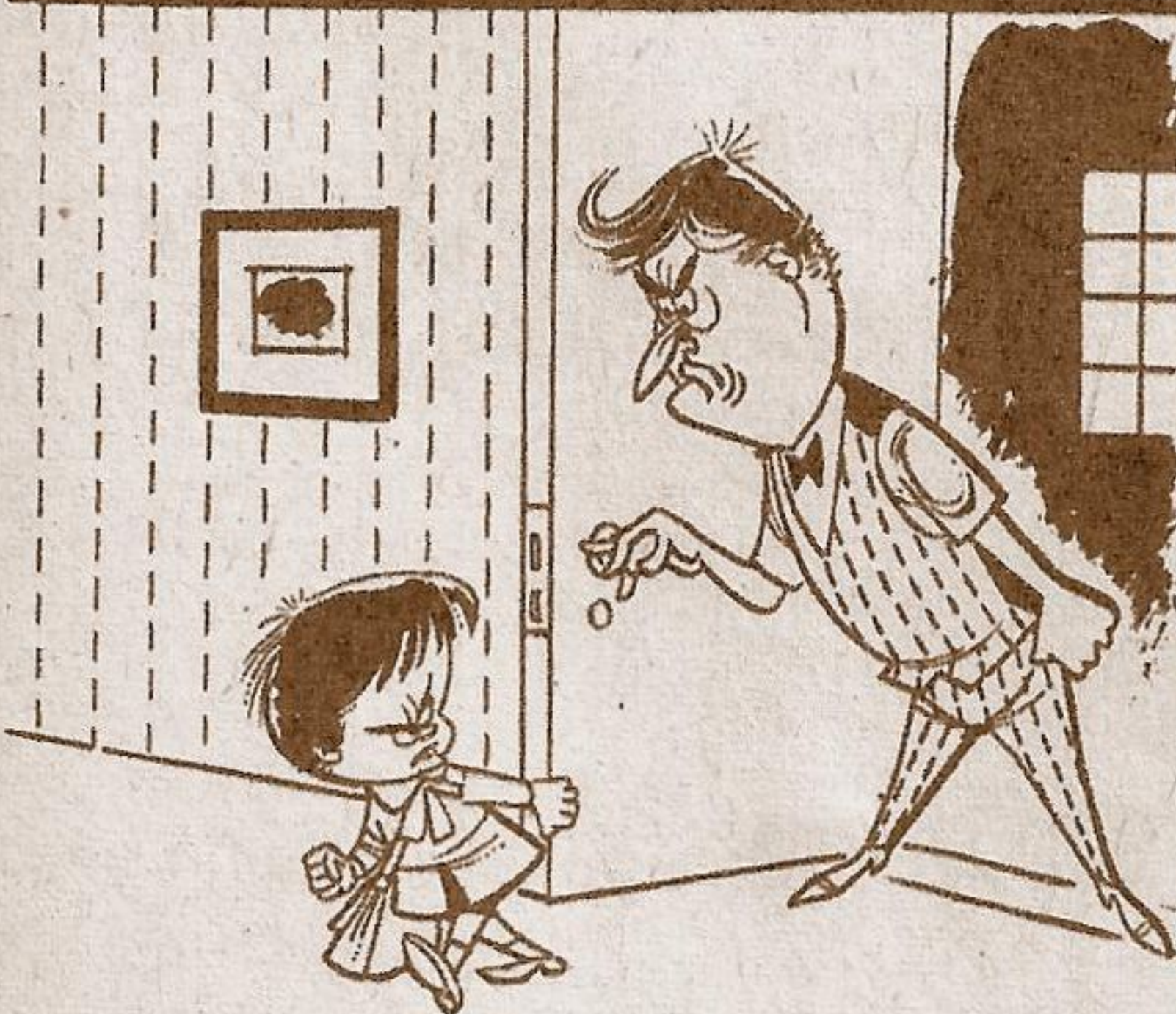
- ¿Estás ayudando a papá, tesoro?



-La niñera ya descuidó al nene otra vez...



-¡Neeene, quieto!



-Te gusta que me vaya a la escuela, ¿eh?
Así puedes jugar con el trencito...



-En un negocio de la calle Santa Fe me compré una capelina finísima...

La novela de UN JOVEN POBRE

Por OCTAVIO FEUILLET

DIBUJOS
DE E. RAPELA

ADAPTACIÓN



Durante mi infancia y mi primera juventud tuve hacia mi padre mucho respeto pero poco cariño. Sólo conocía el lado sombrío de su carácter, y no podía dejar de atribuirle la permanente melancolía de mi madre, que parecía agravada por la modestia del vestido. «Pareces una criada» —decíale él, entre burlón e irritado.



Solía oír sus discusiones, pero nunca fui testigo de ellas. Los acentos imperiosos de mi padre, los murmullos de una voz suplicante, algunos sollozos ahogados, era todo lo que yo lograba escuchar.



Después de esas crisis, cuya causa permanecía ignorada para mí, era raro que mi padre no corriera a comprarle alguna linda joya, que mi madre encontraba bajo su servilleta, al sentarse a la mesa, y que jamás usaba.



Un día de invierno, recibió de París una gran caja llena de preciosas flores. Dio a mi padre las gracias con efusión; pero apenas hubo él salido, la vi alzar ligeramente los hombros y dirigir al cielo una mirada de desesperación.

Más tarde, cuando mi edad me permitió acompañarlo en el mundo, quedé encantado y sorprendido al descubrir en él a un hombre que no había sospechado. Se diría que en nuestro viejo castillo solariego sufría algún fatal hechizo; apenas fuera de sus puertas, yo veía iluminarse su frente, dilatarse su pecho. «¡Vamos, Máximo, al galope!» Y devorábamos alegremente el espacio. Tenía entonces gritos de juvenil alegría, caprichos y efusiones que encantaban mi corazón ingenuo, y de los que yo hubiera querido llevar aunque sólo fuese una pequeña parte a mi madre, olvidada en un rincón.



— Mi ternura hacia él se convirtió en verdadera admiración cuando pude verlo, en las solemnidades de la vida mundana — cacerías, carreras, bailes, comidas —, desarrollar las simpáticas cualidades de su brillante naturaleza. Se llamaba a sí mismo, sonriendo con cierta amargura, «el último gentleman».



Los sentimientos de mi madre respecto a mi padre me parecían de una naturaleza indefinible. Las miradas que le dirigía se inflamaban a veces de una rara expresión de severidad; pero esto no era más que un relámpago, y en seguida sus bellos ojos húmedos y su semblante tranquilo no le demostraban más que un afecto tierno y una sumisión apasionada. Ella tenía quince años cuando se casó, y yo iba a cumplir veintidós cuando mi hermana, mi pobre Elena, vino al mundo. Poco después de su nacimiento, mi padre, al salir una mañana, ceñudo, de la habitación en que mamá descansaba, me...



...hizo seña de que lo siguiese al jardín, donde no habló sino después de dar dos o tres vueltas.

Vuestra madre, Máximo, está cada día más extraña.

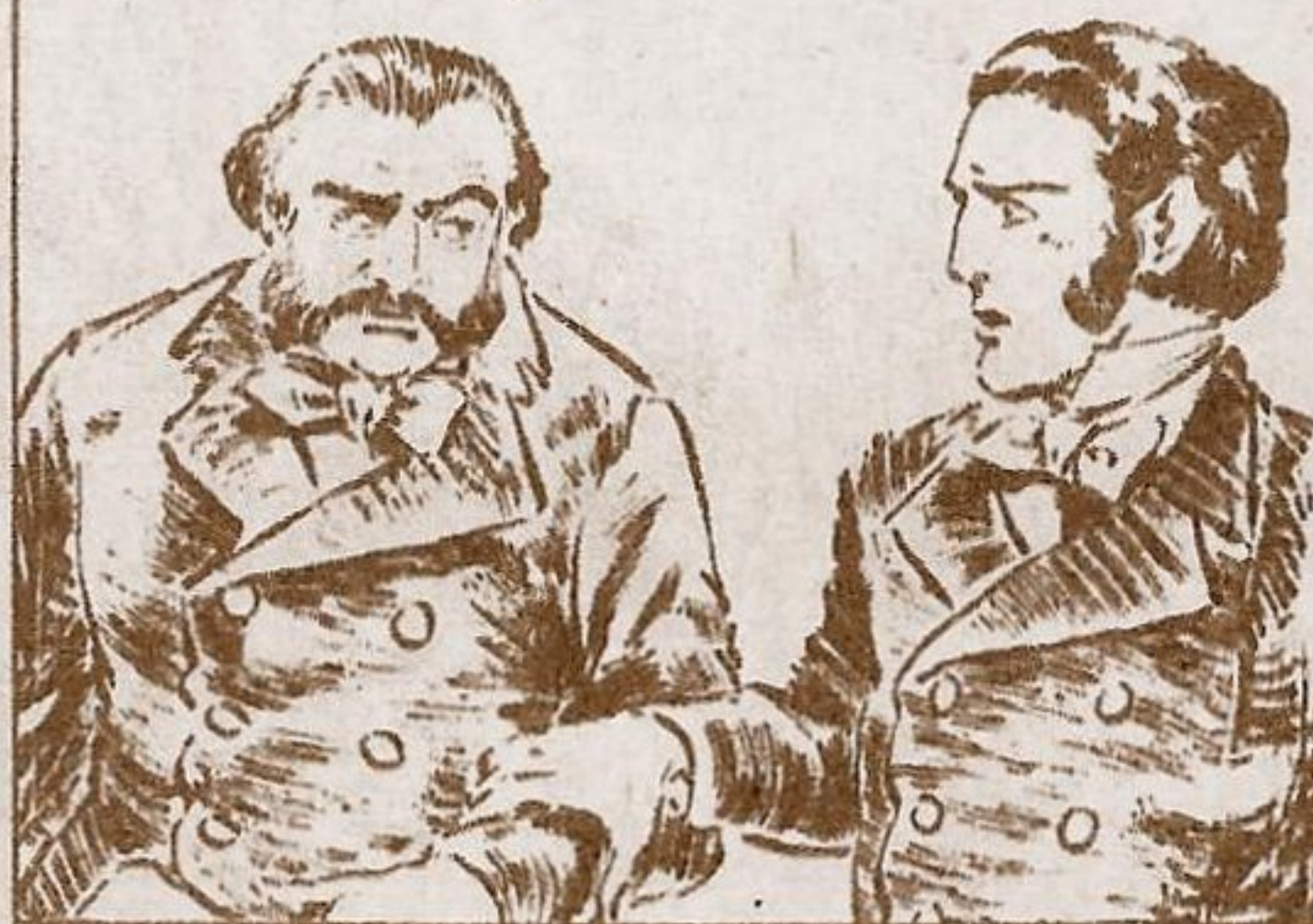
¡Sufre tanto, padre!

Si, sin duda... Pero ahora tiene un singular capricho: desea que estudiéis Derecho.

¡Derecho! ¿Cómo pretende que a mi edad, con mi nacimiento y mi posición social, vaya a sentarme en los bancos de una escuela? ¡Sería ridículo!



Esa es también mi opinión; pero vuestra madre está enferma y no hay más que hablar.



Yo era entonces un fatuo, pagado de la importancia de mi nombre; mas tenía el corazón sano, adoraba a mi madre y...

...corrí a asegurarle mi obediencia. Me dio las gracias inclinando la cabeza con una triste sonrisa y me hizo besar a mi hermanita, dormida en su regazo.



Vivíamos a media legua de Grenoble, de modo que pude seguir los estudios sin abandonar la casa paterna. Mi madre hacía me dar cuenta diaria de mis progresos, con un interés tan perseverante, tan apasionado, que llegué a preguntarme si no habría en el fondo de aquella preocupación extraordinaria algo más que un capricho de enferma; si mi padre, con su desdén por el lado positivo de la vida, no habría introducido en nuestra fortuna algún secreto desorden, que el conocimiento del Derecho y el hábito de los negocios debieran, según las esperanzas de mi madre, permitirme reparar. No me detuve, sin embargo, en ese pensamiento, pues nuestras propiedades rurales eran extensas y magníficas, valioso nuestro hotel en París y siempre estaba exquisitamente servida nuestra mesa.

De todos modos, continué mis cursos y me gradué sin contratiempos. Esto pareció tonificar a mi madre, cuya salud había continuado delicada. Un día de septiembre de 1850 había salido con mi padre, para participar de unas carreras que se realizaban en las vecindades, cuando fuimos alcanzados por uno de nuestros criados, que nos rogó volver al castillo. «Creo que la señora está peor» — nos dijo.



Partimos con toda la velocidad que permitían nuestros caballos, y minutos después caí de rodillas ante mi madre. Su rostro, de una blancura de cirio, ostentó de pronto el dulzor exquisito y la gracia que sólo el sufrimiento desterraba de él. Ya el ángel del eterno reposo extendía visiblemente sus alas sobre aquella frente tranquila. Entrecabrió los ojos, levantó penosamente la cabeza y me envolvió en una larga mirada.



Después, con una voz que no era más que un sollozo interrumpido...

¡Pobre hijo mío!... ¡Yo me voy, ya lo ves!... No lloro... Hemos de vernos nuevamente, Máximo, y nos comprenderemos. Recuerda a tu padre lo que me ha prometido... Y tú, en este combate de la vida, sé fuerte y perdona a los débiles...

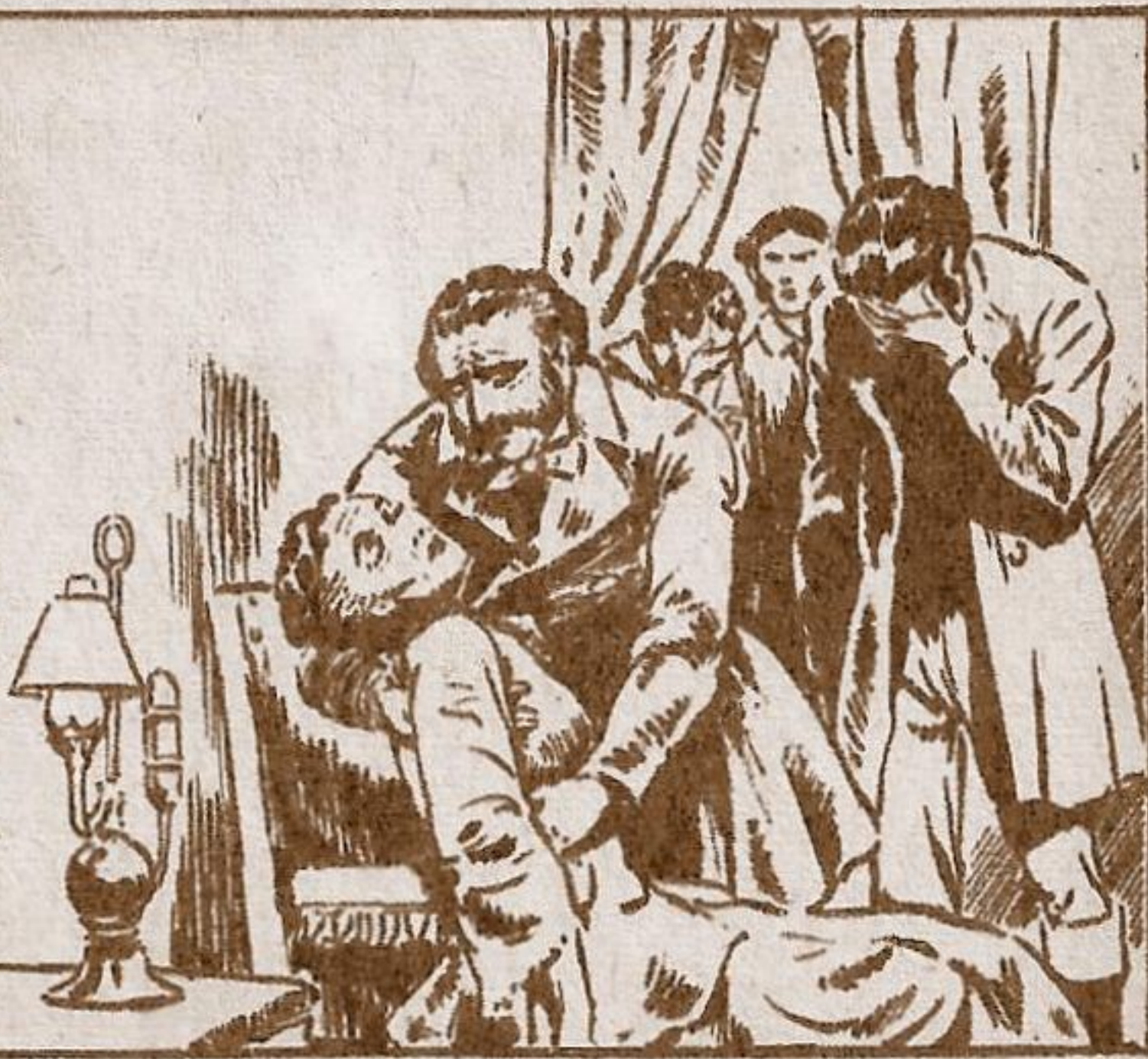


Parecía extenuada. Se interrumpió un momento, y alzando el índice y mirándome fijamente, exclamó:

¡Tu hermana!...



Sus azulados párpados se cerraron. Los abrió otra vez, de repente; y extendió los brazos con un gesto rígido y siniestro. Lancé un grito, acudió mi padre y estrechó largamente sobre su pecho, entre sollozos desgarradores, el cuerpo inanimado.



Algunas semanas más tarde, por deseo expreso de mi padre, que no hacía —me dijo— sino obedecer la última voluntad de aquella a quien llorábamos, abandoné Francia y llevé durante un año una vida nómada a través del mundo.



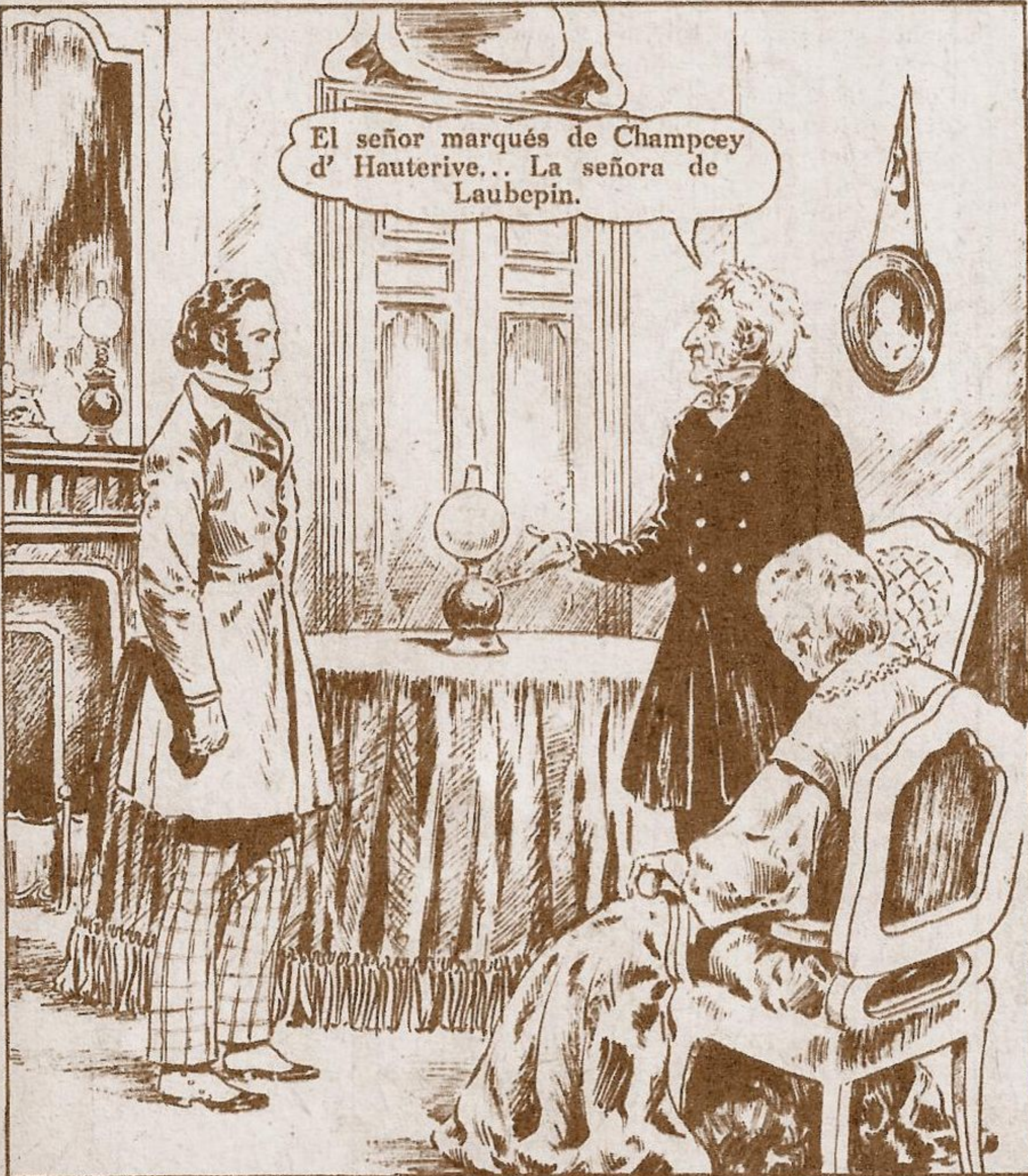
En ese tiempo, la correspondencia afectuosa pero breve de mi padre, no demostraba ninguna impaciencia por mi regreso; así que quedé muy sorprendido cuando, al desembarcar en Marsella, encontré varias cartas en que me llamaba con urgencia febril. ¡Demasiado tarde!... Un despacho de nuestro notario, el viejo Laubepin, me comunicaba la triste nueva, me decía que mi pequeña hermana se educaba en un convento de París y finalmente me rogaba pasar por su casa, excusándose del atrevimiento en que incurría. Derramé lágrimas amargas. Aquellas cartas de mi padre tenían un tono de tristeza inusitado en él; y saberlo muerto sin haber tenido el consuelo de prodigarle mi ternura, me causaba una desolación infinita.

Serenado mi dolor, me dirigí a París. Abracé a mi hermanita y corrí a la calle Cassette, donde tiene su domicilio el señor Laubepin.



Nuestro anciano amigo me recibió ceremoniosamente, y después de las frases de ritual me presentó con énfasis a una dama de aspecto venerable y sencillo.

El señor marqués de Champcey d' Hauterive... La señora de Laubepin.



Nos sentamos, y sobrevino un silencio embarazoso. Yo esperaba un inmediato esclarecimiento de mi situación; viendo que era diferido, volví a mi aquellos pasajeros pensamientos de otrora, que parecían confirmados por las miradas compasivas que la señora de Laubepin me dirigía furtivamente.



¿Compró el ALBUM FANTASIA? ¡Extraordinario!

Escaneado en Córdoba - Argentina

En cuanto al señor Laubepin, me observaba con una atención singular, que me parecía no exenta de malicia. Recordé entonces que mi padre había pretendido encontrar siempre, en el corazón del viejo notario, bajo sus modales afectados, un resabio de levadura jacobina... Quizá esa levadura, fermentando, hacía complacerse en el espectáculo de un aristócrata torturado.



Compartí la mesa del matrimonio. Durante la comida, la conversación no salió de cauces vulgares e intrascendentes. Para tomar el café, el notario me invitó a pasar a su gabinete y en seguida abordó el tema con decisión: —Señor marqués: he tenido el honor de encargarme de la liquidación de la herencia de su difunto padre, y puedo rendirle cuenta del resultado.

Presiento, señor, que ese resultado no es muy feliz.

En efecto, señor marqués, y no le oculto que debe armarse de valor para conocerlo. Procederé con método, según mi costumbre. En el año 1820, la señorita Luisa Elena Dugald Delatouche d'Eronville fué pedida en matrimonio por Carlos Cristián Odier, marqués de Champcey d'Hauterive. Mi vinculación con la familia de la novia...



...me permitió inmiscuirme, y lo hice para procurar impedir esa funesta alianza. Y digo funesta, no porque la fortuna de ambos no fuese igualmente cuantiosa, sino porque el señor de Champcey, bajo modales seductores y caballerescos, encerraba irreflexión, ligereza, desmedida inclinación al placer...



¡Caballero! ¡La memoria de mi padre es sagrada!...

Respeto ese sentimiento; pero al hablar de su padre me cuesta trabajo olvidar que hablo del hombre que a fuerza de sufrimientos mató a su esposa... ¡una niña heroica, una santa, un ángel!



Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Me levanté muy agitado. El señor Laubepin, que había dado algunos paseos a través de la habitación, me tomó del brazo.

Perdón, joven... Pero yo quería mucho a su madre. Yo la he llorado. Perdóneme...



Medió una pequeña pausa. Después continuó: —Tuve el honor y el pesar de redactar el contrato de matrimonio de su madre. A costa de grandes esfuerzos logré introducir una cláusula protectora, que declaraba inalienable, sin la voluntad legalmente manifestada de su madre, un tercio aproximadamente de lo que aportaba en inmuebles. Vana precaución, y aun podría decir cruel precaución, porque esa cláusula no hizo más que preparar las más insostenibles torturas de aquella cuya tranquilidad debía salvaguardar. Aquellos tormentos, aquellas violencias, aquellas luchas cuyos ecos acaso llegaron a sus oídos alguna vez, se producían mientras se arrancaba jirón a jirón a su desgraciada madre hasta lo último de su herencia: ¡el pan de sus hijos!

Señor Laubepin, yo le ruego...

Obedezco, señor marqués. No hablaré más que de lo presente. Mi primer deber es aconsejarle aceptar con beneficio de inventario la herencia que le ha correspondido.



Esa medida me parecería ofensiva para la memoria de mi padre y creo mi deber rechazarla.

No ignora usted que de no hacer uso de ese derecho legal acepta las cargas de la herencia, aunque esas cargas excedan del valor de la herencia misma. Y éste es el caso. Como usted podrá comprobar examinando estos papeles, después de bien vendidas todas sus propiedades, quedará usted debiendo a los acreedores de su padre más de cuarenta mil francos.

Esa nueva sobrepasaba a mis temores más sombríos. Quedé aterrado y durante un minuto presté una atención embrutecida al ruido monótono del reloj, sobre el cual mis ojos se posaban con vago mirar.



Debo añadir que su madre, en previsión de estas eventualidades, me hizo depositario de joyas por un valor de cincuenta mil francos, que podremos sustraer a la voracidad de los acreedores.

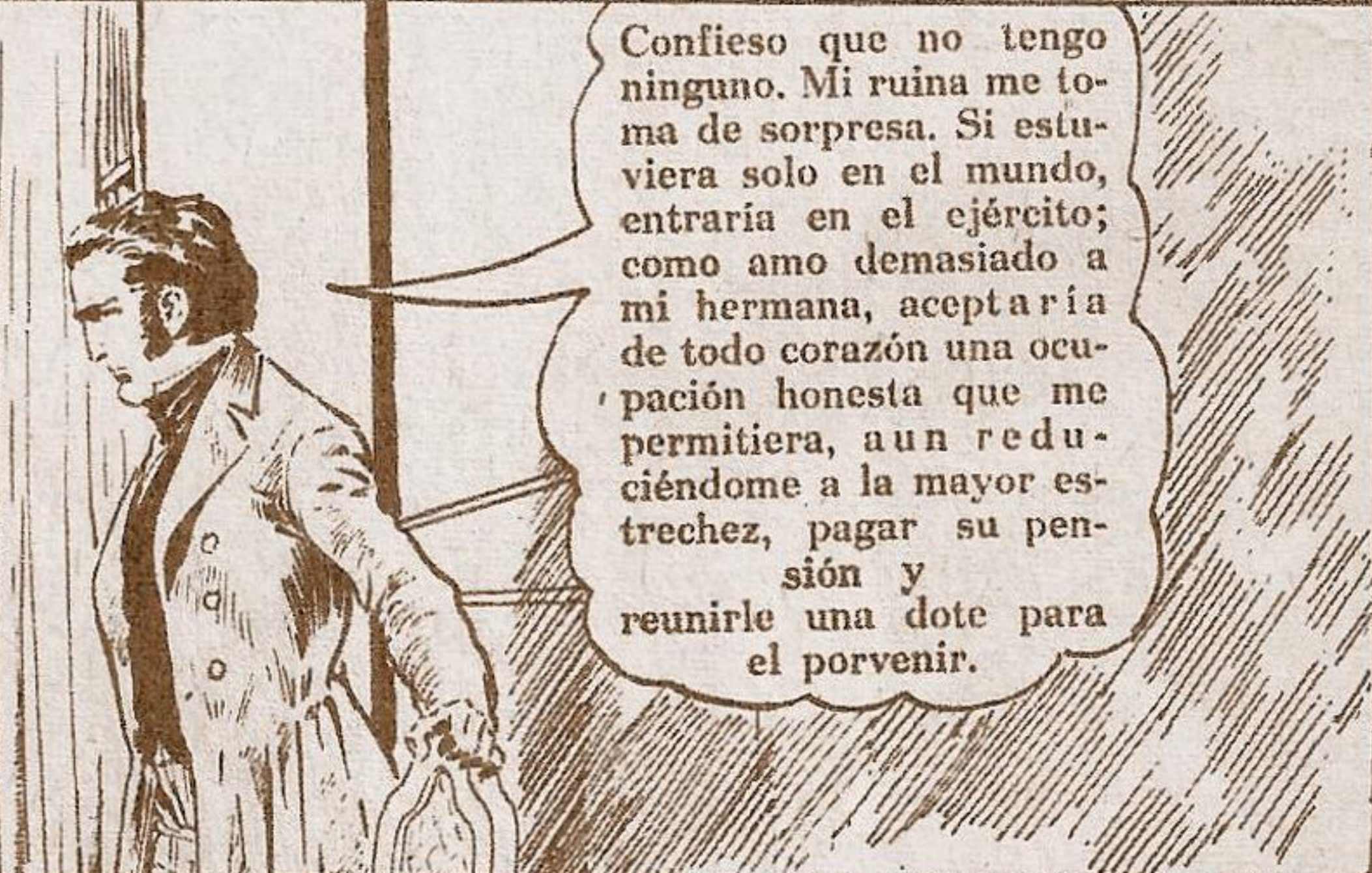
No, caballero. Me considero dichoso de poder saldar, con ese aporte inesperado, la totalidad de las deudas...



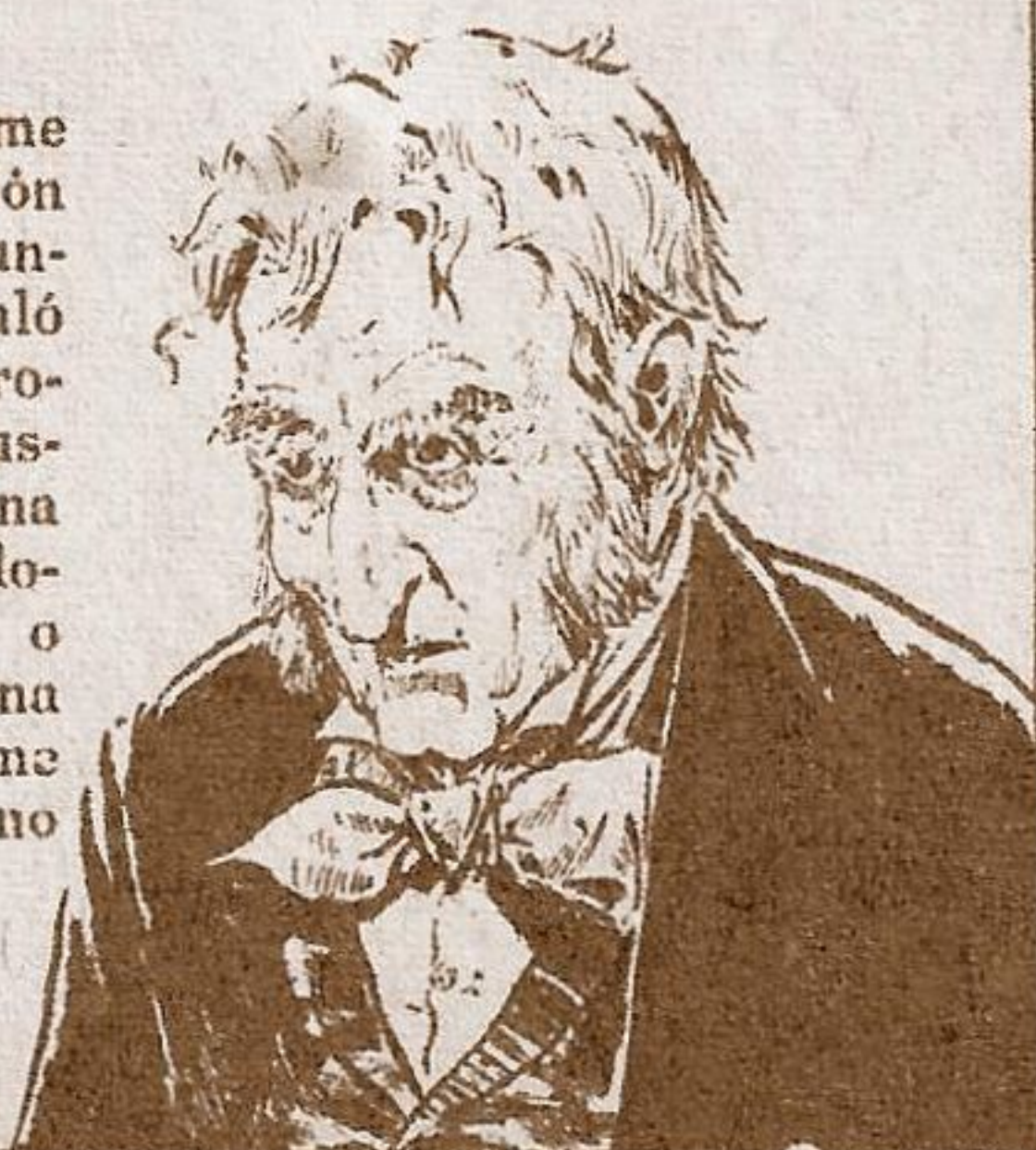
Sea, señor marqués. Usted y la señorita Elena quedarán en la pobreza. Permítame preguntarle, a título confidencial, y respetuosamente, si cuenta usted con medios para asegurar su existencia y la de su hermana y pupila.



Confieso que no tengo ninguno. Mi ruina me toma de sorpresa. Si estuviera solo en el mundo, entraría en el ejército; como amo demasiado a mi hermana, aceptaría de todo corazón una ocupación honesta que me permitiera, aun reduciéndome a la mayor estrechez, pagar su pensión y reunirle una dote para el porvenir.



El señor Laubepin me miró con una atención más penetrante que nunca, mientras me formuló sucesivamente dos proposiciones: ligar el lustre de mi nombre a una empresa de especuladores recién instalada, o hacer marquesa a una joven millonaria que me conocía y a quien yo no le era indiferente.



Rechacé ambos ofrecimientos, procurando disimular la indignación que sentía.

En este caso, señor marqués, no tengo nada más que decirle.



Al mismo tiempo, presa de un súbito acceso de jovialidad, se frotó las manos, con ruido de pergaminos.

Me despidió cordialmente, prometiendo avisarme si veía en qué pudiera usar con provecho mi título de abogado. Salí de aquella casa, abrumado por la realidad que acababa de conocer y que me daba la clave de tantas escenas entrevistas en mi hogar; pero también...



...animado, de dos propósitos firmes. Desde ese instante abandonaba mi título nobiliario, que resultaba ridículo en mi situación, y pasaba a ser Máximo Odiot, a secas; y ocuparía, en la gran casa de que ya no era dueño, sólo un lugar en las guardillas. Inmediatamente puse en práctica esto último, con dolorosa extrañeza de la portera, que había conocido y servido a mi madre. Tuve entonces la sensación material de la pobreza; no la pobreza oculta, altiva, poética, que mi imaginación conducía bravamente a través de los grandes bosques, los desiertos, las sabanas, sino la verdadera miseria, la necesidad, la dependencia, la humillación, y algo peor aún: la pobreza amarga del rico arruinado, la pobreza de levita, que esconde sus manos desnudas a los antiguos amigos que pasan.

En vano esperé noticias del señor Laubepin durante cinco días. Al cabo de ellos fui a su casa, so pretexto de devolverle unos documentos. La criada me informó que su amo disfrutaba las delicias del campo en no sé qué finca de Bretaña, y que tardaría aún dos o tres días. Quedé consternado, no sólo porque hallaba indiferencia y abandono donde esperaba encontrar afecto, sino también porque había quedado sin dinero, y proyectaba solicitar del señor Laubepin unos cientos de francos, a cuenta del remanente que dejaría la venta de las joyas.



Sucedieron jornadas amargas para mí. Llegué a aceptar un pan que la pequeña Elena se obstinó en darme para un pobre... Y aquella noche, escribí en el diario de mi vida:



«Sí, Elena; encontré al pobre y le di tu pan, que llevó a su buharda. Le pareció muy bueno. Era un pobre cobarde, que lloró al comer la limosna de tus manos queridas. Te lo referiré cuando vuelva a verte, porque conviene que sepas que hay dolores más graves que tus penas pueriles; te lo diré todo..., menos el nombre de aquel pobre.»

Aun sufrí más cuando no tuve valor para rechazar la comida que me subió la portera. Esta, que había espiado mi penuria, envolvió su socorro en la más exquisita delicadeza.



Justamente acababa de hacer honor a las viandas de la excelente Luisa, cuando me pareció oír que ésta conversaba agitadamente en la escalera. Instantes después...

¡Señor marqués, en nombre del Cielo! ¿Cómo no me ha dicho?...



Se interrumpió; paseó a grandes zancadas por la habitación, y se detuvo de pronto.



Joven, eso no está bien. Usted ha ofendido a un amigo, ha hecho sonrojarse a un anciano.

Estaba conmovido. Lo miré, emocionado también, y atrayéndome bruscamente hacia su pecho murmuró a mi oído:

¡Pobre hijo mío!



Hubo un instante de silencio. Nos sentamos.

Máximo, ¿tendría usted el valor de aceptar un empleo modesto y honorable, que asegure su presente y el porvenir de su hermana?

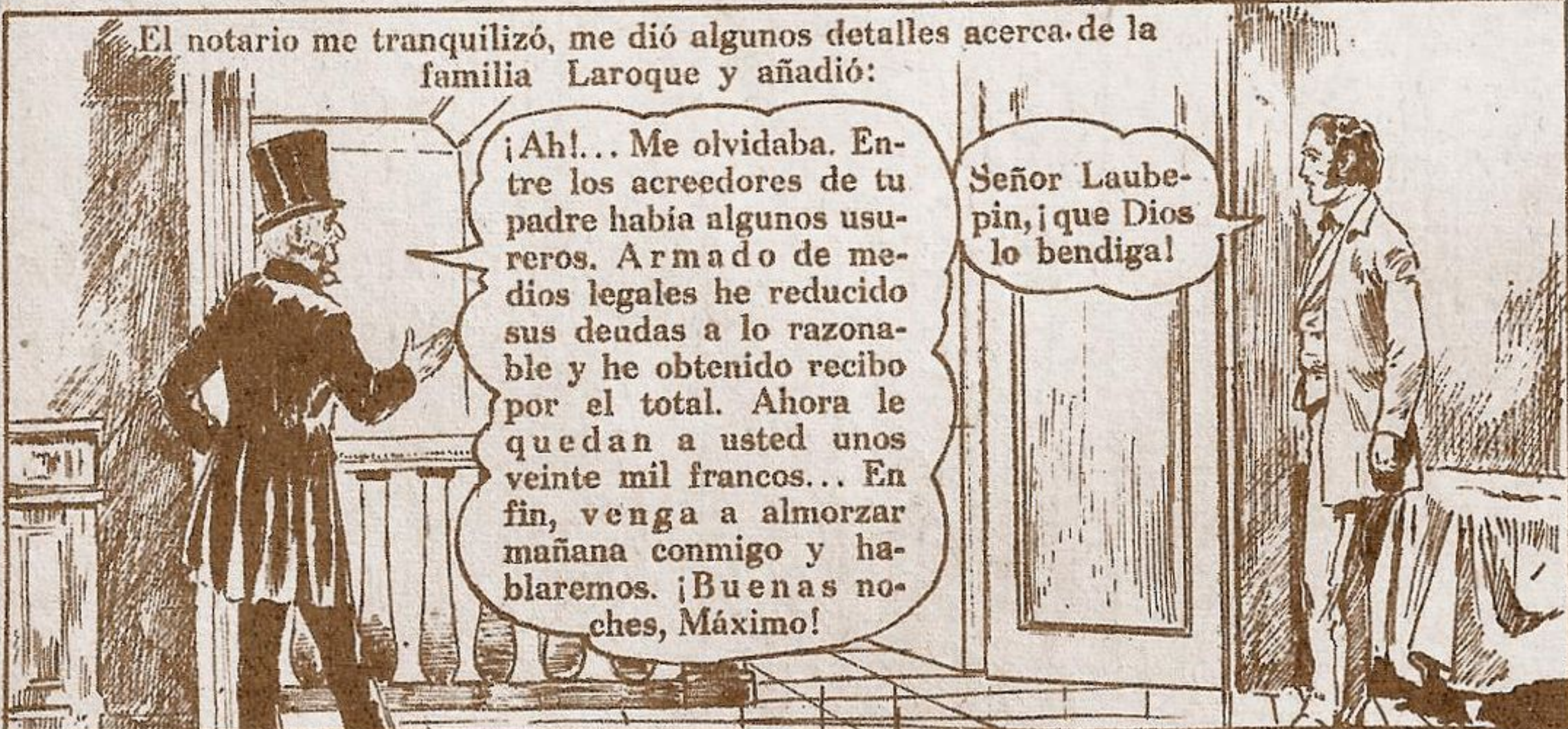


Sí, señor; es mi deber y estoy dispuesto a cumplirlo.

—Entonces, escuche. Llego de Bretaña, de casa de la opulenta familia de Laroque, que me honra con su confianza desde hace muchos años. El administrador de sus cuantiosos bienes ha muerto. He pedido el puesto para el abogado Máximo Odier, persona de mi amistad, y me ha sido concedido. Su sueldo será de seis mil francos anuales. ¿Le conviene a usted? —Sí, desde luego, y esta nueva prueba de su amistad me llega al corazón. Sólo temo carecer de competencia para los negocios que tendré que afrontar.



El notario me tranquilizó, me dió algunos detalles acerca de la familia Laroque y añadió:



¡Ah!... Me olvidaba. Entre los acreedores de tu padre había algunos usureros. Armado de medios legales he reducido sus deudas a lo razonable y he obtenido recibo por el total. Ahora le quedan a usted unos veinte mil francos... En fin, venga a almorzar mañana conmigo y hablaremos. ¡Buenas noches, Máximo!

Señor Laubepin, ¡que Dios lo bendiga!

Salí de París para Bretaña el 30 de abril. Mi entrevista con el señor Laubepin fué muy penosa. Demostre al anciano los sentimientos de un hijo. Después me despedí de Elena, a quien le dejé entrever pasajeros contratiempos de fortuna. La pobre niña comprendió más de lo que yo le decía, y al abrazarme, tenía sus grandes ojos llenos de lágrimas.

Al fin he partido. El ferrocarril me dejó en Rennes, donde pernocté, y tomé la diligencia que al cabo de cinco o seis horas me llevó al pueblecillo de Morbihan. En un coche llegué al castillo de Laroque, término de mi viaje.



Llevaba acerca de sus habitantes unas notas que me había entregado el señor Laubepin. El trato me permitió comprobar su exactitud, de modo que las incluyo. Empezaban por el señor Luis Augusto Laroque, octogenario, jefe de la familia, y origen de la fortuna, comenzada como corsario autorizado.



Originario de la Bretaña, regresó a ella, para fijar su residencia, en compañía de su único hijo, que murió a poco de casarse con la señora Josefina Clara, criolla de nacimiento, de cuarenta años de edad, de carácter indolente pero recto, no exento de algunas manías románticas.



La señora Josefina Clara tenía a su vez una hija, la señorita Margarita Luisa Laroque, heredera pues de la inmensa fortuna, alma soñadora, de emocionante sinceridad.



Estos personajes principales vivían acompañados de dos de segundo plano: la señora Aubry, viuda, parienta lejana recogida en el castillo, de genio áspero; y...



...la señorita Carolina Gabriella Héluin, de veintiséis años, espíritu cultivado, que había entrado como institutriz y quedado como dama de compañía.



De estas personas, la primera a quien me tocó presentar mis respetos fue a la señora Laroque, quien se hallaba con la señora Aubry. Aquella no disimuló su sorpresa.

¡Cómo! ¿Es usted Máximo Odier, el administrador, el gerente que el señor Laubepin...?

Sí, señora.



¿Está usted seguro?

Segurísimo, señora; perfectamente seguro.



Miró rápidamente a la señora Aubry y después a Margarita, que acababa de entrar, como diciéndoles: «¿será posible?»; se agitó en sus cojines y continuó: —En fin, tenga la bondad de sentarse, señor Odier. Le agradezco mucho que nos dedique su talento. Le aseguro que tenemos necesidad de su ayuda, ya que, por desgracia, somos, no se puede negar, bastante ricos.





La señora Laroque rehusó la discusión que tan acremente se le planteaba, e indicó a su hija que me acompañase a conocer al abuelo. La seguí a través de escaleras y corredores, hasta que me dejó en una especie de galería. Me puse a examinar los cuadros que la exornaban, y que en su mayoría eran marinas consagradas a la gloria del antiguo...



Me encontré entonces ante un viejo cuyos ojos apenas conservaban el brillo de la vida, y que me saludó tocando con mano temblorosa el gorro de seda negra que cubría su cráneo ebúrneo.



Quedé perplejo. Yo no sabía quién era el señor Beauchêne, y la señorita Laroque no se tomaba la molestia de explicármelo. Mi confusión aumentó al insistir el anciano, y dije lo primero que se me ocurrió.



Una severa mirada de Margarita me advirtió que había dicho una inconveniencia. Procuré hacerla olvidar, hablando animada y admirativamente de las pinturas de la galería; pero, noté, con tanta sorpresa como disgusto, que la señorita acentuaba su ceño. Sin embargo, su abuelo me escuchaba con interés y una sonrisa empezaba a iluminar su mustio semblante. Mas de pronto...





Sali, obedeciendo a una señal imperiosa de Margarita. Me esperaba Alain, un criado de cabellos grises que me había atendido cuando entré en el castillo. De parte de la señora, me significó que podía pasar a la mesa tal como estaba, y que después de la comida conocería mi alojamiento.

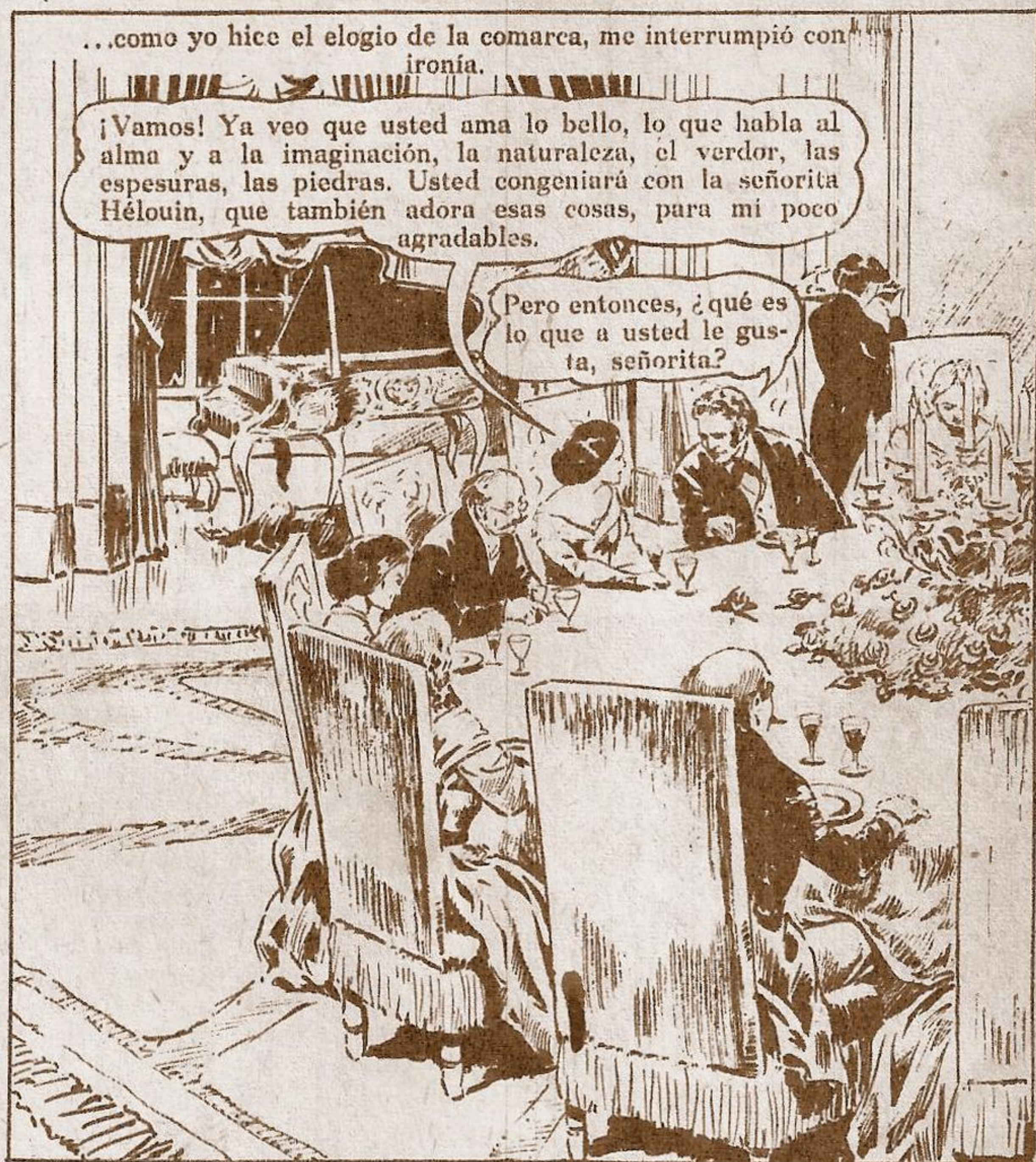


Cuando entré en el salón, unas veinte personas salían hacia el comedor con la ceremonia habitual. Era la primera vez, después de mi cambio de fortuna, que me encontraba en una reunión mundana. Acostumbrado a las distinciones que la etiqueta concede al nacimiento y al dinero, no pude recibir sin amargura las primeras pruebas de indiferencia y desdén, a que me condenaba mi nueva situación; pero, reprimiendo enérgicamente mi amor propio, ofrecí el brazo a una joven de corta estatura, pero graciosa y bien formada, que quedaba detrás de los invitados y que era, como supuse, la señorita Héloüin. Mientras nos sentábamos, Margarita apareció guiando los lentos pasos del abuelo. Sentóse a mi derecha, con la tranquila majestad que le es propia, en tanto que un poderoso Terranova se ponía de centinela detrás de su silla. Le expresé mi pesar por haber causado, tan inocentemente, la crisis de que habíamos sido testigos, y ella tuvo la bondad de atribuirse la responsabilidad de lo ocurrido, por no haberme avisado a tiempo qué temas debían evitarse ante el viejo corsario. Después, siempre amablemente, me preguntó si conocía la Bretaña, y...

...como yo hice el elogio de la comarca, me interrumpió con ironía.

¡Vamos! Ya veo que usted ama lo bello, lo que habla al alma y a la imaginación, la naturaleza, el verdor, las espesuras, las piedras. Usted congeniará con la señorita Héloüin, que también adora esas cosas, para mi poco agradables.

Pero entonces, ¿qué es lo que a usted le gusta, señorita?



Al contestarme, me miró con orgullo.

Me gusta mi perro. ¡Aquí, Mervyn!



El nombre del can dio oportunidad a mi vecina de la izquierda para lanzarse a una erudita excursión a través de la historia y de la mitología; entretanto, la señora Aubry exponía sus quejas al médico de la casa, el doctor Desmarests: habían olvidado ponerle un calentapiés, se le servía la sopa fría, le daban huesos descarnados.

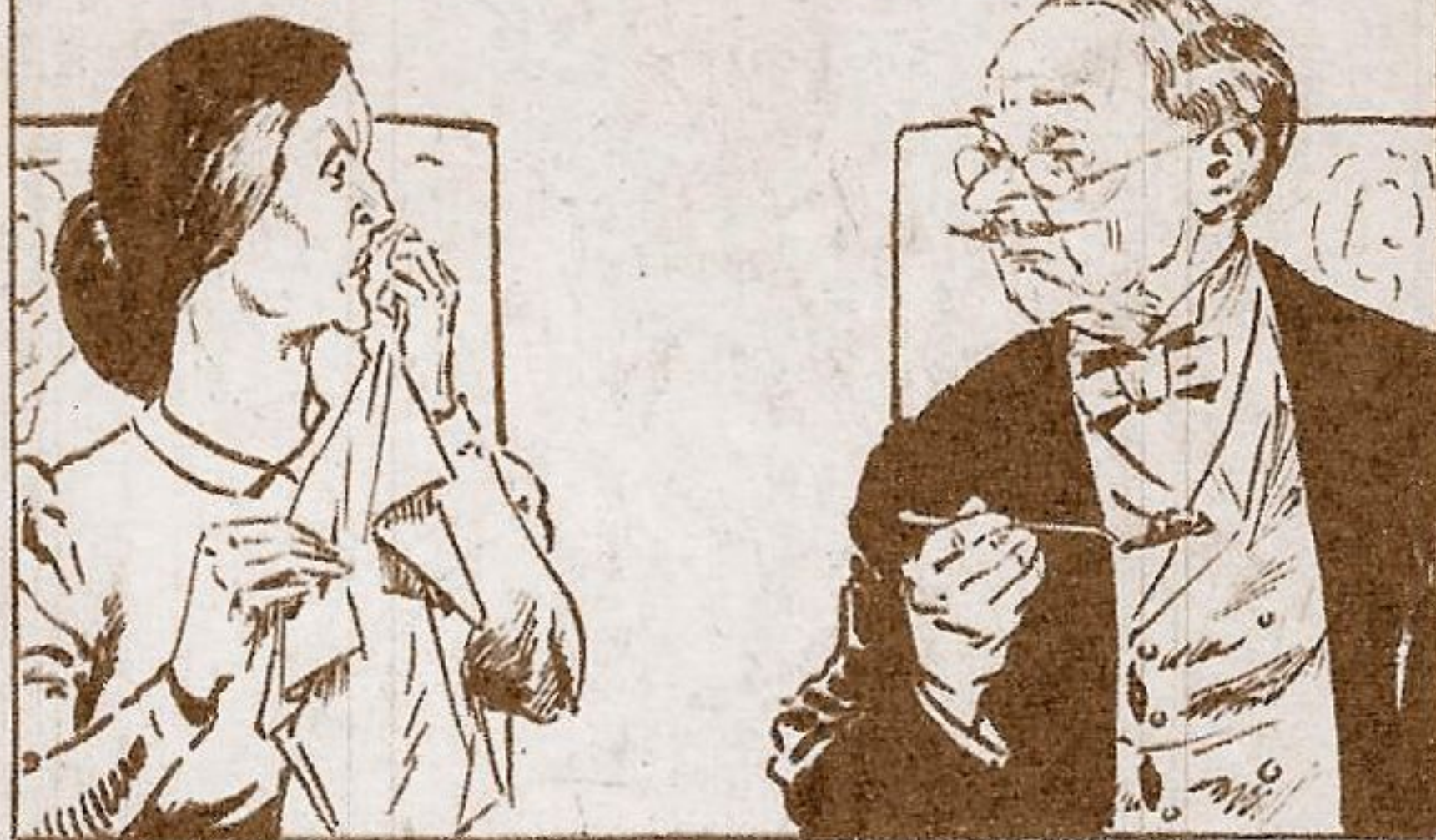
¡Ah, doctor! Cuando se ha estado en mi posición; cuando se ha comido en vajilla de plata propia, es muy triste verse reducida a la caridad, ser el juguete de los criados...

Señora, dejemos ese asunto. Beba usted agua fresca; eso la calmará.

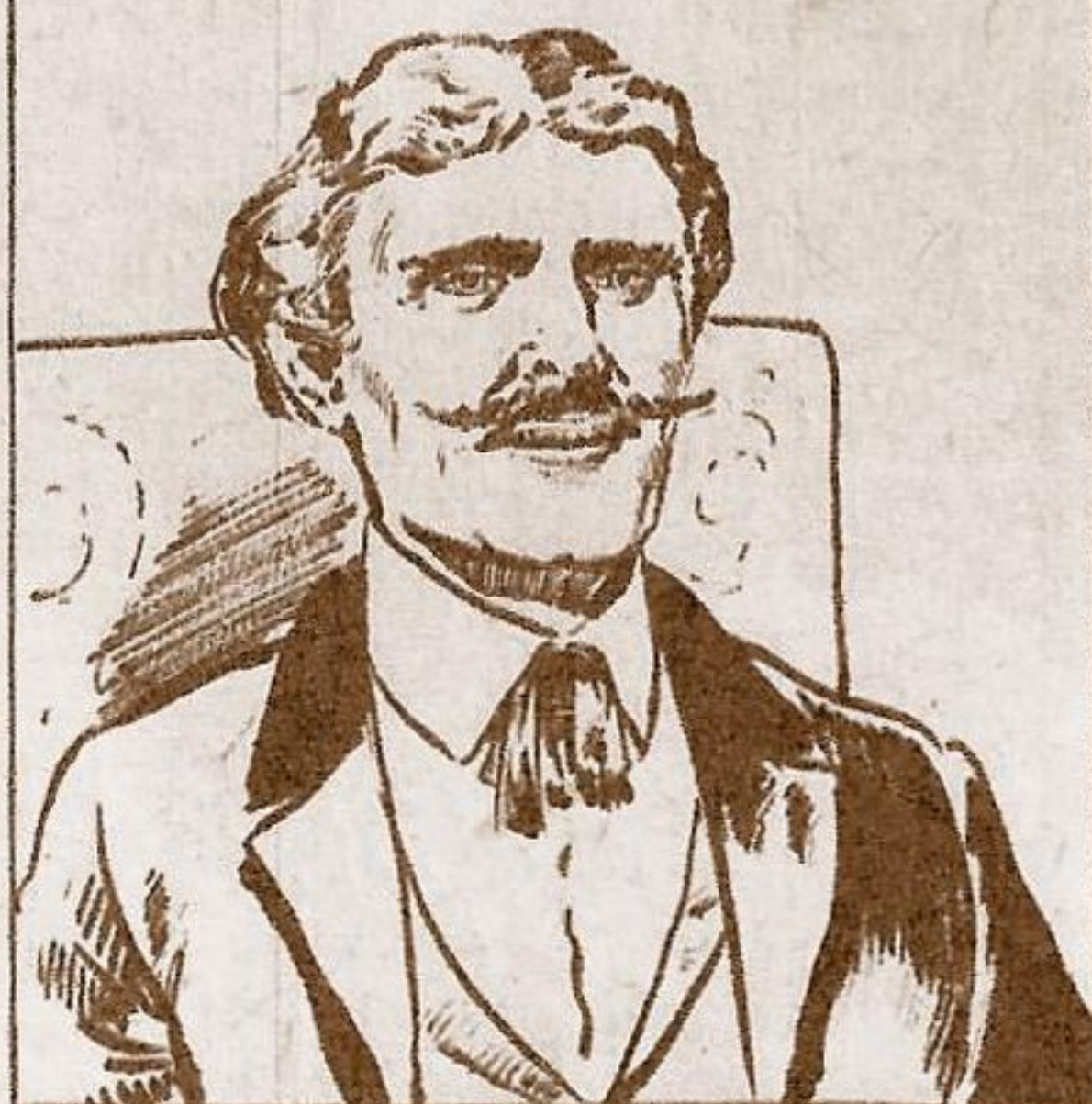


No, doctor; a mí sólo puede calmarme la muerte.

Pues entonces, señora, muérase usted.



Hacia el centro de la mesa la atención estaba acaparada por el verbo cáustico, descuidado y fanfarrón de un personaje a quien oí llamar «señor Bévalan», y que parecía disfrutar de intimidad grande en el castillo.



Se le escuchaba como a un oráculo, y la misma señorita Laroque le demostraba un interés y una admiración que parecía incapaz de concebir por ninguna cosa de este mundo. En cuanto a mí, como la mayor parte de las ocurrencias que se le aplaudían versaban sobre asuntos locales y murmuraciones de campanario, no pude apreciar sino muy incompletamente su mérito. No obstante, hube de agradecer su cortesía cuando, después de comer, me ofreció un cigarro y me condujo al salón de fumar. Allí hizo también la delicia de tres o cuatro jóvenes, cuyas bromas trataban de sugerir que el señor Bévalan tenía aspiraciones matrimoniales respecto a la señorita Laroque, y relaciones más efectivas con la señorita Héloüin.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos



Al término de la velada, Alain se proveyó de una linterna y, cruzando el parque, me condujo a mi alojamiento. Consta de tres habitaciones, convenientemente amuebladas, construidas sobre la gran puerta ojival de la entrada del castillo, entre las dos torres que la flanquean. Rodeado de encinas y abetos seculares, presentaba un aspecto melancólico que no dejó de agradarme.

En la madrugada se desencadenó una furiosa tormenta, y a mediodía desconcerté a la familia al enunciar el deseo de recorrer inmediatamente las posesiones, como preliminar indispensable de mis tareas de administrador. La señora Laroque fue la más alarmada. «¡Oh!, ¿qué prisa hay? Están muy malos los caminos. Espere usted el buen tiempo» — dijo.



Insistí con firmeza, y el debate giró entonces alrededor del vehículo que se me facilitaría; pero yo pedí un caballo.

Que le den Proserpina.

No, Proserpina, no.

¿Por qué no?



Porque lo tiraría a usted. A mí misma me cuesta trabajo montarla.

Pues bien, señorita; acaso le cueste menos cuando Proserpina me haya llevado una o dos veces sobre su lomo.

Alain, que ensillen Proserpina.

La señorita Laroque frunció sus negras cejas, e hizo un ademán como para apartar toda responsabilidad por la catástrofe que preveía.

Pero yo era un consumado jinete, y minutos más tarde afrontaba victoriosamente la irascibilidad de Proserpina, la dominaba, y partía entre aplausos que el señor Bévallan había tenido la fineza de iniciar.

Este insignificante episodio elevó singularmente mi prestigio en el castillo. Lo abonaron circunstancias propias de la vida que allí se hacía y que pude afrontar con el bagaje que mi educación me había dado. Mas no todas las consecuencias fueron gratas, pues llegué a temer por mi incógnito, celosamente guardado, un día que la señora Laroque, ajena a mi vecindad, dijo al subprefecto: —¿El origen del señor Odiot, me pregunta usted?... ¡Por favor, no me hable de eso! Es un misterio inexplicable; a veces pensamos que es un príncipe disfrazado... ¡Hay tantos corriendo por el mundo! Tiene todas las habilidades imaginables: monta a caballo, toca el piano, dibuja, y todo lo hace a perfección. Aquí, entre nosotros, mi querido subprefecto, temo que sea un mal administrador, pero sé que es un hombre muy agradable.

Ignoro si la señora Laroque modificó la parte negativa de su apreciación, aunque puedo dar fe de que me apliqué a mis funciones tan concienzudamente que se acrecentaron las rentas del castillo, con gran perplejidad de sus propietarios y dudoso aporte al prestigio póstumo de mi predecesor. Mi confidente asiduo y respetuoso era el viejo Alain. Por él supe que el señor Bévallan había solicitado la mano de Margarita.

La señora no parecía opuesta al matrimonio. El señor Bévallan es, después de los Laroque, el más rico del país... Pero la señorita no se ha decidido claramente, pidiendo tiempo para reflexionar.

Sin embargo, eso sería un motivo de alegría, y la señorita parece generalmente triste o amargada.

Es cierto, señor. Antes era alegre como los pájaros; hoy se diría que hay algo que la entristece, y, salvando el respeto que debo al señor Bévallan, no creo que la causa sea el amor por ese caballero.



Alain hizo una pausa meditativa, y añadió, inesperadamente.

¡Qué pena que usted, señor, no tenga cien mil francos de renta!

¿Y para qué, Alain?



Pero Alain eludió la respuesta.

En el primer mes de mis funciones, me atraje la enemistad de la señorita Laroque — quien me asignaba un lugar destacado dentro del desprecio que le merecían sus semejantes — y de la señorita Héloüin — que no me perdonaba el no hacerle la corte —; y, al mismo tiempo, la simpatía de una solterona de ochenta y ocho años, vecina, amiga y contertulia de la gente del castillo. Temo que no hubiera compensación.

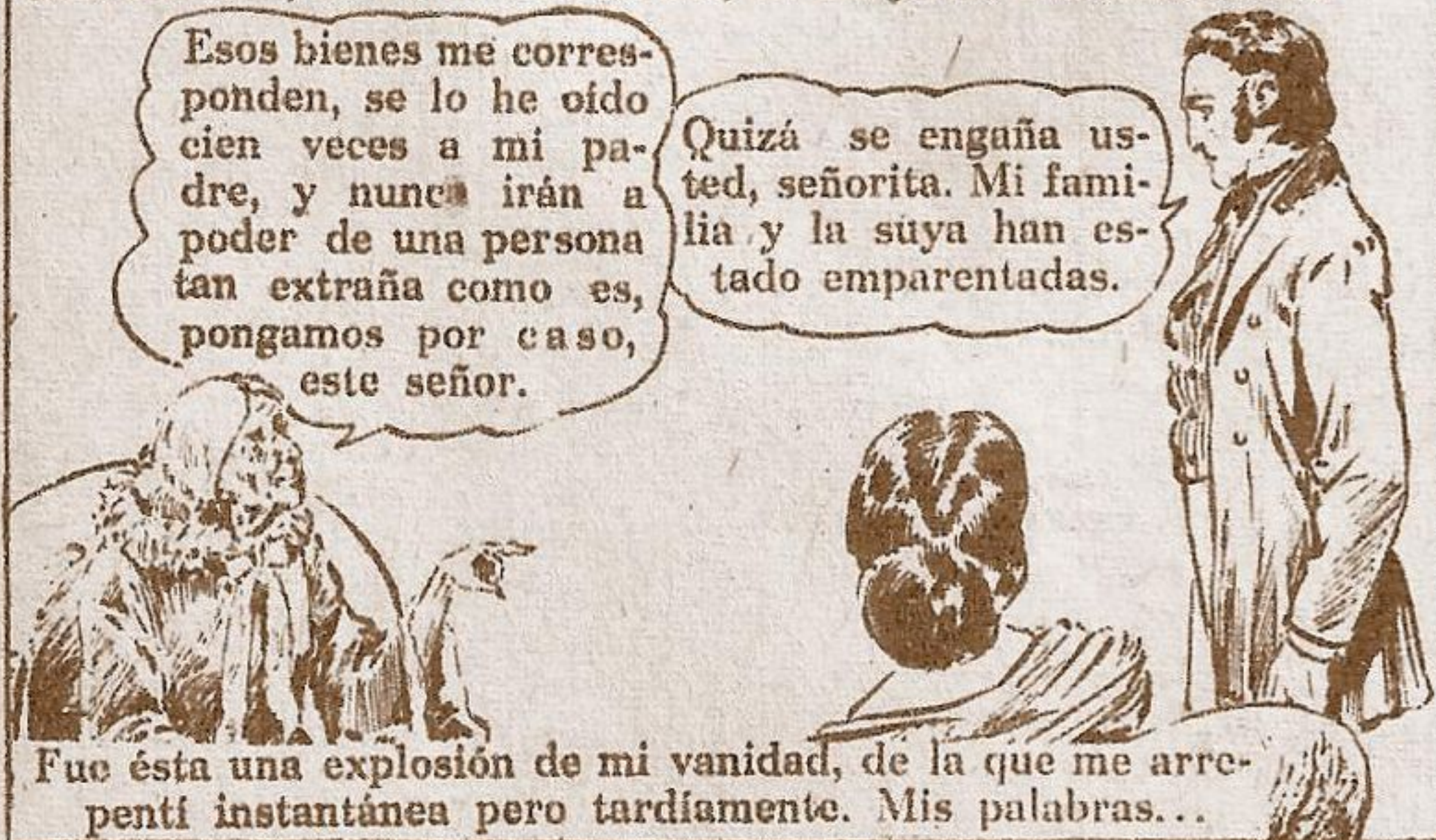


La solterona era la señorita Joselinda de Porhoët-Gaël, último retoño de una noble raza, que llevaba con dignidad sin igual la pesada majestad del nacimiento, de la edad y de la desgracia. Un lamentable proceso, que se obstinaba en sostener en España, era su esperanza para lo futuro y la causa de su progresiva ruina en lo pasado y en lo presente.

Una circunstancia casual me aproximó a la venerable dama. Ella hablaba, como de costumbre, de su juicio reivindicatorio.

Esos bienes me corresponden, se lo he oído cien veces a mi padre, y nunca irán a poder de una persona tan extraña como es, pongamos por caso, este señor.

Quizá se engaña usted, señorita. Mi familia y la suya han estado emparentadas.



Fue ésta una explosión de mi vanidad, de la que me arrepentí instantánea pero tardíamente. Mis palabras...

...habían conmovido a la anciana, celosa de su prosapia. — Usted me probará eso, joven. — Avergonzado y cohibido por las miradas curiosas que me dirigían, me incliné sin responder. Al terminar la velada, la señorita Porhoët me pidió que la acompañase hasta su casa.



Me incliné y la seguí. Su criada, vestida a usanza del país, iba delante llevando una linterna.

Y bien, caballero; aguardo su explicación.

Por Dios, señorita, espero que me perdonará una broma escapada en el curso de la conversación.



Pero la señorita Perhoët no toleraba bromas genealógicas y su indignación me intimidó.



En tal situación, lo mejor era no ocultar nada. Cambiamos confidencias de nuestros infortunios, que nos aproximaban más que el parentesco de remotos antepasados. La conversación me inspiró un respeto tierno y profundo por la anciana. Procuré demostrárselo, entre otras formas dedicando muchas horas al estudio de los legajos de su litigio, que, desgraciadamente, no me permitieron alentar sus ilusiones; la piedad hizo que también me abstuviera de desanimarla. En eso estaba una tarde, cuando la señorita Porhoët recibió la visita de la señorita Laroque, que realizaba una de sus habituales excursiones a caballo. La ilustre dama trataba a la niña con el mimo de una madre cariñosa. Nos retiramos juntos hacia el castillo, y el tema de nuestro diálogo fue mi colaboración en las preocupaciones de la señorita Perhoët.



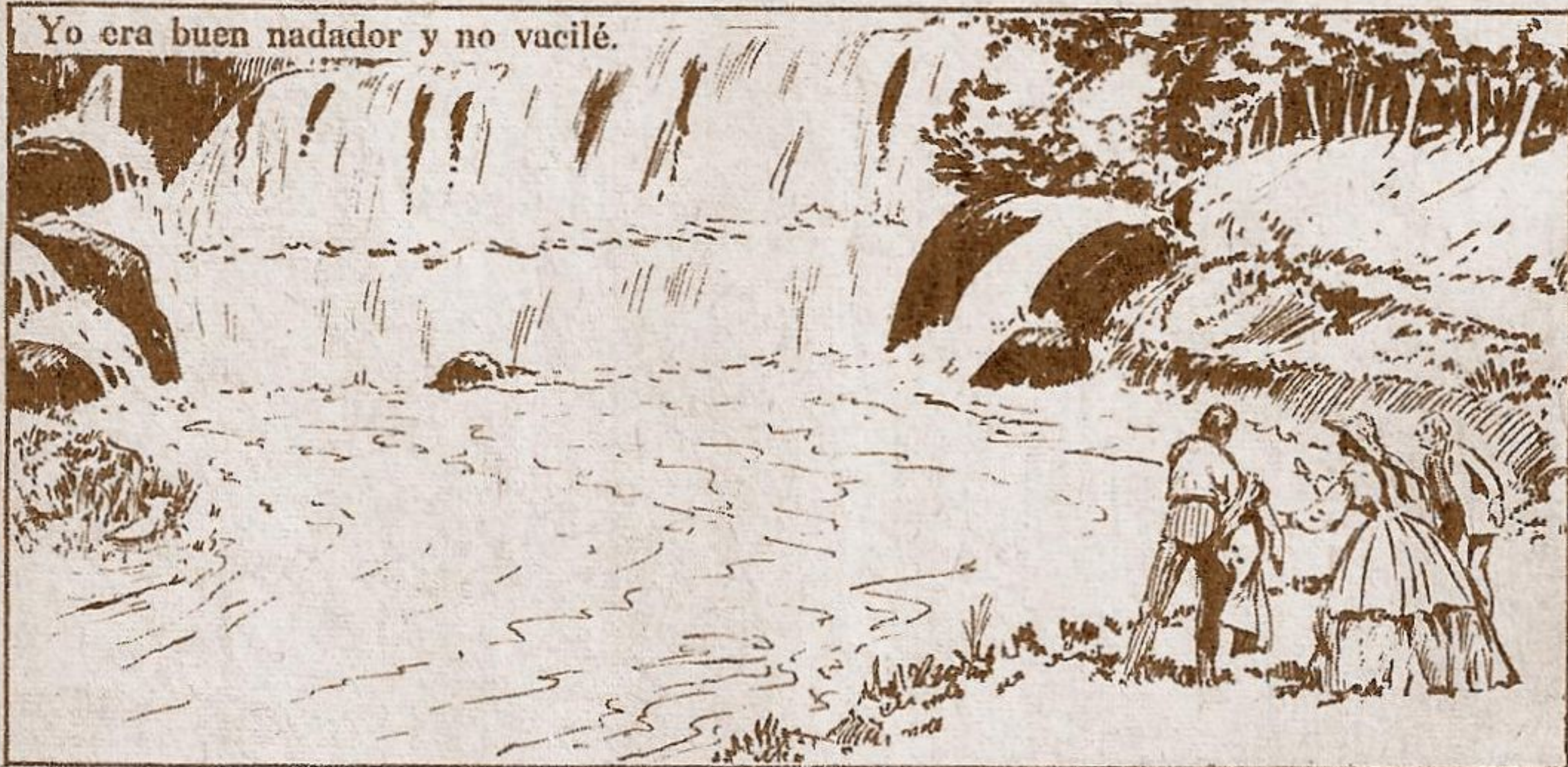


Pasé dos días sin verla. El tercero, trabajaba frente a la ventana de mi torrecilla... — ¡Señor Odio! ¿Quiere usted dar un paseo con Alain, con Mervyn y conmigo?... Sí, lo quería, como que la imagen bella y enigmática de aquella niña no se apartaba un instante de mi mente; y aunque la sorpresa me había desconcertado, bajé y estuve en la barca en un instante.

El paseo transcurría deliciosamente, aprovechando las aptitudes de Alain para manejar los remos. Bajamos junto a un salto que formaba el riacho, y Margarita se solazó arrojando su pañuelo al agua y haciendo que Mervyn se lo devolviese. El animal realizó gozoso la prueba; mas al intentar repetirla, quedó aprisionado entre unos matorrales. Sin lograr zafarse, lanzaba lastimeros aullidos.



Yo era buen nadador y no vacilé.



Dueño de sus movimientos, Mervyn se apresuró a ganar la orilla, abandonándome a mis fuerzas; y cuando quise seguirlo, advertí con disgusto que a mi vez estaba sujeto en las redes de la maléfica náyade que sin duda reinaba en aquel paraje. Una de mis piernas estaba enredada en unas lianas, que vanamente intenté romper.



Al fin, un violento esfuerzo consiguió liberarme, y gané tranquilamente la orilla. Margarita me tendió la mano, temblando.

¡Qué locura! ¡Pudo usted morir!... ¡Y por un perro!

Era el de usted.



Estas palabras parecieron contrariarla. Pero tuvo la bondad de disimularlo prestamente, al decirme:

Señor Odier, tome la barca y aléjese de prisa. Se confortará remando, pues debe estar aterido. Yo volveré con Alain por el bosque; el camino es más corto.



Esa noche volví a la tertulia del castillo, donde tuve el placer de oír contar el episodio a la señorita Laroque, quien omitió íntegramente la parte que me había correspondido. El día siguiente no fué para mí más alegre que la víspera, como que lo empecé leyendo una carta de Madrid, en la cual un procurador, a quien a mi vez me había dirigido, me anunciaba que la señorita Perhoët había perdido su pleito, aunque no en beneficio de la parte contraria sino de la Corona, que había comprobado su derecho a las valiosas propiedades cuestionadas. Reflexioné largamente, y resolví ocultar a mi anciana amiga la ruina de sus esperanzas. Pero el silencio no evitó que me sintiera muy triste. En aquella misma jornada, tuve motivos para que se acentuara mi pena: yo presentía que la señorita Perhoët no había guardado el secreto de mi nacimiento; y fuera por eso o por otra causa, el hecho es que Margarita acentuó los sarcasmos con que solía hostigar-me, al punto que su madre me pidió disculpas. ¡Alma extraña, a fe mía! No tardaría en develar la verdad que se agitaba en lo más íntimo de ella.



Fue una tarde en que la señora Laroque me propuso acompañarlas a la alquería de Langoat, a seis leguas de camino, hacia la costa. Cuando nos hallamos en la meta de nuestro viaje, la señora me preguntó si había yo subido a la colina que dominaba al paisaje, y, ante mi respuesta negativa, añadió: —¡Oh! Es una lástima. Se disfruta desde allí de un hermoso panorama. Es necesario que lo vea. Mientras yo descanso un rato, Margarita lo acompañará. ¿No es cierto, hija?

Tal vez Margarita no tenía mucha voluntad de hacerlo, pero no cometió la descortesía de negarse. Subimos, pues. Ante el cuadro maravilloso que se dominaba, quedamos en éxtasis.



¡Dios mío, qué hermosura!

Estaba yo muy lejos de esperar aquella simpática efusión, que contrariaba convicciones confesadas de la joven. Me volví a mirarla...

...y encontré su rostro transfigurado por la emoción. ¿Confiesa usted que esto es bello?



Bajó la cabeza. Dos lágrimas corrieron por sus mejillas. Procuró, no obstante, sobreponerse con un gesto desdenoso.

Estoy avergonzada. ¡Quiero odiar todo lo bello!



¿Y por qué, Dios mío?

¡Porque soy bella y no puedo ser amada! Me adulan, me asedian, me solicitan... ¡Pero no es a mí a quien se dirigen! Es a mi fortuna. Por eso la desconfianza me corroe y el amor de que rebosa mi corazón morirá en él...



Calló, temblorosa de emoción. Luego su voz fue un susurro.

Caballero, no he buscado este momento... no he premeditado mis palabras... Pero, en fin, he hablado y usted conoce mi secreto. Creo que me perdonará si alguna vez lo he herido a usted. Partamos.



No tardamos en iniciar nuestro regreso al castillo. La noche, ya caída, ocultaba las huellas de nuestra emoción. Yo seguía viéndola en aquella cumbre radiosa, como a un ángel de belleza bañado en llanto divino. Sentía sus lágrimas en mi corazón. ¡Dios mío, cuánto la amaba!



Dos días después, y en los sucesivos, fui sometido a un suplicio que tenía previsto, pero cuyos punzantes detalles yo no había sabido calcular: fue concertado el compromiso de la señorita Laroque con el señor Bévallan, fijándose para el mes próximo la fecha de la boda. Ella no podía amarlo; cedía a la vanidad, a la costumbre, a la presión amable pero insistente de su círculo amistoso. ¡Aunque sin amor, sería suya! Los celos me desgarraban. Ella, indiferente a mis sentimientos, me trataba con más asiduidad y dulzura que antes. Una tarde, habiéndome encontrado en el campo, me propuso que conociésemos juntos la torre de Elven, que alzaba en la lejanía el prestigio de una leyenda feudal. La puerta, al cuidado de un pastor que no encontramos, estaba franca, y cedimos a la tentación de entrar y escalar los cien pies del severo y sombrío torreón. Los peldaños, perfectamente conservados, nos...



... permitieron llegar sin riesgo a la última plataforma, desde la cual la perspectiva era inmensa y deliciosa. Allí, sentada en el reborde de la ventana, Margarita miraba a lo lejos y callaba. Yo me embriagaba en la adoración más reverente.



Cuando le plugo, interrumpió la contemplación y empezó a descender la escalera. Yo la seguí. Mas nuestra sorpresa fué enorme al ver cerrada la puerta. Sin duda el guardián, ignorando nuestra presencia, había echado la llave mientras estábamos arriba. Pero la verdad era lo último que podía suponer Margarita; sintió, en cambio, que...

... toda su suspicacia se sublevaba; se vio deshonrada por las conjeturas que originaría una noche en aquel encierro, y me arrojó al rostro estas palabras:

Señor marqués de Champcey: ¿ha habido muchos miserables en su familia antes que usted?

¡Margarita!



Esta exclamación, a la que no pude quitar un acento apasionado, terminó de irritarla. Entonces, en incontenible catarata de palabras me enrostró mi conducta: yo había venido a perturbar su espíritu y la paz de su casa, disimulando mi verdadera condición como un medio de atraparla mejor y de restaurar así las brechas de mi fortuna; y ahora, viendo frustrados mis planes, apelaba a la ruindad de sobornar al guardián para que nos encerrase en la torre y ella se viese forzada a casarse conmigo... No pude resistir más; le tomé las manos en un arrebato de violencia, y exclamé: —¡Margarita, pobre niña, escúcheme bien! ¡La amo, es cierto, y nunca amor más santo entró en el corazón de un hombre! Y usted... ¡usted también me ama, desdichada!

¡Y ahora, ruegue a Dios! ¡Ruegue, pídale milagros, porque ha llegado la hora de ellos!

Y rechazándola bruscamente empecé una desatentada carrera, escalera arriba. Ella me seguía con dificultad, sollozando e implorante.



Me asomé a la alta ventana. Atraje unas ramas de las encinas y hayas que crecían lujuriosamente en el antiguo foso, y me lancé al vacío. Las ramas se doblaron hacia el abismo, y luego caí en un terreno fangoso, que amortiguó el golpe. Desde la ventana, Margarita gritaba: —¡Máximo, Máximo! ¡Por compasión, por piedad, hable usted! ¡Perdóneme, Máximo!

Me levanté y la vi en la ventana, rodeada de una aureola de luz pálida, las manos crispadas, los ojos ardientemente fijos en el precipicio. —No tema usted —le dije—; no me he hecho daño. Tenga paciencia una o dos horas. Voy al castillo; es lo mejor. Esté segura de que guardaré el secreto y de que su reputación quedará sin mancha.



Recobré mi caballo, que había dejado, con el de Margarita, atado cerca de la torre, y corrí al castillo. Rápidamente cambié de traje y me dirigí al salón. La señora Laroque me preguntó ansiosamente si no había visto a su hija. Contesté que sí, y que ya era un poco tarde cuando me dijo que se dirigía, sola, a la torre de Elven. Como la torre quedaba un poco lejos, todos coincidieron en que se había extraviado al retornar, ya de noche. Se organizó una expedición de rescate, de la que no participé, y dos horas más tarde la orgullosa heredera penetraba en su mansión y refería cómo la puerta de la torre, clausurándose inesperadamente, le había creado la probabilidad de una noche de pavorosa soledad... A partir de este episodio, los acontecimientos se precipitaron con vertiginosa rapidez.

El señor Laubepin, como hombre de confianza, llegó a redactar el contrato de bodas Bévallan-Laroque.

Toda la familia estaba solemnemente reunida en el gran salón, cuando el señor Bévallan leyó el documento, y, demudado, objetó que se le limitara la administración de los bienes de su futura. El señor Laubepin observó que eso era un contrato de bodas y no un testamento; y la señorita Laroque, herida en su fibra más sensible, se irguió con su imponente majestad. —¡Basta ya, señor Laubepin! —dijo—; ¡arroje usted al fuego ese papel! Mamá, haz devolver sus regalos al... caballero Bévallan.



Cuando hicimos un aparte, el señor Laubepin se frotó las manos, con ruido de pergaminos, y comentó, a guisa de justificación: —Yo no podía permitir que la pequeña se casase con ese fatuo, a quien no quiere... ¡Qué caramba!... —Y me miraba, con su singular malicia de viejo jacobino.



Sería hipócrita de mi parte negar que esa ruptura me regocijó. Pero tenía muchas razones —y el orgullo, aunque no sea razón— para no implorar, en tales circunstancias, el amor que seguía manifestándoseme remoto, inasible. Correspondí, pues, con la misma reserva, fría y cortés, que daba consistencia de fantasías a las confidencias de la torre de Elven. Por momentos, yo mismo me preguntaba si aquello había ocurrido tal como lo retenía mi memoria. Como tampoco esa situación podía prolongarse, maduraba yo el proyecto de alejarme definitivamente de mi empleo en el castillo, cuando ocurrió un suceso que cambió el curso de las cosas. Alain vino una mañana a buscarme urgentemente, de parte de la señorita Porhoët. La anciana había recibido un pliego de Madrid y al leerlo había sufrido una crisis que hacía temer por su vida. En medio de su gravedad, me llamaba.

Entré lleno de dolorosa ansiedad en la estancia de la moribunda, donde ya se encontraban la señora y la señorita Laroque, el doctor Desmarts, un sacerdote y el notario de la anciana. Cuando ésta me vio, una sonrisa iluminó su rostro, ligeramente alterado. Tomé su mano y caí de rodillas, sin poder contener las lágrimas. — ¡Hijo mío, querido hijo! — exclamó.



Después, a una señal de la enferma, el notario leyó: «Por todo lo cual, instituyo heredero universal de todos mis bienes, tanto en España como en Francia, sin ninguna condición ni reserva, a Máximo Santiago María Odier, marqués de Champcey d' Hauterive, noble de corazón y de raza. Tal es mi voluntad. — Joselinde Juana, condesa de Porhoët-Gaël.» Estupefacto me incorporé, e iba a hablar; pero...

...la señorita Porhoët, sujetando dulcemente mi mano, la puso en la mano de Margarita. Sentí que la amada niña se estremecía. Incliné su frente sobre las almohadas y murmuró, enrojeciendo, unas palabras al oído de la agonizante, que cerró los ojos, como dormida. De pronto, su semblante tomó un aspecto de inmortal juventud, que lo transfiguró.



Cuando Margarita lloró en mis brazos aquella muerte y sentí confundidas nuestras lágrimas, no tuve ya duda de que por una de esas paradojas frecuentes en la vida el dolor nos abría el sendero de la felicidad. Lo que tardamos en comprender, fué el exacto valor del testamento de la anciana, que no parecía, a primer examen, sino una lírica expresión de cariño. Pero la señorita Porhoët había muerto inmensamente rica: las propiedades de su litigio, reivindicadas por la Corona de España, le habían sido reconocidas por ésta, a mérito de una real orden de Felipe V, que se remontaba al 10 de abril de 1716. Esta era la noticia que la anciana había recibido y que su abatido corazón no pudo resistir.

El señor Laubepin, fuerte todavía, suele venir a visitarnos y a solazarse con nuestra dicha. Una vez estuvo indiscreto.

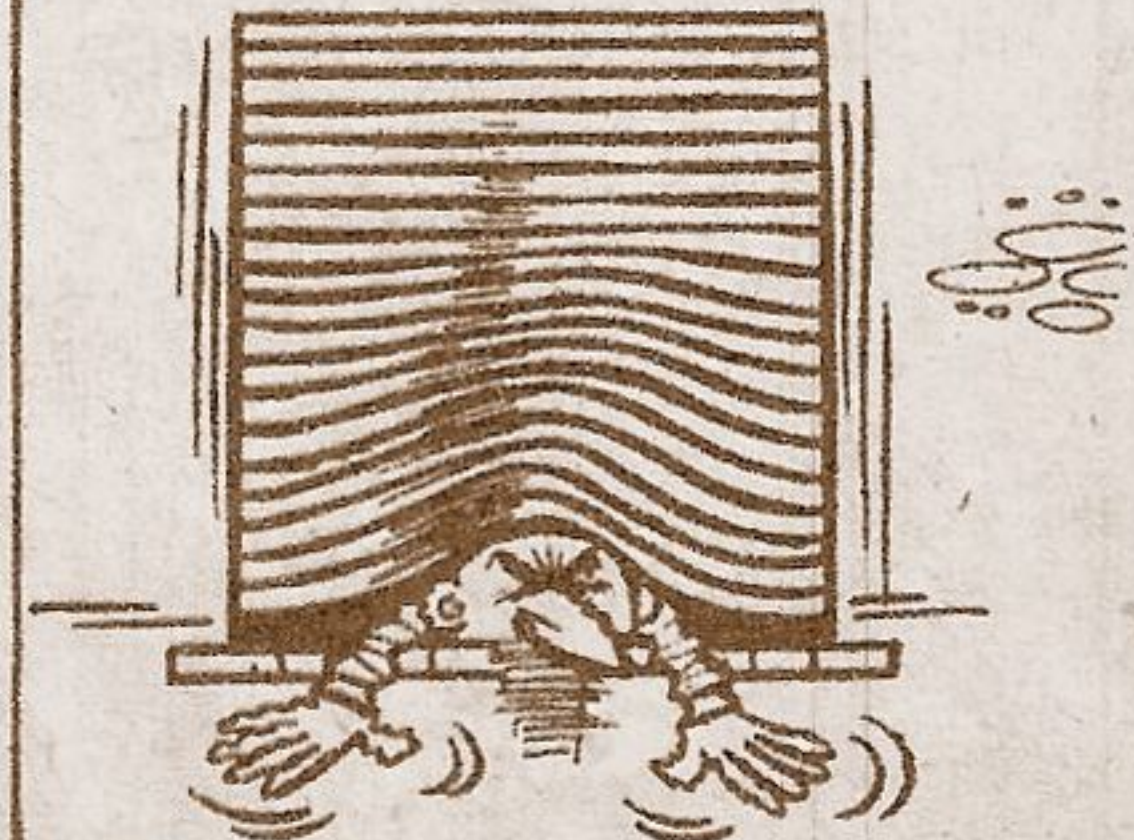
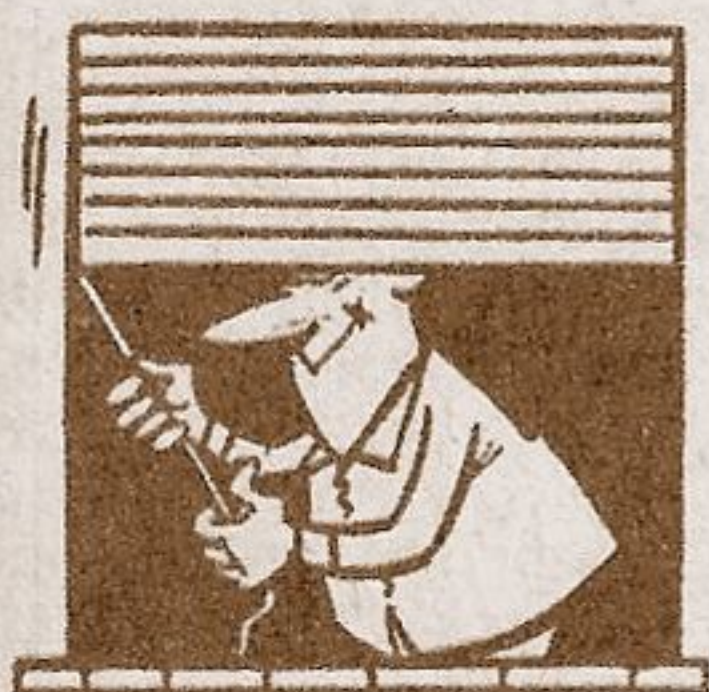
Quizá deba confesarle, amigo mío, que al enviarlo al castillo me propuse casarlo con la señorita Laroque...



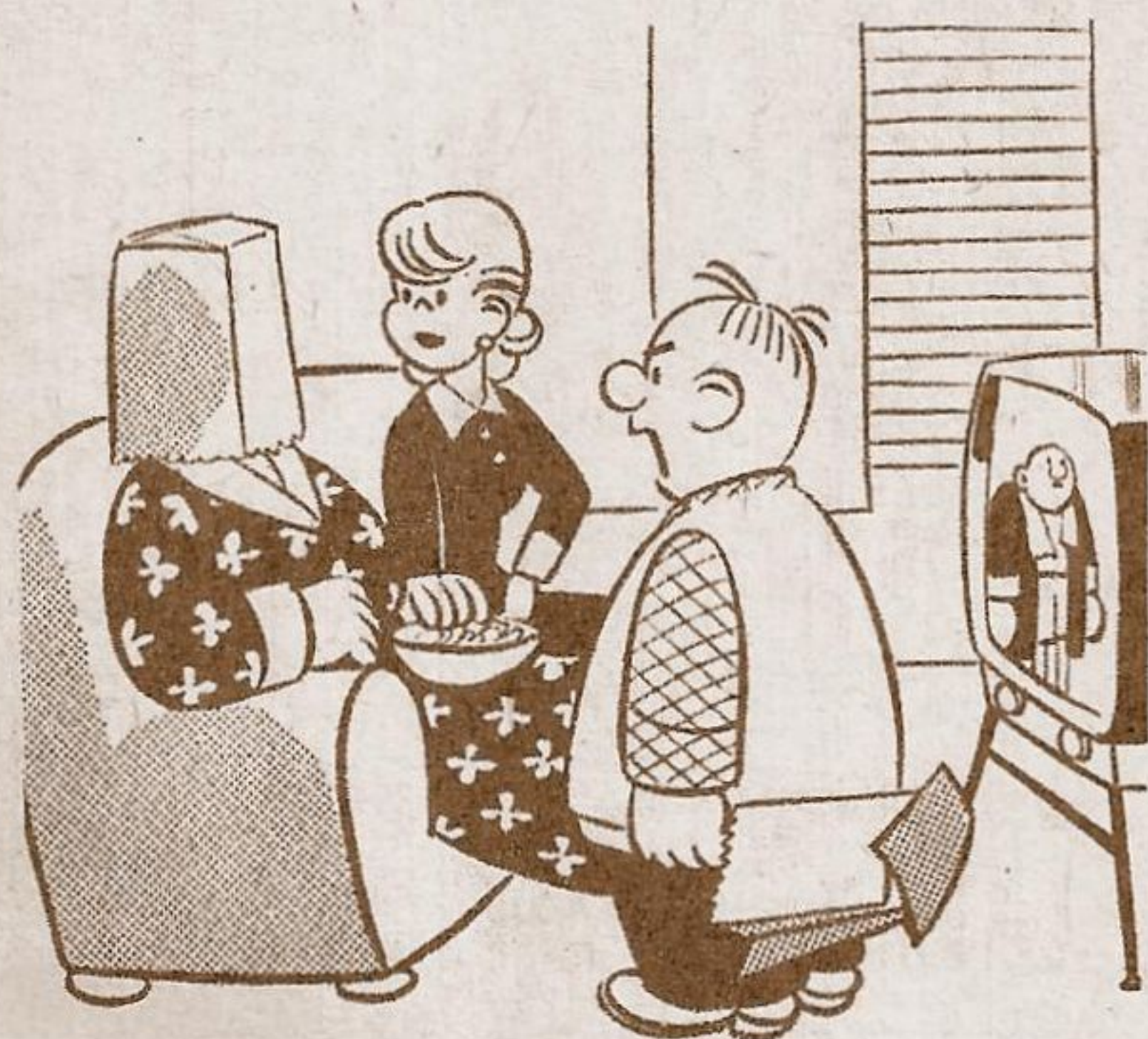
Y se restregaba las manos, con ruido de pergaminos.

FIN

A REIR



UN POCO DE BUEN HUMOR

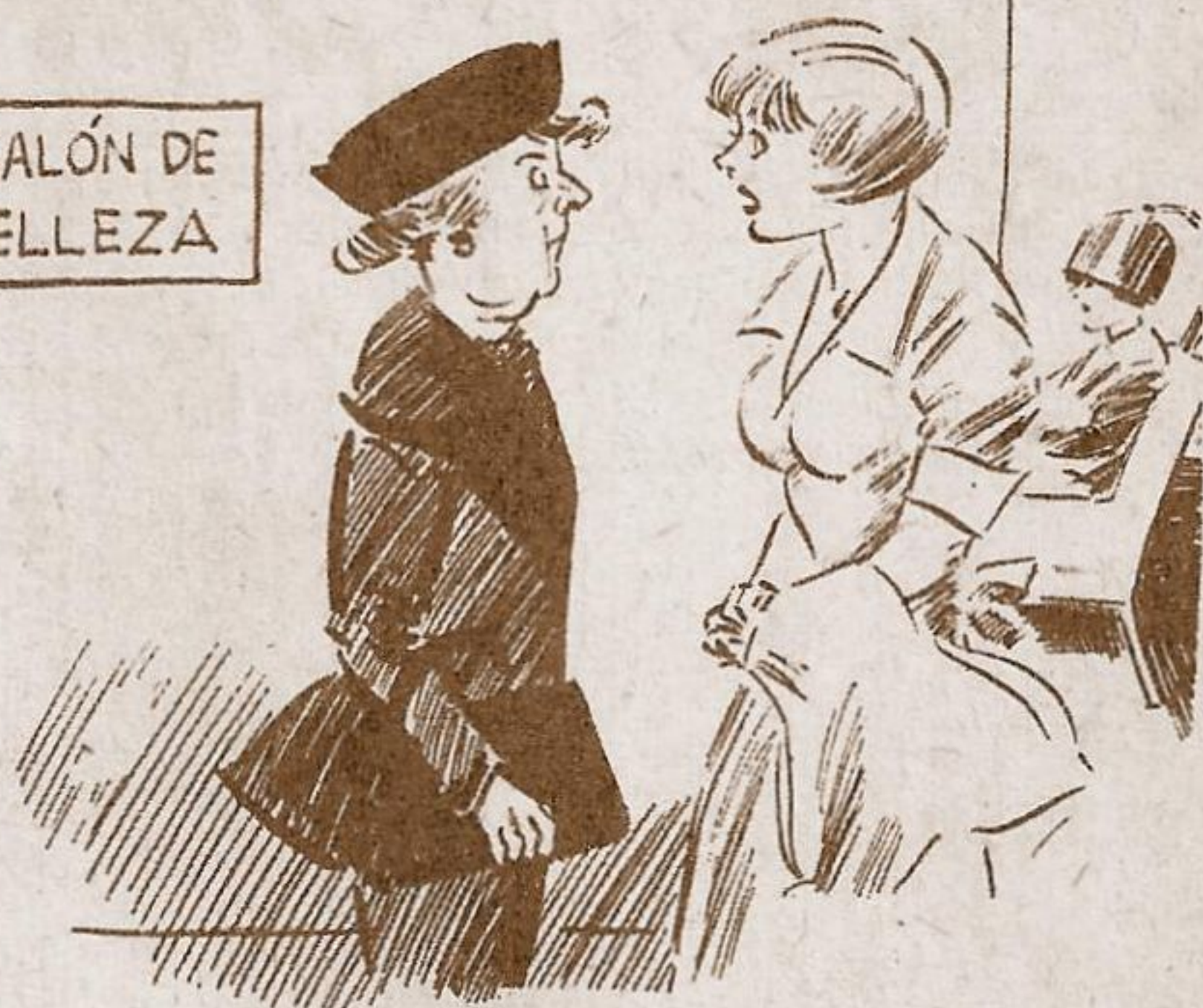


- ¿Algún otro no quiere ver la pelea de esta noche aparte de usted, querida suegra?

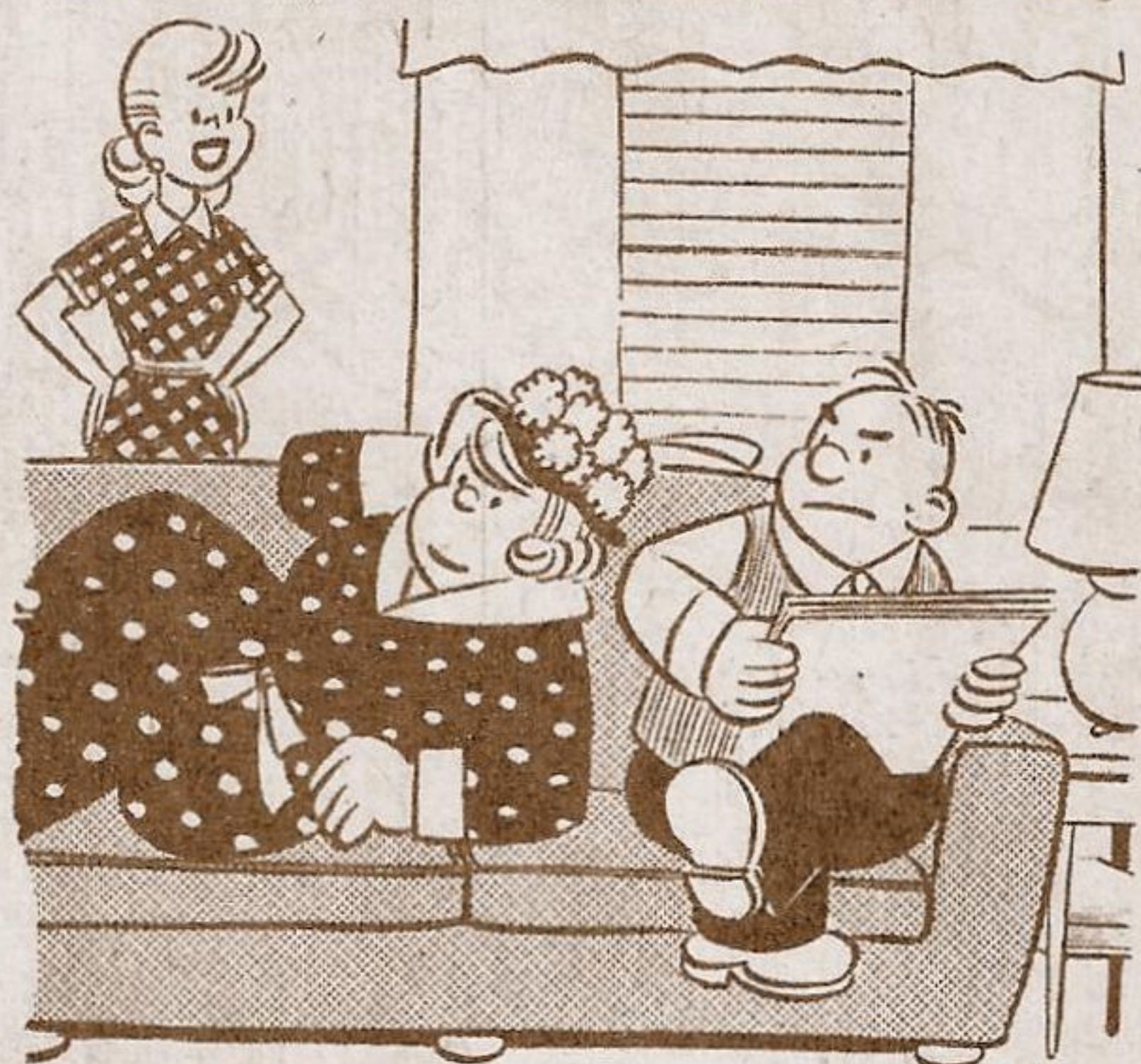


- Mi esposa trabaja para ayudarme con los gastos de la casa, pero, como gasta más que antes, tuve que conseguir otro empleo.

SALÓN DE
BELLEZA



-Intentaré hacer algo por usted, señora, pero creo que le robaremos el dinero.



-Me parece que mi madre quiere que le digas algo sobre su sombrero nuevo, querido.



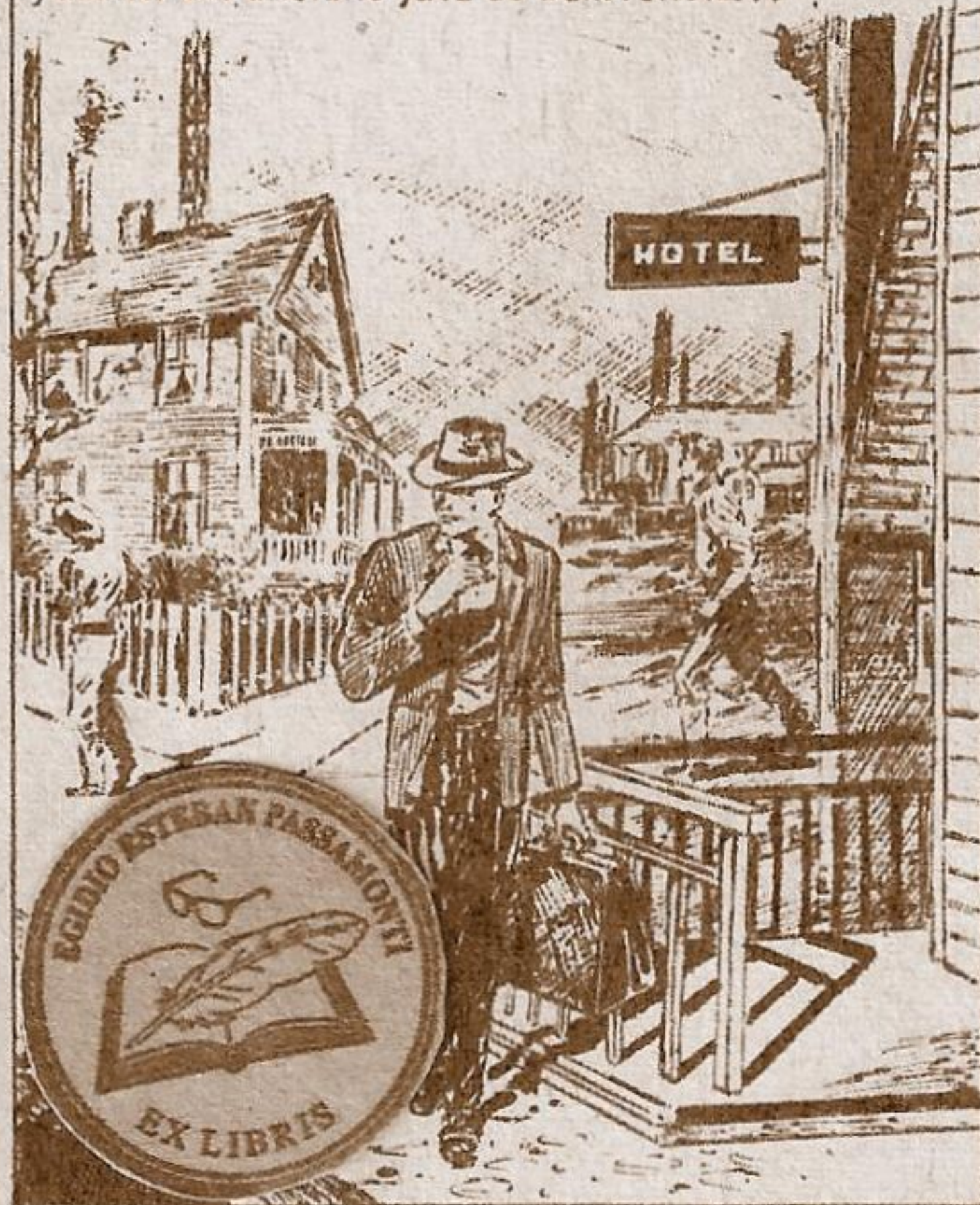
- Este... ¿Cómo me has dicho que te llamabas?

PUEBLO DOMINADO

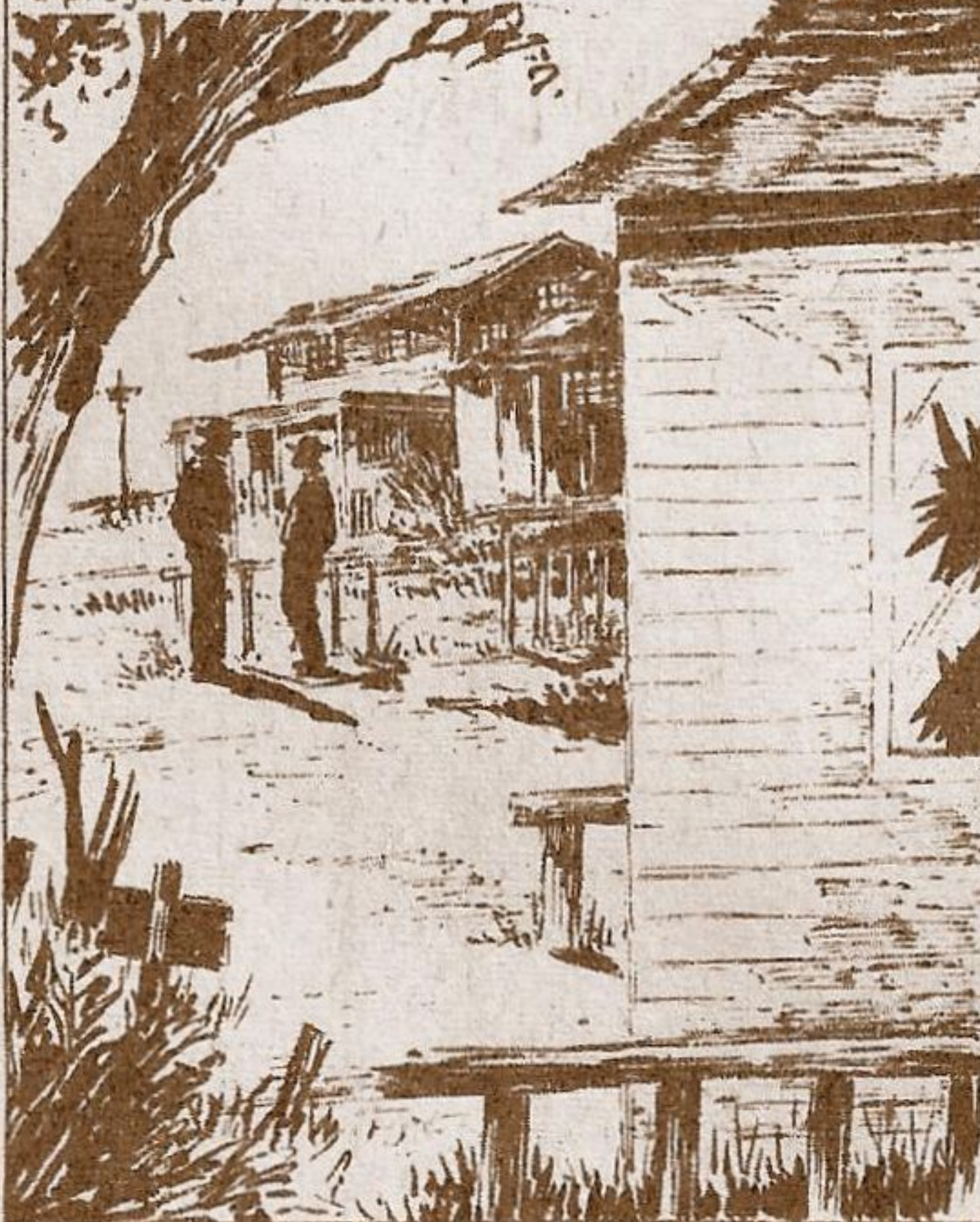
Por JACK FELLOW

DIBUJOS DE DAVID COOPER

Rod Baylor llegó a la estación ferroviaria de Bakersfield. Nadie lo esperaba. El joven preguntó por la casa del juez Hughes, e instantes después caminaba con rítmicos pasos hacia el sitio que le indicaran. Era el dos de enero de 1937. Rod estrenaba su puesto de ayudante del anciano juez de Bakersfield...



Ese sitio de California prometía, con sus industrias en auge; petróleo, magnesio, cobre, maderas. Sin embargo, el aspecto del lugar no era grato. Y a menos de diez millas de allí, se desintegraban dos pueblitos siniestros y abandonados. Pero Bakersfield iba a progresar, y mucho...



El doctor Hughes tenía mal semblante. Estaba muy enfermo...

Felizmente hay en usted un próximo reemplazante, Baylor...

¡Nada de eso, doctor!
¡Usted todavía hará mucho por la ley!



Una joven delgada trajo algo para tomar. Era sobrina del juez...

Llévame hasta su cuarto al doctor Baylor, Fancy.



¡De ningún modo voy a incomodarlos!
Ya tengo mi cuarto tomado...

La dureza que se reflejaba en el bonito rostro de Fancy, pareció ceder ante las palabras del joven desconocido. Rod insistió "en no molestarlos con su cotidiana presencia en la casa."

Bien. Si usted lo quiere así... ¡pero mi casa es suya, Baylor!



Rod se despidió de los Hughes. Fancy se limitó a sonreírle apenas. Sin embargo cuando Baylor se alejaba de la casa...

¡Doctor! Voy en esa dirección...



A pesar de la escasa cordialidad de ella, Rod se sintió a gusto... Iban conversando cuando un enorme automóvil llegó a gran velocidad.

¡Ellos, siempre ellos! ¡Despreciables!



En realidad los ocupantes del auto no se preocuparon por la molesta cortina de polvo que envolvió a Fancy y Rod. La mujer exclamó: "¡El millonario señor Lynn!" Se reservó el resto del agrio pensamiento.

No tengo el gusto de conocer a ese señor. ¿Me lo presenta...?



¡Ya lo conocerá! ¡Es el "dueño" del pueblo!

"¿Dueño de un pueblo tan grande?
¡Caramba!"

Dueño de casi toda la actividad comercial e industrial. Mi tío lo estima. ¡Pero es demasiado bueno el tío Jay!



Fancy se despidió del ayudante de su tío, penetrando en una casa con enorme y des-
arreglado jardín. Rod la siguió con la vista
algunos instantes, reanudando la marcha
a tiempo que el potente automóvil del
señor Lynn, volvía a pasar levantando
gran polvareda...

¡Le enviaré la cuenta del
tintorero, amigo!



Baylor ocupó una pieza que alquilara a dólar
diario. Joven e inquieto, se lanzó a recorrer
el pueblo donde debería actuar desde el día
siguiente. En el bar "Omka", de buen aspecto,
pidió café. Desde el reservado llegaban voces
masculinas. Una discusión que iba en aumento.



Se produjo la entrada de un individuo corpulento...

¡Es ese idiota de Grenkay, comisario
Minfeld! ¡Arréstelo!

(El comisario... ¡mayor gusto!)



Grenkay parecía no tener pelos en la lengua
y reprochaba duramente a Jomy Lynn, "el
dueño de Bakersfield", por cuestiones que
Baylor desconocía.

¡Minfeld! ¿Quiere retirar de mi vista a éste
tonto de Grenkay?



La discusión concluyó, y el tal Grenkay tuvo
que marcharse "ante la sugestión" del comisario.
Rod Baylor observó todo con serenidad. El
incidente le ilustró con claridad sobre "la
situación de ese pueblo". Pidió otro café. Y
en ese mismo momento...

¡Señorita Hughes!



Le resultaba curiosa la presencia de Fancy
en ese sitio. Ella se detuvo con cierta vacilación
en la mirada. Luego penetró en una cabina
a hablar por teléfono. Rod pensó: "¡Cosas
de muchachas!" Supuso que tal vez
hablara con el novio...



Mientras eso sucedía, aparecieron los hombres
del reservado. Todos muy bien trajeados,
y de aspecto próspero. Las "fuerzas vivas"
del lugar. Al frente iba el otoñal pero aún interesante
Jomy Lynn...

¡Fancy! ¿Y su distinguido tío, el juez...?



Fancy iba a marcharse del "Omka", pero se
detuvo para presentar, inopinadamente, a
Rod Baylor...

¡El futuro juez del pueblo, según
opinión de mi tío!



Ocho pares de miradas se clavaron en Rod.
Jomy Lynn sonrió como si le hubieran puesto
resorte a sus maxilares. Estiró la mano...

¡Bienvenida "la ley"! Le presento al
comisario Minfeld.



Tras un breve cambio de palabras almidonadas
de "las fuerzas vivas", todos se marcharon
en el auto de Lynn.

¡Un montón de dólares cuesta esa
máquina! ¡Pero dólares es lo que
le sobra a Jomy Lynn!



Era enigmático el gesto, y la voz de la mujer.
Fue lo último que escuchó de ella -esa noche-
el ayudante del juez de Bakersfield.

¡Adiós! ¡Mucho gusto, nuevamente, Fancy!



Ella se alejó rápidamente, sin volver la cabeza. La
noche era quieta, fría, y probablemente
nevara. Rod Baylor caminó bajo la enorme luna
que guiaba sus pasos de hombre preocupado por diversos
problemas recién advertidos en ese pueblo. Pasó
ante el detenido auto de Lynn.



Tuvo la sensación de que alguien se ocultaba en el jardín de la casa del millonario y "dueño" del lugar. Pensó: "Si algo sucede, es cosa de la policía. Ignoro lo que en realidad ocurre en este pueblo". Y se marchó. La figura saltó del jardín de la casa, a la calle.



Era muy temprano en la siguiente mañana, cuando lo llamaron a Baylor.

¿Qué pasa, comisario?

¡Han atentado contra el automóvil del señor Lynn!



Señalaba hacia el exterior, a tiempo que exclamaba: "El culpable está detenido". Al parecer se trataba de Grenkay. Pero Grenkay tenía conocidos, como el doctor Harry, quien tras presentarse a Rod Baylor, le dijo a quemarropa: "¡Felizmente hay 'un justicia joven en el pueblo!'"

¡Es el momento de que usted sepa "todo" lo que aquí ocurre! ¡Muchas cosas extrañas de un tiempo a esta parte!



Aníbal Harry era ya un hombre maduro, pero sus nervios conferían brío juvenil a sus frases.

¡Ataques, intranquilidad, y hasta algún crimen! ¡Escúcheme bien, doctor!



Y contó una extraña historia, ignorando tal vez el daño que él mismo se hacía.

Mi amigo Fred Luket murió hace diez meses y...



Se atragantó considerablemente, y Baylor tuvo que levantarse y llenar una copa de whisky para que Harry se animara. Logrado esto...

Fred iba "a hundir" a Jomy Lynn cuando falleció.



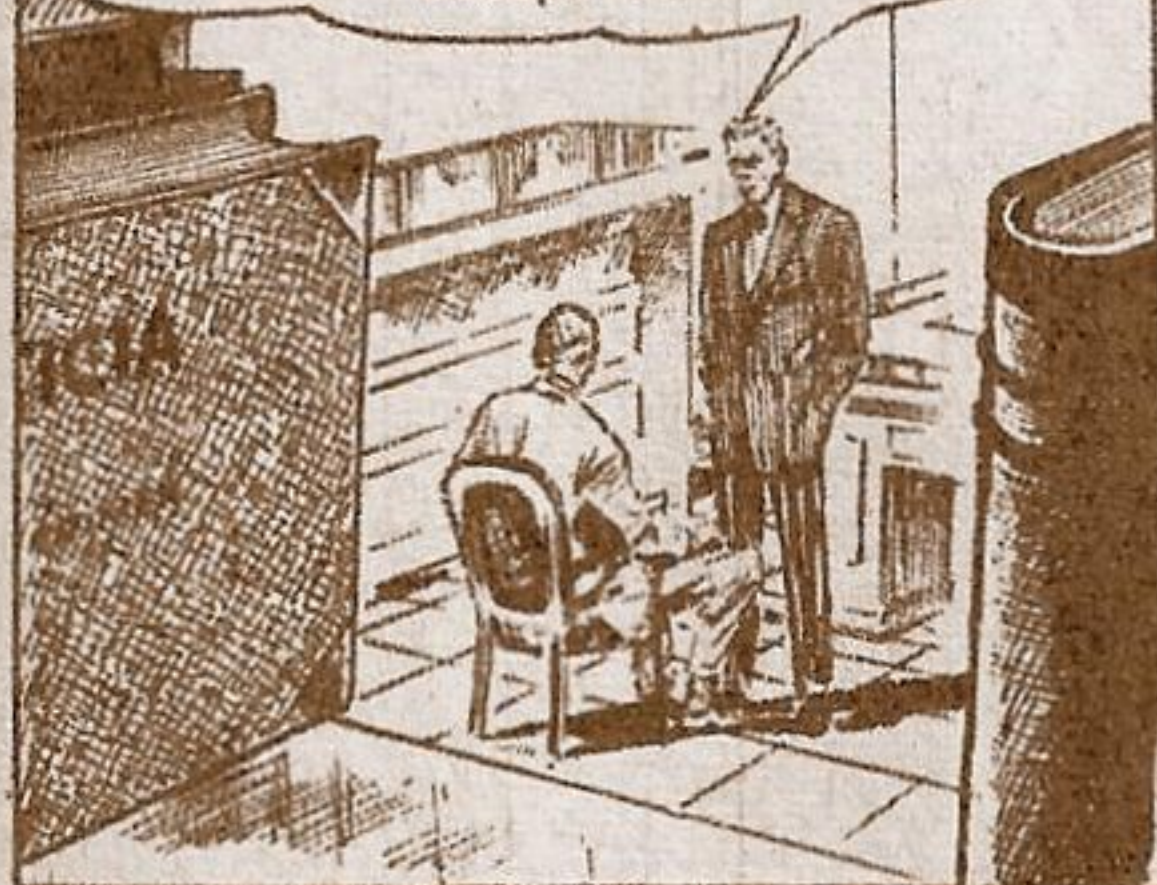
El rico maderero Fred Luket había decidido elevar un memorial sobre "sus investigaciones en Bakersfield".

¡Especialmente contra el amo, Jomy Lynn! Fred me lo dijo. Luego de su muerte, el memorial desapareció.



¡Era una prueba abrumadora contra Lynn y sus "ocultos delitos"! ¡Pude leerlo! ¡Y desapareció!

¿Cómo pudo saber que ese memorial desapareció?



"Frank Green, secretario de la empresa maderera, y hombre de confianza del finado Luket, abrió la caja de hierro ante mis ojos... ¡y el memorial ya no estaba!", exclamó el cirujano, agregando: "¿Sólo Fred era capaz de ir a la lucha contra Lynn! ¡Y falleció!"

¿De muerte natural?



"No podría asegurarlo. La familia Luket, y también su prometida, negáronse a permitir la autopsia", murmuró el médico, apenado.

¡Por eso hasta me permití sugerirle la posibilidad de... un crimen, doctor Baylor!



El anciano juez Hughes no se sentía nada bien esa mañana, y pidió a Baylor "que se ocupara personalmente de lo que quisiera".

Pero no se meta a loco, hijo. ¡Menos en este pueblo!



En la gerencia de la maderera "Lu-Loue", Rod conoció a una otoñal y bella mujer: Loue Falky, principal accionista del comercio, y prometida del desaparecido Luket. Evocó al muerto con cariño, aunque sin derramar lágrimas, como cuadraba a una mujer de temple. Entre algunas cosas "curiosas" para Rod, dijo:

Donde entra el juez de instrucción, entra la intranquilidad.



Baylor dejó de lado el detalle.

Quisiera que me hablara de Luket, y también del doctor Harry.

¿De ese maníaco? ¡Un hombre desagradable, y sin embargo, gran amigo de Fred...!



Pelearon juntos en la guerra del catorce. Ultimamente, Fred lo ayudaba, dándole bastante dinero.

¿Por qué detestaba a Jomy Lynn? Me refiero al muerto; a Luket.



La mujer miró al ayudante del juez Hughes y tuvo un gesto áspero.

¡Nunca supe por qué! ¡Creo que era "un capricho de Fred"...!

¿Un capricho que hasta le hizo redactar un memorial...?



Loue Falky ignoraba la existencia de ese memorial. Ya parecía cansada del interrogatorio. Entonces Baylor se marchó. Eligió para almorzar, un sitio agradable, algo alejado del centro del pueblo. En un momento se acercó a la caja del establecimiento y....

¿Una fotografía dedicada del señor Luker...? ¿Amigo suyo?



El dueño del local miró hacia el sitio donde sonreía Luket-en una foto similar a la que Baylor viera en la oficina del muerto.

Me apreciaba mucho. Decía que yo era el mejor "fabricante de bifés jugosos". Cenó aquí su última noche.



La suerte colaboró con Rod. 'El señor Luket cenó el 8 de marzo del año pasado con el señor Lynn... ¡y cómo discutieron! El señor Luket agitaba unos papeles, y el señor Lynn se ponía pálido, expresó el hombre que mostraba envidiable serenidad. Sin embargo...

No sé más nada. ¡Era un asunto que no me interesaba! ¿Usted lo conocía al señor Luket?



"Fuimos juntos al colegio, en New York", contestó Baylor, pagó, y se marchó bastante contento "por su pista". Cuando por la tarde visitó al juez Hughes en su lecho de enfermo.

¿Quisiera acompañar a mi sobrina a una fiesta, joven Baylor?



"Como yo no puedo ir, Fancy aprovechará para negarse, y no quiero que los Lynn se ofendan", dijo el juez. La fiesta era "por el cumpleaños de la presuntuosa Cecil Lynn", le explicó Fancy mientras caminaban lentamente hacia la lujosa residencia "del amo del pueblo".

¡Nunca podría hacerme amiga de Cecil! ¡Ya la conocerá!



Rod pensó que nunca lograría entender a las mujeres. Bailaba la bella joven Cecil Lynn con un hombre que Rod no conocía, pero que Fancy conocería mucho pues murmuró a su lado: "¡La prefiere a ella por sus millones!"

¡Fancy! ¡Permítame esta pieza! ¡Soy un excelente bailarín!



Fancy Hughes no pudo evitar de reírse de Rod Baylor, al dar apenas unos pasos con el menos que discreto bailarín. Pero ella volvió a ponerse seria en cuanto sus ojos tropezaron con Cecil y su acompañante.

¡Vamos, Fancy! ¿Puedo decirle que luce muy bella esta noche?



Baylor sintió que una voz masculina lo nombraba a sus espaldas. Era el dueño de casa. A su lado, dos comerciantes en magnesio...

¡No se deje envolver por ellos, Rod! ¡No haga como todos...!



Fancy se marchó hacia el bar, dejando a Baylor con Lynn y los otros. Jomy Lynn no estuvo muy amable con Rod, pues de entrada le dijo: "No me agrada que se manosee mi nombre a mis espaldas. ¿Qué busca, amigo? Tal vez pueda ayudarle; es joven, simpático..."

Bien. Coopere conmigo. Busco determinado "memorial".



Una chispa maligna asomó a las pupilas de Lynn.



Acompañeme, amigo. Nos explicaremos, y al final nos tenderemos las manos. ¡Nunca hay problemas con Jomy Lynn!

"Esa papelería inútil volvió a casa de Fred Luket con él, la noche de su muerte. Había bebido excesivamente; un ataque... ¡pero mi conciencia está en paz! ¡Fred Luket murió sabiendo que yo era su amigo, a pesar de que él censuraba "mi enorme viveza comercial", dijo Lynn.

¿Eso censuraba en el memorial, señor Lynn? ¿Nada más?



"Nada más. ¡Y él mismo debe haberlo destruido, al comprender la torpeza de su ataque! ¡Pobre Fred!", expresó Lynn con voz velada...



Rod Baylor escuchó a Lynn sin abrir la boca. Luego se marchó de la fiesta pues deseaba preparar un croquis con la marcha de las pesquisas hasta ese momento. ¡Jomy Lynn ocuparía un lugar prominente entre sus sospechosos!



Si el comisario Minfeld no le agradaba, tendría que opinar distintamente del ex policía Mark Evens. Este, que se retirara del servicio activo tras la consagración de Minfeld, decidió ayudar a Baylor, y lo hizo con habilidad.

Le presento a James Grenkay, doctor Baylor.



James era hermano del detenido "acusado de agresión al automóvil del magnate Jomy Lynn". Tendría unos sesenta años, y era hombre reservado, severo: "Quiero ayudar a mi hermano, y ayudar al pueblo, por eso si vale de algo, le diré que escuché una enorme discusión en casa de Luket "la noche de su muerte"...

James vive a menos de cien metros de la casa de Fred Luket.



Solamente escuché la voz de Luket. La de la otra persona sería de muy bajo tono, pues no se sentía.

¡Pues "esa voz" puede ser el asesino!



¿Usted, doctor, cree que a Fred Luket lo asesinaron...?

¡Lo cree el doctor, y yo también, James!



"Impondré la autopsia correspondiente. ¡En favor de la ley, amigos míos!", dijo Rod, y una ancha sonrisa asomó a los labios de Evens.

¡Ya sabrán lo que es la ley en Bakersfield, doctor Baylor!



Llegó un químico de Los Angeles. El pueblo estaba alborotado. Rod tenía sobre aviso a su amigo Shaine, de la policía de Los Angeles.

Ante la menor duda ¿vienes, John? ¡de acuerdo!



El periódico de Bakersfield no traía nada de extraordinario sobre el caso Luket. Pero lo irrefutable llegó a todos como una bomba, partida de los labios de Rod Baylor...

Señores, Fred Luket fue envenenado. ¿Por quién? No lo sabemos...



Baylor se apresuró a visitar a Loue Falky. La mujer de negocios se hallaba en importante reunión, cuando Baylor llegó a la "Lu-Loue". Alguien había dicho por teléfono a Loue Falky: "Se descubrió que Fred fue envenenado". Por ello Loue "estaba preparada" cuando Rod Baylor se lo anunció.



¡Nunca vería lágrimas en los ojos de esa extraña dama!

Nuestro hombre de confianza, Frank Green.



El hombre de confianza era un caballero muy elegante. Parecía estar nervioso. Exclamaba: "¡Asesinado! ¿Por qué? ¡Todo el mundo quería al agradable Fred!"

¿Tiene sus sospechas, doctor Baylor...?

Tengo una investigación en marcha, señorita Falky, y de allí saldrá el castigo para los culpables.



"En los casos de envenenamiento, esas sospechas suelen herir a los próximos de la víctima. Mi caso, por ejemplo," murmuró ella.

Eso era antiguamente, miss Falky. No se preocupe...



Las pupilas de Rod iban desde la atractiva figura de Loue, a la del elegante secretario, pero con el correr de los minutos comprendió que estaba de más allí, y se marchó. En su domicilio, Jomy Lynn prorrumpía en grandes risotadas.

¡Ese joven juececito! ¡Logrará gran corriente de turismo para nuestro pueblo! ¡No está del todo mal!



Minfeld, el policía, le dijo además: "Tuve que soltar a Ferde Grenkay pues se ha enfermado". Lynn tuvo una frase despectiva hacia el individuo que fuera hasta poco tiempo antes uno de sus capataces.

—Acérquele estos cien dólares para que no diga que soy un ogro.

Bien. Hasta luego, señor Lynn.



Cuando se retiró Minfeld, Jomy Lynn quedó pensativo.

¡Si el éxito se le sube a la cabeza...! ¿Qué hará ese aprendiz de juez? ¡Complicarnos la vida, seguramente!



Minfeld "tendría que hacer algo por la ley", viendo como se desempeñaba Rod Baylor, y entonces tuvo la gran idea: trataría de poner en mala situación al doctor Aníbal Harry, "declarado enemigo" de Jomy Lynn.

¡Tienes que hacer algo "efectivo", Minfeld!



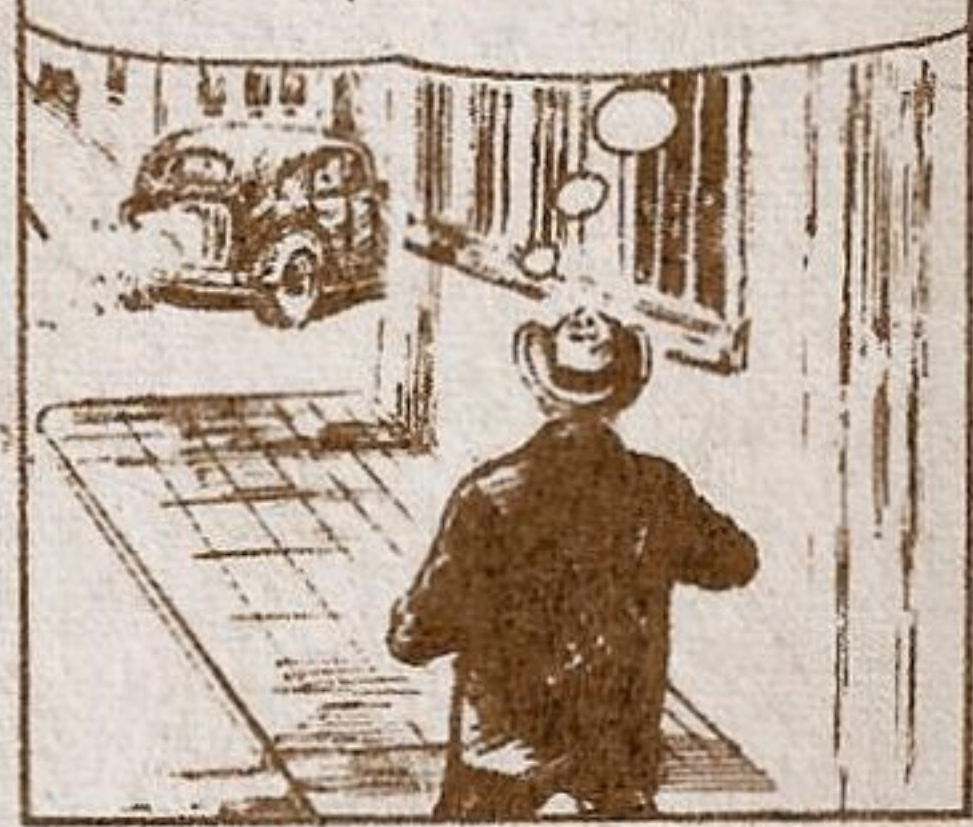
La visita del policía fastidió al cirujano.

Dile que estoy con un paciente.



Jean Harry, bonita morena, dijo lo que tenía que decir a Minfeld y luego se marchó en el auto de su padre.

¡Hasta auto compró últimamente! ¿Con qué dinero? ¡Hum!



Minfeld era uno de esos clásicos policías de frontera con México, —provenía de Yuma— de accionar lardo como sus pensamientos, y afecto a "trabajar para el hombre fuerte del pueblo", en exclusividad bastante odiosa. En ese caso, Lynn le pagaba con migajas.

¿Qué desea de mí, comisario?



Aníbal Harry soportó un descarado interrogatorio.

Le debía dinero a Luket, ¿eh? ¿Qué cantidad? ¿Compró un buen auto últimamente? ¿Cómo "hizo" ese dinero?

En parte, mis ahorros. El resto, préstamos de mis amigos...



"Fred Luket, ¿eh? ¡Si hasta se rumoreaba que iba a casarse con su hija Jean, doctor Harry! ¡Y usted pudo haberlo envenenado! ¡O ella!", exclamó Minfeld ante la mirada durísima del médico.

¡Salga inmediatamente de mi casa!

¿Sí, eh? ¡Puede que muy pronto se le acaben los humos, doctor!





Jean Harry se detuvo ante un árbol en el camino al Lago Help. Sus ojos se llenaron de lágrimas viendo el corazón grabado en su corteza. Había dos iniciales: J y F. ¡Recordó con amor el instante en que el fino y jovial Fred, hizo la talla con su cortaplumas! ¡Y ahora él ya no existía!

Por su parte, Rod Baylor recibía las calurosas felicitaciones del juez Hughes.

¡Prosigue, hijo mío! ¡Así era yo a tu edad!



El pueblo parecía sacudirse el miedo de antes.

¡Descubra al asesino! ¡Deben ser varios! ¡Los que rodean a Lynn, seguramente!



Estimulaba a Rod ese renacer de las conciencias en Bakersfield; ese deseo de que se le hiciera justicia a un hombre valioso como Fred Luket, el fuerte maderero de la zona. Por ello sentía fastidio hacia la figura del escurridizo comisario Minfeld.

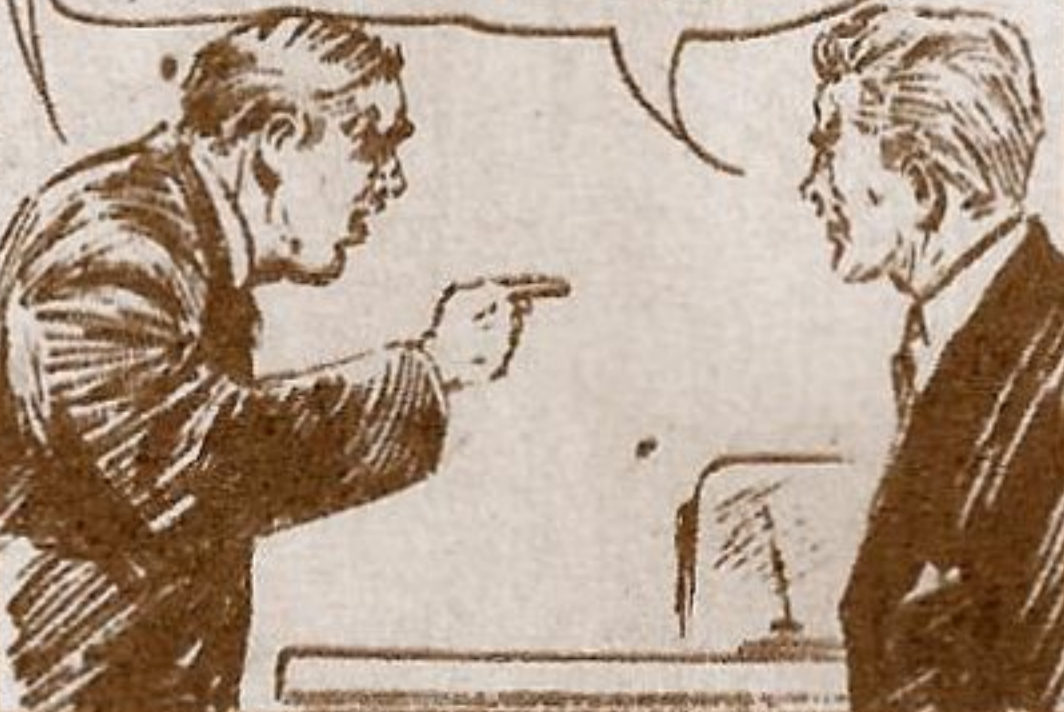
No lo pude hallar, Baylor. Parece que realiza "sus propias pesquisas". ¡Como si lo viera a ese "héroe"!



Minfeld hizo comparecer por la fuerza al doctor Harry. Insistió en lo del dinero "que le prestara el muerto".

¡Es decir "el asesinado"! ¿Cuánto le prestó, doctor Harry?

¡Fue un préstamo de amigo! ¡Ni siquiera lo habrá anotado!



No había anotación alguna, pero Minfeld mantuvo detenido al médico. Este dijo furioso: "¡No tiene el derecho de retenerme, sin citación del juez!" El comisario sonrió: "Usted es sospechoso, doctor. ¡Y por ahora está detenido!" Aníbal Harry gritó: "¡Detengan al o a los asesinos, no a un hombre inocente!"



¡Frank murió envenenado, y "su última cena" la hizo al lado de su mayor enemigo!

¿Qué dice? ¡Luket llegó a su casa lo más campante! ¿Quién le envenenó en su propia casa? ¿Usted, doctor...?



... "¿para no pagarle todo lo que debía al maderero?"

¡Mi deuda era a un verdadero amigo! ¡Qué sabe usted de verdadera amistad, señor venal!



El insidioso interrogatorio logró el éxito que esperaba el mal policía. El doctor quedó detenido por desacato. Esa tarde, el comisario recibió una información muy extraña: "Jean Harry había quemado unas fotografías y cartas que en ocasiones le enviara Fred Luket desde el exterior". Minfeld arrestó a Jean.



"Fred Luket estuvo en nuestra casa, luego de la tempestuosa cena con Lynn", empezó diciendo Jean. "Se sentía indispuerto. Mi padre le tuvo que dar una inyección. Luego lo acompañó hasta su casa. Cuando papá volvió me encontró llorando. ¡Yo amaba a Fred Luket, y esa noche tuve un mal presentimiento!", gritó.

Minfeld estaba ante una gran confusión.

¡Pero ni papá ni yo tenemos nada que ver con su muerte!

No, ¿eh? ¿Acaso usted no sabía que Luket iba a casarse con la señorita Falky? ¡Usted debe esconder algo...!



Mientras eso sucedía en la comisaría, por el camino de Los Angeles avanzaba un coche, llevando en su interior al teniente John Shaine y dos pesquisas, que iban a Bakersfield por solicitud de Baylor.



¡Creo que Rod Baylor tiene buena pesca, muchachos!

Shaine escuchó atentamente a Baylor y lo felicitó "por tan interesante planteo de pistas". La primera visita que realizó el policía de Los Angeles, fue Loue Falky. Shaine lo observó con sus ojos de mastín fatigado, sonrió, y...

Usted no amaba al señor Luket... y sí a un monigote llamado Frank Green.



"¿Cómo se atreve...?", exclamó Loue. "Estamos ante algo mucho más grave que su indignación, señorita. Ha muerto 'envenenado', un hombre sumamente útil para la economía del país. Yo no le digo que lo haya matado usted, pero no empiece a negar 'otros hechos'. ¿Verdad que usted 'ya no iba a casarse' con Fred Luket?", insistió Shaine.

Es verdad. Ya no nos amábamos. ¡Pero de ahí a asesinarlo...!



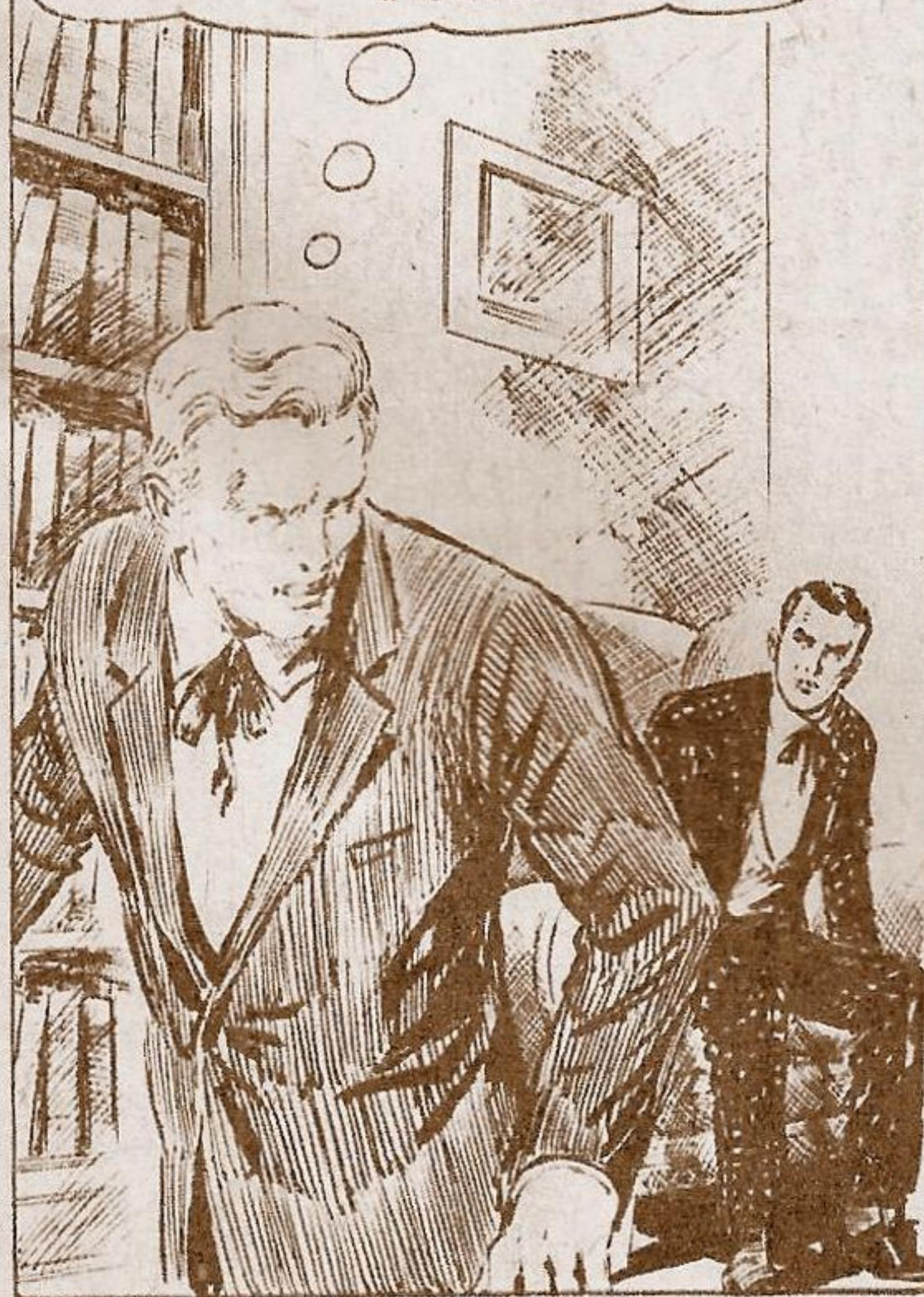
Uno de los pesquisas interrumpió la conversación. Acababan de localizar a Frank Green. John Shaine pasó a otra oficina de la "Lu-Loue", y allí habló por más de una hora con Green. Este mostró en todo momento su enorme interés por ayudar a los hombres de la ley.

Gracias, señor Green. Ahora tenemos unos problemas graves.



Rod Baylor esperaba con impaciencia el resultado de la primera gestión de su amigo Shaine. Y luego de escuchar al policía de Los Angeles no se sintió nada conforme.

(Mi opinión es otra, pero no quisiera confundir a John...)



Rod no cesaba de pensar "en la parte de culpa que en ese complejo caso, llevaría Jomy Lynn". ¡Jamás le había gustado ese individuo...!

(¡Pero tú no eres policía, Rod, así que... espera, juez!)



Minfeld se sorprendió ante la visita del policía de Los Angeles. Ante Shaine, él quedaba como lo que era: un simple alguacil rural. Pero era tan bruto que sacó pecho y exclamó: "¡Para mí los matadores son dos 'y está claro': El doctor Harry y su hija! ¡Falta que confiesen!"

¡Pues falta "bastante", Minfeld!



Carraspeó el "comisario de frontera", balbuceando: "Aníbal Harry ha pretendido insinuar que Jome Lynn mató a Luket".

(¡Hombre! ¡En mi opinión...! ¡Cada vez me gusta menos ese Lynn!)

Atreverse a manchar el buen nombre del señor Lynn...!



Para John Shaine, Minfeld "repetía una lección bien aprendida desde que recibiera 'la primera donación del amo del pueblo'. El retrato que le pintara Rod Baylor había sido perfecto. ¡Minfeld era un canalla usurpando un puesto que tal vez nunca mereciera! Horas después se presentó el dueño del bar "Omka".

¡Un testigo muy importante, Shaine! ¡Escuchémoslo!



El dueño del "Omka" golpeó más a Jean Harry.

Estuvo tomando una copa con Luket, un día antes de su muerte, y discutieron, "y yo pude oír".



Requerida la opinión de Jean, ella dijo orgullosamente: "¡Es una mentira tan vil como interesada! ¡Jamás discutamos con Fred, en las pocas ocasiones en que nos veamos!"

¡Pero en esa ocasión "él quería romper con ella"...!

Y entonces entre ella y el padre... una inyección...



Uno de los pesquisas de Los Angeles llamó a Shaine: "Es importante, teniente. Aquí hay un hombre que...". James Grenkay estaba allí, con su expresión severa. Dijo a John Shaine: "No lo podría llevar durante más tiempo sobre mi conciencia..."

La noche de la muerte del señor Luket vi salir de su casa, como escondiéndose, a su secretario Green.



Cinco minutos después, el apuesto y atildado Frank Green confesaba: "Quemé el memorial que preparaba Fred Luket. No quería que nuestra firma tuviera roces con las de Jomy Lynn. El señor Luket era un mal comerciante; en cambio la señorita Falky..."

¿Usted la pretendía y por eso asesinó a Fred Luket?



Los ojos del hombre se hicieron enormes: "¿Yo asesinando a Fred? ¿Por qué habría de hacerlo, si finalmente Loue se casaría conmigo? Escuché a Luket, juzgué "que había que destruir ese memorial", por el bien de Lu-Loue", y nada más", exclamó Green.

(¿Y éste hombre es inocente...?)



Jomy Lynn desplegaba una actividad notable en favor del esclarecimiento del odioso crimen del apreciado Fred Luket, pero ningún habitante de Bakerfield apreciaba el esfuerzo del magnate, pues le negaban sinceridad.

Siempre fue un hipócrita. Se hizo rico con juegos sucios. ¿Quién sabe lo que Luket iba "a destapar"!



La gente prefería apretar los labios y no opinar, temiendo ser señalada -para su ruina- por el índice inflexible del "amo del pueblo..."

Siempre el mismo miedo. ¿Así será toda nuestra vida?



¡Cállese! A mí no me pida opinión.

Para Minfeld "estaba clara la culpabilidad de los Harry". Para la justicia sería, "aún no se hallaba el menor indicio revelador..."

Aunque, ¿sabes, Rod? ¡No me gusta esta pareja Green-Falky!

Como a mí no me gusta el "intocable señor Lynn".



La ruleta del destino giraba sin cesar, para dolor de algunas buenas personas complicadas en el crimen. Tal la situación de Jean Harry, que ya no tenía lágrimas para llorar sus sueños muertos, pese a que el comisario dijera de ella: "Es una buena artista..."



Hasta que una mañana en esos mismos días, y en casa de los Lynn...

Caramba... Esto sí es curioso...



Removiendo la tierra a una hermosa begonia que parecía empezar a secarse, halló un tubo de metal, semivacío.

(¿Quién lo pudo poner aquí? Yo trabajé esta tierra hace un tiempo y no pude poner ésto...)



Olió el contenido del tubo. Le parecía azucar. Lo probó. Minutos después pedía a gritos un médico. Llegaron el médico y la policía.



Jomy Lynn, se presentó sonriente al llamado de la policía.

Para qué decir que "todo se une para molestar", teniente. Ahora resulta que guardo veneno en mi casa.



John Shaine avanzó hasta ponerse a menos de un metro de Lynn.

Es hora de concluir con la farsa, señor Lynn. Tengo en el despacho del juez, al hombre que usted...



... pagó para que matara a Fred Luket, su odiado enemigo; el que iba a desmascararlo, Lynn.



John Shaine gritó: "Hagan pasar al detenido!" Entonces los labios de Jomy Lynn soltaron apenas, un nombre completo:

¡Frank Green... idiota!



La puerta se abrió, pero nadie había allí. La treta del policía de Los Angeles había surtido efecto. Jomy Lynn aparecía pálido, barboteando su incontenible furia; su sorpresiva derrota.

Arresten a ese señor Green. Muchas gracias, caballero.



La confesión de Frank Green fue excesivamente amplia. El amo Jomy Lynn le había prometido una conexión comercial con sus firmas de Bakersfield, si él "se atrevía a poner un poco de arsénico en el café de Fred Luket. El infiel secretario solía beber café mientras hablaba, casi todas las noches...



... con el dueño de la "Lu-Loue". La noche del crimen, Luket se exasperó, narrando a Green lo que iba a ocurrirle a Jomy Lynn cuando el memorial llegara a Los Angeles, puntualizando sus actividades de la última década.

Un documento que iba a hundir a Jomy Lynn.

Su socio en unos años más o menos, ¿verdad?



Me asociaría a Lynn en cuando me casara con Loue Falky, murmuró el apuesto asesino bajando la cabeza. -Qué mala suerte, replicó John Shaine piniéndose en pie. Pasando la puerta le esperaba Rod Baylor. Al lado del joven aspirante a juez, la señorita Hughes...



Es un gran día, John. Aquí Fancy me informa que su tío se ha levantado, y desea hacerse cargo del juicio.

Un gran día, es cierto. Aunque por la forma en que me duele este pie, no me extrañaría que cayera una buena tormenta, dijo John Shaine. Pasando sus brazos amistosos por entre los brazos de Rod y Fancy, y buscando la salida a la calle.

¡Pago la copa del triunfo! Una bebida sin alcohol, ¿eh?



Y salieron hacia la calle en momentos en que empezaba a llover.

El pueblucho se limpia de Lynns, Greens y Minfelds, hasta en la atmósfera que habían contaminado.

Buen indicio.



Pero Rod, para decir esas palabras, miraba el semblante ahora simpático y sonriente de Fancy Hughes.

No se puede hablar reciamente con estos chiquilines... y perdón, doctor Baylor.



FIN

DE BUEN HUMOR



¡ Espléndido! Mamá encontró a un mozo para que nos atienda.



- Quiero una tarjeta que diga: "Al único hombre que amaré toda la vida."



-¿Estuvo usted de vacaciones? Hace un mes que no me llama...



-Quisiera volver a leer el libro: "Cómo ser el amo absoluto de su hogar."



-Muéstrole al lechero sus zapatos nuevos, querida suegra.



**HOMBRES y
MUJERES!**

AHORA LE OFRECEMOS

LA OPORTUNIDAD

DE ESTUDIAR

ENFERMERIA

EN SU PROPIA CASA POR CORREO

**PARA UD., PARA LOS SUYOS,
PARA SU FUTURA ORIENTACION !!**

SABER es VENCER • SABER es PROGRESAR

BENFEL SCHOOLS

de MIAMI - EE.UU.

Sucursal Argentina Alsina 3254 - Bs. As.

Gratis: SOLICITE FOLLETO

**ENVIE
HOY
MISMO
ESTE
CUPON**

BENFEL SCHOOLS - ALSINA 3254 - 1º Piso - Bs. As.

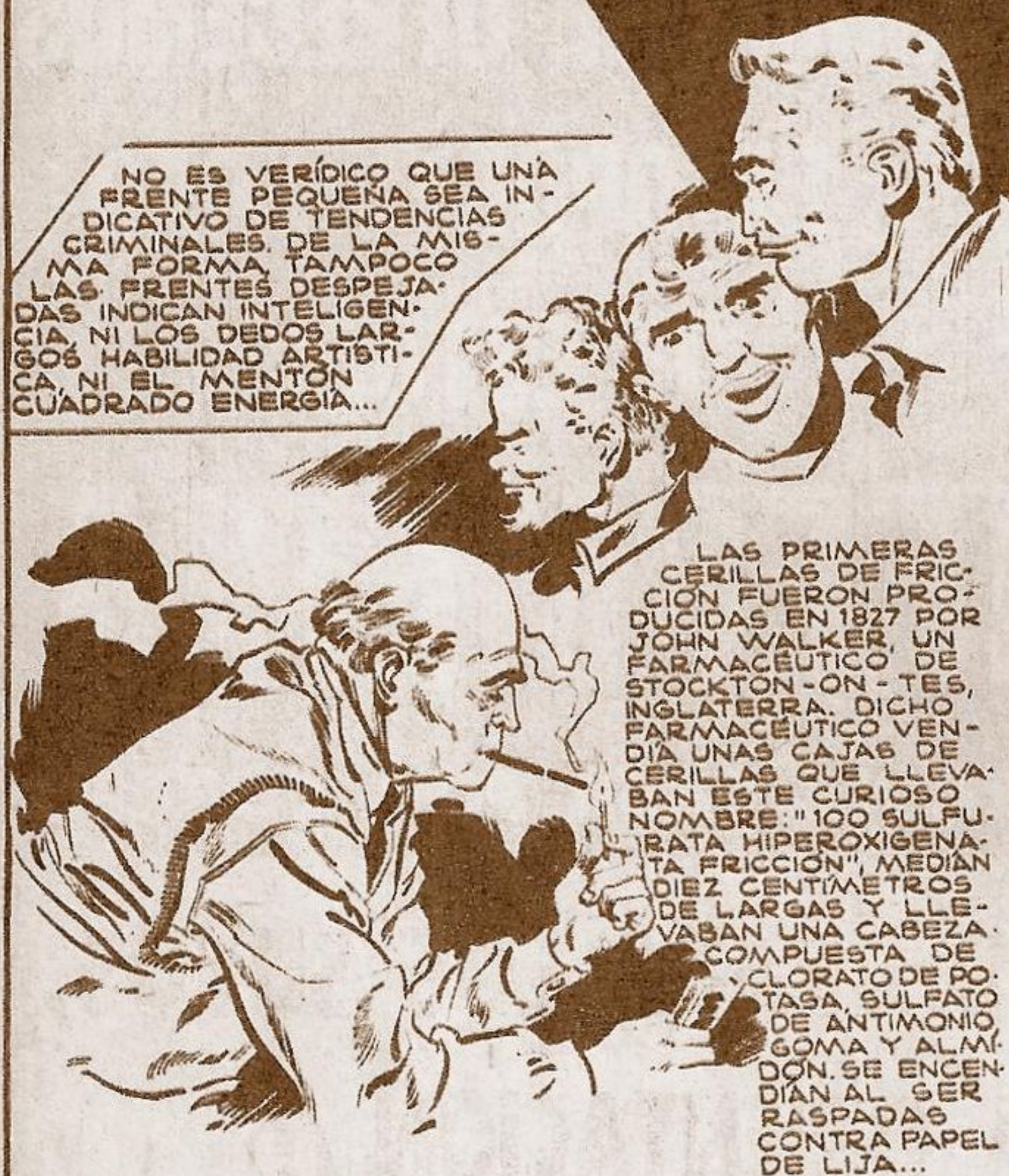
Nombre _____

Direccion _____

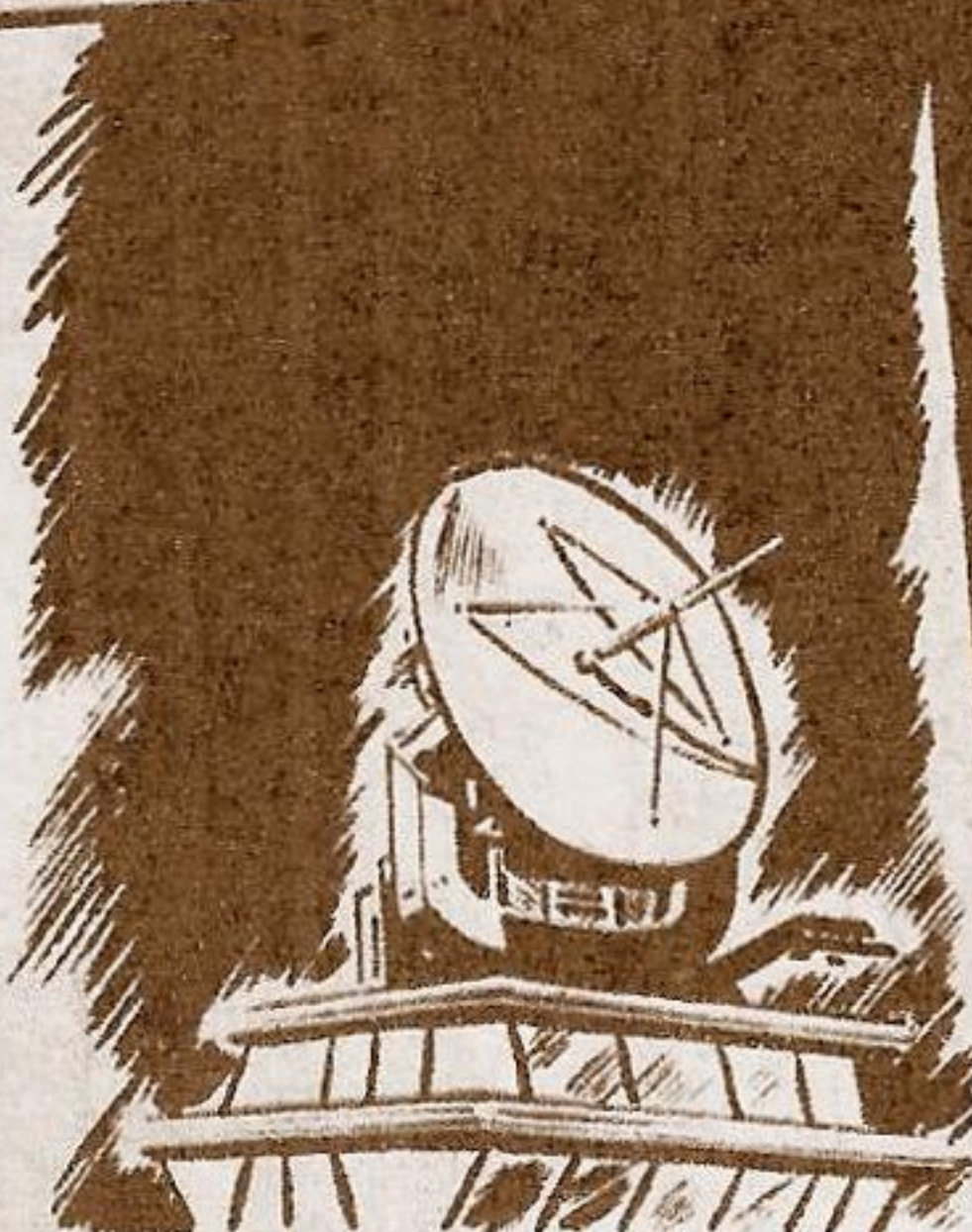
Localidad _____

CURIOSIDADES

NO ES VERDICO QUE UNA FRENTE PEQUENA SEA INDICATIVO DE TENDENCIAS CRIMINALES. DE LA MISMA FORMA, TAMPOCO LAS FRENTE DESPEJADAS INDICAN INTELIGENCIA, NI LOS DEDOS LARGOS HABILIDAD ARTISTICA, NI EL MENTON CUADRADO ENERGIA...



LAS PRIMERAS CERILLAS DE FRICCION FUERON PRODUCIDAS EN 1827 POR JOHN WALKER, UN FARMACEUTICO DE STOCKTON-ON-TES, INGLATERRA. DICHO FARMACEUTICO VENDIA UNAS CAJAS DE CERILLAS QUE LLEVABAN ESTE CURIOSO NOMBRE: "100 SULFURATA HIPOXIGENATA FRICCION", MEDIAN DIEZ CENTIMETROS DE LARGAS Y LLEVABAN UNA CABEZA COMPUESTA DE CLORATO DE POTASA, SULFATO DE ANTIMONIO, GOMA Y ALMIDON. SE ENCENDIAN AL SER RASPADAS CONTRA PAPEL DE LIJA...



EL NOMBRE "RADAR" (APARATO DETECTOR) ESTA FORMADO POR LA ABREVIATURA DE LA FRASE INGLESA "RADIO DETECTION AND RANGING", QUE VIENE A SIGNIFICAR: "DETECCION Y LOCALIZACION MEDIANTE ONDAS"



LAS MODISTAS JAPONESES VISITAN AL CLIENTE EN SU HOTEL Y LE CORTAN A LA ESPOSA EN UN DIA, EN EL MEJOR DE LOS BROCADOS. UN VESTIDO A IMITACION DEL ULTIMO MODELO DE DIOR, AL PRECIO DE UN TRAJE DE CASA EN LAS TIENDAS DE OCCIDENTE.

EN LA ANTIGUA ROMA, DONDE EL CUERVO TENIA SIGNIFICACION OMINOSA, LOS AUGURES LLEGARON A DISTINGUIR SETENTA Y CUATRO VARIACIONES DEL GRAZADO DE ESTE PAJARO.



Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

EN HAMBURGO, UNOS INDUSTRIALES ALEMANES DEL CALZADO FABRICARON UN PAR DE ZAPATOS DEL NUMERO 480. FUE EXHIBIDO EN UNA EXPOSICION DEL CUERO Y DEL CALZADO CON EL NOMBRE DE "ANTICENICIENTO".



SE ATRIBUYE AL REY DE ITALIA, VICTOR MANUEL, LA COSTUMBRE DE DEJARSE CRECER LA UNA DE UNO DE SUS DEDOS DURANTE CERCA DE UN AÑO. CUANDO ERA SU TAMAÑO DE ALREDEDOR DE UNA PULGADA, SU JOYERO LA PULIA Y ENGARZABA EN ORO Y BRILLANTES, SIENDO REGALADA DESPUES A LA CONDESA ROSINA...

ES COSTUMBRE EN ALGUNAS ZONAS DE TURQUIA QUE LAS MUJERES AGRANDEN SUS OJOS PARA AUMENTAR ASI SU BELLEZA, PARA LO CUAL SE CORTAN LOS EXTREMOS DE LOS PARPADOS, HASTA LOGRAR EL TAMAÑO CONVENIENTE...



SE IGNORAN LOS MOTIVOS REALES, PERO EL HECHO ES QUE EL RINOCERONTE ES UNO DE LOS POCOS ANIMALES SALVAJES IMPOSIBLES DE TENER EN UN PARQUE ZOOLOGICO...



EN EL JAPON, COMO ES SABIDO, EXISTEN MUCHOS TEMPLOS O PAGODAS CUYO DIOS ES BUDA, PERO LO INVEROSIMIL ES QUE UNO DE ESOS ENCIERRA EN SU INTERIOR NADA MENOS QUE 133.333 DIOSSES...



LOS PAISES TROPICALES SON, POR ESENCIA, EL PARAISO DE LAS AVES. EN NINGUNA OTRA PARTE PUEDEN ENCONTRARSE TANTAS Y TAN DIVERSAS. ESTAS AVES, POR SU ORIGINAL ASPECTO PODRIAN LLAMARSE "AVES DE CARNAVAL"...

AMANTES EN VERANO

Por J. BOSCH

DIBUJOS DE MARTHA BARNES

Versión libre de la película española distribuida por Pel Mex de Argentina S. R. L. interpretada por JEANNE VALERIE, ARTURO FERNANDEZ, MARIA ASQUERINO, JORGE RIGAU y la colaboración de LA CHUNGA. Dirigida por JUAN BOSCH.

Susanne comenzó a descender las escaleras del Hotel Riviere. Sus ojos, mirando hacia el mar, parecieron poblarse de olas, de recuerdos.



(No vendrá... Ya no vendrá... Dos años, esperándolo... ¿Dónde estará? Todavía recuerdo su sonrisa... aquella tarde calurosa, cuando llegué a Aguacalara...)



Al Hotel Riviere, por favor...

En seguida, señorita.



Lo siento, señorita, pero tenemos todo ocupado...

¡Caramba! Desearía hablar con la propietaria.



Una dama de poco más de cuarenta años, bien parecida, de ojos hermosos y tristes, se volvió. - ¿Quién...? ¡Eh...!

¡Tú! ¿Es posible que seas tú... Susanne?



¡Sí, mamá! ¡Soy yo! ¡Susanne! Creí que en ocho años, pudieras haberme olvidado...

¡Olvidarte! ¿Puede una madre olvidar a su hija aunque pase una eternidad?



¡Deja que te mire! ¡Hijita mía... cuando pienso que la última que te vi, tenías los dedos sucios de tinta y las piernas llenas de arañazos! ¡Ya eres una mujer!



Madre e hija se miraron unos instantes, en silencio. Susanne fue la primera en romperlo, sentadas ya a una mesa ante un par de gaseosas. - Papá no sabe que estoy aquí. Le dejé una nota... Sabía que se hubiera opuesto, pero ya lo tenía decidido. El está muy solo.



Por favor, Susanne... No quisiera hablar de lo que no tiene remedio. Tu padre quiso que yo me alejara. O imaginé que tú vendrías a decirme eso... pero ya es tarde, definitivamente tarde.



No lo es, mamá. ¡No lo es, y yo lo sé bien! Tú lo amas, y él te ama, a pesar de lo ocurrido, y...

¡Por favor, por favor, Susanne! Ocho años no pasan en vano, hijita... Te ruego que no hablemos más de eso.



¡Has venido al hotel de tu madre, en la Costa Brava española, y debes pasar unos días de verdaderas vacaciones! Esta noche iremos a recorrer la ciudad, y...



Un hombre joven, alto, apuesto y con desgarrada elegancia en sus movimientos, se sentó sin presentarse como dueño de casa.



¡Vaya, Monique! Este hotel progresa, con sus nuevos huéspedes... ¿Gaseosas? ¡Nada mejor que un buen vaso de vino, señorita! ¡Permítame!

Susanne miró a su madre, sorprendida. Ese individuo se comportaba con una familiaridad y desparpajo absolutos. ¿Acaso... existía algún vínculo entre él y Monique?



Los ojos de Monique tuvieron un fulgor de fastidio, cuando dijo, después de leer la muda interrogación en la mirada de su hija.



Voy a pedirte que te retires, Jaime. Tu proceder es grosero y desagradable. Quizá has bebido demasiado...

Jaime sonrió cínicamente...



Bien... ¡No siempre suele apreciarse una conversación amena! Lamento haber interrumpido, señora, señorita...

Con su botella de vino, se ubicó en una mesa cercana.

Caballero... ¡Aunque no nos presentaron, espero que usted no tenga inconveniente en aceptarme una copa de vino!



Ninguno, hombre, ninguno... ¡Siéntese...!

Poco después, José, el encargado del hotel, se acercaba a Jaime.

Hizo usted mal en comportarse así, señor Jaime... Esa señorita es la hija de la señora Monique.



¿La hija? ¡Vaya! Ahora me lo explico...

Monique tiene miedo de que su hija piense... ¡Claro! ¡Y con las murmuraciones que ya existen! ¡Ahora lo entiendo!

La señora Monique me encargó a visarle que quiere verlo... Irá a su habitación, mañana temprano.



Al día siguiente...

Adelante, Monique, adelante. Ya estoy al tanto de las novedades... ¡No te preocupes! Este será el último desayuno que tome en tu hotel...



Escucha, Jaime, no te pongas pesado... Tú sabes que te aprecio, que valoro nuestra amistad y...

¡Vaya! Después del responso... ¿Qué viene, Monique? Mira, te adelanto que pensaba irme, así que no te inquietes. Al fin y al cabo...



...has hecho por mí más de lo que debes. ¡Y no debes nada! Juntaré unas pesetas lavando platos... o quizá vaya a Cala Rubí, a vivir de la pesca un tiempo. ¡No te molestará! Tu hija no me verá.

¡Jaime! No quisiera que me interpretes mal...



Tú siempre podrás contar con mi amistad y con mi ayuda, créelo.

Sólo estos días que Susanne pasará aquí, te pido que...

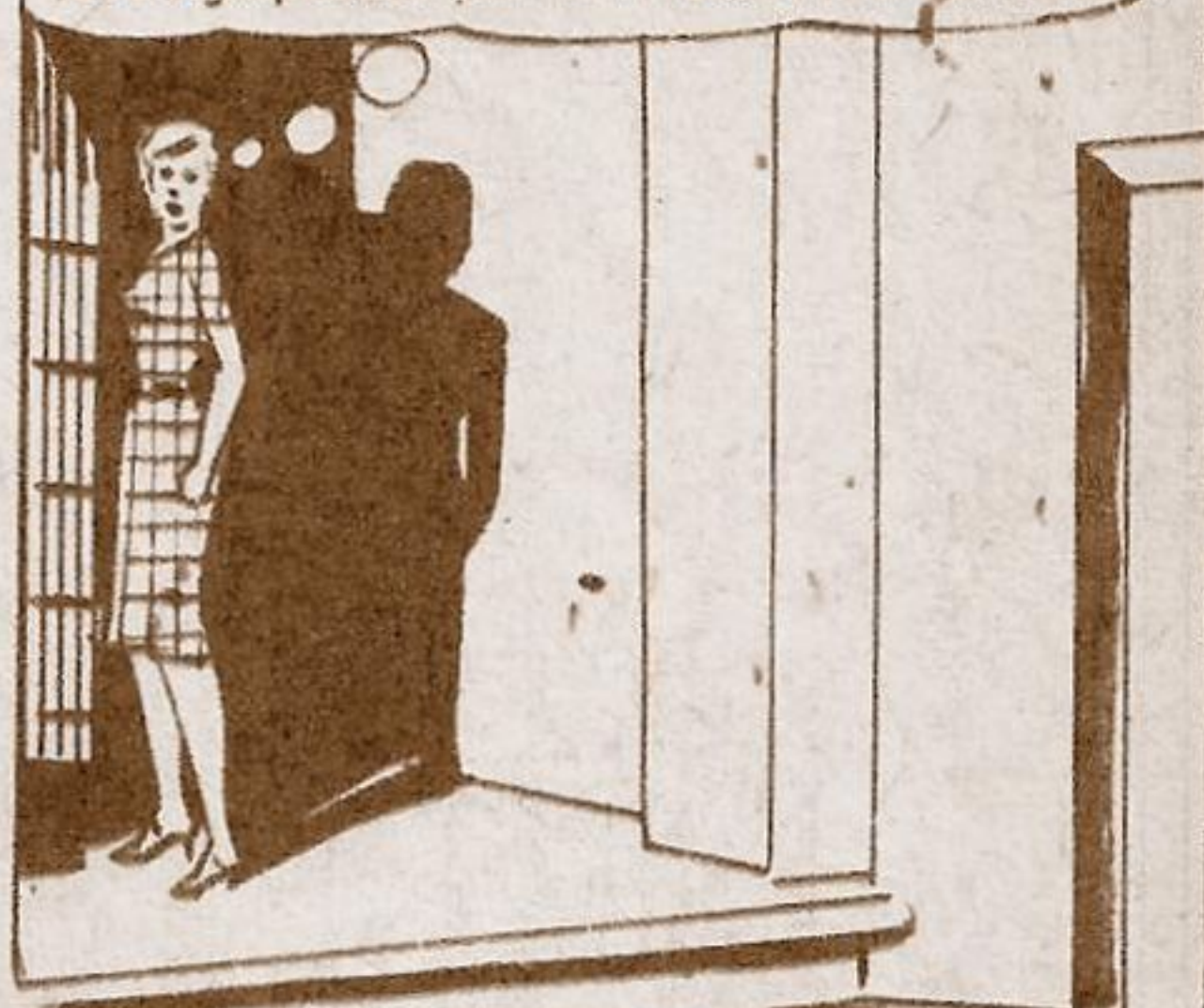


-Estamos hablando demasiado, y las palabras complican las cosas, Monique... ¡He comprendido! -No creo que hayas comprendido, ni que las palabras compliquen las cosas. Si quisieras escucharme...



Poco después, Monique salía de la habitación de Jaime, fastidiada y dolida. Él no quería comprender que la sensibilidad de Susanne podía afectarse, si sospechase... lo que quizá ya sospechaba.

(Sería demasiado complejo explicarle que puede haber una limpia amistad entre dos seres golpeados por el mismo infortunio...)



Esa noche, Monique y Susanne fueron a recorrer el pueblo de Aguacilara.



De pronto, sus ojos se detuvieron en un grupo, algo más allá...

¡Bravo! ¡Es el que más ha resistido!
¡Bravo, amigo!



¡Has ganado, muchacho! ¡Para de beber, o te llevaremos en camilla!

¿En camilla? Todavía me faltan unos cuantos litros, y...



Los ojos de Jaime se encontraron con los de Monique. Su frase quedó trunca.

Vamos, Susanne... ¡Vámonos de aquí! Debes conocer otros lugares.

No, mamá. No debes irte... ¿Es por él?



Yo... No quisiera que tú te avergonzases ante mí de nada, mamá. Soy tu hija, y te quiero y confío en ti. ¿Entiendes?



Pero fue Jaime el que se marchó.



(Por hoy basta, Jaime... Ya has hecho bastantes idioteces, ¿no crees? Ya te has ensuciado bastante, y sólo el sueño borrará tu conciencia...)

A la mañana siguiente...

(¿Es él? ¿Adónde irá? ¿Qué será lo que hay entre mamá y él? Quizá sea un obstáculo para la reconciliación con papá...)



Determinada a cumplir su objetivo, Susanne averiguó, por uno de los muchachos del hotel, hacia donde había ido Jaime.



Supongo que a Cala Rubí, señorita. Es allá, detrás de aquellas rocas, bordeando el peñón...

¿Puedes conseguirme un bote con motor fuera de borda? ¡Anda, muchacho, te ganarás una buena propina!

¡Pronto lo tendrá usted, señorita! Espéreme en este lugar...



Poco después...



(Debo tener cuidado con estas rocas... Debe ser aquella cabaña, en ese recodo solitario...)



Sorteando hábilmente los escollos, Susanne condujo su bote hasta la pequeña playa. Descendió y se acercó a la cabaña. No había nadie. Entró. - El lugar es hermoso, verdaderamente. Y esto parece la cabaña de un hermitaño.

Una voz la salvó de sus pensamientos. Jaime estaba en la puerta, con una caña de pescar y varios pescados. -Veo que aprendió a dessecar los buenos modales... ¿Siempre acostumbra a entrar en las casas sin anunciarse?



¡Oh! Bueno, estaba la puerta abierta, y...

¿A qué ha venido?



Yo... pues... ¡No andaremos con rodeos! Deseo saber su precio.



¿Qué dice usted? ¡Mi precio! ¡Debería enseñarle...!



¡Ah, pero no, qué puede usted comprender! Después de todo, quizá tenga derecho a pensar así; a ofenderme y despreciarme...



... pero no con su madre, ¿me entiende usted? ¡No con su madre! Su madre no necesitaría jamás mantener a un hombre para que la quiera. ¡Le sobran cualidades de todo tipo! Y especialmente espirituales.



¡Hubiera debido abofetearla, como chiquilla estúpida que es! ¿Conoce lo que es la soledad? ¿Conoce el infierno de un corazón roto, sediento de amor? Monique y yo somos como dos naufragos que se han dado mutuamente la mano...



... "para no hundirse definitivamente. Nada más. ¿Quiere saber cómo la conocí? Ella iba en un barco. Se arrojó al agua... Nadie la había visto, más que un solitario como ella..."



"...que también se arrojó, para salvarle la vida. Estaba destrozada espiritualmente, como la muerte en vida. Yo la salvé... Y ella intenta salvarme ahora a mí, dándome amistad, alentándome... ¡Pero qué puede usted comprender! ¡Es inútil!"



Susanne se sintió tremendamente culpable y avergonzada y estúpida, ante la mirada triste y las amargas palabras de Jaime. -Yo... Yo... quisiera que usted no me juzgase mal. Siento haberlo ofendido... Créame que... Quisiera... -Basta. Sé que usted es una pobre chiquilla que sólo busca la felicidad de sus padres y no la culpa...



Comprendo, sin embargo, que usted no podrá lograr la reconciliación de sus padres si persiste este equívoco. Yo me alejaré de aquí. Podrá "trabajar" tranquila, no se inquiete.



Susanne quiso decir algo, pero permaneció callada, buscando las palabras. Jaime entró en la cabaña y cerró la puerta. La joven volvió a su bote, y partió. El sol caía rojizo sobre las aguas.

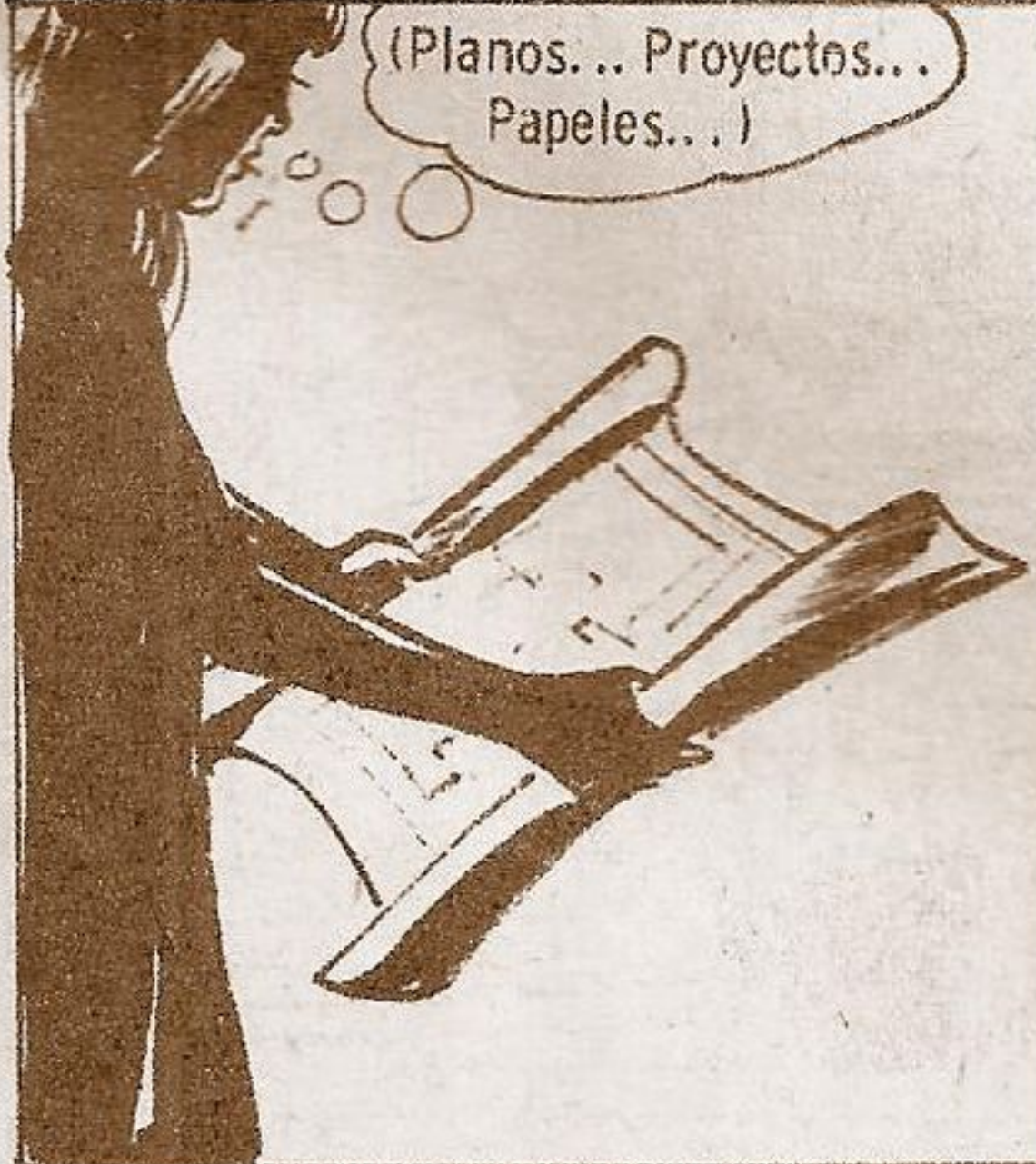


Esa noche, sigilosamente, Susanne fue hasta la habitación de Jaime.



(¿Qué misterio ocultará su vida? ¿Por qué ese deseo de anonadarse, de olvidarse de sí mismo, cuando es un hombre noble?)

(Planos... Proyectos... Papeles...)



(Una foto... Está con una mujer muy hermosa, brindando... No debo hacer esto, pero...)



Susanne sentía latir aceleradamente su corazón. No sólo por lo que hacía, sino por él... ¿Sería posible? ¿Era por él? Confundida, regresó a su habitación y se acostó.



Monique golpeó a su puerta. - Adelante, mamá. - ¿Qué te ocurre? ¿Por qué no bajaste a cenar, Susanne? Sé que estuviste en Cala Rubí. No debiste hacer eso, Susanne. Si deseabas alguna explicación, yo podía habértela dado.



Perdóname, mamá... Sé que estoy entrometiéndome en tu vida, pero...



No se trata de eso. Simplemente, que Jaime está pasando por momentos muy difíciles y no quiero que tú lo trates. ¿Comprendes?

Hablamos muy poco esta tarde. Pero he comprendido más de lo que tú crees, mamá. ¡Pobre Jaime! Estoy muy arrepentida de haberlo juzgado mal y...



¿Eh...? ¿Qué es esto, Susanne? Has estado revisando la habitación de Jaime.

Sí, lo hice, porque deseo conocerlo. Deseo saber qué le ocurre, y... deseo ayudarlo, mamá.

¿Debo suponer... que te has enamorado de él? ¡Susanne, Jaime no es para ti! Es un hombre vacío, amargado... roto. ¡No permitiré que esto continúe.

-Sólo dije que quiero ayudarlo, y lo haré. El necesita una mujer, mamá... ¡No una limosna! Tú no puedes ayudarlo, aunque quieras. Porque... tú necesitas a papá, tú sufres por él...

¡Basta! ¡Basta! Has dicho bastantes tonterías... Buenas noches.

Al otro día, bien temprano, Susanne salió del hotel. Pero antes, recogió en el casillero de Jaime la correspondencia amontonada: algunas cartas y revistas. Todas iban dirigidas al arquitecto Jaime Ruiz.

-Dígale a mi madre que no regresaré a almorzar... -dijo al conserje.

Jaime se sorprendió algo, pero luego esbozó una sonrisa, al verla llegar en su bote a motor.

¿Otra visita de cotesía? ¿O está inquieta porque todavía no partí?

Vine... Vine a traerle su correspondencia... Y a pedirle que se quede.

¡Vaya! ¿A qué se debe ese cambio de opinión?

-Pues... Deseo conocerlo más. Me siento... como si tuviera una deuda con usted. Jaime rió. -¡Qué gracioso! ¿No pensará redimirme?

¿Por qué no?

Se miraron en silencio unos instantes. Ella sostuvo la escrutadora mirada de él.

Bueno... Después de todo tendré que convidarla con un café.

Pescaron, nadaron y bucearon...

Le enseñaré una hermosa gruta submarina, entre estas rocas.

¡Mágífico! ¡Vamos!

(¿Eh? ¿Qué hace esa chica imprudente? Quedará enredada entre las algas.)

Lo que Jaime temía, se produjo. Susanne no hizo caso de sus señas de advertencia y...

(No puedo... ¡No puedo librarme! ¡Dios mío!)



Jaime se acercó, procurando no enredarse él también. Si eso ocurría, estaban condenados sin remedio. Poco a poco, fue cortando las aguas que aprisionaban las piernas de Susanne. Al fin...

(¡Ya está libre! ¡Menos mal!)



Subieron. La joven estaba demudada. No era para menos...

¿Siempre es usted tan amante del peligro?



He sido una imprudente. Tiene razón...

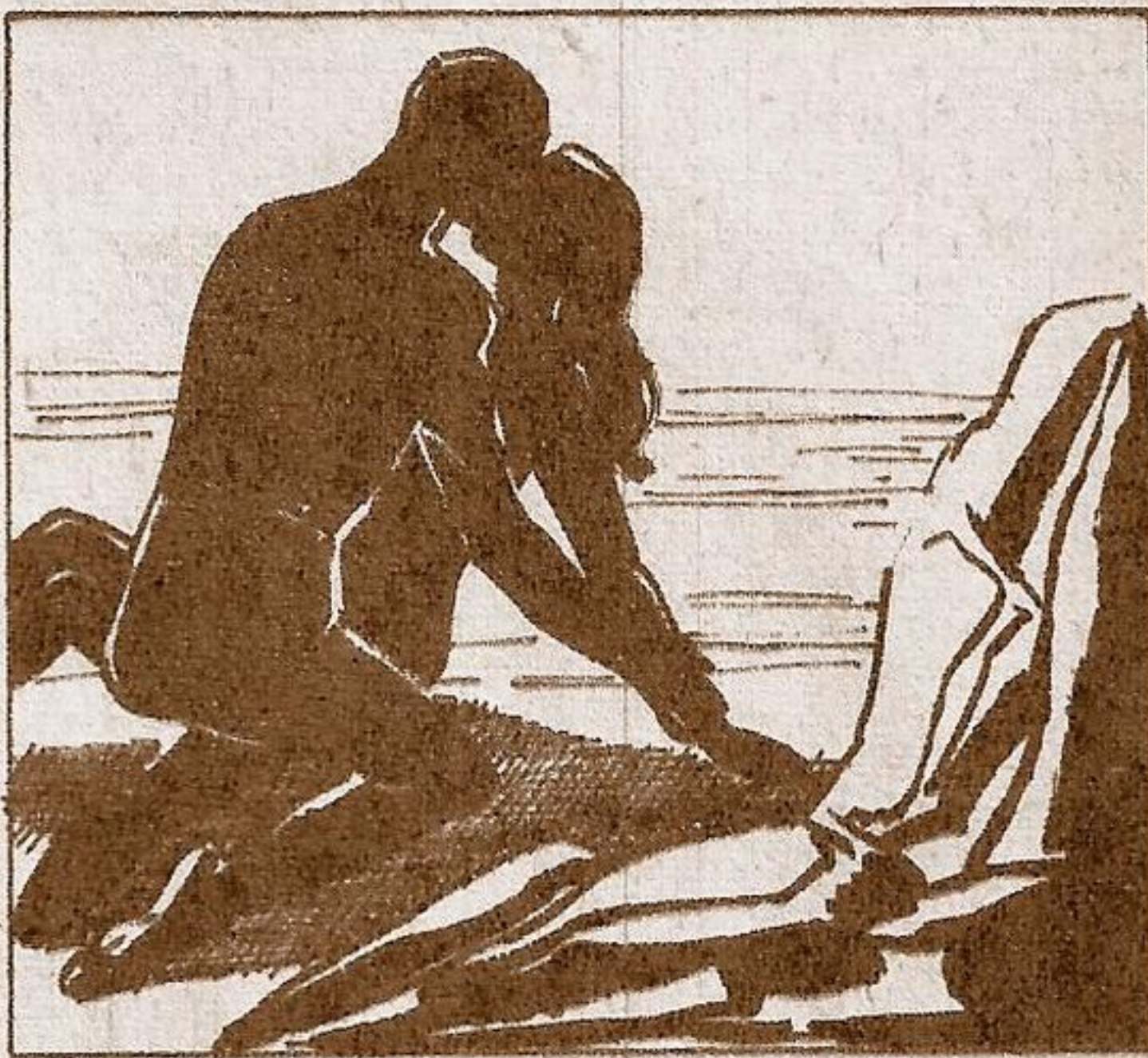
Se tendieron al sol, sobre la arena. Y una corriente de atracción recíproca los envolvió. Casi temblando, ella dijo:



Ahora, le debo la vida yo también...

Debo encontrar la forma de pagarle esta deuda.

Calla. Quiero contemplar tus labios en reposo.



Poco después...

Jaime... Debes trabajar, debes triunfar en tu carrera. He visto tus trabajos... y



¿De modo que estuviste curioseando mi habitación?

Sí. También encontré esto...

Por lo visto, nunca podré ocultarte nada. Si haces eso ahora...



¿Cómo llaman a esta enfermedad? Deseo de torturarse a sí mismo. Aquí está el pasado, fijado para siempre...

No. Para siempre, no... ¡Mira!



¿Qué es lo que me ocurre, Susanne? Tú rompes esa fotografía, que ha sido mi espina de dolor tanto tiempo, y no reacciono. Haces todo con tanta naturalidad...



Observó una de las cartas. -Es de Brasil. Un concurso para una obra importante. Me aceptaron. Tendría que viajar en una semana... -¿Por qué no? -Debes ir, Jaime, debes ir. ¡Estoy segura que triunfarás!

¿Ir? ¿Pasarme dos años en Brasil?



Cuando volvieron al atardecer en el bote, Jaime Ruiz era otro hombre.

Me pregunto qué filtro extraño me has dado, Susanne. Cómo has podido romper mis ataduras, así, tan de repente...

¿No crees que el amor es el único filtro maravilloso, Jaime?



Entretanto, en el hotel...

Celebro que hayas venido, Jacques. Te confieso que no sabía qué hacer con Susanne. Lo mejor será que te la lleves pronto...

A eso he venido, Monique.

Y... ese hombre, ¿qué relación tenía contigo, si no es indiscreción?

Amigo... Un buen amigo, Jacques. Eso es todo. ¿Por qué?

Visiblemente molesto, Jacques Cloutier, el esposo de Monique, carraspeó. -Por nada... por nada. Sabes a qué vino Susanne, ¿verdad? -Sí. Buscando nuestra reconciliación...

Ambos callaron. -Ocho años. Mucho tiempo, ¿no es cierto? -Así es. Aunque tú no has cambiado. Te ves bien. -Gracias.

Quizá... te parezca raro. Pero lo cierto es que he pensado mucho en ti, estos años...

Yo también, Jacques.

-Sin embargo, veo que te va muy bien, que eres feliz aquí... con tus amigos.

¿Te parece que cuadra una escena de celos?

¿Celos? ¿Por qué habría de tenerlos? Ya demostraste una vez que preferías tu profesión a mi amor... Yo no significué ni significo nada...

¡Jacques, por favor! ¿Vamos a seguir lastimándonos? Es cierto. Tú me diste a elegir entre mi carrera o tu amor...

Fracasé como actriz...y te perdí. ¿No te basta?

Ahora... ¿elegirías de otro modo? ¡Monique!

Escucha, Monique. No somos adolescentes... pero quiero proponerte algo: lleva tú a Susanne de vuelta a París. Yo estaré esperándolas.

¡Jacques! ¿Crees... que podríamos intentarlo?

De regreso al hotel, Jaime comenzó a preparar su equipaje, Monique fue a su habitación, y...

Jaime, quiero que me digas si hay algo entre tú y Susanne... ¿Eh...? ¿Y esas malestas?

-¿Te sorprende? Me voy, Monique. A Brasil. He resuelto luchar otra vez. En cuanto a tu primera pregunta... ¿Si te dijera que nos amamos?

¡Qué locura! ¡Tú...! ¿Pretendes que has cambiado en unos días, y...?

¿Unos días? ¿Y por qué no unas horas? ¡O unos minutos! Y además... me pregunto si cambié, o simplemente dejé que otro ser me mostrase lo mejor de mí mismo. Ser fiel a sí mismo, sí... ¿Lo fuiste tú, Monique...

... cuando entre tu marido y tus veleidades artísticas, intentaste quedarte como estás? El fracaso te mostró que no.

No hablemos de eso ahora. Quiero saber qué piensan hacer Susanne y tú.

Mi viaje durará dos años. Vendré a buscarla a este lugar, entonces. Ella prometió esperarme. ¿Oíste? Confía en mí, si no hace "como que confía"... Y nos casaremos.



-Está bien. Sólo te digo que si juegas con Susanne... -No hablemos más, Monique. Tengo que preparar mi equipaje. Te enviaré lo que adeudo, desde Brasil. Adiós.



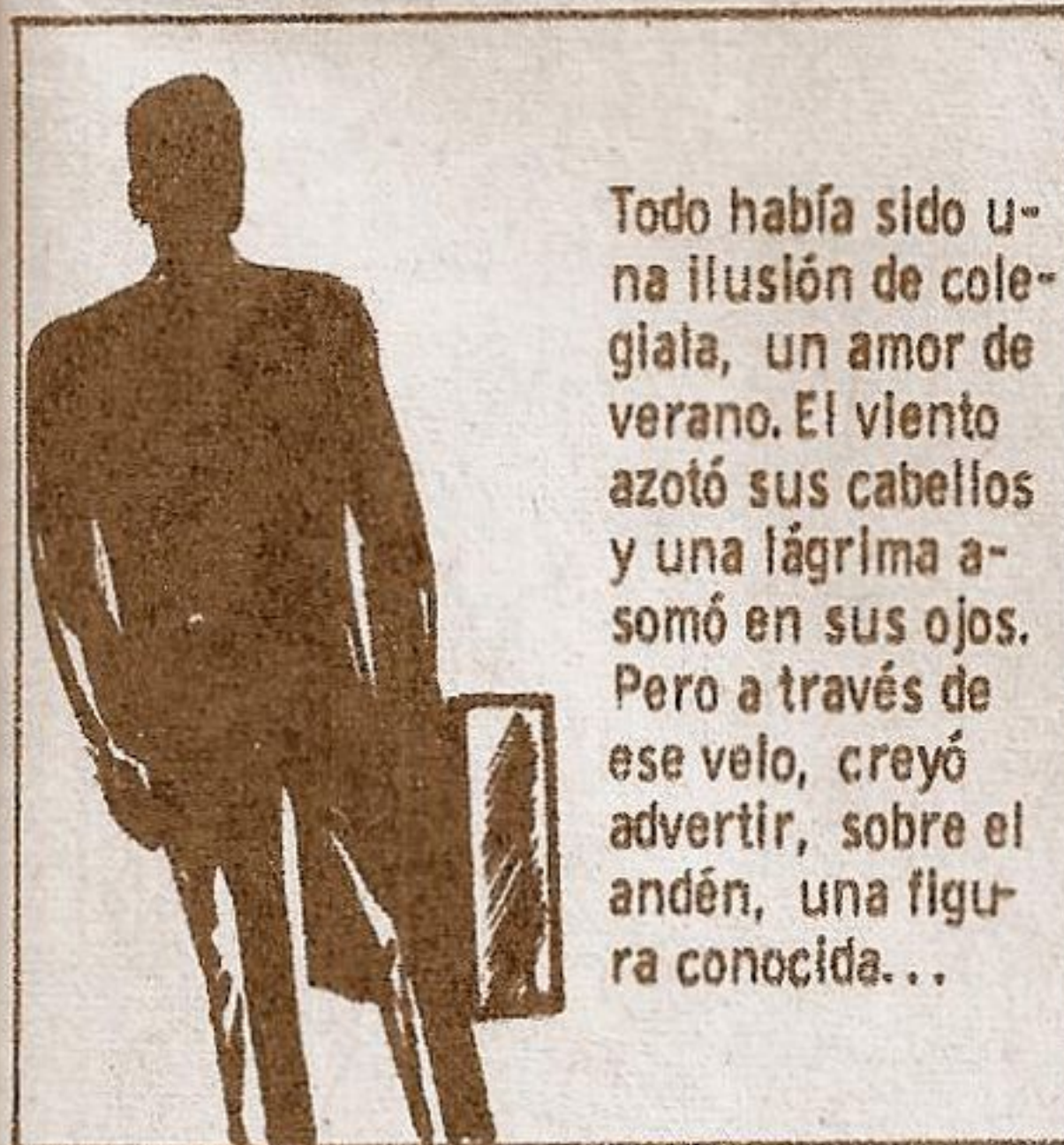
No hubo muchas palabras entre Susanne y Jaime, cuando éste tomó el autobús.

Dentro de dos años, estaré aquí. Hasta luego, Susanne...

Hasta luego, Jaime...



Así había quedado en su recuerdo. Aquella sonrisa, aquel brillo en los ojos, aquel beso... ¿Había tenido razón su madre al desconfiar de Jaime? No vendría ya.



Todo había sido una ilusión de colegiala, un amor de verano. El viento azotó sus cabellos y una lágrima asomó en sus ojos. Pero a través de ese velo, creyó advertir, sobre el andén, una figura conocida...

Corrió, corrió hacia él, mientras dejaba que otras lágrimas brotaran. Lágrimas incontenibles de amor.

¡Jaime! ¡Jaime, amor mío!



¡Susanne! Tendrás que perdonarme la demora... Nunca fui demasiado puntual, pero esta vez quise serlo. El autobús tuvo un percance...

Jaime, ¡Oh Jaime mío...!

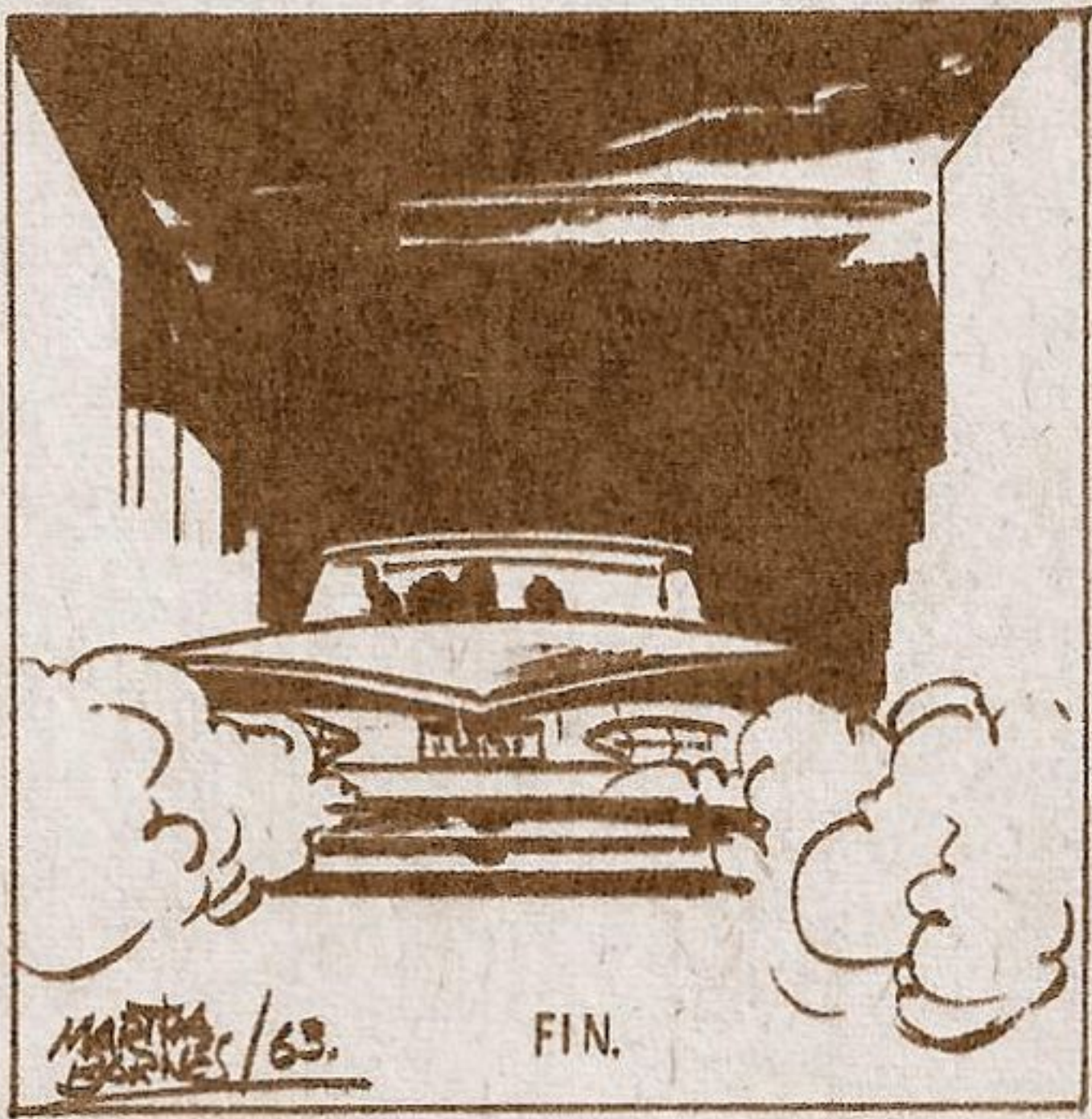


El tren partió sin ellos, pero unos bocinazos los llamaron a la realidad.

¿Qué hacen allí? ¡Vamos! Nos espera una maravillosa luna de miel...



Riendo, los cuatro subieron al automóvil. Susanne, la colegiala, había llegado un día a aquel pueblo de Aguacilara, con un simple cargamento de amor en su alma. Y el amor fructificó.



MARTÍN / 63.

FIN.

¿SABE USTED...?



LA PRIMERA CARRERA A MOTOR DE PARÍS A RUAN EN 1894. FUE GANADA POR EL CONDE DE DIÓN QUE PILOTABA UN COCHE A VAPOR, CUBRIENDO LOS 127.11 KMS. A UNA VELOCIDAD DE 18.6 KMS. POR HORA.

EL BIÓLOGO AMERICANO R. L. GARNER, TRABAJA PREPARANDO UN VOCABULARIO DEL LENGUAJE UTILIZADO POR LOS MONOS.



LA MAYORÍA DE LOS LEONES HUYEN A LA VISTA DEL HOMBRE, Y COMPRENDEN QUE LA CARNE HUMANA ESTÁ, PARA ELLOS, PROHIBIDA. LA PRIMERA INFRACCIÓN EN ESE SENTIDO SUELE ATRIBUIRSE A ALGUNA CIRCUNSTANCIA ANORMAL; PERO UNA VEZ QUE HAN MATADO Y ADQUIRIDO EL GUSTO DE NUESTRA CARNE, LOS LEONES SE CONVIERTEN EN DEVORADORES HABITUALES DE HOMBRES...

EL CRECIMIENTO DE LAS OREJAS CONTINUA EN UNA MANERA TAL QUE SEGÚN LOS ESPECIALISTAS SI EL HOMBRE VIVIESE 1.000 AÑOS, AQUELLAS ALCANZARÍAN EL TAMAÑO DE LAS DE LOS ELEFANTES.



EN ARGENTINA SE LLAMA A LOS NIÑOS "PIBES"; EN EL URUGUAY "BOLIJAS"; EN CHILE "CABROS"; EN EL ECUADOR "GUAMBRAS" Y "GUAGUAS"; EN TODOS LOS PAÍSES ANDINOS.

EN SÃO PAULO (BRASIL) SON OBJETO DE LOS MAYORES CUIDADOS LAS SERPIENTES MÁS VENENOSAS. PUES DE ELLAS SE EXTRAHE EL SUERO QUE CURA LAS MORDEDURAS DE LOS REPTILES DE SU MISMA ESPECIE.

EL AVIADOR FRANCÉS PÉGOUT, FUE EL PRIMERO EN REALIZAR EL VUELO INVERTIDO Y EL RIZO TEMERARIAS HAZAÑAS QUE LLEVÓ A CABO CON UN MONOPLANO BLÉRIOT, EL 1 DE SEPTIEMBRE DE 1915.



"HAM AND EGGS" PARTIDO POLÍTICO DE CALIFORNIA, TIENE COMO PROGRAMA FACILITAR A TODO EL MUNDO CADA MAÑANA UN PAR DE HUEVOS FRITOS Y UN DÓLAR.

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

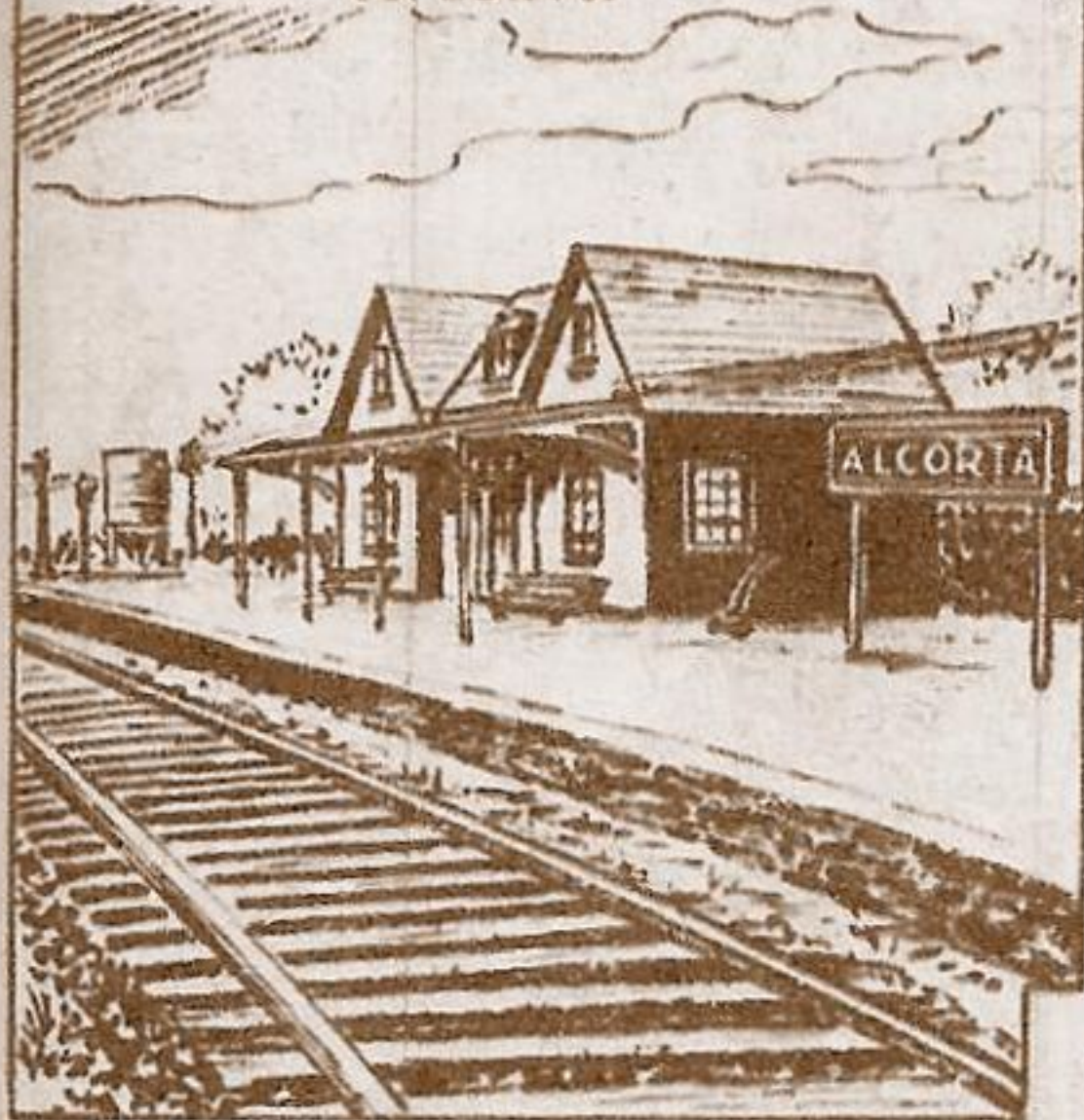
AMARGO

DIBUJOS DE CARLOS EYRÉ



Dicen que el primer amor es el único amor que tiene el hombre en toda su vida. Dicen también que el amor que se vive luego, cuando no se concreta ese primer amor, es un sentimiento distinto. Amor, sí, amor también, pero menos espontáneo, menos profundo como cuando por primera vez la sangre se eriza conmovida por el milagro del buen amor...

Esta es la historia de dos hermanas, Lucía y Estela. Son las hijas del jefe de la estación de ferrocarril de Alcortá, un pueblo perdido en la soledad árida de la provincia de Santiago del Estero.



Lucía es la mayor. Pronto será una solterona. No ha conocido el amor. Reparte el tiempo de sus largos días entre sus clases como maestra, su estudio del violín y la especial atención que presta al hogar desde que muriera la madre.



Estela, la menor, es totalmente distinta. Más de quince años es la diferencia de edad que hay entre ella y Lucía. A Estela le gusta la vida cómoda. Quiere ser independiente. Y su destino, de pronto, le dará la gran oportunidad.

¿Qué ocurre?

¡Por favor! ¡Abran!



He sufrido un accidente. Mi coche cayó en una banquina. El chofer está herido.



La sorpresiva llegada de Gustavo Lavalle interrumpió el sueño de las dos hermanas. Lucía dejó su cuarto y preparó café para los accidentados, mientras su padre iba en busca del médico.

¿Hay teléfono aquí?



¡Sí. Es el único teléfono de Alcortá. Se usa nada más que para hablar de una estación a otra.



Estela le había conseguido la comunicación con Buenos Aires. Daba la impresión de que las noticias no habían sido buenas. Gustavo quedó ausente, con el café enfriándose en la taza que sostenía entre sus manos.



-No es de cuidado lo que tiene su chofer. Algunos golpes superficiales y dos pequeñas heridas. Lo más grave fue el susto. Le di un calmante. Mañana podrán irse en el tren del mediodía.



Gustavo Lavalle ya no tenía apuro para llegar a Buenos Aires. Necesitaba un poco de la paz que le daba el silencio de ese pueblo pequeño, resignado. Nació entonces una estrecha amistad entre Gustavo y Estela. La joven quería viajar a la capital, trabajar, independizarse.



A mí me entristecerá mucho nuestra separación, pero me conformaré sabiéndote feliz. Tú siempre quisiste radicarte en Buenos Aires. Creo que ésta es una buena oportunidad para que lo hagas.



¡Hermanita! ¡Eres maravillosa!



Y Estela viajó a Buenos Aires dos semanas después de la partida de Gustavo Lavalle.

Comenzaron a verse diariamente. De aquellos encuentros cotidianos surgió una amistad profunda. Estela era una mujer distinta en el mundo de Gustavo. Estela era espontánea y simple. Era auténticamente femenina.



Gustavo se sentía solo. Gladys Urquiza, la única mujer que llegó a amar intensamente, lo había dejado, viajando sorpresivamente a París. Gladys tenía un carácter orgulloso, independiente.



Y surgió entonces entre ellos dos un sentimiento que pretendió ser amor, una fantasía que ayudaba a Gustavo a olvidar su desengaño, y a Estela a creer que estaba próxima a alcanzar la dicha soñada.



La madre de Gustavo aceptó con alegría la nueva elección sentimental del hijo. Estela sabía hacerse querer.



La noticia fue bien recibida en Alcorita. Se casaba Estela. Lucía se sintió un poco más vieja. Ella también quería amar, quería tener a quien amar como mujer y de pronto a ella también la vida le dio su oportunidad.



Se llamaba Rafael, Rafael Bermúdez. Era profesor de literatura. Se conocieron en la escuela en la que los dos dictaban clases. Nació entre ellos la necesidad de comunicarse, de confesarse sus inquietudes.



Charlaron del clima, de los alumnos, del viejo edificio en que estaba instalada la escuela. Lucía lo invitó varias veces a cenar. Su padre simpatizó de inmediato con Rafael. Le pareció quizá un poco joven como novio de Lucía, pero calló su opinión. Podía herir a la hija que ya tenía los ojos llenos de ilusiones.



Vuelve a repetir esa sonata, me gusta. Repítela, por favor...



Era el alma que ella andaba buscando, el alma que ella quería amar, despojándose de todos sus miedos secretos. Lucía tenía esperanzas de que la belleza de aquella música la ayudara a que Rafael la encontrara más bella. Había comenzado a aborrecer sus arrugas, a temerle a los días que transcurrían rápidamente.

Aprovechaban los atardeceres para pasear por las afueras. Rafael la llevaba en su automóvil.

Me da frío el blanco luminoso de las salinas. Hasta el aire se pone blanco aquí. El aire y el aliento. Todo blanco...



Callaron. Necesitaban escuchar el silencio horizontal de la tarde para poderse encontrar; para encontrarse Lucía con Rafael y Rafael con su misterio...



Eres brillante como profesor. Cualquier instituto privado te habría contratado dándote un buen sueldo. Me pregunto muchas veces qué te dedició venir a ocupar una cátedra aquí...

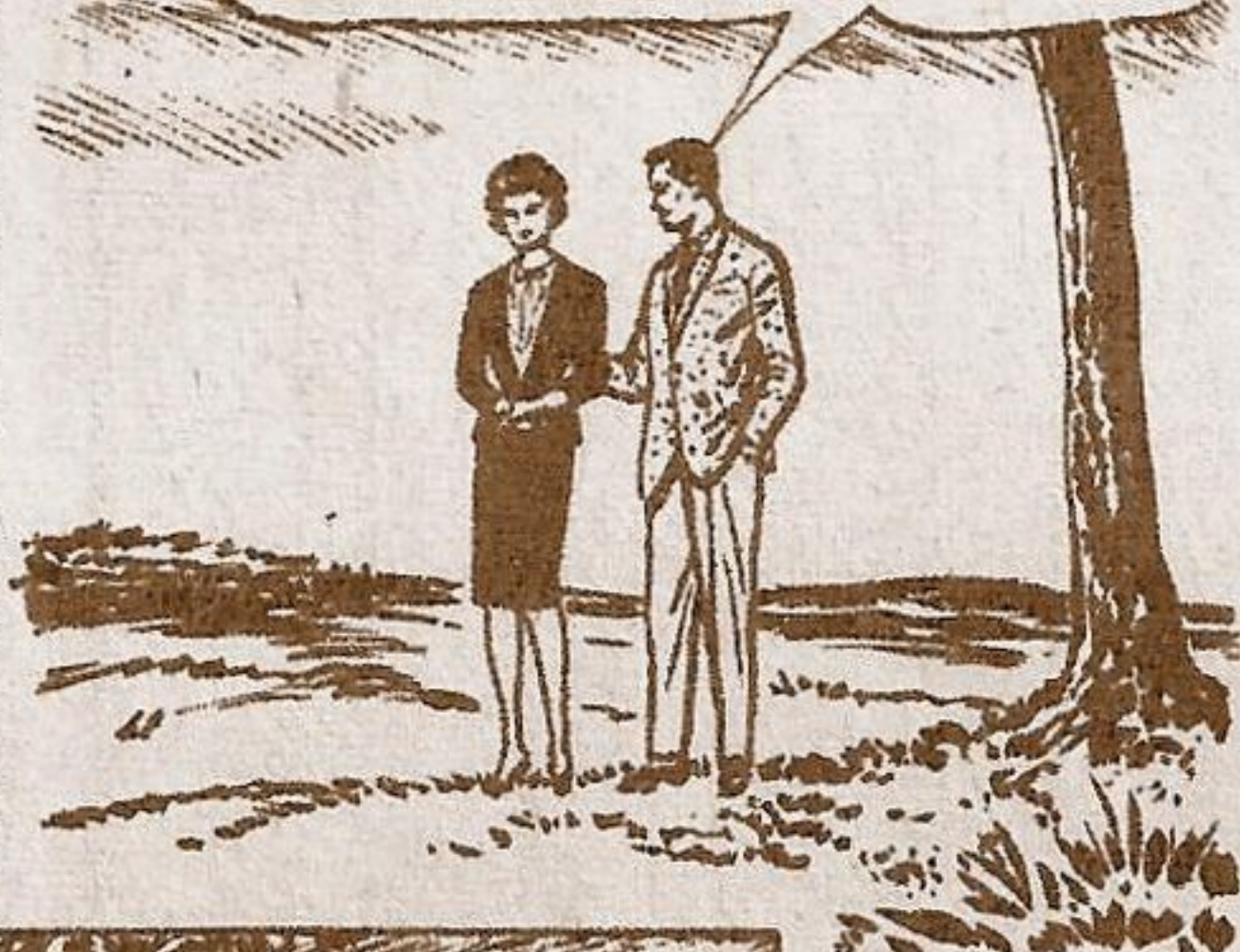


A veces se quiere huir del mundo. Yo quiero huir del mundo.



Alcorta también es el mundo.

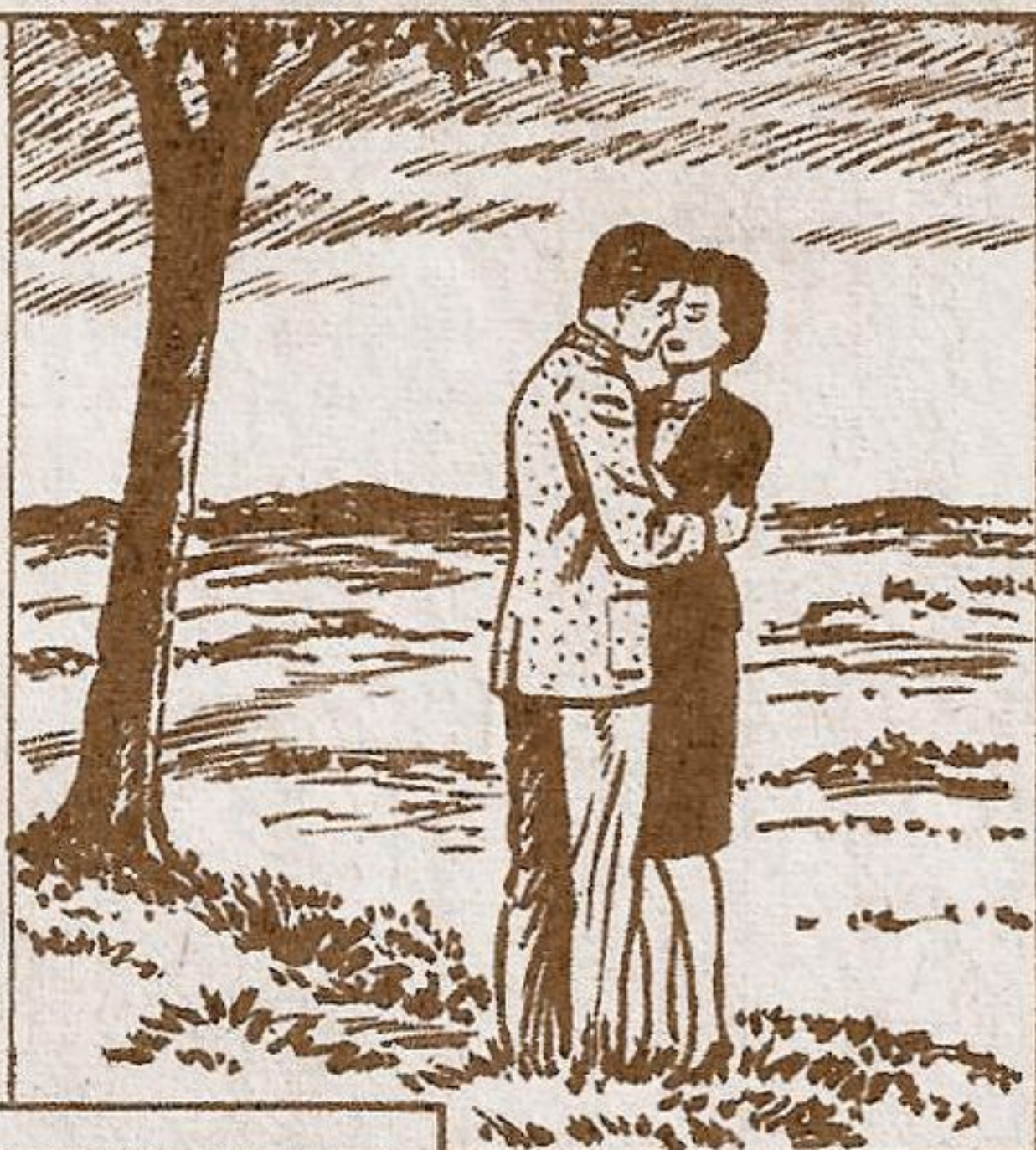
Ya lo sé. En Alcorta hay hombres y mujeres como en cualquier otro lado, como en todas partes. No se puede huir de uno mismo.



Creo que te quiero, Lucía. Creo que te quiero...



En el hombre también había un miedo, un miedo lejano y árido. Rozaron sus bocas para un beso que no llegó a definirse. Florecía el corazón gris de Lucía. Ya pronto, demasiado pronto, llegaría el inesperado tiempo de tempestades...



Las dos hermanas se intercambiaban una abundante correspondencia. Los planes iban y venían. Estela confirmó su boda para el mes de setiembre y Lucía lo anunció para un mes antes, para agosto. Novia de fin de otoño.



Una noche, durante una sobremesa, Rafael confesó a Lucía los misterios de su vida. Los hechos obligaban a esa confesión un poco apresurada.

Soy viudo. Tengo un hijo que ya cursa el sexto grado. Me casé muy joven. Yo tenía 18 años y ella 16. Mi esposa murió hace dos años. Antes de nuestra boda, Lucía quisiera ir a hablar con mi muchacho. Me gustaría traerlo para la ceremonia.



¿Quieres que te acompañe a Buenos Aires, que le hablemos juntos?

No, será mejor que vaya solo. Me parece mejor que vaya solo. Es un rebelde. Está internado en un colegio. La muerte de la madre lo afectó muchísimo.



Las mejores novelas las puede encontrar en «Grandes Obras de la Literatura» - Columberos

Entonces, ya que viajas a la capital, me gustaría que conocieras a Estela. Es bueno que los cuñados vayan tomando confianza...



Lucía trató de sonreír y de hacer sonreír a Rafael.

Vamos, amor. Olvida los temores. Todo irá bien. Mi corazón que te quiere tanto me dice que todo irá bien. Tengamos fe. Tengamos fe en Dios, en nosotros, cariño...



Rafael viajó a Buenos Aires. Se quedaría una semana. Llegó un domingo al mediodía. Aprovechó que le faltaban algunas horas para poder visitar a su hijo y fue hasta la casa de la tía Albertina. Tenía inquietud por conocer a Estela.

Se sintió extraño al enfrentar a aquella muchacha toda mujer. Fue como una revelación que comenzó a inquietarlo.



¿Quiere mucho a Lucía?

No sé si mucho. La quiero. Creo que la quiero...



Hablaron mucho. El mundo de Estela era un mundo de decisiones firmes, de resoluciones. Rafael se sintió protegido, amparado. Siempre el hombre necesita de esa firmeza que suele emanar del carácter de ciertas mujeres. Siempre el hombre necesita de aquella mujer que sabe ser maternal.

Voy a acompañarlo al colegio a visitar a su hijo. Gustavo; mi novio, viajó a Venado Tuerto. Dentro de tres o cuatro días estará de regreso.



Rafael estaba deslumbrado. No creyó que podría encontrar alguna vez una muchacha como ella. De pronto necesitó confesarle muchas de esas cosas que sentía y que nunca se atrevería a confesarle a Lucía; esas cosas de su alma atribulada, de su alma triste y un poco vencida.

Cuando murió mi esposa creí enloquecer. En cerré al niño en el colegio y busqué desesperadamente un sitio en donde hundirme, en donde nada ni nadie me recordase mi desgracia.



"Deambulé de una a otra ciudad, de una a otra provincia. En ninguna parte encontraba la paz que quería, hasta que llegué a Alcorta y conocí a Lucía, con su mundo limpio, lavado. Creo que todo lo que ocurrió luego fue demasiado rápido."



Rafael calló. La pregunta de Estela había sido valiente. Rafael se sintió cobarde. Tuvo miedo. El miedo de la verdad, el miedo de estar frente al error. Era la vida, el destino, lo amargo del tiempo...



Estela conoció al niño. Tenía en los ojos toda la tristeza del padre. Le gustó ese muchacho huraño, le gustó darle su cariño. Y el niño se entregó mansamente. Su vieja rebeldía había sido derrotada.

¿Vendrán a verme el jueves?

Yo sí pero la señorita Estela no puede. Trabaja en Ramos Mejía; es un poco lejos de aquí.



¿Está arrepentido?

No te aflijas, Marcelo. Yo vendré el domingo. Vendré a visitarte todos los domingos y todos los feriados. Ya verás...



Se fueron. Quedó suspendida en el aire la sonrisa leve del niño. La sonrisa leve y nueva. La sonrisa fresca y recién amanecida. Terminaba una noche. Estaba la esperanza de una amistad, de una esperanza que daba esa muchacha que le traía un poco la ilusión de que la madre no había muerto del todo...

Gracias por conformar a Marcelito. Tuvo que mentir para conformarlo...



Yo no miento nunca, ni me miento a mí misma jamás, lamentablemente...

Volvieron a verse varias veces más. Estela quería enviarle unos recados especiales a Lucía. En cada encuentro eran mayores los silencios que los reunía. Algo inevitable ocurría en ellos.

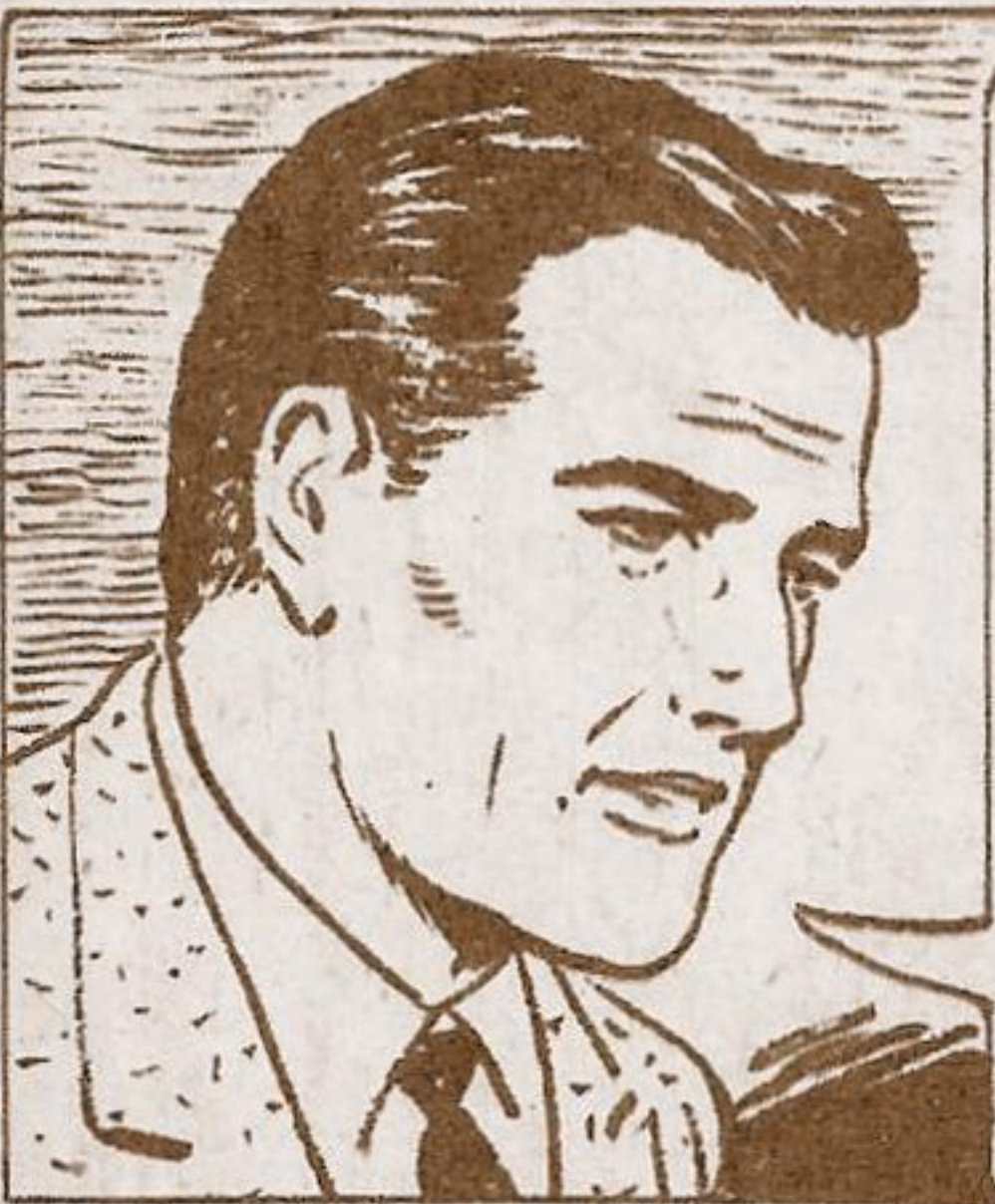
¡Es una locura! ¡Es una tremenda locura esto que nos está pasando!

¿Qué es eso que nos pasa? Seamos sinceros, Estela.



Y fueron sinceros. Se amaban. Era el verdadero amor que los sorprendía de pronto. La terrible tortura de una culpa que no tenían comenzaba a atormentarlos. Era la espantosa casualidad de muchos destinos: enfrentarse con el primer amor verdadero cuando ese amor no puede ser. Entonces confesaron sus equivocaciones.

Mi matrimonio fue un error. Eramos dos niños caprichosos queriendo desafiar al mundo. Muchas veces lloramos juntos, abrazados, unidos por el miedo y no por el amor. Por eso me dolió tanto su muerte.

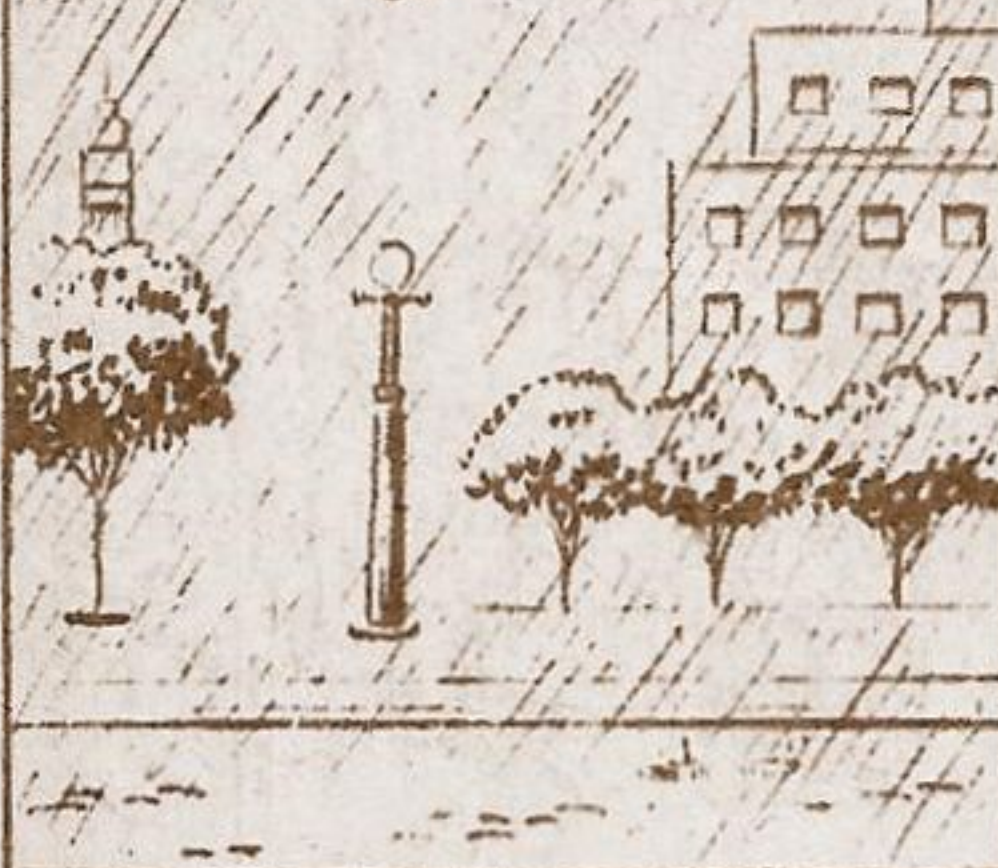


Ella no conoció la verdadera felicidad que puede dar la vida. Eramos nada más que dos buenos camaradas. Siempre me sentí culpable de haberla arrastrado a aquella locura matrimonial. Era mi tonto orgullo de querer saber más que mis mayores.



Tenemos que ser valientes. Estoy dispuesta a hablar con Gustavo. El sabe muy bien lo que siento. Podré ser una buena amiga pero en mí no hay amor por él, sino una estúpida ansiedad por la aventura que puede darme la oportunidad de ser la esposa de un hombre rico.

Estaban en un bar. Sobre la ciudad llovía. Sobre los bronce siempre viejos y los mármoles siempre nuevos de las estatuas, llovía. Sobre las tumbas y los senderos, llovía... Se habían lanzado a la batalla. Iban a enfrentar al mundo con la verdad de su amor auténtico.



Dos días después Estela confesó su sorprendente verdad, su inesperada verdad a Gustavo Lavalle.



Lo siento mucho por mí. Eres una muchacha maravillosa. Esta sinceridad tuya de recién demuestra todo lo limpia y valiente que eres, todo lo que vale tu alma. Había comenzado a amarte. Siempre la estaré esperando. No olvides que me enseñaste a quererte.

Para Rafael las cosas resultaban más difíciles. Tenía que destruir el mundo de Lucía, la dulce Lucía, la indefensa Lucía. Les costaba ser verdugos, tremendos verdugos de los sueños, de las ilusiones de los otros.



Lucía tiene que comprender, tiene que querer la felicidad para ti, que eres su hermana.



¿No seremos egoistas? ¿Está bien todo esto? Nuestro amor puede hacernos equivocarse...

El amor bueno nunca puede conducirnos al error. No puedo mentir más. Tengo que regresar a Alcortá y enfrentar la realidad. Es peor continuar fingiendo. Que tu amor me dé fuerzas...



Lloviznaba la mañana en que Rafael se decidió a partir hacia Santiago del Estero. Era una de las últimas mañanas del otoño.



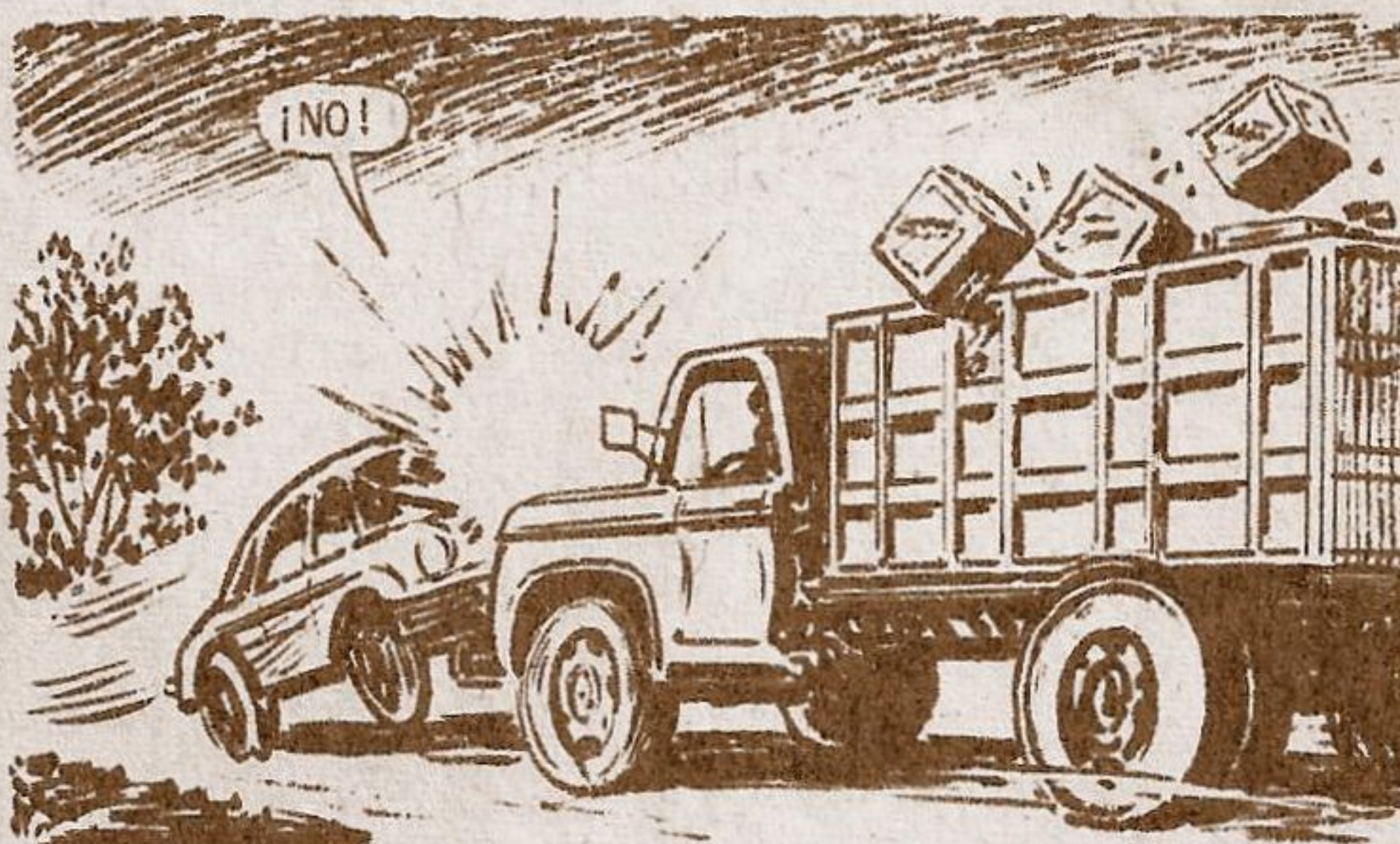
Estela se había quedado en casa de la tía Albertina, encerrada en su cuarto, velando su temblorosa agonía de amor, implorando al cielo que iluminara a aquellos que tenían que comprender la pasión que sentían.



Lucía estaba en Alcortá, dando su clase de todas las mañanas, pero con el corazón y el alma puestos en el camino, esperando ver llegar el automóvil en que regresaba el hombre amado por siempre.



Rafael conducía pensativo. La marcha del coche era regular y lenta. Sorpresivamente sintió la necesidad de imprimirle velocidad, de estar cuanto antes frente a Lucía, de liberarse cuanto antes de esa angustia culpable que lo consumía. Quería amar libremente a Estela.



Lucía seguía dictando su clase mientras su corazón vestido de fiesta esperaba la llegada del hombre amado, la llegada de Rafael Bermúdez.



Estela miraba pasar las horas esperando de una vez por todas liberarse de la angustia que la ahogaba y comenzar a vivir libremente ese amor verdadero que había encendido en su alma Rafael Bermúdez.

Un grupo de obreros que trabajaban en una cantera próxima a la ruta, sacaron de entre los restos del automóvil, el cuerpo sin vida de Rafael Bermúdez.



El destino había dado la última palabra en aquel juego de amores. Y esa palabra había sido: NO. Era lo amargo...

FIN.

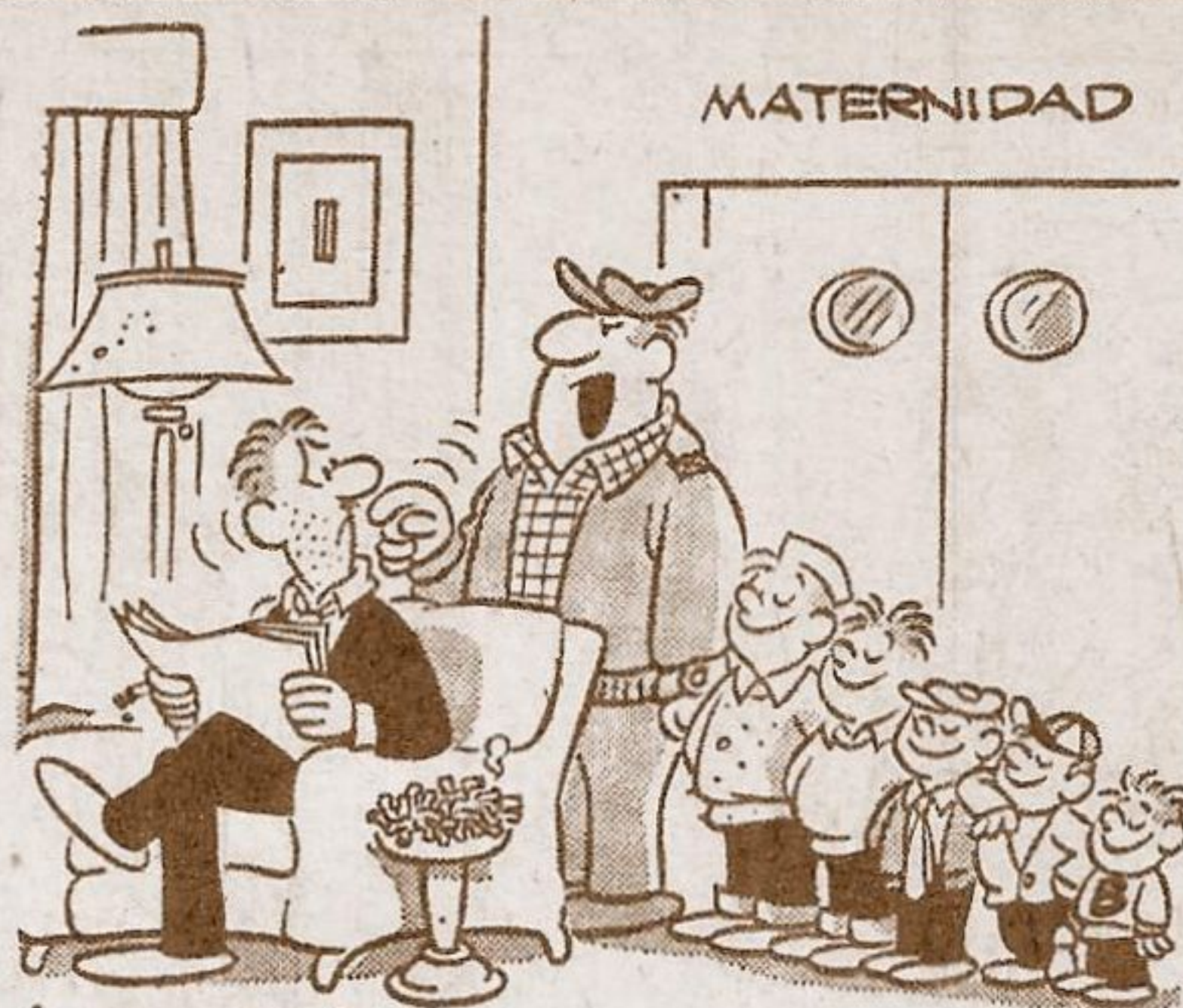
AHORA RÍASE



- ¿Qué dijo el jefe de la sugerencia que él le entregó...?



- Todo comenzó cuando tuvo que levantar un jarro de agua y no pudo hacerlo.



- Usted está sentado en mi sillón favorito, señor.



- ¿Por qué este perro no podría traerme las zapatillas y el diario como lo hacen los otros perros?



- ¿Por qué no juegan afuera, chicos? El día es muy lindo para quedarse adentro?

¡GRATIS!

Recibirá gratis las primeras lecciones. Señale el curso que le interesa. Enseñamos por corre desde 1915:

- Contabilidad Moderno Simplificada (con Balance Mensual, Inventario al Día, etc.)
- Impuesto a los Réditos, etc. (en 25 lecciones.)
- Mecánico Electricista de Autos.
- Constructor
- Sastre.
- Dibujante.

Envíe hoy su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

Av. Montes de Oca 636

Buenos Aires

Nombre

Calle y N°

Localidad Provincia

UNO CONTRA TODOS

Por KING VIDOR

Long Mc Murphy, el anciano arquitecto, volvió a leer la carta de Charles.

(¡Es joven y aún tiene ilusiones!)

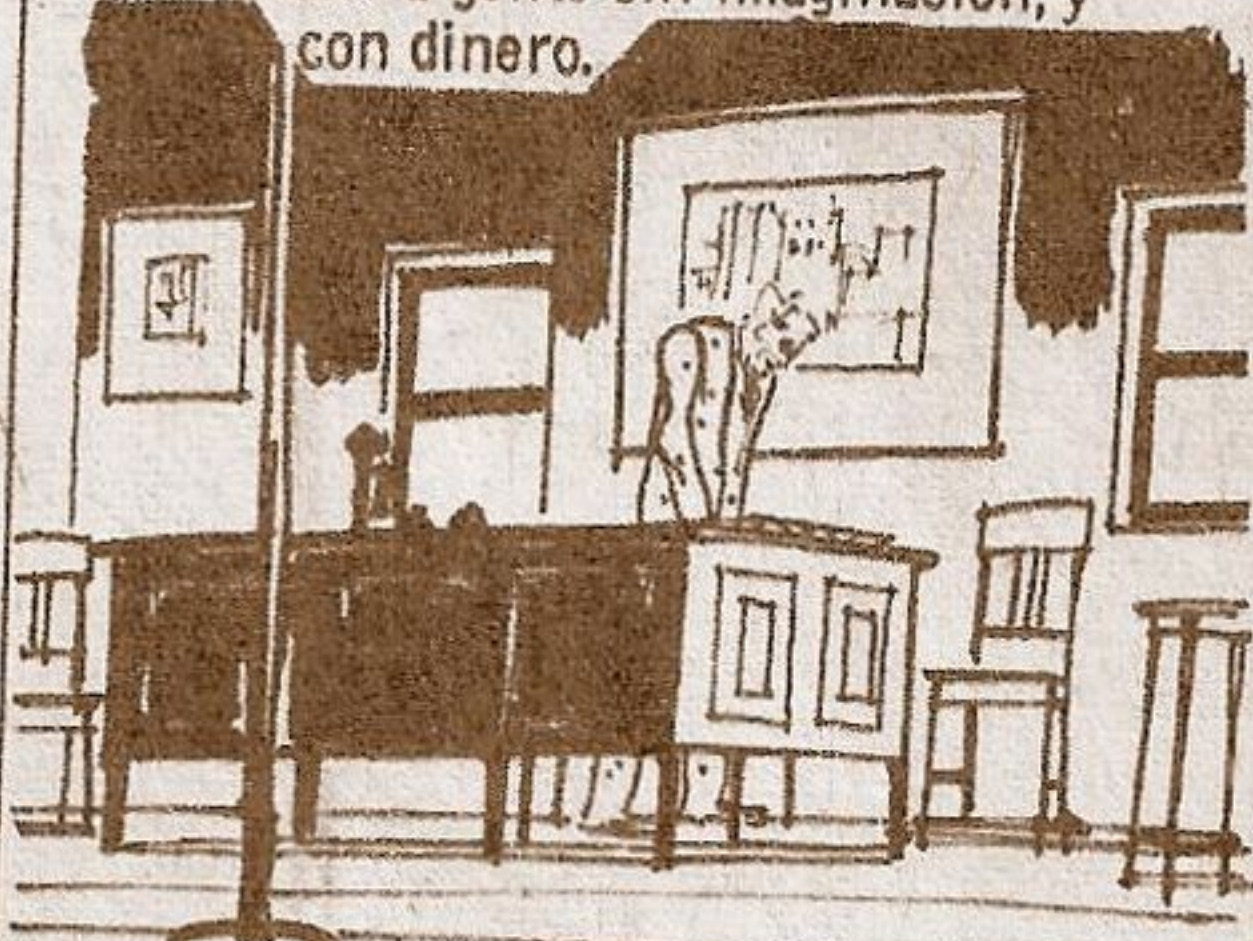
ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE J. PÉREZ DEL CASTILLO

Charles Benwlay era su más querido discípulo. Le escribía desde París.

La sonrisa del viejo arquitecto de Chicago se hizo irónica, amarga. "¡Si Le Corbusier tuviera que vérselas con estos 'señores' de Chicago!" Un creador arquitectónico de la talla de Lon Mc Murphy tenía que pasar...

... duros trances económicos por ser el único que - a principios de 1935 - se oponía al estilo "griego" que adoptaban la mayoría de los profesionales de la construcción, para satisfacer a gente sin imaginación, y con dinero.



¿Ha sido rechazado mi proyecto? Gracias.

Era un "gracias" lúgubre del hombre anciano, pobre y casi sin recursos. Charles Benwlay retornó a los Estados Unidos con "grandes ideas"



Se advertía en Charles - atlético, agradable hombre joven - la firme voluntad de luchar "por una arquitectura mejor, y libre".

Mc Murphy sufría de cáncer, y se hallaba en la parte crucial del ciclo.

No se agite, maestro. Hablemos con calma. Veré a ese señor Kalw.



En pleno centro de Chicago se elevaba el edificio de la compañía "Banner". Max Kalw era su director, y dueño. El diario "Banner Press" también le pertenecía, como la empresa constructora de más importancia en Chicago.

Usted sabe "cómo debe responder" a ese loco de Mac Murphy, gerente.



Ors Melfy, gerente de la compañía constructora, sonrió con malicia.

¡Eso quiere decir que puedo sacarlo con cajas destempladas!



Era una infame victoria, ese ensañamiento con un hombre abatido. Pero Ors Melfy era capaz de mayores villanías.

¿No supo comprender a tiempo "que no podía ponerse contra la corriente, "insigne" arquitecto Mc Murphy?



El anciano no dijo a Charles que le habían tratado con tanta villanía. Conocía al joven arquitecto, "y la quijada de Melfy podía peligrar".

(Y lo más desagradable podía ser que Charles fuera preso.)



Benwlay intentó hablar con Max Kalw, pero éste no lo recibió.

Está muy ocupado, señor Benwlay. Demasiado ocupado, ¿comprende?



Charles hubiera podido dar un leve empujón a ese viscoso individuo, y con ello hacerle morder la alfombra, pero se limitó a mirarlo fijamente.



Dígale al señor Benwlay que ha sido muy gentil.

"¡Fracasados!", exclamó Melfy, luego de que el joven se marchara. Entonces alzó el tubo del teléfono y llamó al arquitecto Gene Smith.



Su proyecto será ejecutado de inmediato, Smith. ¿Contento?

El tono de "perdona vida" del gerente, tuvo que ser aceptado por el mediocre y joven Gene Smith. Gracias a Ors Melfy él logró la gran obra de la Fowcente Avenue.

(Pero ese canalla me lleva "el treinta por ciento.")



Los "metodos" de Ors Melfy, para quienes los admitían, como ese "tal. Smith" - así lo llamaba el gerente de la compañía Banner, a Gene Smith.

(¡No importa! Mi nombre se valorizará rápidamente.)



Max Kalw observó el proyecto del arquitecto Smith y frunció la nariz. Intimamente ya se sentía cansado del "orden dórico griego" que imperaba como última moda en las construcciones de Chicago, pero...



(El cliente paga, quiere "ésto", y yo lo satisfago.)

Kalw reconocía - para él - los altos méritos de Mc Murphy, pero le molestaba el gesto enfático del anciano cuando decía: "Gracias; ya me comprenderán, algún día", y se retiraba como un orgulloso coronel.

¡Un notición, señor Kalw!



El diario indicaba "que la vida del talentoso y discutido arquitecto Mc Murphy, se había apagado esa tarde".

—Por lo menos dejará de molestarlo, ¿verdad, señor Kalw?

"Vaya, Melfy", dijo secamente el acaudalado hombre de negocios. Ors Melfy ni siquiera se detuvo a pensar que había cometido una imprudencia, y se marchó. En el rostro de Kalw se pintaba un poco de arrepentimiento.

Que envíen una hermosa corona de rosas blancas, miss Helpp.

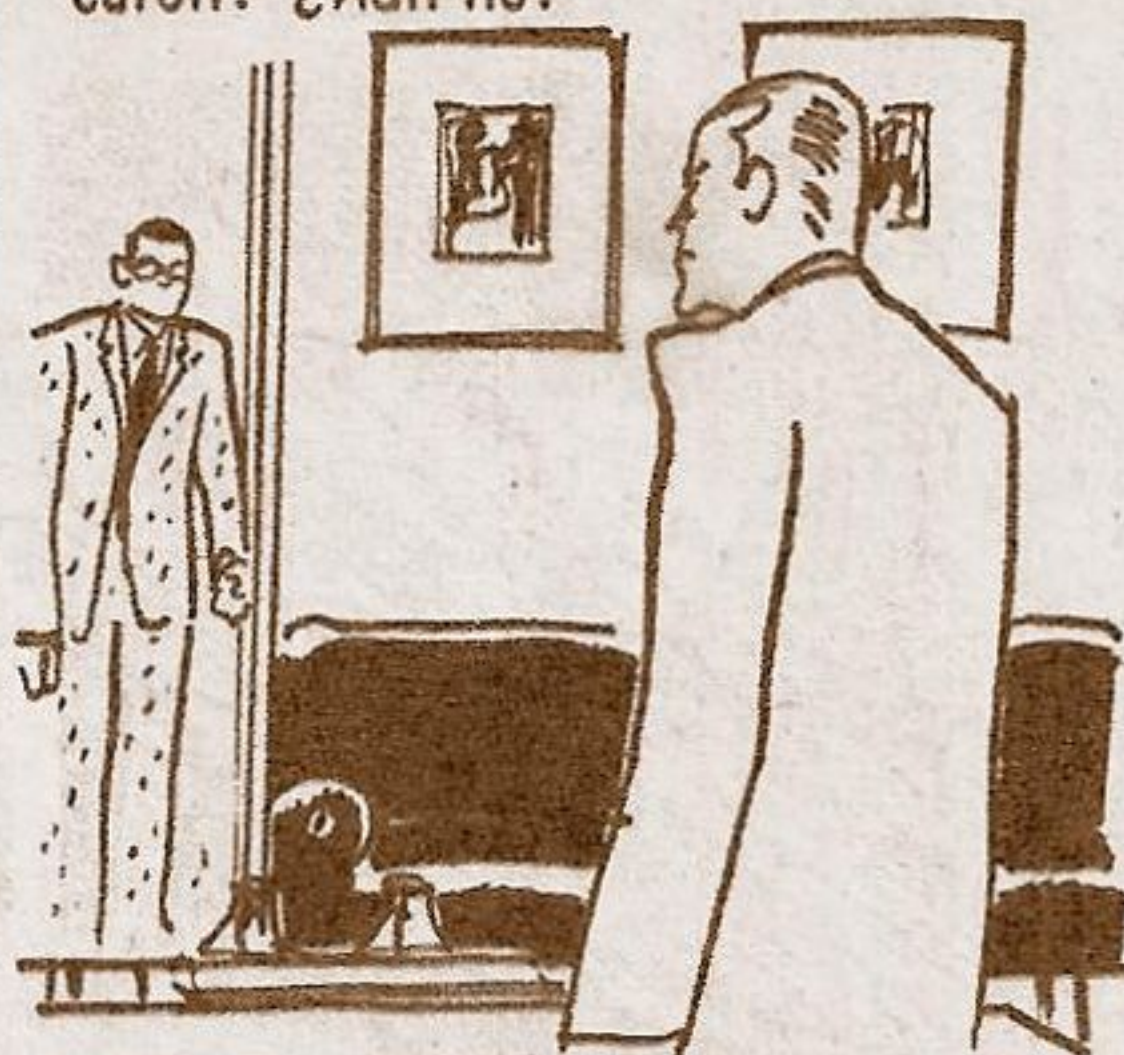


Max Kalw quedó un tanto apagado pensando en mil cosas del cotidiano vivir.



¿Puedo molestarlo, señor? Es al respecto de la señorita Hammit.

Sintió que nombraban a Irene Hammit, y el millonario se puso en pie. -¿La ubicaron? ¿Aún no?



Irene Hammit era socia en los negocios de Kalw, gracias a medio millón de dólares que el finado padre de la joven - y amigo del otoño Kalw - dejara al morir. Max Kalw siempre pretendió - sin suerte - la mano de Irene.

Ella redactaba una sección sobre arquitectura en el "Banner Press".

Nada se sabe sobre miss Hammit, señor.



"¿Se la había tragado la tierra?" Max Kalw estaba inquieto. Muy inquieto.



(¡Jamás tuve líos con la mafia! Y además la mafia ha sido barrida)

No entendía la razón por la cual ella había desaparecido de la ciudad. Y en un lugar de California...



Mucho descanso, señorita Hammit, o su estado se agravará.

Quebrados los nervios de la sensible muchacha había querido irse por un tiempo de la destructiva ciudad, de sus problemas, de Max Kalw.



(¡Dios mío, ayúdame en este difícil trance!)

Alquiló una hermosa y pequeña casa frente al mar. Allí pasaba los días, caminando sobre la húmeda arena, sin pensar en nada.



Por fin pudo saber Kalw algo sobre la hermosa mujer.



(¡Qué Irene! Bueno, felizmente no le ha ocurrido nada grave!)

Obraba en su poder una brevísima esquela de su socia de la mujer amada. La besó repetidas veces antes de guardarla en el cajón de su escritorio y -¡Oh, absurdo! - junto a un flamante revólver de marca inglesa.



Otras veces alquilaba un caballo e iba hasta Parkins Beach, doce millas de excelente paseo solitario.

Tras la muerte del arquitecto Mc Murphy, Charles Benwlay se dispuso a librar "la misma lucha que enfrentara su maestro hasta la muerte".



Reacondicionó cuidadosamente la oficina del querido Lon Mc Murphy, y se presentó a diversos concursos en Chicago. Pasó el tiempo...



¡Charles! ¿Cómo van tus cosas, "talento"?

Gene Smith - "un tal Smith" - hacía una pregunta tonta e innecesaria. La ropa de Charles no lucía "con aspecto de prosperidad".



Siempre te distinguiste por tu inclinación a las idioteces, Gene.

Gene Smith tomó del brazo a Charles Benwlay en damagógico gesto.

¡Fuimos grandes amigos en la Universidad, Charles! Bebamos algo.



No había el más mínimo asomo de envidia en la mirada celeste de Charles, mientras Smith narraba sus "triumfos con la compañía Banner".

Y hasta la experta Irene Hammit, me brindó varios elogios.



Charles permitió que Smith lo acompañara hasta lo que había sido la oficina de Lon Mc Murphy. Smith lo observó todo con la nariz arrugada.



Si no te ofendes, puedo darte algunos dólares, Charles.

Era muy magra la ayuda, y Charles agradeció con un gesto exento de brusquedad. Llamaba el teléfono.

Muy nervioso, Benwlay se apresuró a atender.



¿Como? ¿Equivocado?

Gene Smith advirtió que algo "se había derrumbado" en el interior del afligido Charles.

¿Un llamado importante? ¿Tal vez algún trabajo a la vista?



"Un trabajo de picapedrero en Alaska" contestó Charles tratando de aparentar serenidad. Smith se marchó luego. Y esa noche...



Lo siento, arquitecto. Su estilo es "confuso". No lo aceptamos.

Charles volvió a la oficina y quemó una pila de importantes trabajos que - según él - nunca se realizarían. Hacía mucho frío esa noche de marzo.



Vendió varios libros por pocos dólares y tomó un tren "hacia cualquier sitio del país". Finalmente, la línea azul de mar apareció ante sus ojos.



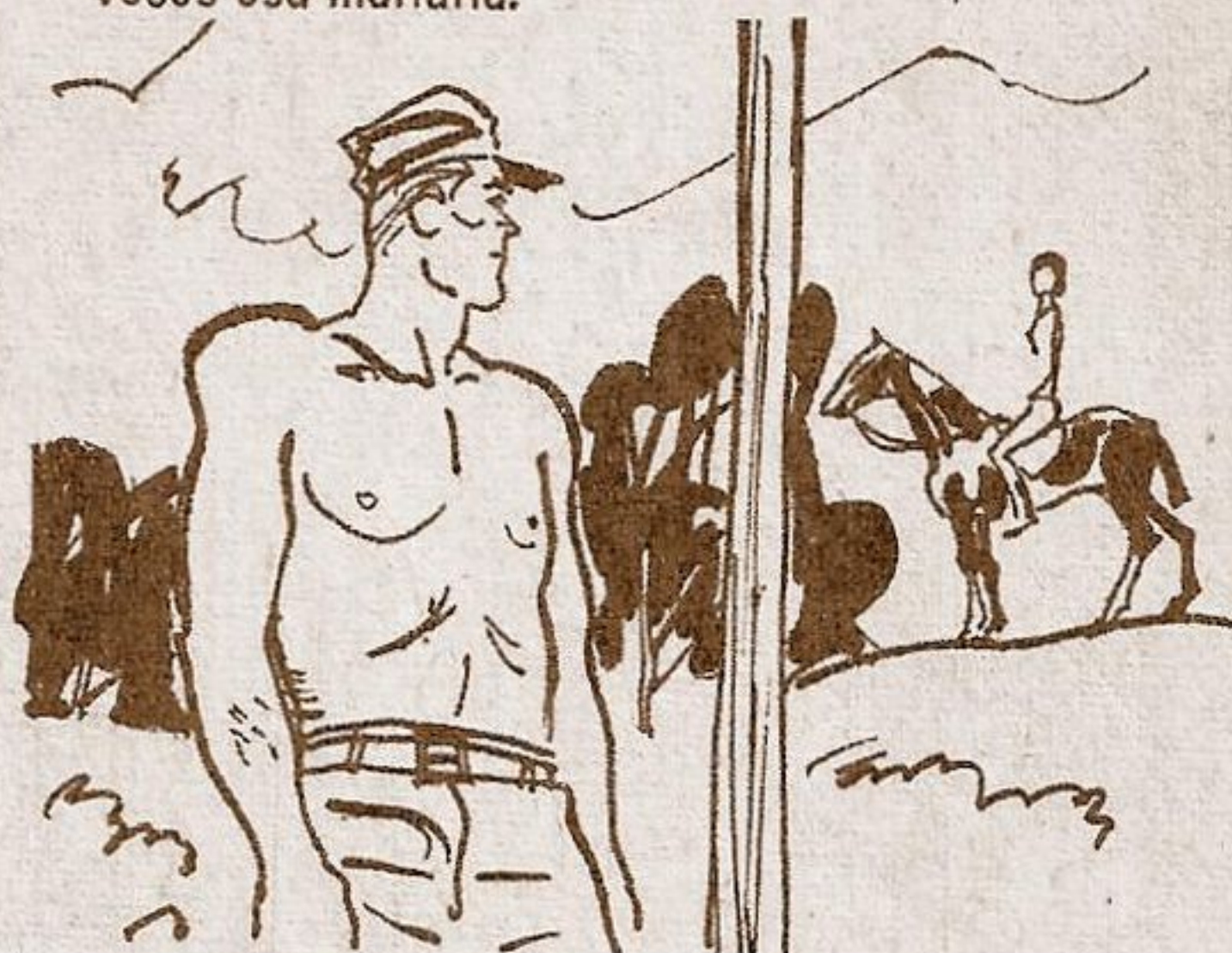
Dos días después, Charles Benwlay estaba mezclado entre otros albañiles, trabajando en una obra cuadrada, vulgar, de veinte pisos. Aceptó el revés de la suerte con humildad y resignación. Necesitaba comer, vestirse...



El fuerte sol californiano no tardaría en tostar su piel. Delgado, fuerte, con sus expresivos ojos claros, Charles tenía una figura de atracción.



Una figura femenina detuvo su caballo en lo alto de la próxima colina. Charles la vio pasar varias veces esa mañana.



La mujer repitió los cruces en los días subsiguientes. Y en una de esas ocasiones volvió a detener su caballo. Y a mirar a Charles.

(No es fea. Hasta me atrevería a decir que es muy hermosa.)



Pasaron otros dos días. La visita de la amazona a la colina no se repitió. A la historia podía interesar dar los nombres de esa bella mujer: Irene Gertrude Hammit. Para Charles era una "bonita desconocida".

(Lástima. Alegraba el trabajo su presencia.)



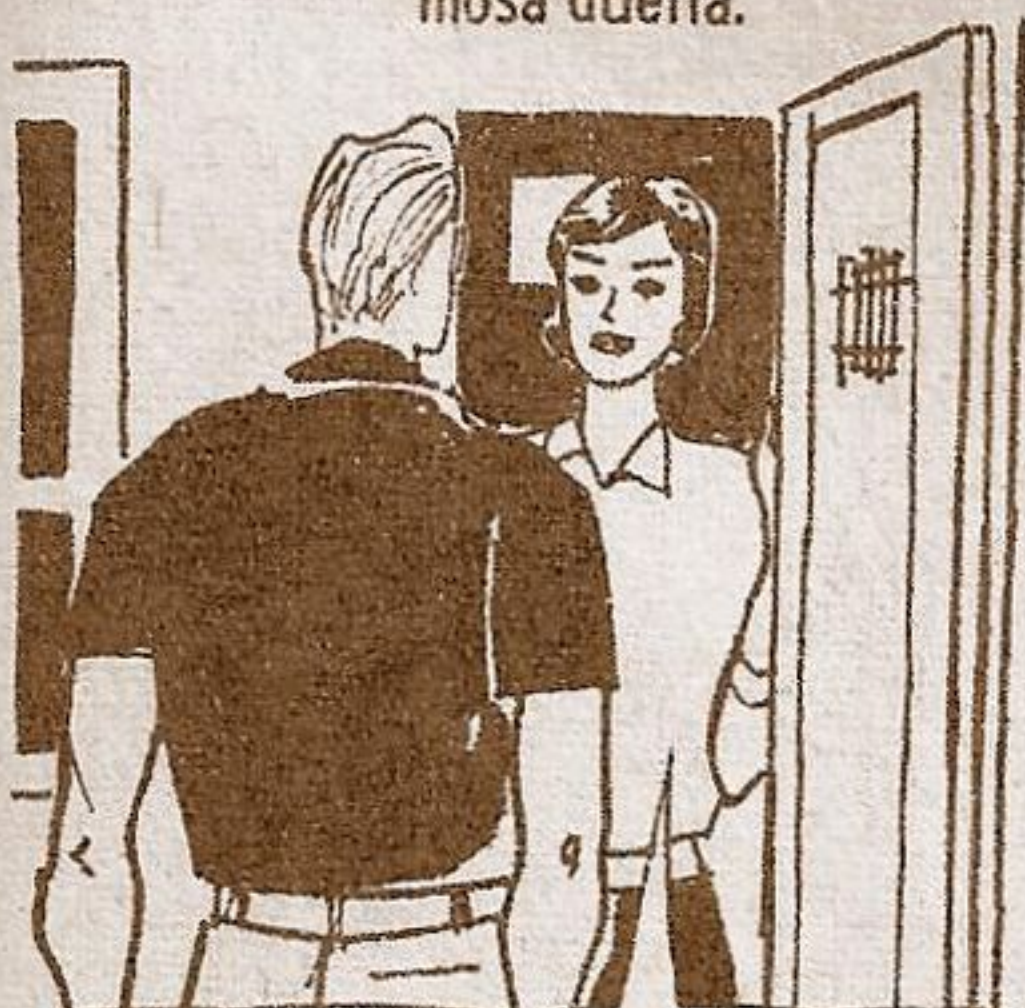
Esa tarde...

... Benwlay, ¿puede tomar este pequeño trabajo extra?



Cualquier cosa con tal de ganar unos dólares de más, Donkyt.

La casa, pequeña y limpia, tenía una hermosa dueña.



Pase. Se ha roto un mármol y como la casa no es mía...¿Podrá componerlo?

Salió rápidamente de su sorpresa ese hombre acostumbrado a las más imprevistas novedades.

(La amazona "de las mañanas en la colina".)



Hizo el trabajo con rapidez y eficiencia.

Tiene gusto. ¿Acaso estudió en una escuela de arquitectura?



De ninguna manera. Si salió bien, fue por pura casualidad.

Por supuesto que ignoraba que ella tal vez habría podido ayudarlo. Charles Benwlay no quería hablar una sola palabra de arquitectura, su pasión. Se despidió de la hermosa mujer. Ella parecía algo confusa, como deseando continuar la conversación.



Algo lejos de la casa, Charles volvió la cabeza. Irene continuaba en el porch, observándolo con extraña mirada.

En la siguiente mañana, ella volvió por la obra de veinte pisos, y Charles la saludó quitándose el sombrero sin la menor ostentación. Irene contestó, y desapareció tras la colina.



Esa noche el pueblo festejaba una gran fecha, y las calles aparecieron muy iluminadas. Charles caminaba, fumando lentamente, cuando...



La noche prestaba mayor encanto a la natural belleza de Irene, vestida con sencillez y buen gusto.



Caminaron hacia el parque de diversiones hablando de cosas triviales; sin tocar para nada un tema que les resultaba afín: La arquitectura. Eso, tal vez, hizo que se sintieran casi felices.

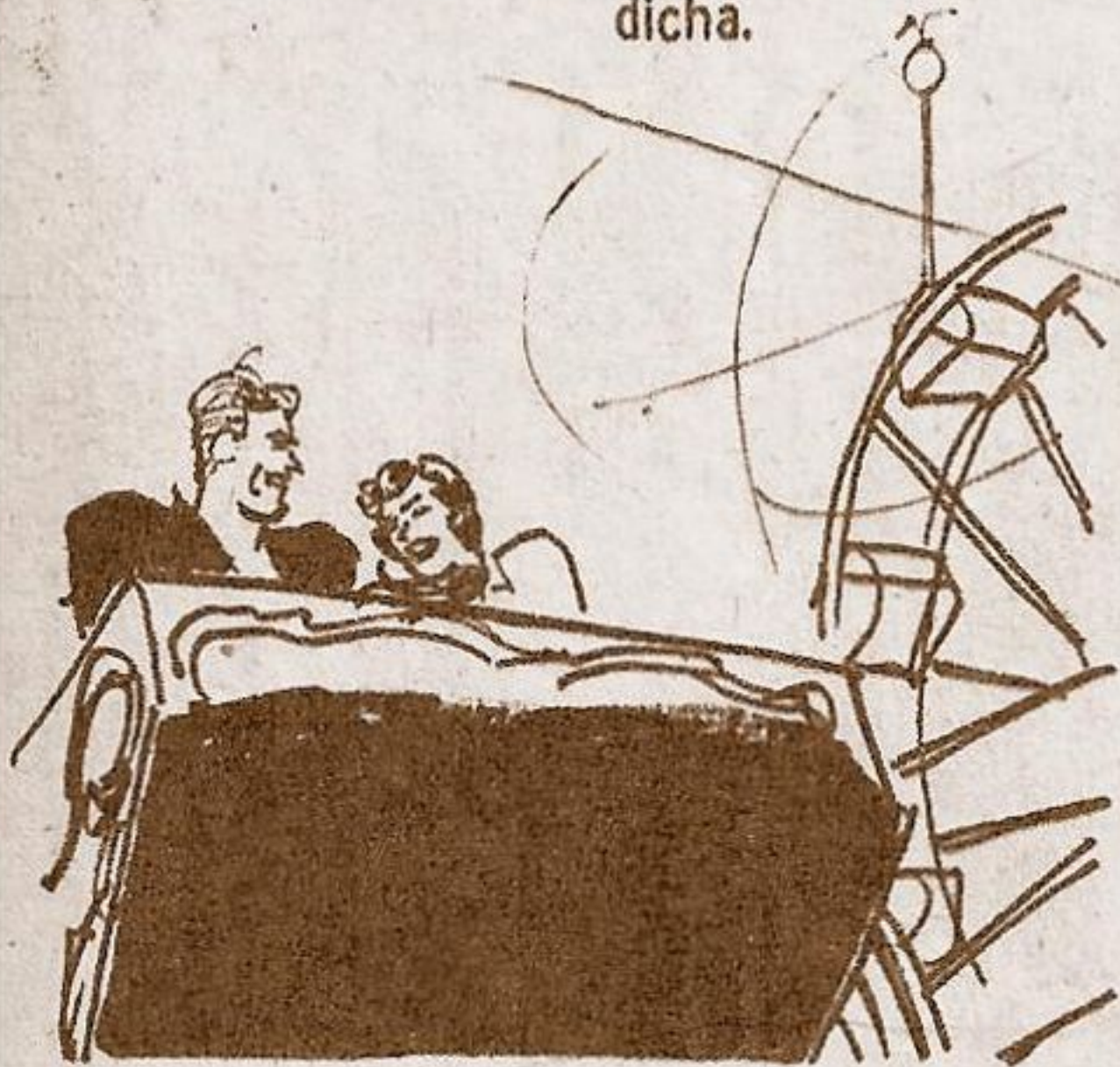
Pruebe a manejar este avión "loco", señorita. Hay un buen premio.



Con serenidad y sin soltar el menor grito, Irene cumplió la prueba dentro del juguete mecánico - un avión que hacía varios "looping" en la punta de una barra de hierro.



Se divirtieron como dos criaturas ávidas de dicha.



A medianoche, Charles buscó y halló los labios de ella.



Se separaron minutos más tarde, y ella volvió a su casa frente al mar. Recién cuatro días más tarde, la mujer trató de saber algo del hombre. Charles jamás la habría buscado; así era él, tal vez un poco extraño, o un poco vergonzoso. Irene lo encontró en una calle del pueblo, y le sonrió.



El le dijo "Hola", y luego pasearon varias horas como novios. Sólo se sabían los nombres, que casi nunca utilizaban, porque se hablaban simplemente de "tú". Se despidió otra vez.

Hasta mañana.



Charles no la volvería a ver, y reconoció que "sentía" la misteriosa desaparición de Irene.

(Hubiera deseado ayudarla...)



El hombre trabajó en la obra de detestables líneas hasta su terminación. Ya era verano, pero decidió regresar al Este; a Chicago. Una empresa europea abrió un concurso de proyectos de su futuro edificio. Charles logró realquilar la vieja oficina de su maestro muerto.

(Cruel Chicago, yo te amo...)



Trabajó denodadamente en su proyecto. Era el mismo Charles Benwlay de tiempo atrás, cuando sus sueños se mantenían altos y firmes.



Los del directorio de la empresa europea llamaron inmediatamente al "desconocido". Charles se presentó con sencillez, pero luciendo el traje que acababa de adquirir. Y su lujoso talento.



El directorio de la compañía europea se reunió extraordinariamente.

¿Quién es Charles Benwlay, este verdadero artista?



Me inclino por este "desconocido", señores.

Y yo. Su proyecto es distinto. Los otros parecen adocenados, vulgares.



Pidieron informes al "Banner Press"...

¿Benwlay? ¡Seguramente un desconocido que les dará un buen dolor de cabeza, señores!



Iban al canasto siete proyectos. El de un "tal Smith." entre otros.



¿Charles Benwlay ganó el concurso? ¡Son locos los holandeses!

La majestuosa obra de catorce pisos elevándose en Saint Redders 74, hizo que medio Chicago abriera la boca admirativamente.

¡Es un orgullo para la ciudad! ¡Una gran obra! ¿Quién es Benwlay?



Demasiado lo sabía Ors Melfy, y también su patrón, Max Kalw.

Un "discípulo" tan loco como su "maestro", el finado Mc Murphy.



¡Silencio! No permito burlas sobre una persona desaparecida.

El "Banner Press", en una nota firmada por Max Kalw, fustigó "a esos extrajeros que llegan a Chicago con la intención de apartarla de sus añejas tradiciones edilicias".

¿Tradición edilicia esa copia de lo griego?



En menos de un año, Charles hizo tres importantes obras en Chicago. Y una noche, durante cierta fiesta de la Cámara de Comercio...



¡Señor Benwlay!

Charles lucía bien cortado smoking y se detuvo a escuchar al millonario que tanto hiciera sufrir a su maestro Mc Muihy. Aquel era "otro Max".

Lo elogio de corazón, Benwlay, pero debo decirlo en voz baja. Mi negocio es "el que no le conviene a usted".



Usted tiene talento, es diferente. Y está triunfando, aunque le diré que tendrá a todos contra usted.



No me preocupa en lo mas mínimo. Soy honrado, señor Kalw.

Una figura femenina pasó cerca de Charles. El corazón del hombre brinco.



¡Irene! ¿No conoces al flamante "genio", Charles Benway?

Para Irene Gertrude Hammit fue como si hubiera visto un lúgubre fantasma. Se quedó mirando al también sorprendido Charles, y balbuceando una disculpa más o menos oportuna, siguió su camino, apresuradamente.



Su padre tenía mucho dinero, pero ella ha hecho malos negocios.

Se interrumpió el millonario para agregar con énfasis: "Se casará conmigo dentro de tres meses, cuando esté completamente curada de sus nervios."



Una buena manera de volver a ser una mujer con dinero, ¿no?

Algo martirizaba interiormente a Charles. Trató de volver a verla, pero...



¿Qué le parece si hablamos sobre ese gran proyecto, Charles?

El frío mundo de los negocios echaba sus manos sobre el artista, y lo apartaba de Irene. ¡Y ella podía estar necesitándolo!

Haremos el negocio conjuntamente con la compañía Banner, y...



¿Con la Banner? ¿Y ellos aceptarán mi proyecto?

Sí, porque les conviene, mi querido Benway. Será una obra de dos millones de dólares.



¡Ellos son mi enemigos, y tal vez intenten modificar el proyecto!

Bien, diríamos "una modificación pequeña, sin importancia"...



¡Ninguna modificación, caballero! ¡Ninguna!



Irene cruzó en dirección de los jardines del edificio. Charles se precipitó hacia ella. La mujer palideció, procurando huir de él.



¡No, no, vete, vete, Charles!

¿Por qué? ¡Tú me quisiste, Irene!

Ella sentía en su alma una avalancha de culpas por un pasado rendido a los caprichos de la organización Banner. Ella había atacado a artistas de la calidad de Mc Murphy, hasta eliminarlos. ¿Charles no era acaso como la gran figura vengadora de esos "hombres diferentes" y abatidos por los golpes injustos de individuos como Max Kalw?



Irene se casaría con uno que era como ella: Max Kalw. Y así llevaría su condena hasta la muerte. Charles, empero, la abrazó y besó. Sí, la quería.



También te quiero, pero no puede ser.

¡Aún no te casaste con Kalw!

"No puede ser, no puede ser!", exclamó ella huyendo hacia el interior. Una casualidad quiso que Max Kalw sorprendiera el beso de la pareja.

(¿Con qué esas tenemos?)



Un día después, Charles se sorprendió de la amabilidad de ese chagal de gerente de la compañía Banner. Ors Melfy lo llamaba de parte de su patrón "para poner a las órdenes de Charles Benwlay, un piso en el edificio de la empresa."

Como ahora trabajaremos juntos, arquitecto...



"¿Juntos?", se dijo Charles y agregó: "¡Tan luego ahora que he logrado mi justa y querida independencia!" El presentaría el proyecto de la villa Cortland a quienes le pagarían, sin importarle más que una cosa: "que la villa Cortland se hiciera tal cual se proyectó".



Max Kalw disfrazó el repentino odio que sentía por Charles, haciéndole un pedido que estremeció al arquitecto: "Proyectará mi casa, que será la de más pisos en Chicago. La casa donde viviré con Irene, cuando nos casemos. Desde ya le adelanto cien mil dólares de sus trabajos. Quiero una obra estupenda, distinta."



Charles quedó anonadado. Ignoraba que Kalw lo había visto besando a Irene y "así pretendía herirlo". Pero el profesional aceptó, desdénando el cheque que Max iba a llenar. "En una semana tendré algún proyecto para su casa, señor Kalw", contestó fríamente. Y supo cumplir al pie de la letra.



Charles aceptó la mitad de lo que pretendía darle Kalw. Con ese dinero modernizó la vieja oficina de su maestro Mc Murphy. Le preocupaba el estado de salud de Irene. En tres semanas sólo pudo verla una vez, y la joven lucía muy desmejorada. "No me casaré por el momento", dijo ella.



Un viaje de Charles a Holanda y Francia -casi tres meses duró- permitió que la Banner y su asociada europea realizaran gran parte de la obra que Benwlay no aprobará. Al regreso del arquitecto...



Torturados - los dos por igual - se separaron. En esa misma semana sucedió algo insólito. La empresa contratante -la que haría conjuntamente con la compañía Banner, la llamada "villa Cortland" - se atrevió a admitir una modificación del proyecto Benwlay, sugerida por Ors Melfy.

Un furor desacostumbrado en Charles. lo poseyó, empujándole a tomar un pico y a emprenderla contra "el adfesio" de ladrillos aún desnudos.



Charles fulminó a los culpables de lo que él llamaba "un atropello", y dirigiéndose a la oficina que poseía en la Banner, hizo pedazos el proyecto que modificara "una tal Smith". Ors Melfy se sintió muy feliz, pensando "que la obra se haría lo mismo a su gusto".



Las páginas del "Banner Press" volcaron toda su furia en Charles, intentando hundirlo definitivamente; desprestigiándolo ante la opinión pública. Fueron muy azarosos esos días de principios de 1937 para Charles Benwlay, burlado en su buena fe.



La nieve caía furiosamente, pero un ardor que crecía en el pecho del arquitecto, iba a saltar en su cooperación. Además, Irene estaba a su lado, llorosa, pidiéndole mil disculpas por su conducta de antes.



Y gente que agradecía al renovador de la Urbanística de Chicago.

¡Estamos con usted, Benwlay! ¡La gente de Kalw, ese canalla! ¡Usted tiene la razón!



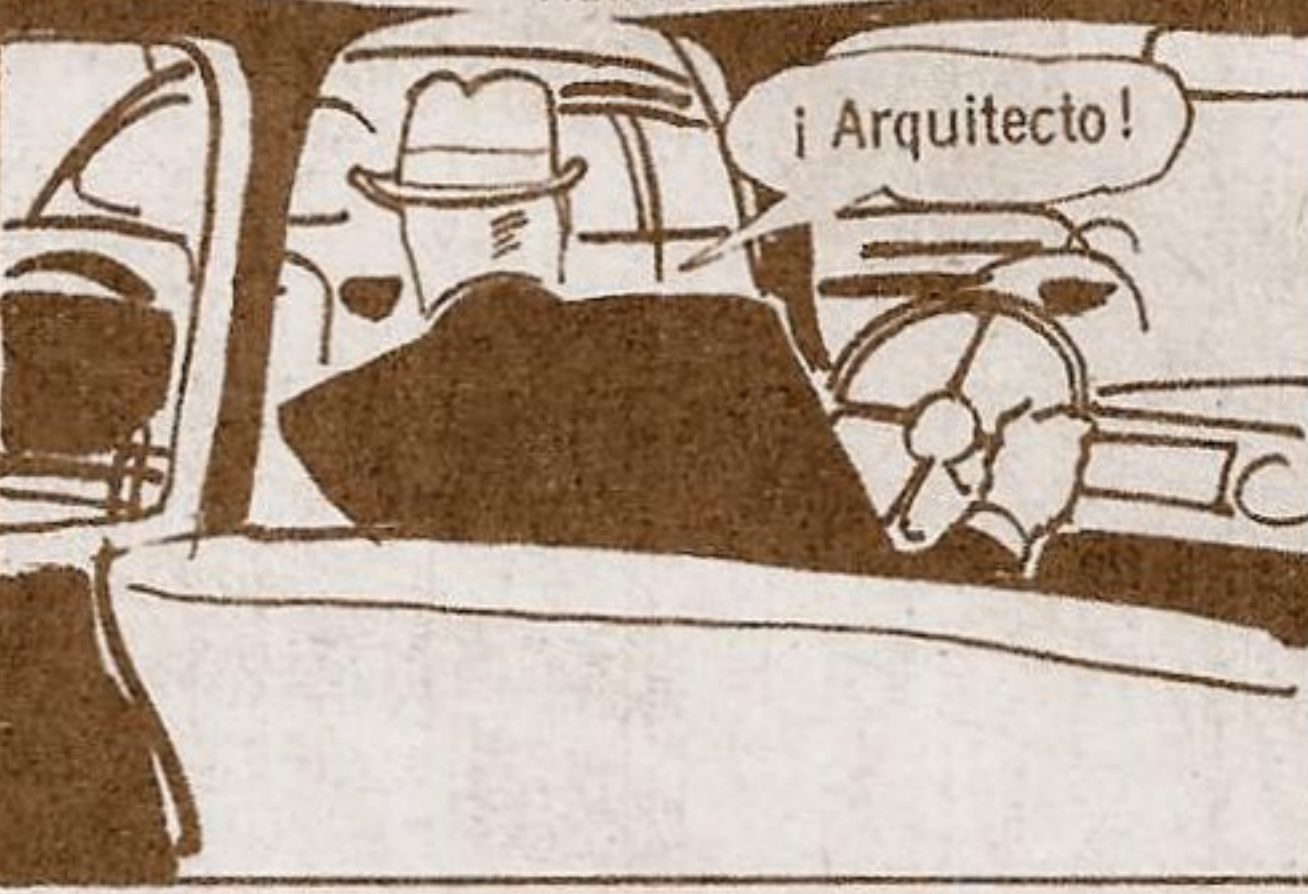
Fueron a juicio. En el mismo, Charles tuvo oportunidad de repetir las frases de su maestro y amigo Lon Mc Murphy; frases que hablaban de buen gusto y belleza, contra el adocenamiento en la arquitectura. El público aplaudió al brillante profesional...



... y el jurado se expidió en contra de Max Kalw y los que se movían bajo sus negras alas.



El desprestigio hizo sucumbir a la poderosa publicación "Banner Press". Max Kalw abandonó Chicago "en busca de aires menos helados". Cuando regresó ya era verano en la caldeada ciudad, y Charles, esposo de Irene G. Hammit.



Charles detuvo su Ford, aunque Irene le dijera por lo bajo: "¿Piensas atender a ese señor?"

El ha cumplido con la ley, Irene. Debo escucharlo si quiere hablarme.



Aquel era otro Max Kalw. Un hombre limpio de rencores y egoísmo. Una vez le habló sobre "la casa de Max Kalw", Charles...



Sí, Max. ¿Qué desea, ahora?

Era el barrio natal del acaudalado comerciante. Y allí, un año más tarde, Charles Benwlay terminaba el edificio más alto de Chicago.



Mi casa. La casa de Max.

Una enorme y hermosa casa de departamentos. En la torre viviría el dueño. Un hombre taciturno y solitario.



"¡Llamen a Charles Benwlay para resolver el problema", fue una frase común en Chicago, cuando cualquiera quería ir en busca de un arquitecto, pero principalmente de un gran hombre, y mejor amigo.



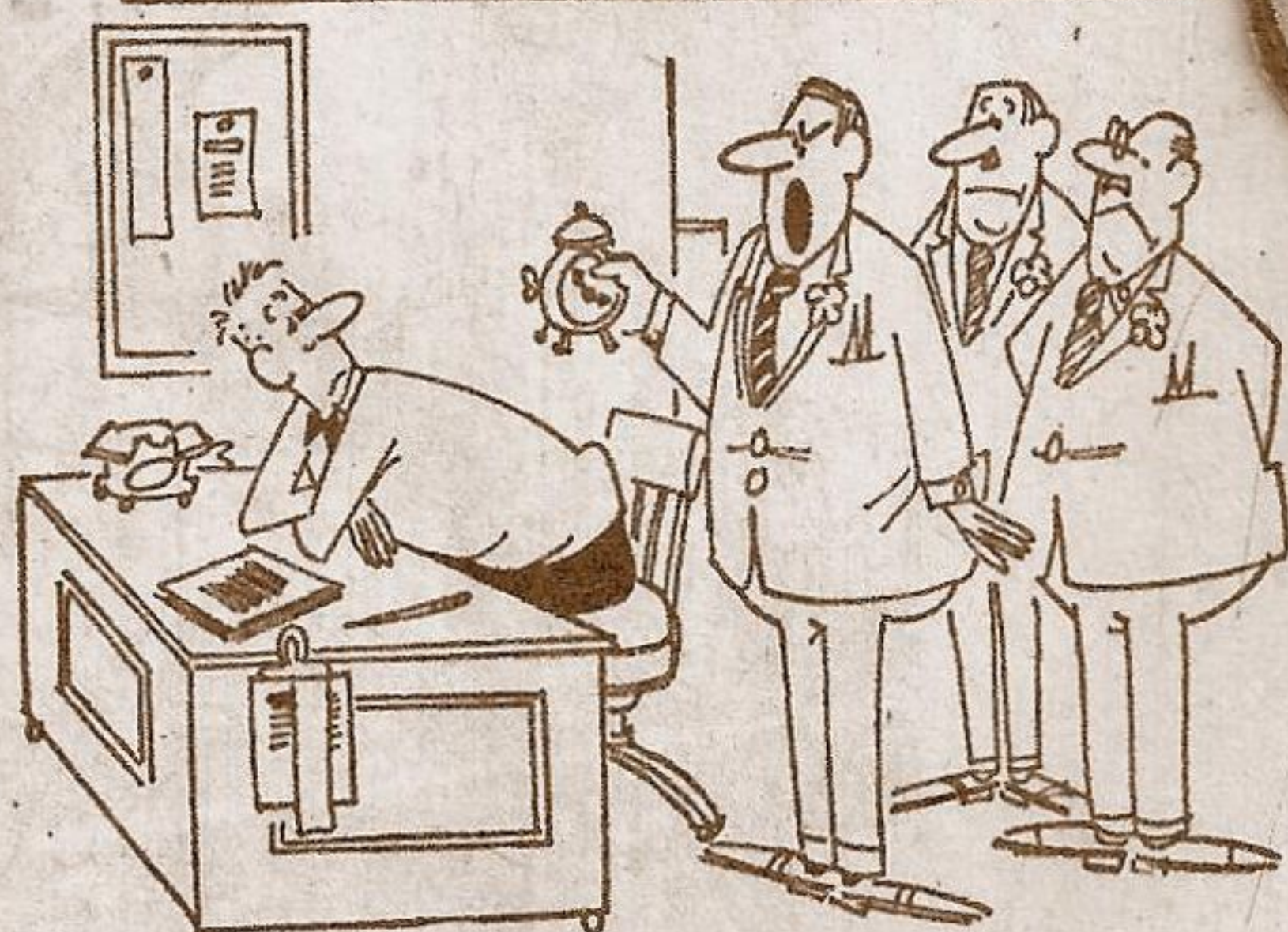
FIN

Charles Benwlay era feliz, con su esposa e hijos, sin haber conocido jamás el odio ni la envidia; lacras que jamás anidarían en su corazón de atleta, "que no tenía los brazos para pelear, sino para el trabajo", siempre sobre el tablero, dibujando belleza, defendiendo su gran personalidad.

VAMOS A REIR



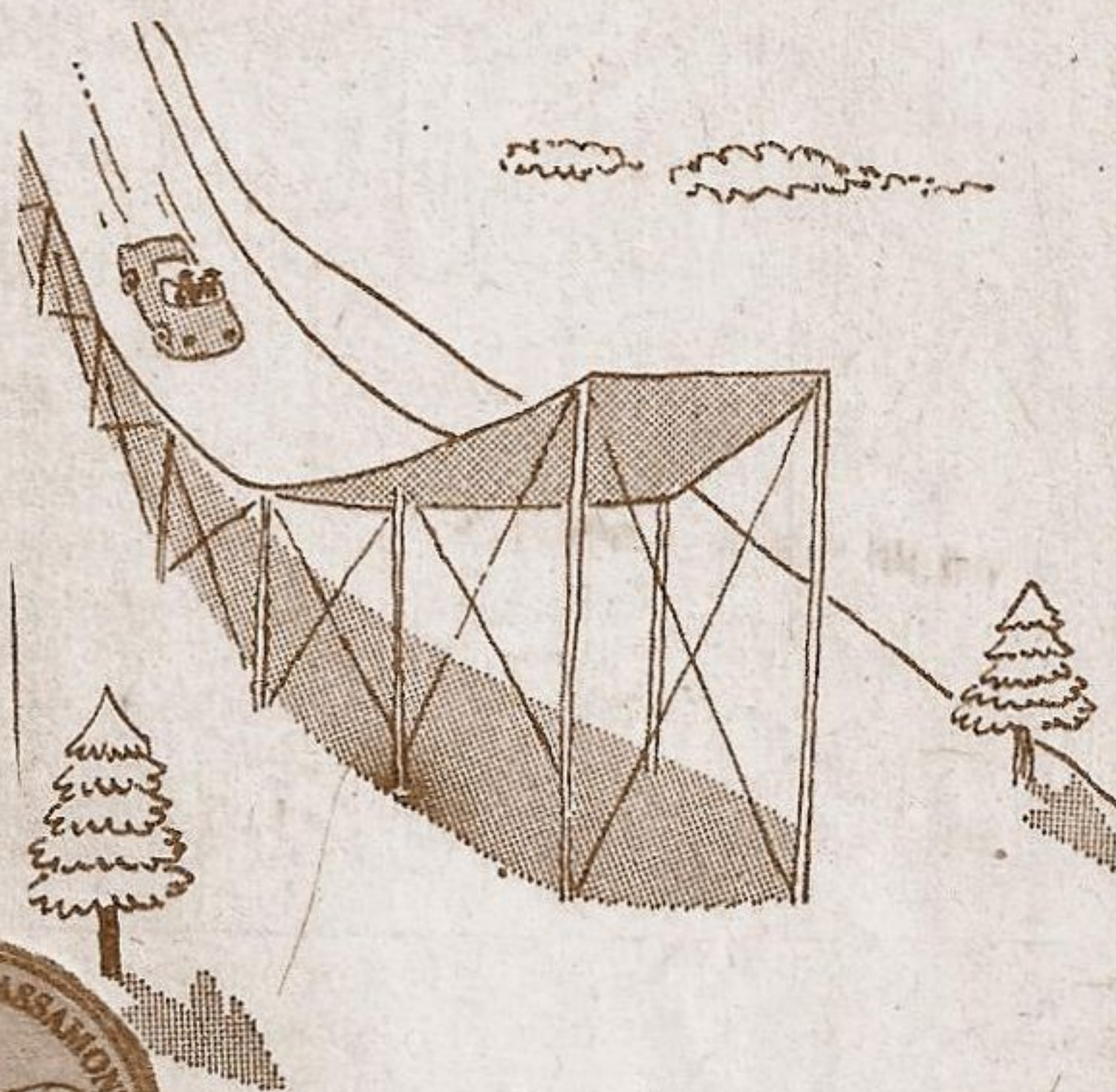
- Efectivamente, doctor, hablo en sueños, pero esa es la única oportunidad que tengo de que ella no me interrumpa.



- En reconocimiento por veinte años de servicio acostumbramos a obsequiar un reloj pulsera, pero en su caso haremos una excepción.



-Deberan disculpar a mi amigo, pero es muy tímido.



-¿Por qué no te fijas otra vez en el mapa de la carretera? No me pareció ver antes esta pendiente.



SEA

DETECTIVE

CAPACITASE PARA LA MAS APASIONANTE Y PROVECHOSA ACTIVIDAD.

EN ESTADOS UNIDOS, EL 85% DE LOS CRIMENES Y DELITOS SON DESCUBIERTOS POR DETECTIVES PARTICULARES.

Infórmese sin compromiso remitiendo el cupón a:

PRIMERA ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES

CURSOS POR
CORRESPONDENCIA

Diagonal Norte 825 - 10° piso - Capital

NOMBRE Y APELLIDO.....

Dirección.....

Localidad..... Pcia.....
29

CORRESPONDENCIA SIN MEMBRETE RESERVA ABSOLUTA


"Berit... Berit... Berit Villander, un nombre, un nombre pronto borrado en la oscuridad. Un nombre que a nadie interesa. Pronto ni un recuerdo... nada. Nada."



- ¡Eh, cuidado... va a tirarse! - gritó un hombre. Y luego el ruido de un cuerpo que se hunde en las aguas heladas de un puerto de Suecia.



Desde la proa de un barco cercano, una figura se lanzó en su rescate...



¡No... no... déjeme, déjeme! ¡Quiero terminar!

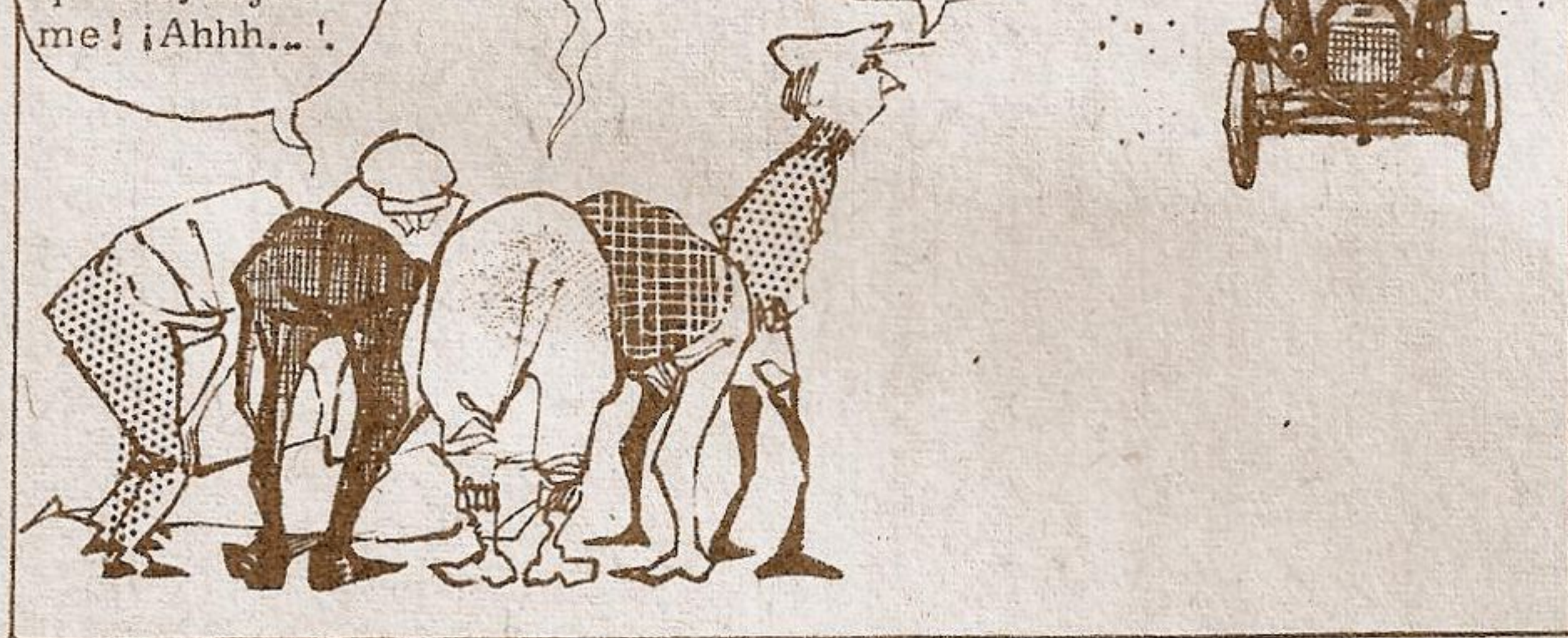
¡Quieta! ¡Quieta, he dicho!



Por fin...
 ¡Déjenme... déjenme... asesino... asesinos... me condenan a vivir! ¡No quiero, no quiero, déjenme! ¡Ahhh...!

¡Sujétenla fuerte, o se golpeará contra el pavimento!

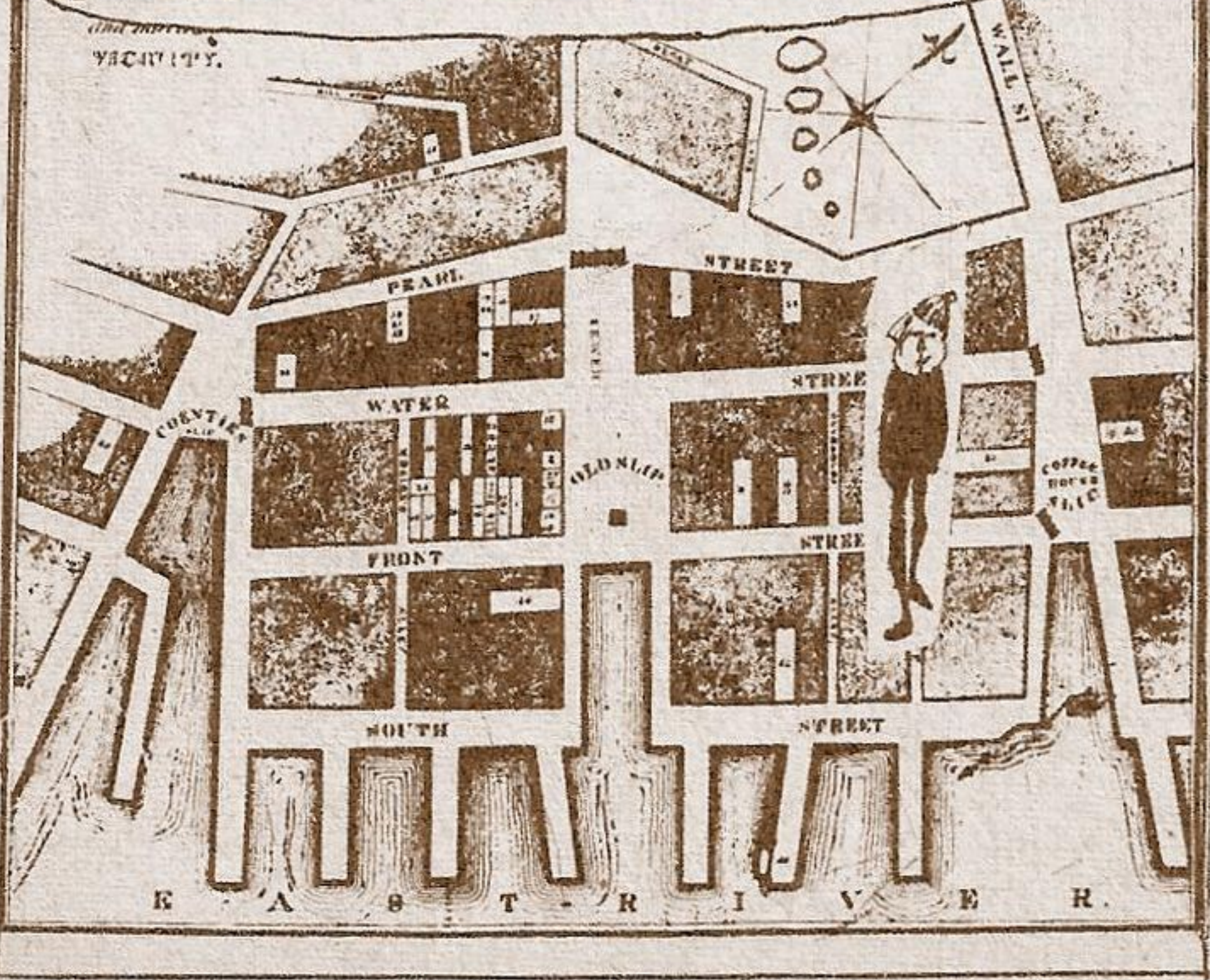
¡Paso!...
 ¡Aquí viene un coche!
 ¡Al hospital!



Gösta, empapado aún y jadeante, vio desaparecer tras la portezuela del vehículo la rubia cabeza. "¿Valía la pena? - se preguntó- Y escuchó el grito de la joven: "Asesino..."

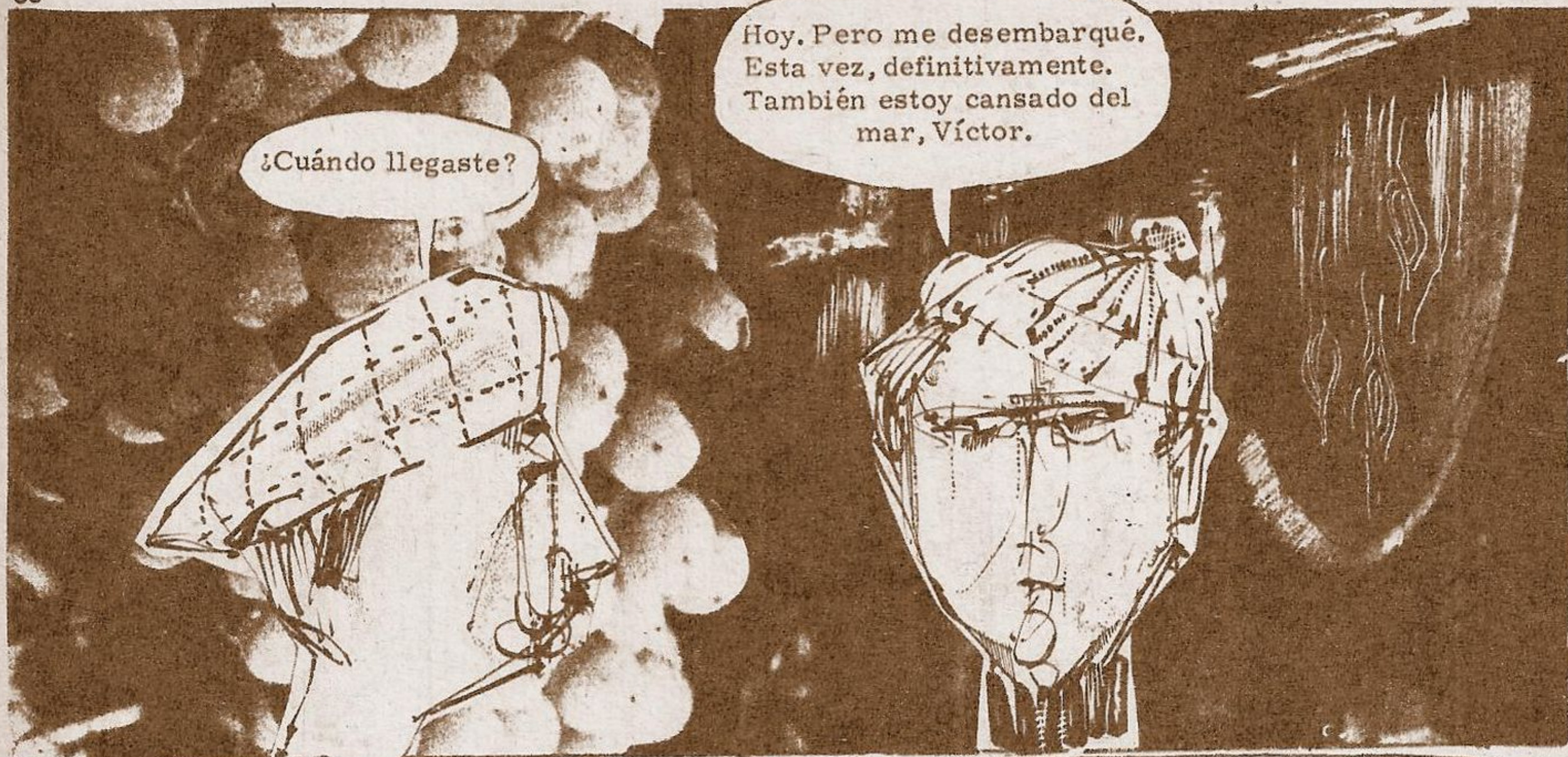


(¿Ha llegado, pues, el tiempo en que pueda decirse a alguien, validamente "asesino" por salvar a alguien, por obligarse a seguir viviendo?)



Su viejo amigo Víctor lo esperaba, como siempre, jugando a las cartas con otros marineros, estibadores y lobos de mar. - ¡Gösta! ¡Adelante, muchacho! Llegas a tiempo... - No gracias, no quiero jugar.



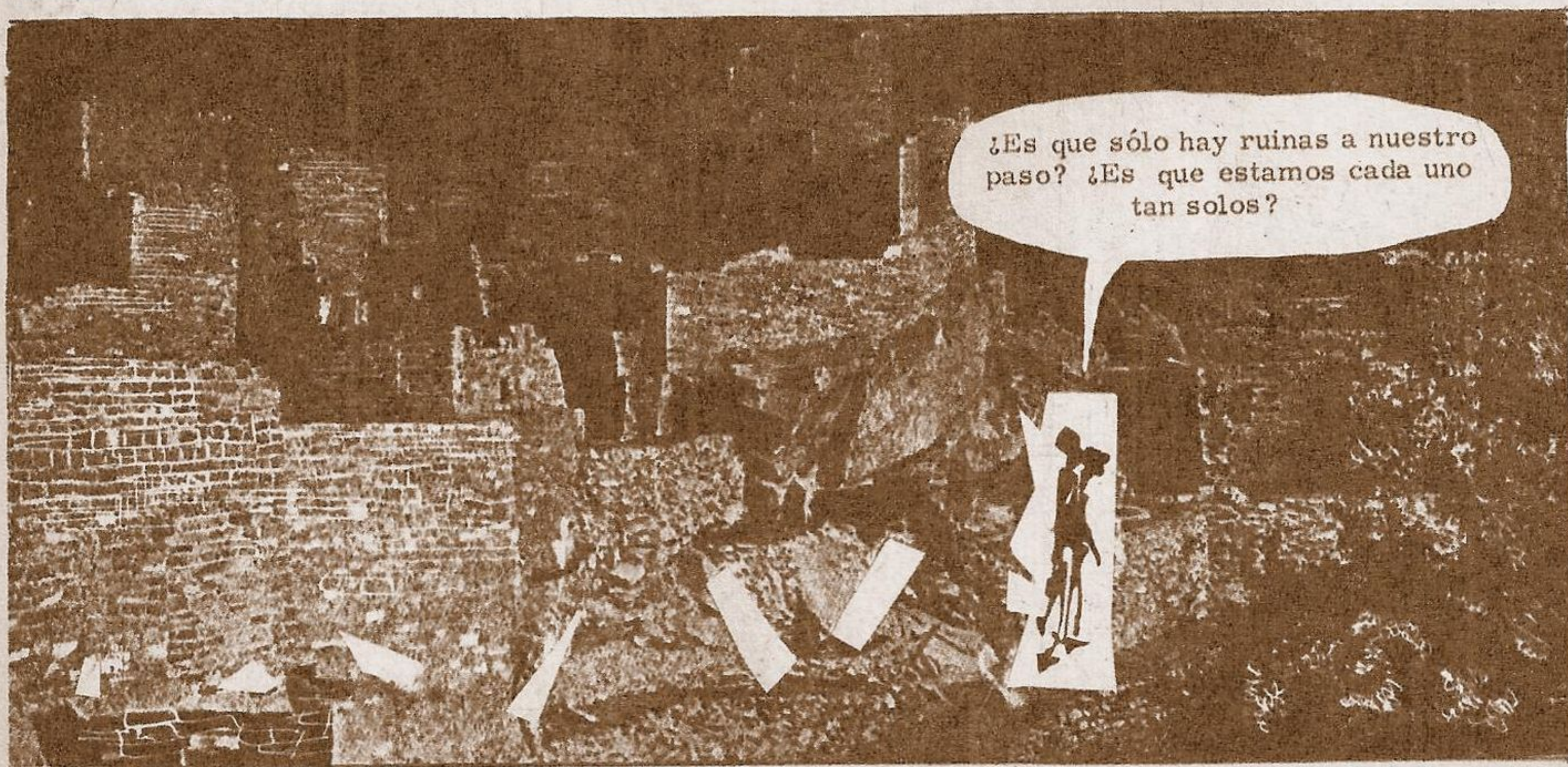


Hum... ¡Bueno, hay trabajo en el puerto! Te conviene pasarte una temporada en tierra.

Tal vez... tal vez.

¡Oye, muchacho! ¿Es que vas a pasarte la vida pensando en tus amores desdichados? ¡Esta noche vienes conmigo a divertirme! ¡Hay muchas mujeres en el mundo!

Lo sé, Víctor, pero no me interesa... ¿Es que debemos admitir que la vida es sólo esto: diversión, trabajo, muñecos que se tocan accidentalmente...?



¿No hay nada permanente,
Víctor, nada? ¿Ni un sen-
timiento? ¿Ni una volun-
tad?

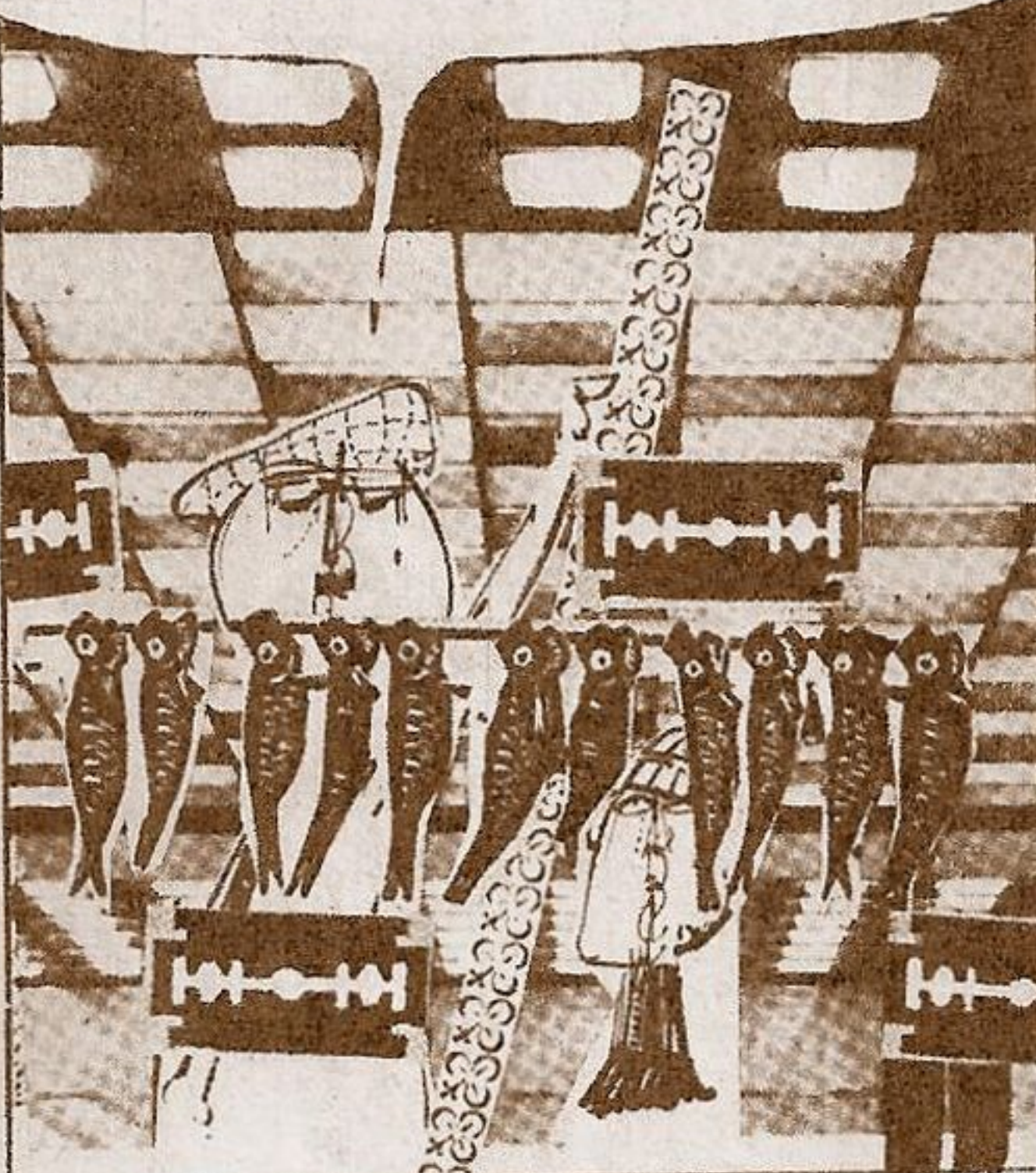
¿Para qué preguntarlo? ¿Y
si no hay respuesta?
¡Hay que vivir, y basta!

Víctor salió esa noche, pero Gösta
no lo acompañó. Se quedó leyendo.
Durante ese largo viaje había ad-
quirido el hábito de leer y leer con
voracidad. Pero a poco, la voz de
la joven martilleó su
mente: "Asesino..."

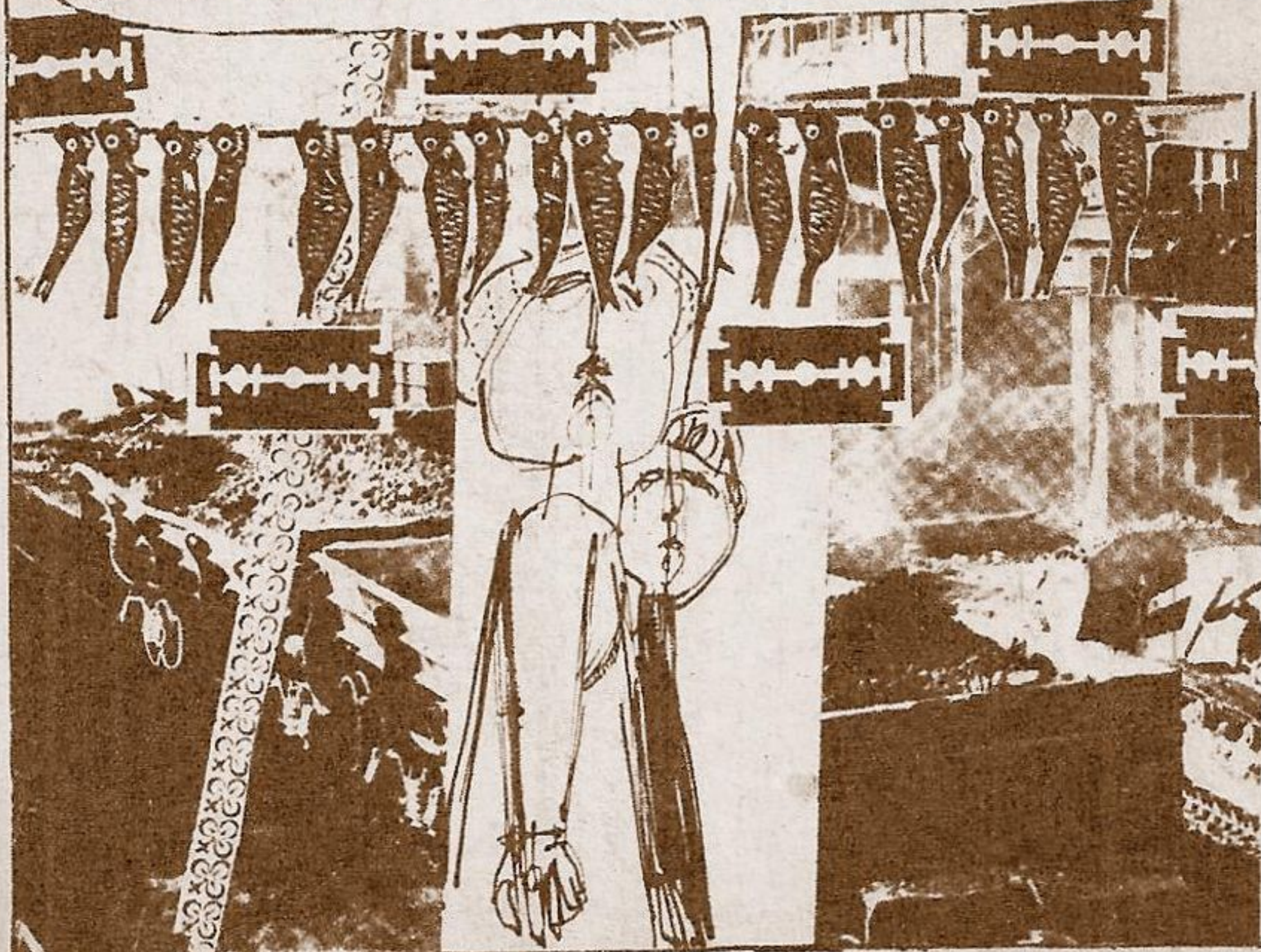


Días después, mientras trabajaban...

¿De modo que has decidido estudiar?
¡Eso te hará bien!



¡Y para que no digas que padezco melancolía, esta noche
vamos a bailar! Después de todo, quizá tengas razón...



B



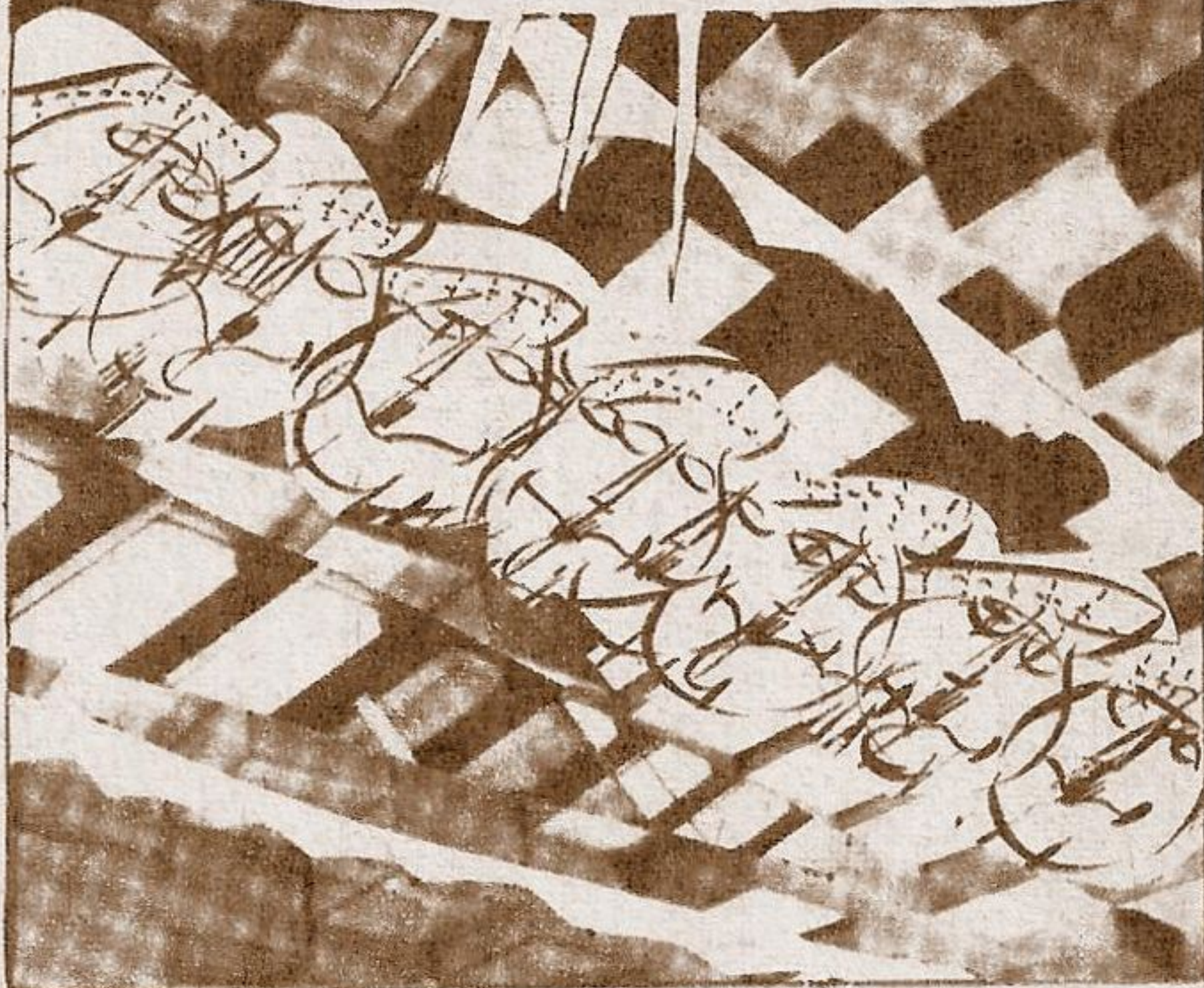
Haga feliz a los suyos. Cómpreles el ALBUM TONY

Fueron a un "dancing". Pies cansados, sonrisas cansadas, conversaciones cansadas, alquiladas, en medio de la música que aturde.



Gösta bailó... cambió de pareja... volvió a cambiar... bailó y bailó, aturdiéndose.

¿Qué tal muchacho, lo pasas bien?



Sonrió a Víctor. ¿Qué responder? Nada. Ni bien, ni mal, simplemente vivía, bailaba, cambiaba de pareja. La muchacha le dijo algo, pero ni la oyó. Veía sólo moverse sus labios pintarrajeados bajo las luces...



De pronto, algo golpeó en su aturrido cerebro. Un rostro. Un rostro distinto, de sonrisa cansada, que pasó.



Lo buscó, lo buscó, entre el mar de cabezas... y por fin lo encontró: era el rostro de aquella muchacha. ¡De la que él había condenado a vivir!



Al darse vuelta, ella también lo vio. Gösta se acercó.

¿Bailamos?



Se sonrieron, pero no cansadamente. Sin saber por qué, los dos se sonrieron de verdad.



¿Dónde nos hemos visto antes?



En un lugar muy húmedo... y tú me llamaste "asesino"...

Súbitamente, ella comprendió, y se puso muy seria. Fue como si una débil llama se extinguiese al soplo de una brisa helada. —¡Ah...! Fuiste tú, el que me "salvó". Ya ves... todo ha pasado. Sigo viviendo.



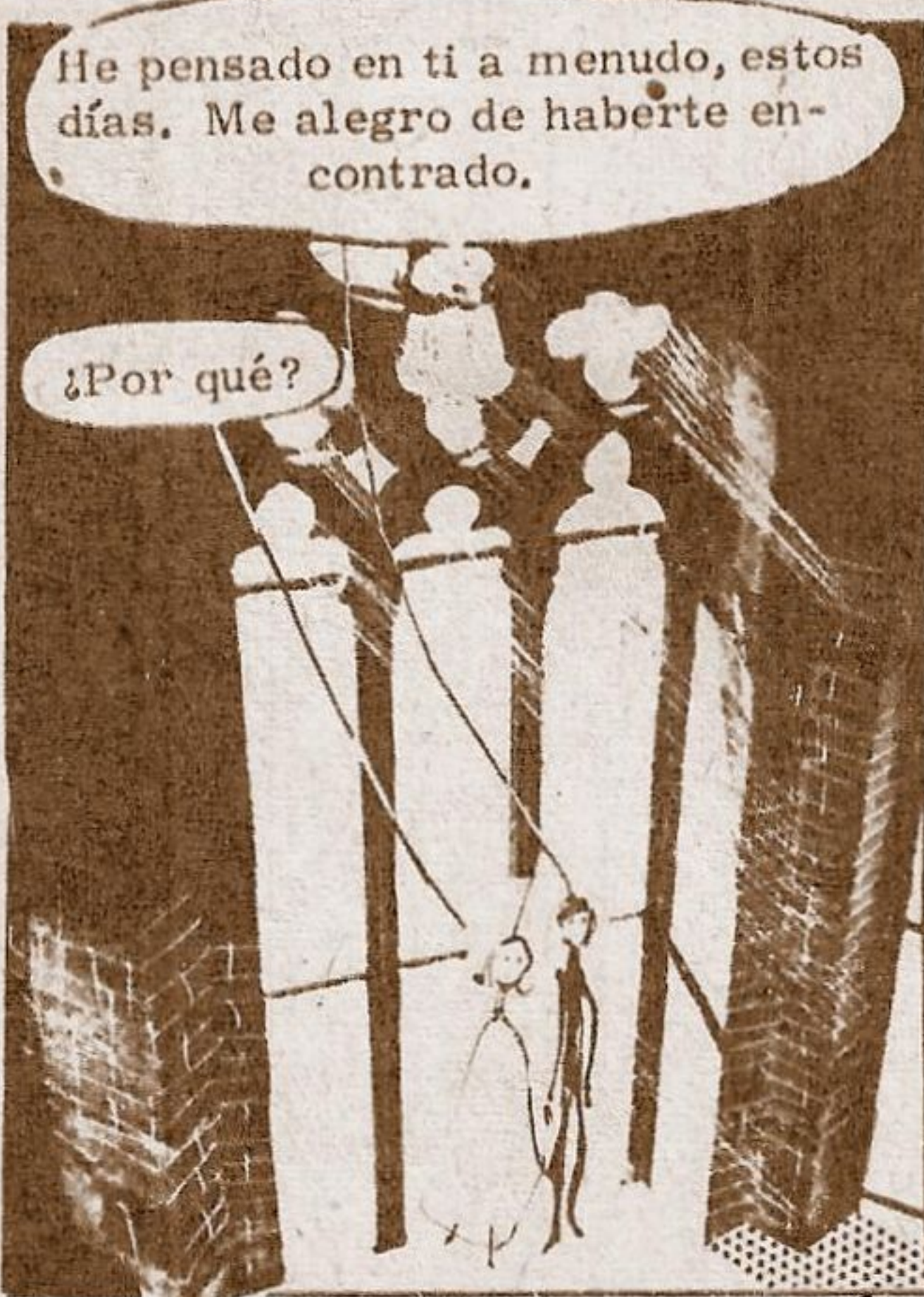
Hace calor, aquí, y hay mucho ruido... ¿Salimos?

Bueno.

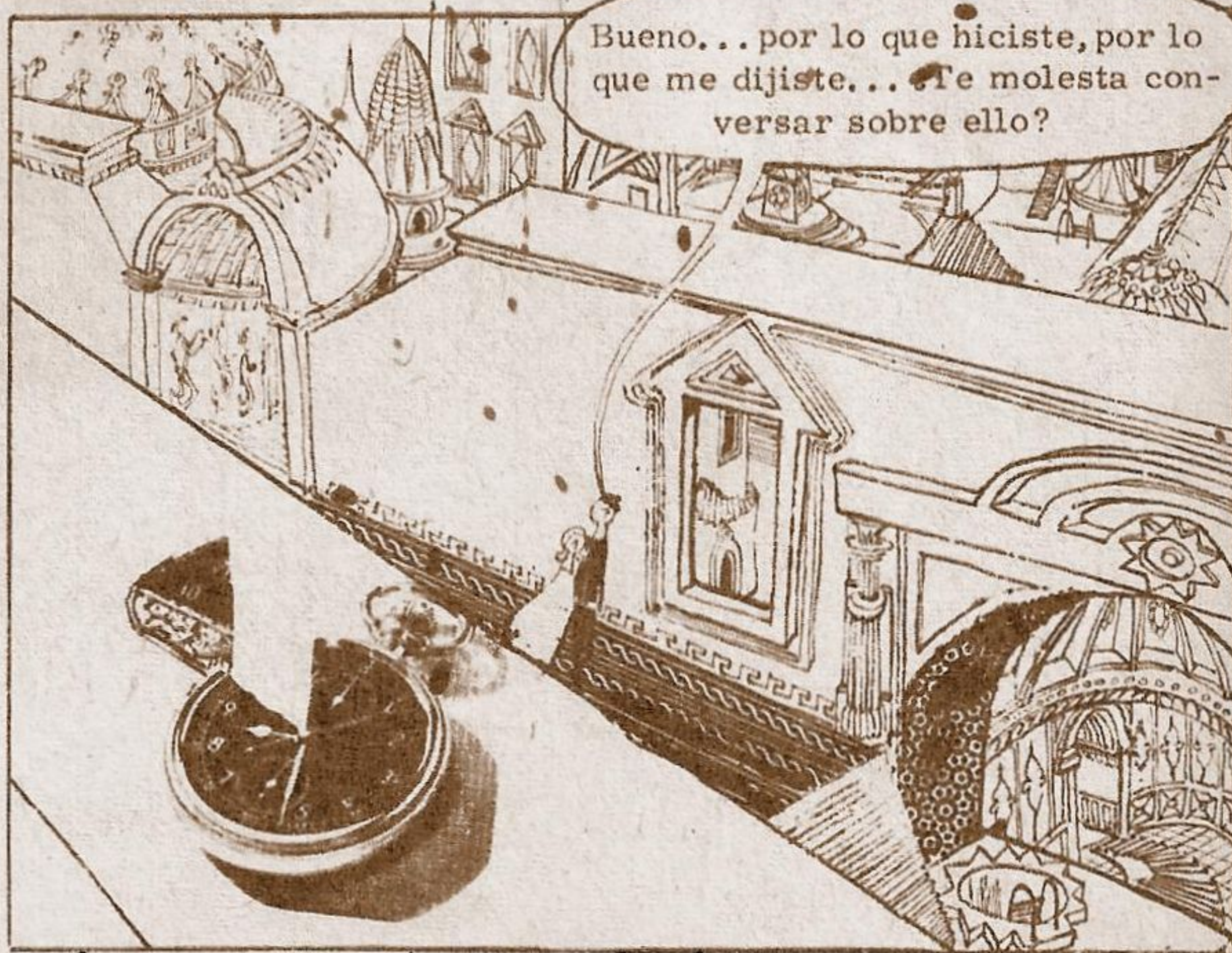


He pensado en ti a menudo, estos días. Me alegro de haberte encontrado.

¿Por qué?



Bueno... por lo que hiciste, por lo que me dijiste... ¿Te molesta conversar sobre ello?



Ya que estamos viviendo... y tenemos una noche estrellada, preferiría no hablar. Contemplar, nada más.

Si es así, prefiero contemplarte a ti.

¿Esto también forma parte del "salvataje"?

Tal vez. En todo caso, podríamos "salvarnos" juntos...

No me gusta que pienses cosas demasiados románticas para mí. No eres el primero que me besas.

Ni lo pretendo... Tú tampoco lo eres. ¿Es demasiado importante?

Puede serlo... Es más, yo creo que aunque digas lo contrario, tú crees que es importante. Pero dejémoslo, por ahora. ¿Piensas que es posible amar para siempre?

¡Miren! ¡Pero si es Berit, muchachos!... ¡Eh, linda...!

Deja a ese idiota y ven a divertirme conmigo, Berit... ¡Vamos, no negarás que me conoces! ¡Y todos te conocen en la fábrica!

Berit apretó el paso, pero los tres hombres también. -Son compañeros de fábrica. Están borrachos. No les contestes... Por favor, sigamos. Pero Gösta, resueltamente los enfrentó. -Creo que deben continuar su camino, amigos. La señorita va conmigo...

¿Sí...? ¡Vaya, cuidado con el galán de...!

¡Bestias, déjenlo!... ¡Cuidado, cuidado, atrás!

Lea todos los miércoles la revista EL TONY. Cada día más interesante.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

¡Bueno, vamos! Este ya tiene bastante... ¡Se le acabaron las ganas de pelear... ¡Y golpeaba fuerte el condenado!



Llorando, Berit se inclinó sobre el caído. Pero Gösta sacudió la cabeza, reaccionando rápidamente...

Estoy bien, estoy bien, déjame...

Se han ido, no te preocupes...
¿Cómo estás?



Bien, no ha sido nada...
¿Pero qué te ocurre?
¿Por qué lloras?

Es... es que lo hiciste por mí... Nunca, nunca nadie lo hizo.



Visiblemente, Gösta estaba molesto. — ¿Quiénes eran esos? Parecían conocerte.

Sí. Eran compañeros de fábrica, como te dije. ¡Ya no puedo soportar más allí! Saben que yo... que yo, bueno...



... salí hace un par de meses del Reformatorio. No me importa que lo sepas; no me interesa ocultarte nada...

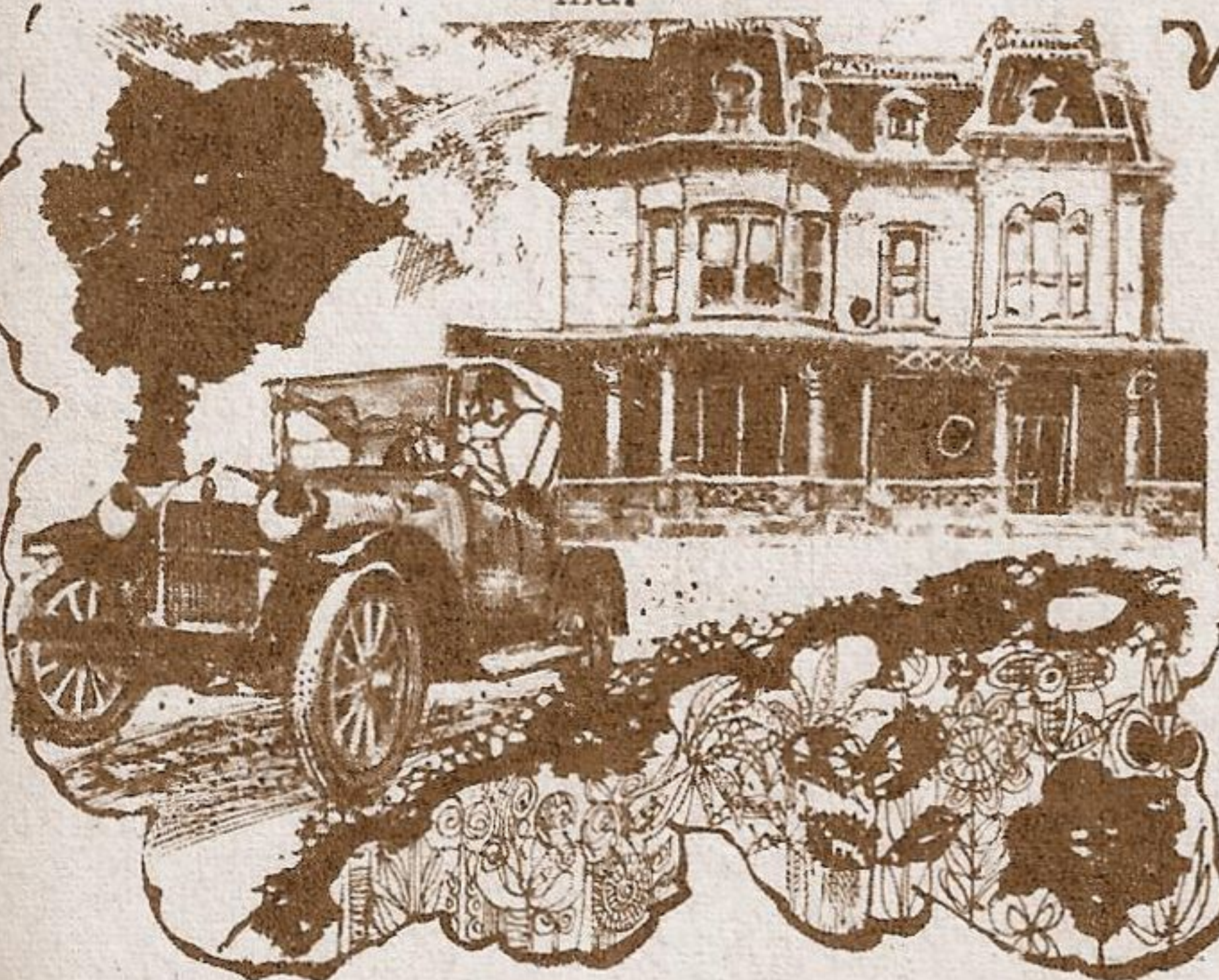


¿El Reformatorio?
¿Y por qué...?

Es una historia larga... Comienza en mi niñez. Mi madre se separó de mi padre.



"Reñían a menudo y él me quería mucho. Pero se dio a la bebida. Mi madre nunca me perdonó ese amor. Yo tampoco lo quería. Pero ella se negó a dejarme ir con él. Sufrí viviendo con mamá."



"Unos años atrás, comencé a trabajar porque quería independizarme de ella. Ya tenía diecisiete años. Eso no lo soportó. Me echó de casa una noche cuando yo volvía de mi trabajo de telefonista."

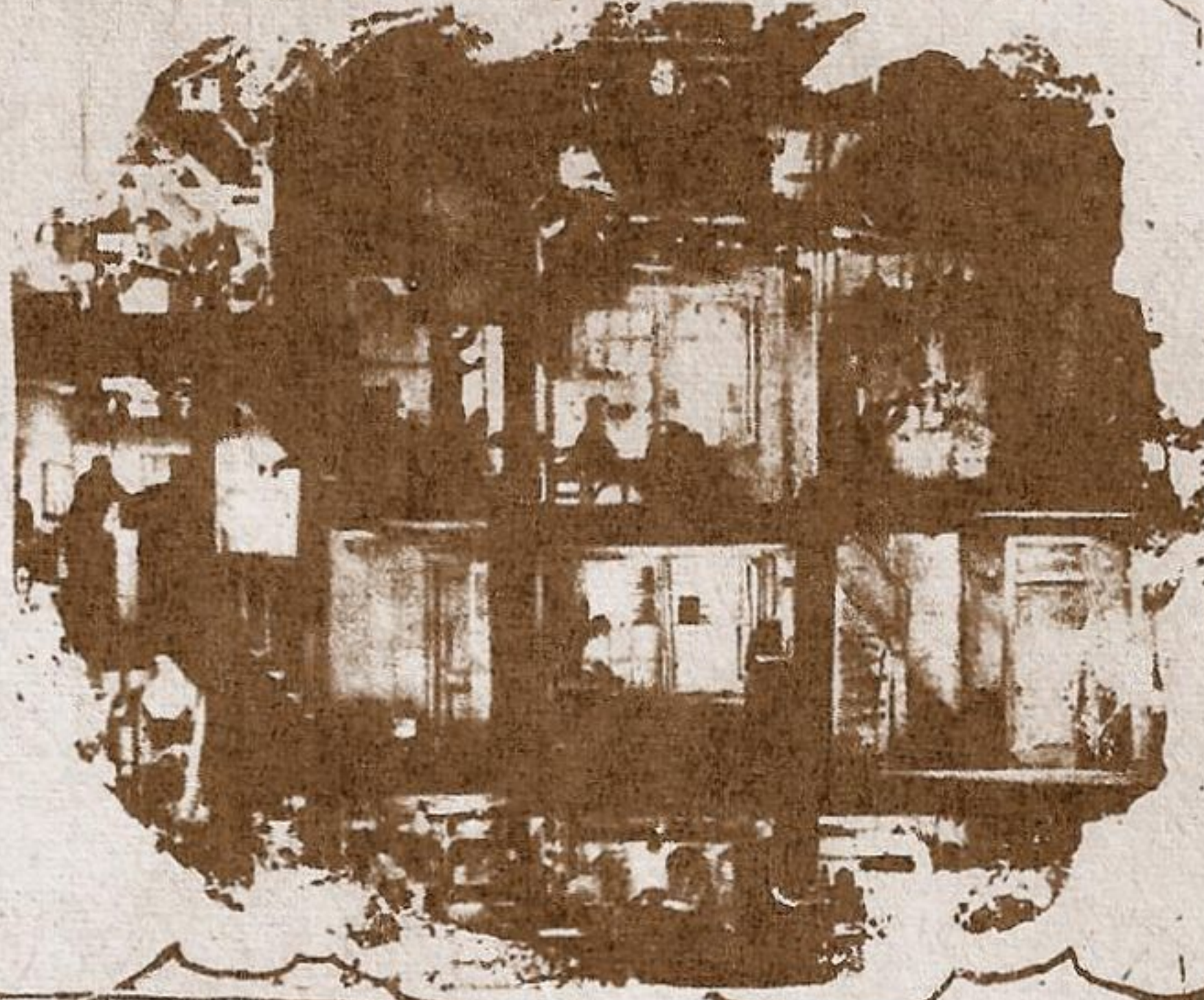


"Tomó como excusa un romance que yo había comenzado con un joven vecino"

¡Esta noche no entrarás! Te quedarás afuera, perdida.



"Fui a vivir a la casa de mi novio, con sus padres, que no me miraban bien. Me dieron una habitación en un desván. Poco después, mi madre hizo un escándalo, dando intervención a la justicia. Contó con la complicidad de los padres de mi novio".

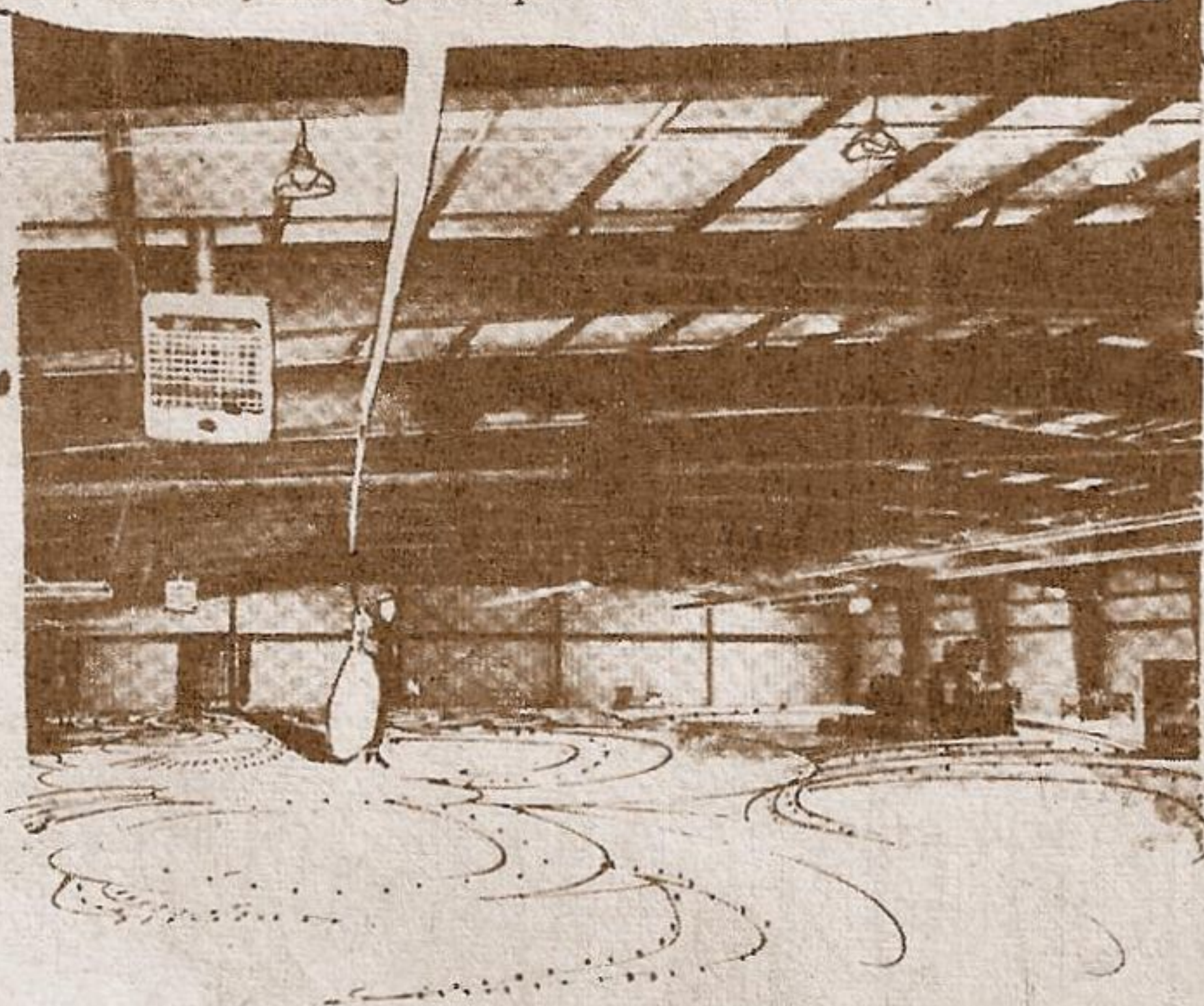


¿Qué hizo... tu "novio"?

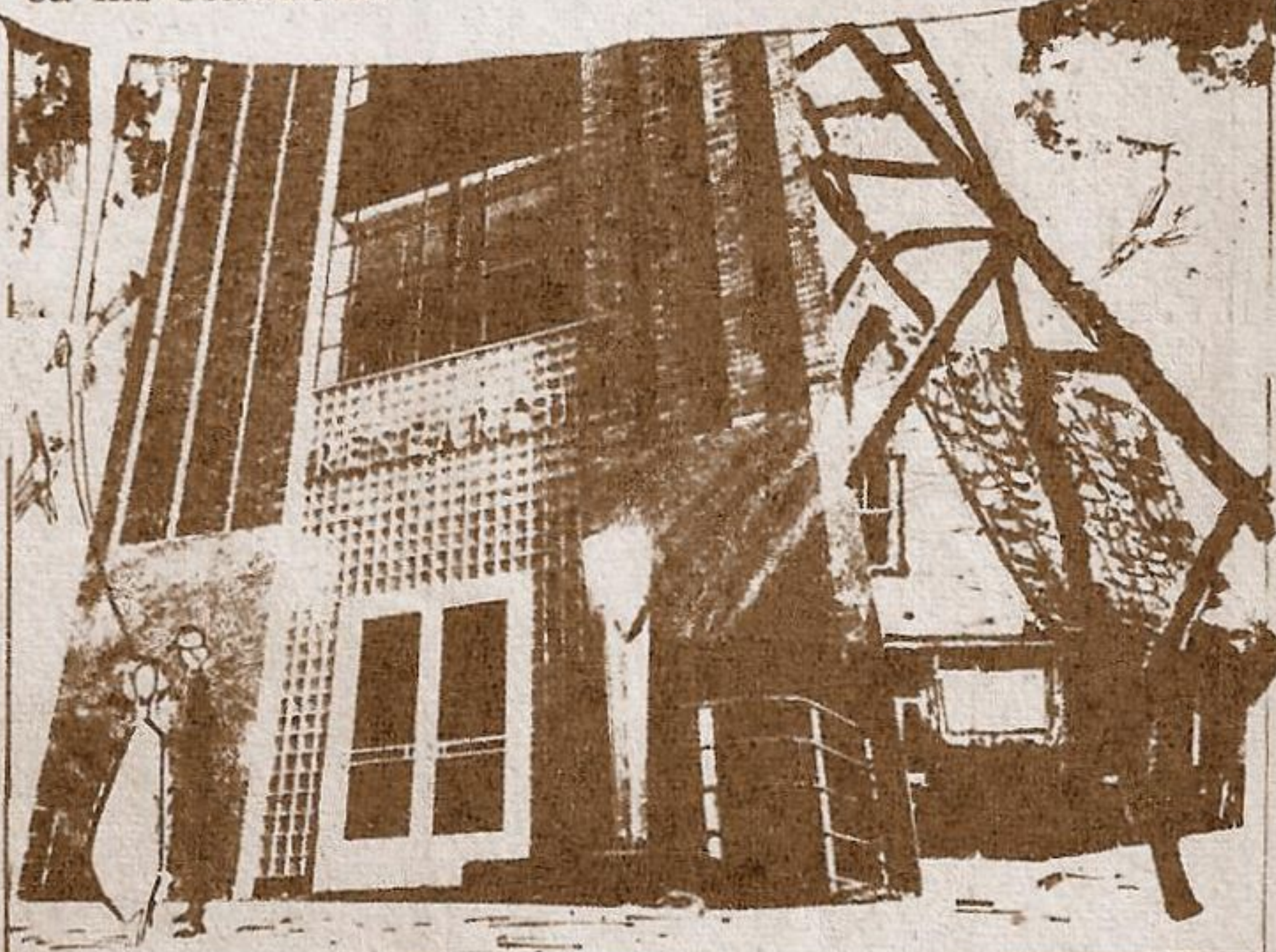
Nada... simplemente aceptó la situación, y cuando le propuse casarnos y trabajar...



... me dijo que tenía que seguir estudiando, que no quería enojarse con sus padres. Rompimos. Luego, mi madre, consiguió que me encerraran.



Habían llegado, caminando, hasta la casa de Berit. Bien... es aquí. Sigo viviendo con ella. Aún debe pasar informes al Reformatorio, y ellos siguen de cerca mi conducta.



¿Por qué quisiste terminar con tu vida?

Ese día... en la fábrica, me persiguieron. Fue horrible... creen que yo soy... lo que no soy.

Se despidieron. - ¿Cuándo me contarás algo de ti?

Sería aburrido. Bueno... mañana a las ocho, nos vemos.

¿A las ocho? ¡Perfecto! ¡Te estaré esperando...!

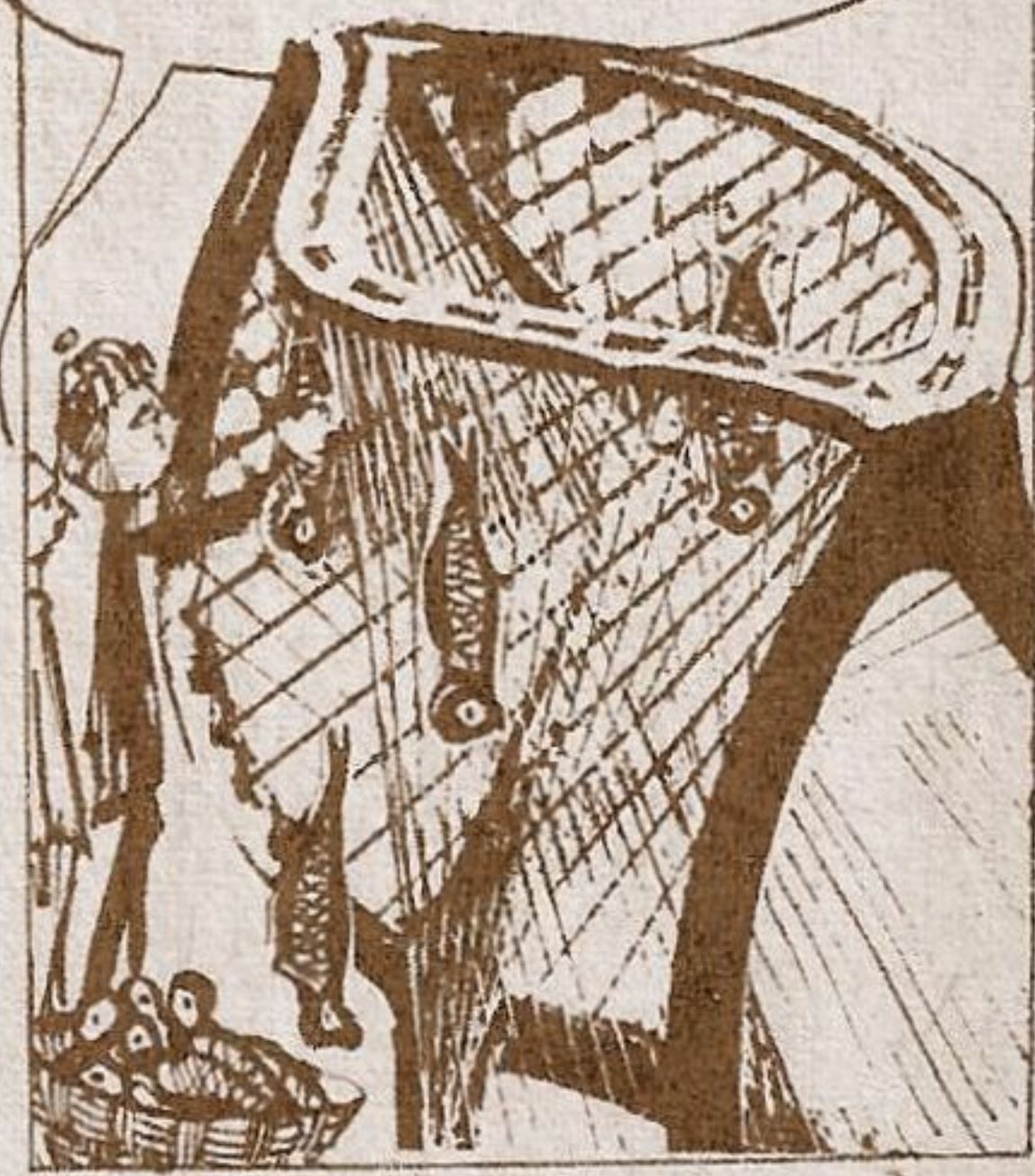


El tono de Berit, sus ojos, todo reflejaba lo que sentía: ¿podría ser posible, para ella, un amor verdadero? Al verlo alejarse, la joven apoyó la cabeza entre sus manos y lloró. "No vendrá..."

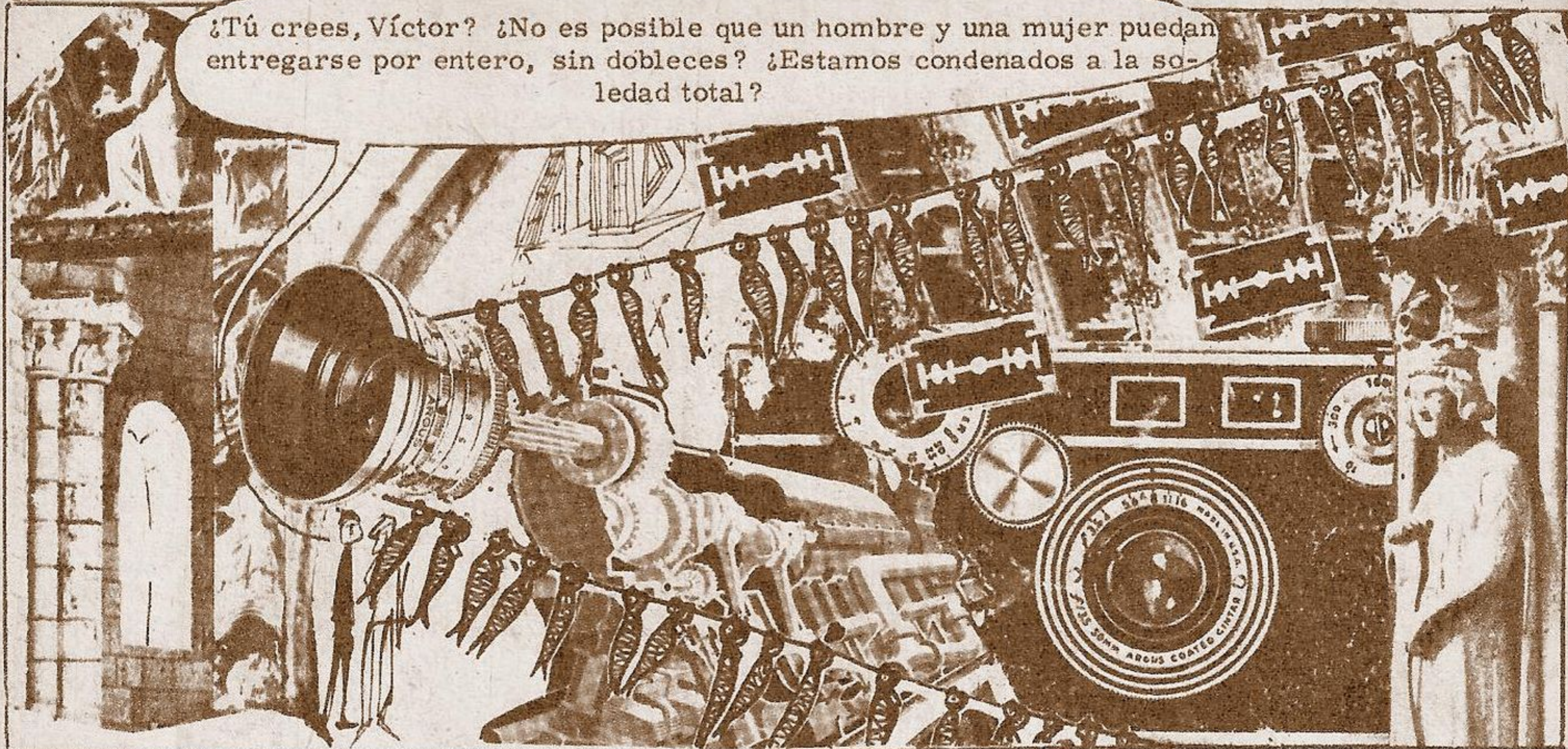


Al otro día, mientras Gösta trabajaba...

¡Vaya con la historia que me has contado! ¡Ten cuidado, Gösta con meterte a redentor! Mira que las mujeres son la mentira encarnada...



¿Tú crees, Víctor? ¿No es posible que un hombre y una mujer puedan entregarse por entero, sin dobleces? ¿Estamos condenados a la soledad total?



Esa tarde, Berit recibió un llamado...

¿Ana?... Sí, habla Berit. ¿Cómo? ¿Te amenazó? Bueno, no te preocupes; iré para allá.



Ana era su única amiga íntima del Reformatorio. Esperaba un niño, y sus relaciones con el padre de la criatura eran infernales. Berit presintió una tragedia, y decidió acudir a su lado. Escribió unas líneas para Gösta.



Madre, por favor, voy a dejarle este sobre. A las ocho vendrán a buscarme. ¿Puede entregarlo?

Ah... a buscarte, ¿eh? Bien, déjalo...



Y cuando Gösta llegó...

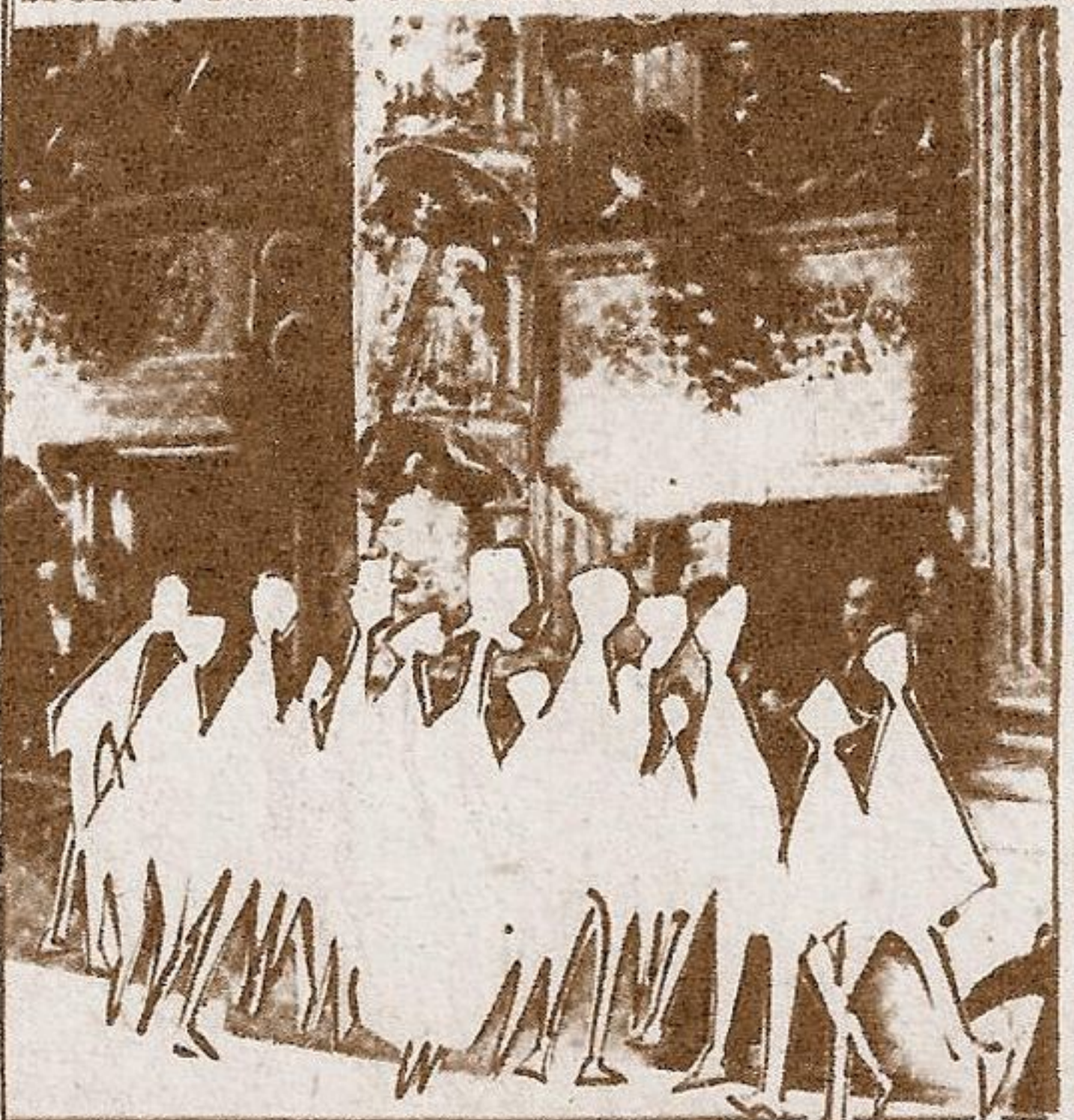
Pase, pase, joven. Berit tuvo que salir. Me dijo que lo disculpara... ¡Ah, esta muchacha! Creo que conviene que la conozca.



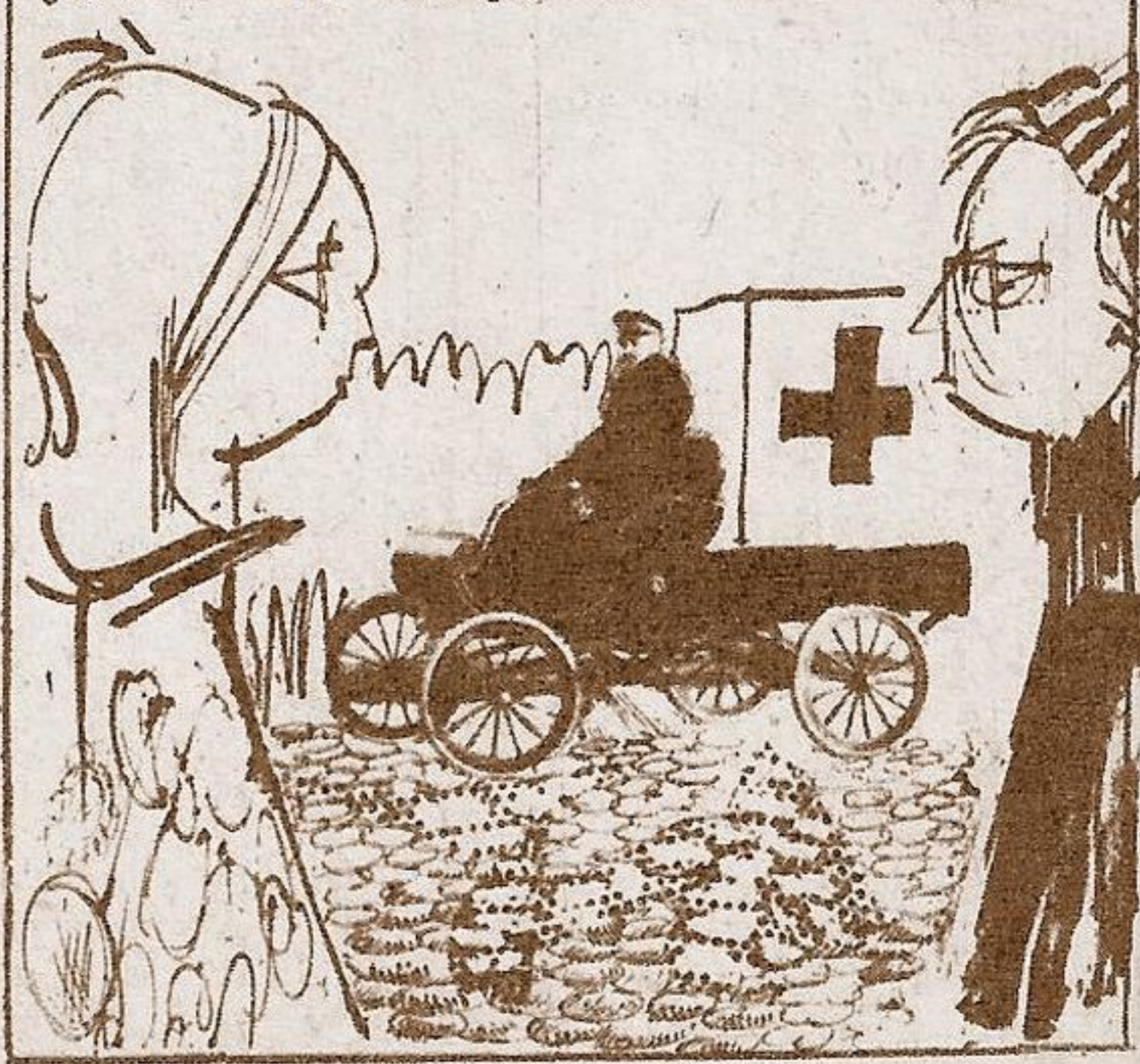
Gösta, que había estado luchando con sus dudas y los consejos escépticos de Víctor, fue a despararramar su tristeza por los bares, bebiendo demasiado.



De pronto, mientras caminaba por una calle llena de tugurios, escuchó el sonar de la bocina de una ambulancia. Policías. Gente. Comentarios. Y al mirar...



...vio salir de una casa a Berit, muy pálida. Un hombre, al parecer herido, y una mujer en una camilla. "¿Qué hace ella aquí, en este barrio? ¿Por qué no me dijo...?" Dio unos pasos. Berit lo vio...



¡Gösta! Yo...

La miró fijamente, sin dar muestras de conocerla. El policía, con delicadeza, urgió a Berit. Gösta siguió su camino. Sus ojos, sin embargo, sus ojos sorprendidos, esperanzados primero, angustiados después... Los ojos de Berit no mentían. No mentían. ¡Oh, Dios, si pudiera saber...!

Berit fue fiel a Ana, arrojando todas las dificultades. El agotador interrogatorio, en la policía...

¿Y cuáles eran exactamente sus relaciones con el matrimonio? ¿Sabía que él era un delincuente?

Ya he dicho que Ana es mi amiga, y lo será siempre... ¡Por favor! ¿Qué es lo que quieren de mí?

Esa madrugada, Berit quedó en libertad. Regresó a su casa y comenzó a subir lentamente las escaleras. Un bullo la hizo detenerse...

El la miró, y tomándole torpemente las manos, le dijo con aliento alcohólico...

He sido un traidor...; un Judas. Te negué, te atormenté... No tuve confianza en ti...

¡Gösta!... ¿Qué haces aquí?

Pero he venido... he venido a pedirte perdón. Y a decirte que te creo, que creeré siempre. Y que te amo, Berit, te amo...

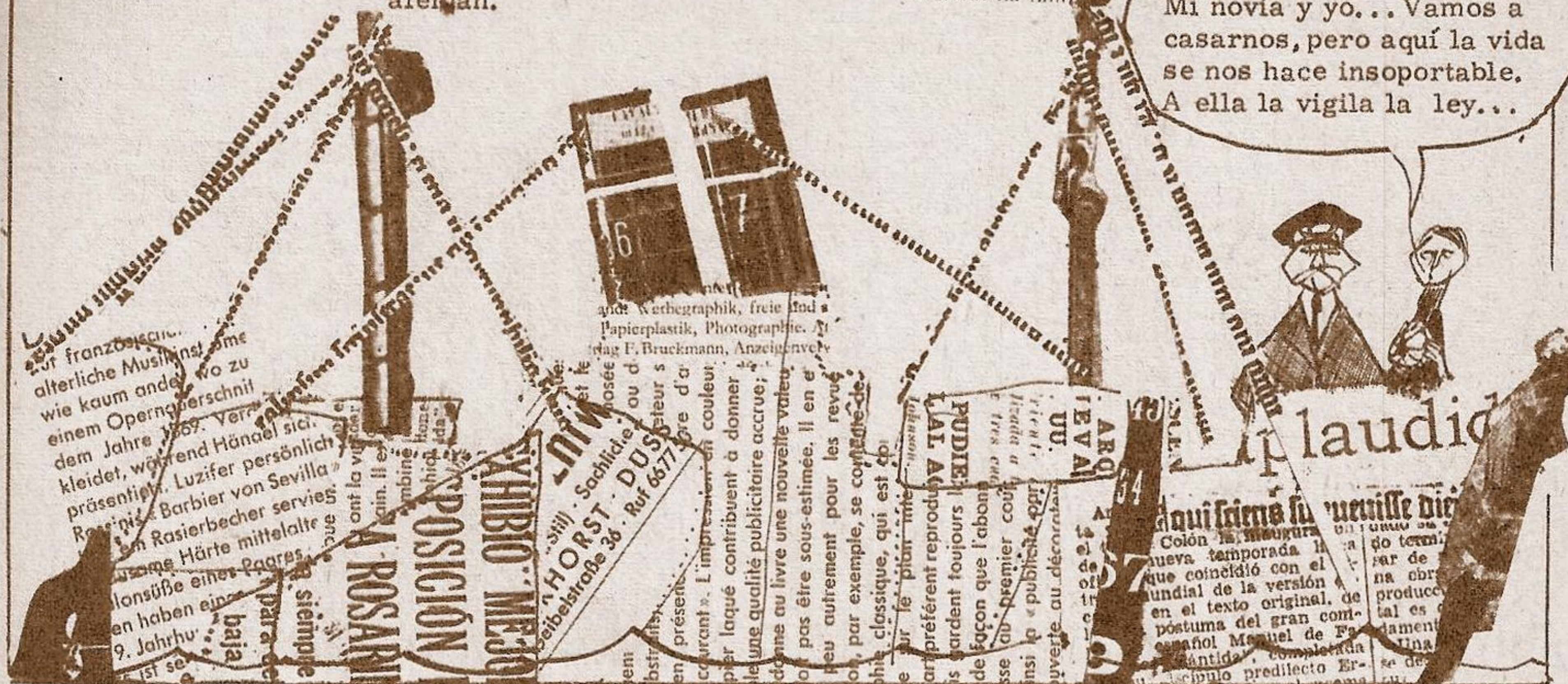
Juntos aprenderemos a vivir, a cada instante. ¡Sí! Aprenderemos a vivir, Berit...

¡Oh, Gösta! No me había equivocado, yo tampoco, contigo...

Al día siguiente, Gösta habló con un patrón de un viejo barco alemán.

RE NOTIO HIS OMNIBUS

Queremos salir de Suecia. Mi novia y yo... Vamos a casarnos, pero aquí la vida se nos hace insoportable. A ella la vigila la ley...



Hum... Bueno, estén listos para esta noche. Yo los sacaré.

Poco después, Gösta se reunió con Berit. Caminaron por el puerto, silenciosos.

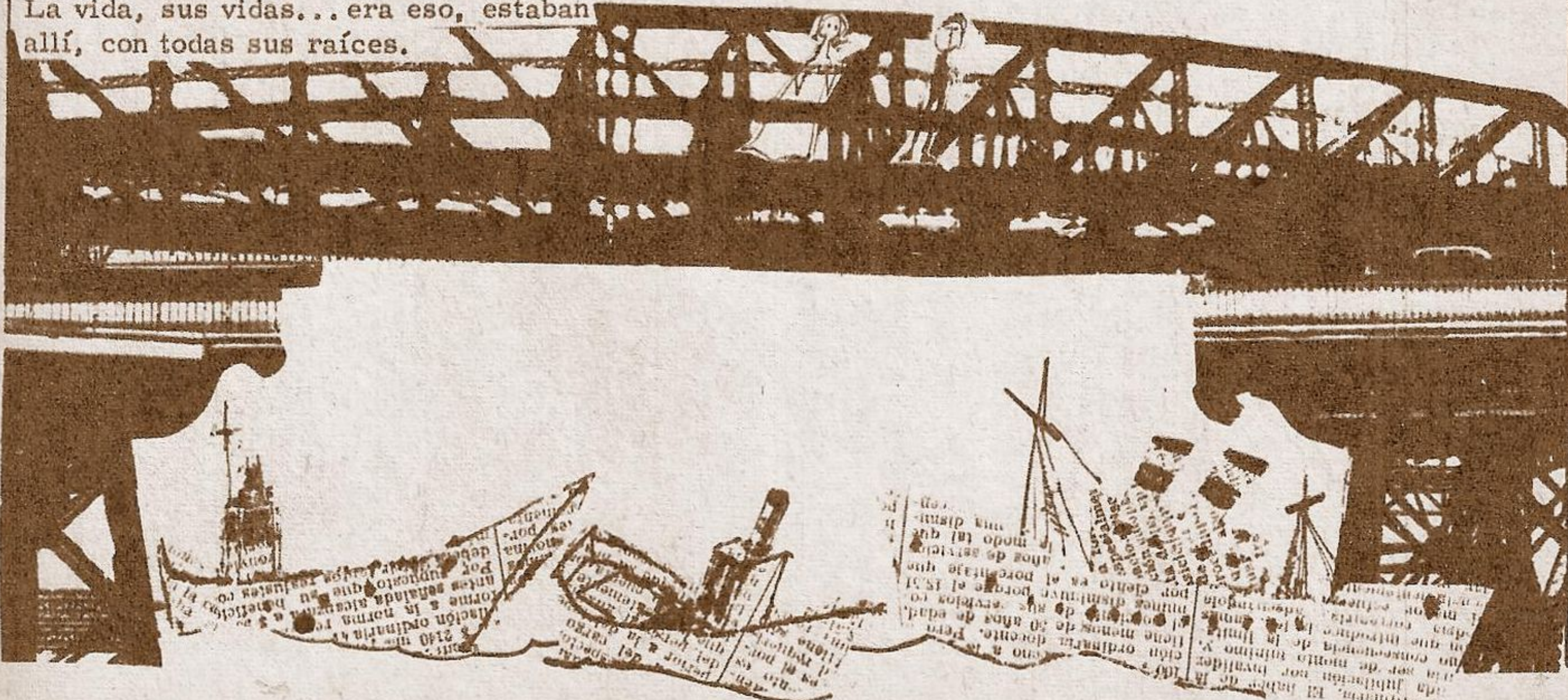


¿De modo que esta noche...?

¡Sí! ¡Comenzaremos en otro país, entre otra gente...!



Desde un puente, observaron el puerto. Aquel puerto donde habían vivido, donde habían desesperado, donde se habían conocido. Buques que llegaban y salían. Grúas que chirriaban. Chimeneas. Gritos. La vida, sus vidas... era eso, estaban allí, con todas sus raíces.



¿Qué nos ocurre, Berit?
¿No debemos acaso es-
tar contentos? ¡Nos va-
mos!

Sí, nos vamos... y tal
vez eso es lo que nos
angustia, Gösta.

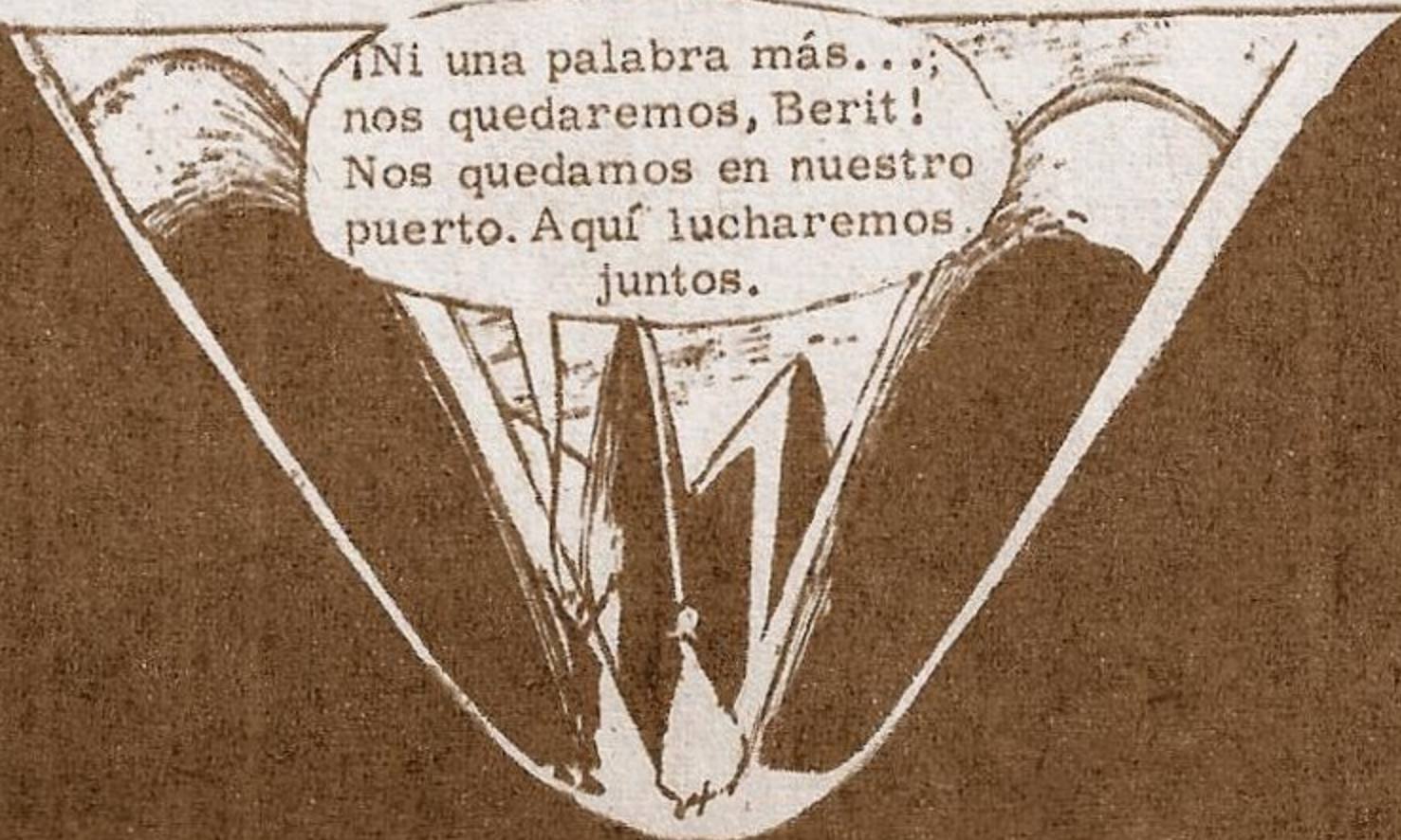


¿Tú también lo sientes así? ¿Tú también crees
que no debemos huir?

No sé por qué. No hay ningún motivo
válido, aparentemente. Pero ahora es
distinto... estamos juntos.



¡Ni una palabra más...;
nos quedaremos, Berit!
Nos quedamos en nuestro
puerto. Aquí lucharemos
juntos.

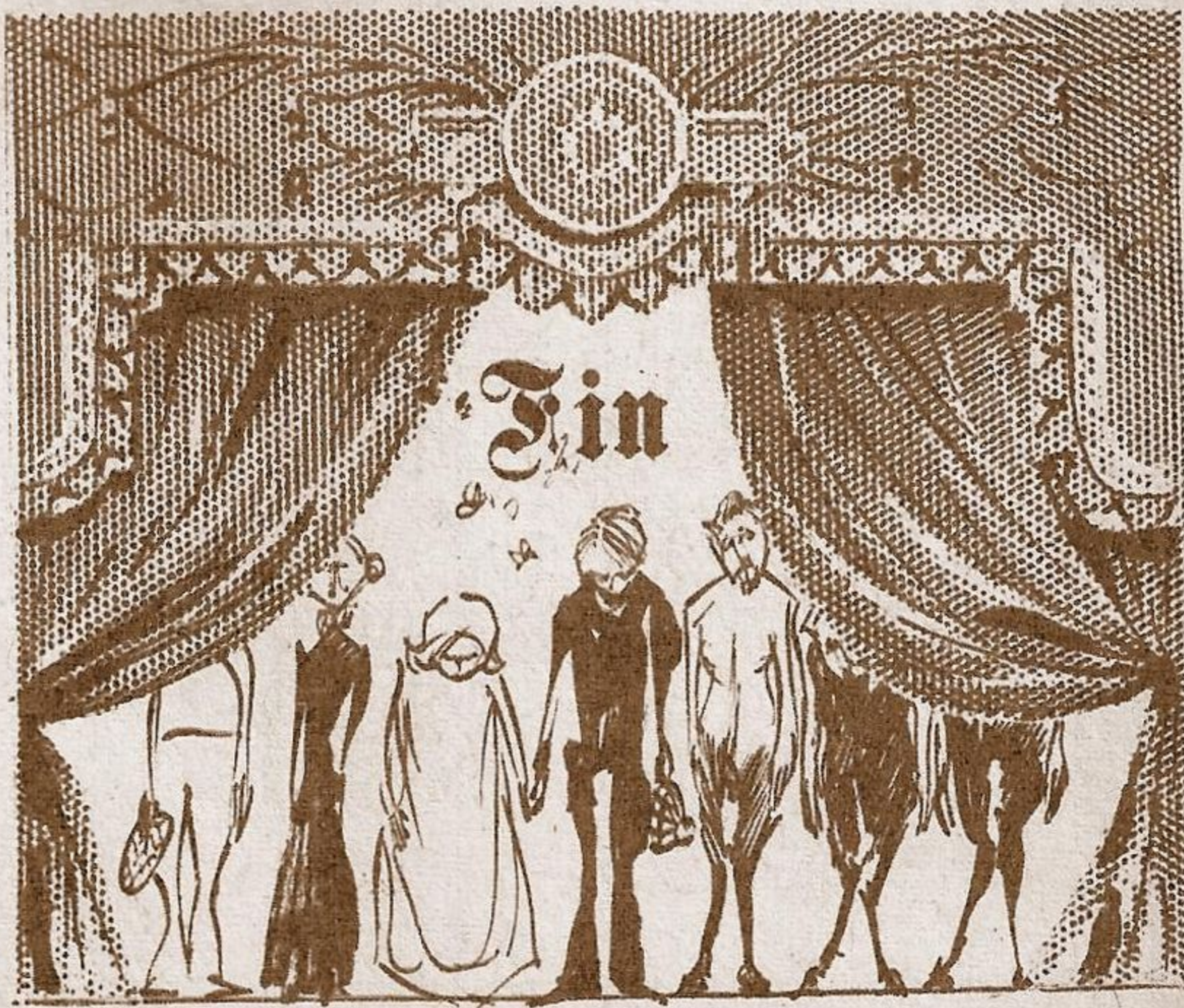


Berit acarició sus cabellos, mirándolo a
los ojos.

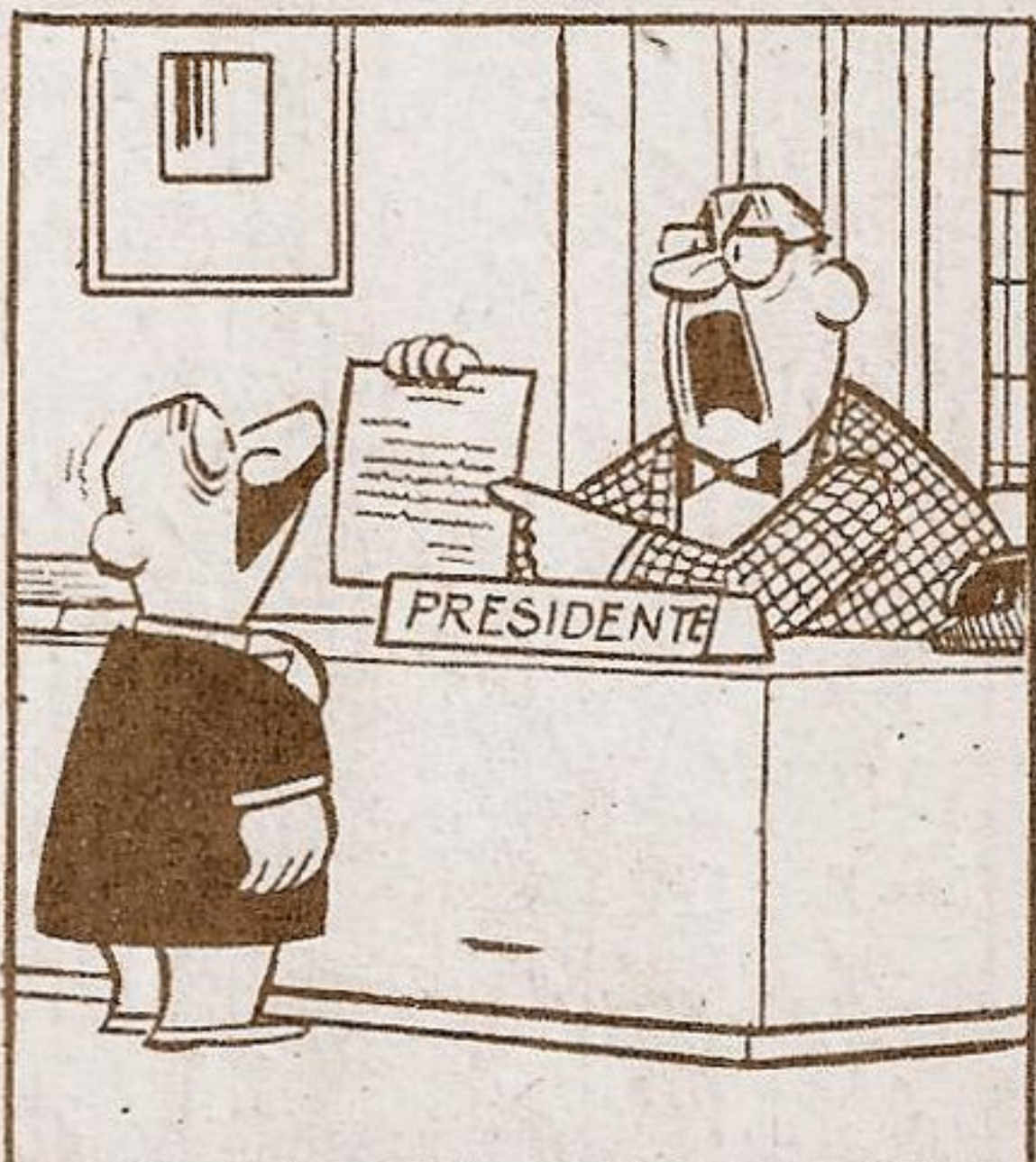
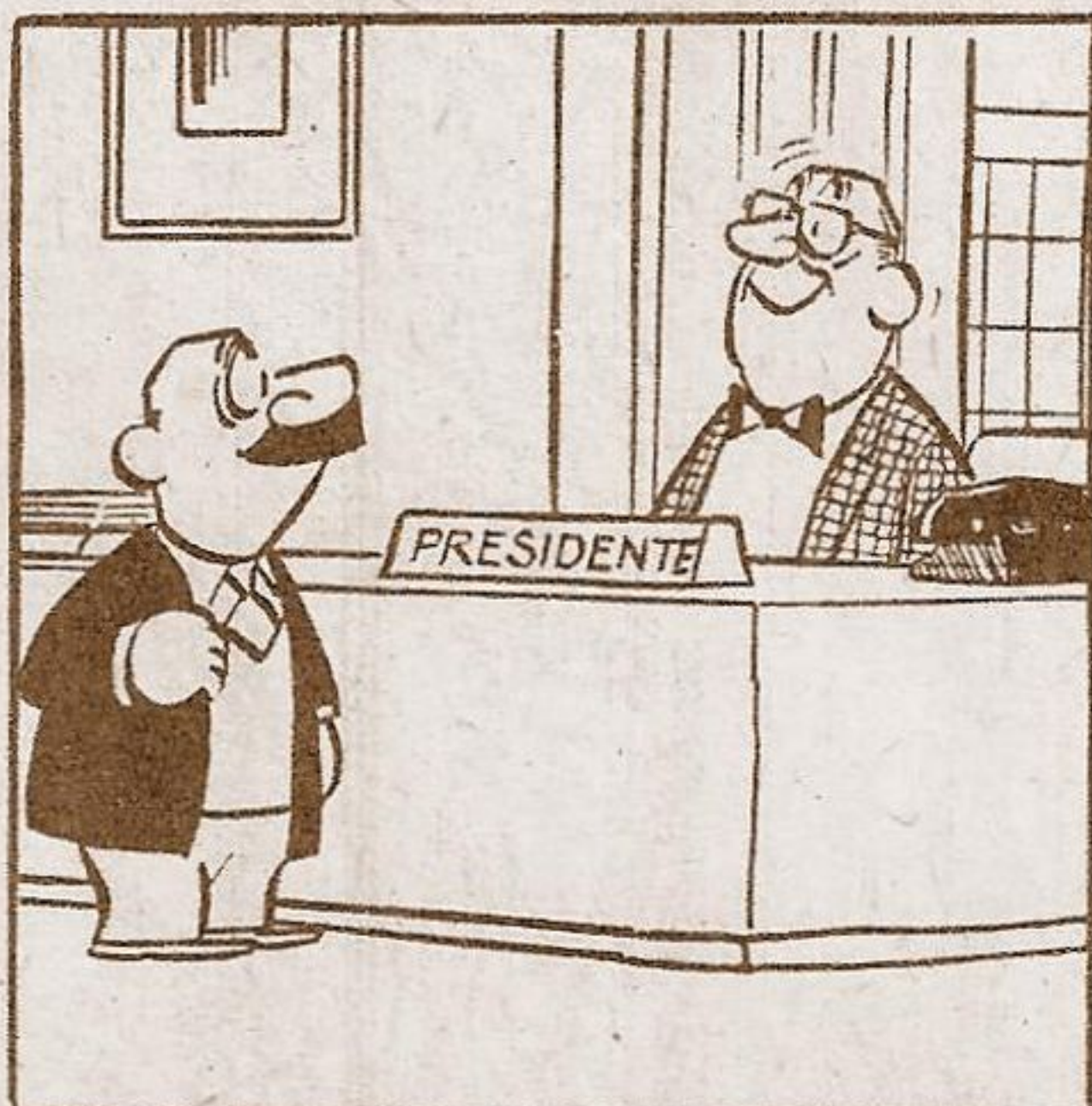
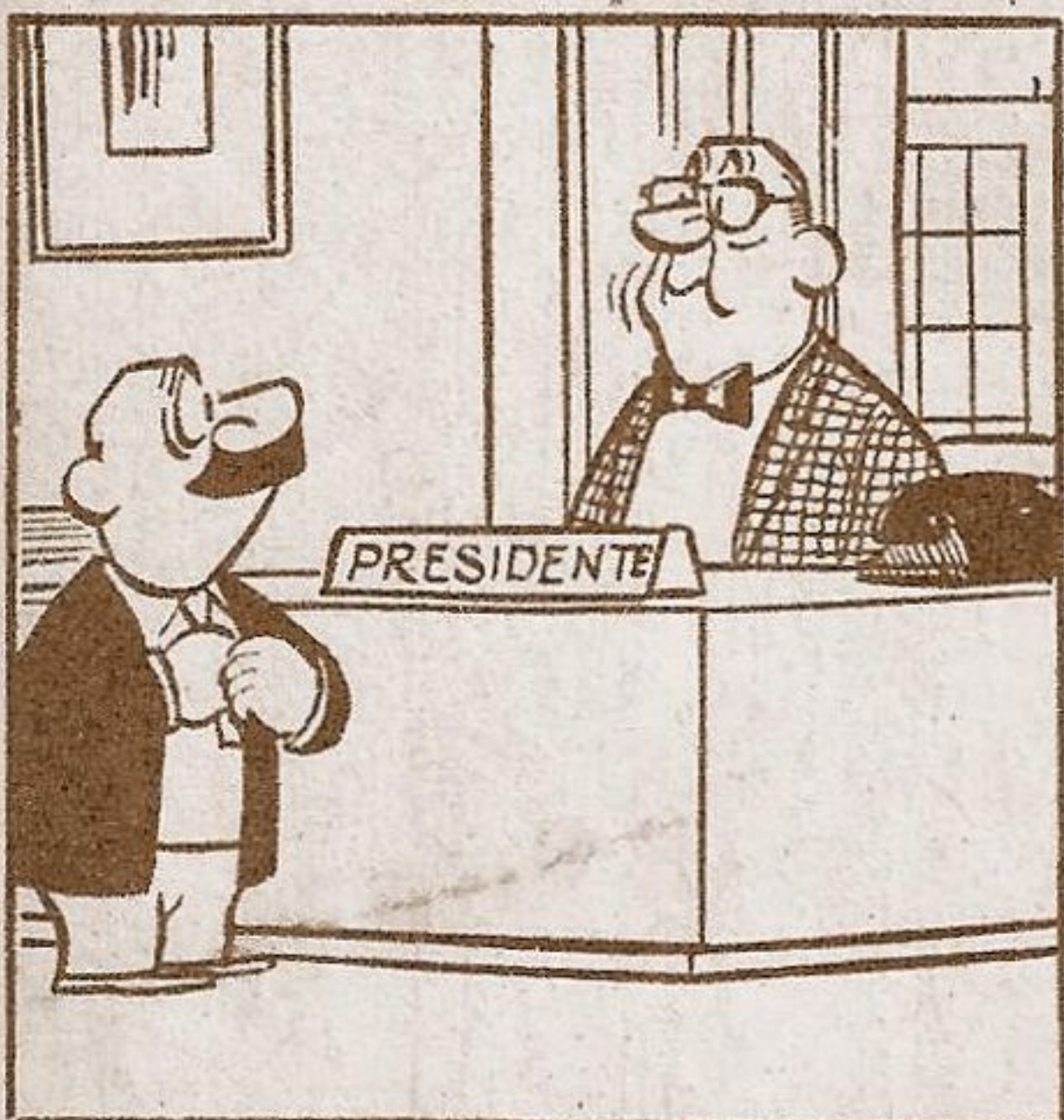
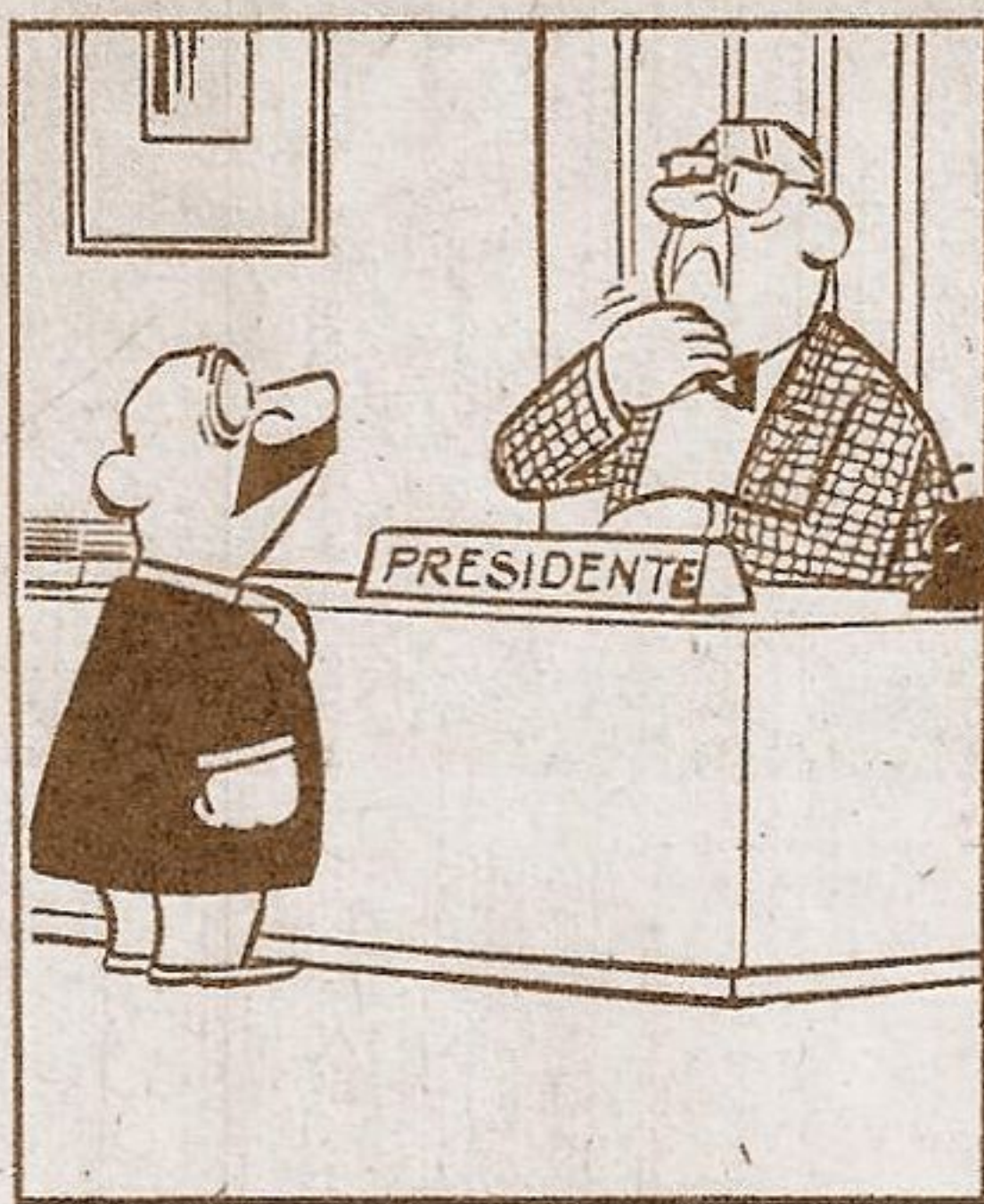
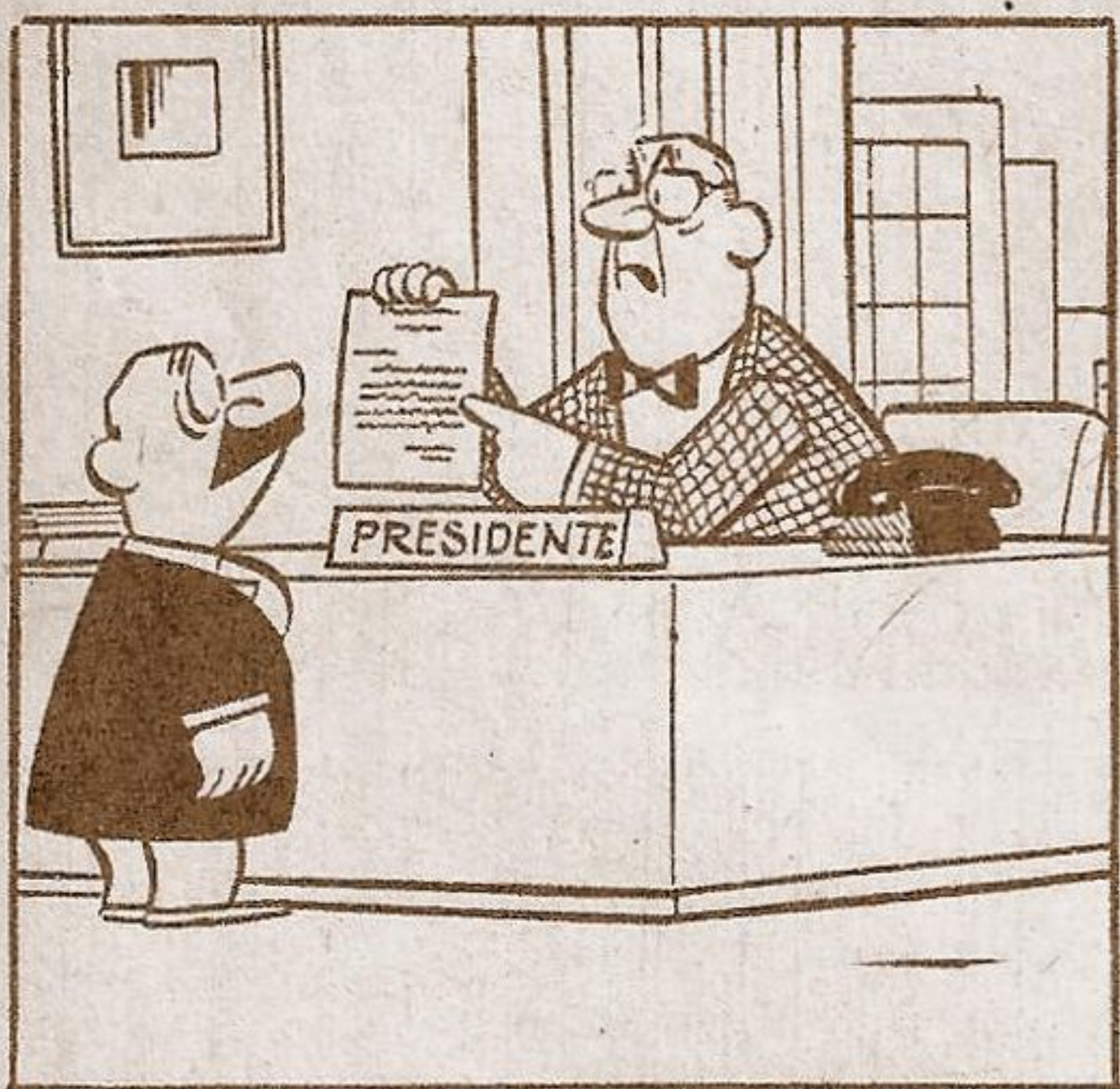
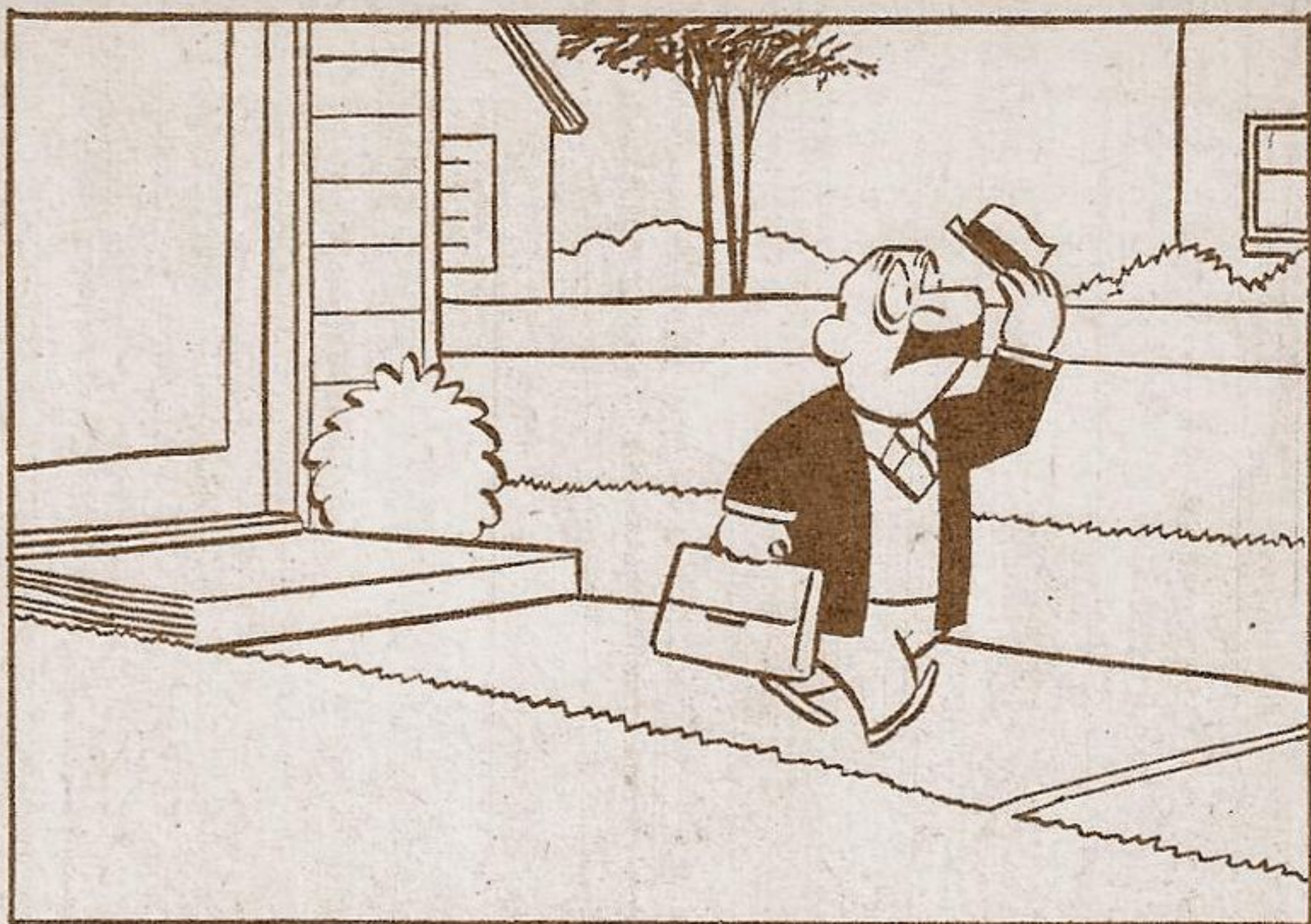
¿Sabes, Gösta? Ahora comprendo lo que
significa sentirse en El Puerto. Tenía
que amar para saberlo.



duchona



Juan CEPILLO



ACUSADO DE HOMICIDIO

Por CHARLES K. OWENS

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE O. MORAGA

Film M.G.M. con Richard Chamberlain, Claude Rains, Nick Adams, y Joan Blackman.

El veterano abogado Reed vio llegar corriendo al joven Paulk.



Era la hora del crepúsculo. Sin embargo, para Owen Paulk, se iniciaba el día.

¡Laura! ¡Laura! ¿Dónde te has metido, muchacha?



Jack Reed quería que su hija Laura estuviera presente en ese momento.

La niña ha ido hasta el pueblo, doctor Reed.



Se abrió la puerta de la confortable casa del abogado Reed.



Owen Paulk era extremadamente buen mozo. Varias veces desistió de trabajar en la televisión local anunciando productos, de los muchos que producía Weeling, en Ohio. Owen quería estudiar, no perder el tiempo.



Laura, la hija del veterano doctor Reed no estaba allí esa tarde. Luego...

Owen se ausentará a Nueva York por algunas semanas.



Comprende que en este pueblo un abogado joven no tiene porvenir.

¿Quieres insinuar que Owen...?



La frase quedó ahogada en la garganta de la bonita Laura Reed.

Eso creo, hijita. Que Owen optará por quedarse en Nueva York. Definitivamente.



Laura no lo podía ceer. ¡Owen era el muchacho de sus sueños! ¡Si se iba a Nueva York, esos sueños morirían sin remedio!



Así pensaba ella. Pero, ¿y Owen Paulk?
No estaré en Nueva York más que tres o cuatro semanas, Laura.



¡Dijiste a mi padre que por dos o tres semanas!

El buen mozo abrazó a la chica que fuera siempre su gran amiga.



Owen Paulk promete escribirte todos los días, Laura.

Laura lo quería. Pedía a Dios que ese joven llegara a ser su esposo.

(¡Ahora se marcha! ¡Creo que vas a perderlo, Laura!)



¿Qué pensaba a su vez el nuevo abogado?

(En la inmensa ciudad hay cien posibilidades de triunfo por semana, doctor Paulk.)



Ni el menor pensamiento alrededor de Laura Reed. Las horas del joven y apuesto abogado se desenvolvían en otro círculo de pensamientos.



(Mi carrera, mi porvenir...)

Sus familiares estaban en Inglaterra. El padre murió en la última guerra. La madre, pocos años después. En Estados Unidos vivía un pariente rico, y Owen, el niño, cruzó el mar. En Estados Unidos se haría hombre. Y abogado.



(Debo cumplir con las esperanzas del tío William.)

El tío entregó a Owen una cantidad de dinero "como para que buscara una buena oficina en Nueva York".



(Tío insinúa que no quite los pies de Nueva York.)

No se lo dijo a Laura aquella tarde.

(¿Por qué lastimar sus ilusiones? ¡Nunca podría hacerlo!)



Se abrazaron y besaron repetidas veces.

Debo despedirme de tu padre, Laura, ¿Entramos?



El frío de esa jornada invernal no era sentido por los jóvenes. Sí por el abogado Reed, quien bebía un voluminoso ponche caliente.



Me voy, doctor Reed. No quiero decir adiós.

Laura observaba al joven que quería.

(¡Sus ojos mienten! ¡Posiblemente éste sea el día de su "adiós"!)



Weeling no estaba en "la otra punta del mundo", pero Laura comprendía que las trescientas millas que la separarían de Owen, eran definitivas.

(Mi padre no saldrá nunca de este pueblo.)

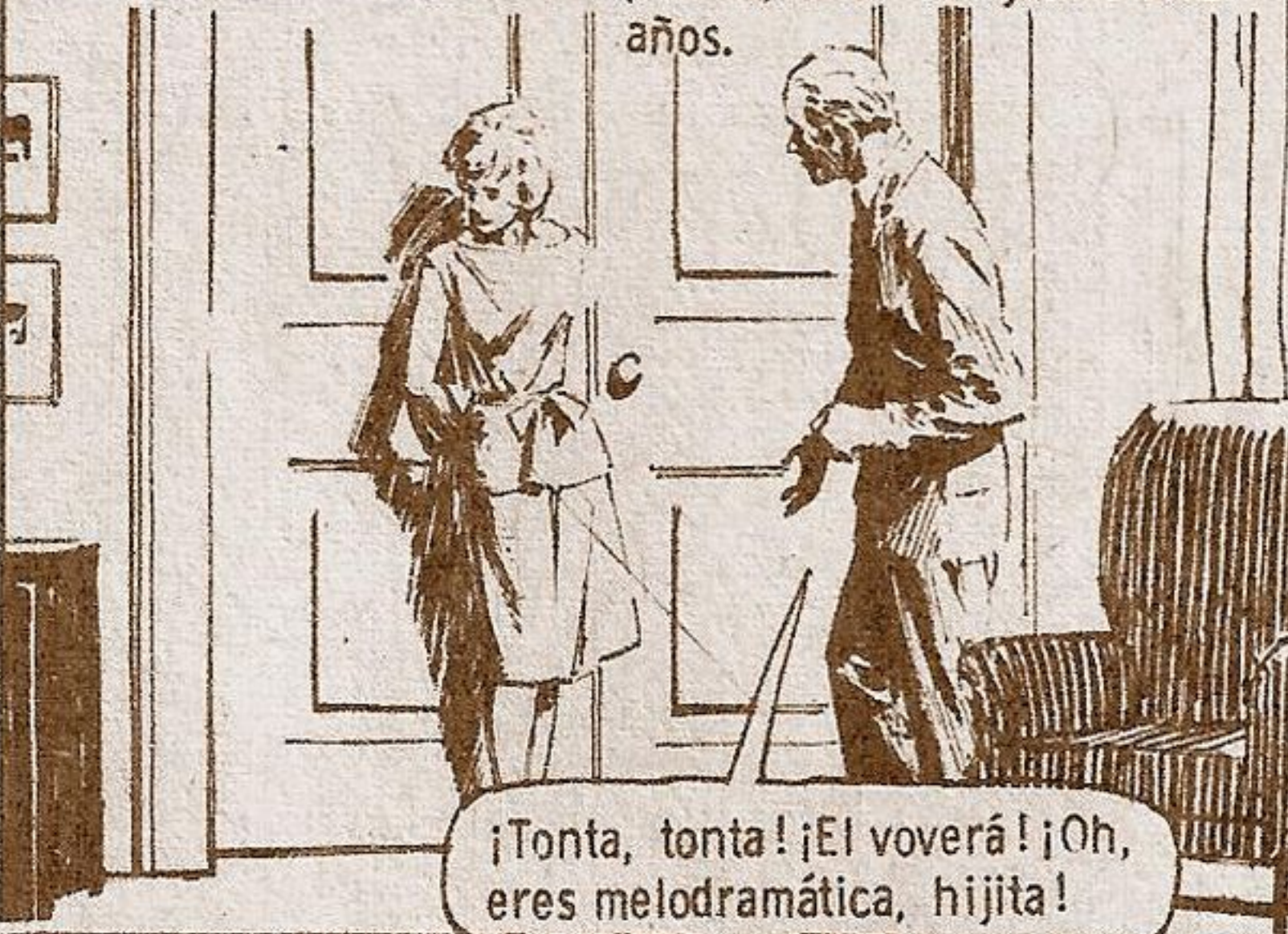


Y ella no podría abandonar a su magnífico papá Jack.

¡Hasta muy pronto, Owen!
Y no nos olvides.



Triste, muy triste, fue esa despedida. Para los tres, en realidad. Cuando Laura cerró la puerta, había envejecido diez años.



¡Tonta, tonta! ¡El volverá! ¡Oh, eres melodramática, hijita!

Owen Paulk no acostumbraba a ser exagerado, pero exageró al prometer una carta todos los días.

(¡Dos semanas sin saber nada sobre él!)



Allí estaba la última carta del joven abogado. Eran veinte palabras.

("Creo que estoy en muy buen camino. Loco de trabajo, Laurita. Casi no tengo tiempo ni para respirar.")



("No obstante te recuerdo."
¡Dice que me recuerda, y escribe por compromiso!)



En Nueva York, en el estudio del famoso abogado Mac Hilton...

¡Mucho gusto, inteligente "provinciano"!



Owen Paulk acababa de ser presentado a Irene Mac Hilton.

No me enojo por lo de "provinciano". No podría castigar a tanta belleza.



Irene Mac Hilton estuvo en los brazos del "provinciano", esa misma noche. Con el marco de la Nueva York nevada, y música melodiosa.

¡Gran idea la de papá, invitándote a su fiesta, querido!



Era muy buen mozo. Demasiado por ser hombre. Irene Mac Hilton podía elegir entre diez buenos mozos "y con dinero". Se quedó con el más humilde pero el más atractivo: Owen Paulk.

¡Bien, hija, bien!
¡Cásate si es tu gusto!



El famoso Mac Hilton nunca le negó nada a Irene. Tampoco el gusto de casarse con ese muchacho recién llegado de Weeling.

(Es de buena familia. Y llegará muy alto.)



Había diferencia entre la sensibilidad de Owen y la de Irene. El "provinciano" no podía evitar el extasiarse ante una puesta de sol. Irene prefería las lujosas vidrieras de Manhattan.



Elegiré ese traje para el viaje de bodas, amor mío.

En una larga carta, Owen explicó "su destino" a Laura Reed.

¡Laura! ¿Por qué has gritado, hijita?



La hoja de papel estaba en el suelo. El doctor Reed la levantó.



¡No me dirás que te anuncian la muerte de ese muchacho!

Para ella casi era lo mismo.

¡Se casa! ¡Se casa con una que le presentaron hace unos días, papá!



Jack Reed, varias décadas más de experiencia en la vida que su hija, leyó serenamente la carta de Owen.

Te diré que él no ha cometido un crimen, Laura. Vamos a ver. Escucha.



Desmenuzó cuidadosamente la carta del joven abogado.

Hija del famoso Mac Hilton. ¡Un suegro gran abogado! Ella es bonita. No; él no ha cometido ningún delito, Laura.



"¿Cómo puedes decir eso, papá, si Owen iba a ser mi esposo?", exclamó Laura volviendo a llorar amargamente.

¡Ni siquiera estaban comprometidos! ¿No eras algo ilusa, Laurita?



La boda neoyorquina fue un verdadero impacto.

(Fotógrafos de todos los diarios y revistas. ¡Buena publicidad!)



Owen recibió muchos telegramas de felicitación. Guardó con cariño uno solo. Tenía la firma de Jack y Laura Reed.

(Sin rencor. ¡Gracias, mis viejos amigos!)



Se sentía culpable de la frustración amorosa de Laura:

(¡Sin embargo yo nunca le dije que me casaría con ella!)



La novia, radiante, maravillosa, estaba en sus brazos.

¡Soy la mujer más dichosa del mundo, amor mío!

Te quiero, Irene.



Recorrieron el mundo hasta la siguiente primavera. Luego, Nueva York.

(El doctor dice que Irene no podrá tener hijos por ahora.)



Esos pocos meses de casados sirvieron para que Owen y su esposa llegaran a comprenderse a la perfección, formando un matrimonio que echaba por tierra algunas presunciones pesimistas.



(Irene está triste por "su problema".)

Pasó la primavera. Durante el verano no se movieron de Nueva York. Owen estaba muy ocupado, aunque no podía trabajar "con absoluta libertad". Esa enorme y cruel ciudad no entraba en el corazón del "provinciano". Irene pasaba con su madre semanas enteras en la villa de Long Island. A veces regresaba súbitamente a Nueva York.

¡Irene! ¿Qué sucede?

Lo de otras veces. ¡Me estoy contagiando de ti, "provinciano", y me pongo romántica.

Saltaba a los brazos del marido y lo besaba apasionadamente.

¡Cuatro días que no te veía, Owen querido! ¿Vuelves conmigo en el coche?

Manejaré yo. Tú pareces una futura competidora de Indianápolis.

¡Y tú manejas con más miedo que una ardilla!

Volvieron a Long Island, sonrientes, felices. Iba a ser un bello fin de semana. El doctor dijo a Irene que mejoraba "de sus problemas".

¡Ese loco, Owen! ¡Cuidado!

Rápido y violento como un rayo fue todo. El camión cargado de tanques de petróleo embistió al coche de los esposos Paulk.

¡Irene!

Owen era producto de un milagro. Estaba de pie, y sin la menor lastimadura. En cambio Irene...

¡Muerta! ¡No respira! ¡Irene! ¿¡RENEEEE!

Estuvo una semana encerrado en su departamento neoyorquino, con las ventanas cerradas. Su corazón estaba roto. Fumando y bebiendo sin cesar. El teléfono llamaba; no contestaba. La muerte de Irene era su muerte.

(¡Ahora comprendo que la quería enormemente!)

No abría la puerta a nadie. Pero esa mañana...

¡Owen, hijo mío! ¡Quiero verte!

Era la voz algo cascada, agria, de un magnífico hombre. De un verdadero amigo. El doctor Jack Reed.

¡Owen! ¡Muchacho!

Lo que no pudo hacer la gigantesca Nueva York con sus hombres dinámicos, hechos de acero, lo logró Weeling, una población del Oeste, que envió a su doctor Reed en busca de aquel muchacho a punto de desintegrarse de dolor. Horas después de la llegada del doctor Reed...

Tu vuelta al pueblo va a salvarte la vida, Owen. ¿Me crees?

En contacto con los viejos amigos, con el sincero aprecio "de los provincianos", Owen Paulk creyó reponerse del terrible golpe recibido.

Usted siempre corrió en mi ayuda, querido doctor Reed.

Eres "mi gran secreto", Owen. Te considero "mi hijo".

Soltó una jovial carcajada.

¡El hijo que no tuve, por supuesto.

El doctor Reed, su hija Laura, los amigos del pueblo, y hasta el anciano tío William pusieron su cariño sin egoísmo "en la causa de Owen".

(¡No puedo olvidar el rostro muerto de Irene! ¡No puedo!)

El abogado Mac Hilton estuvo un par de veces en Weeling, mas no lograría arrancar de allí a su yerno. "Nueva York me recuerda a Irene. ¡Odio a esa ciudad!", contestaba Owen, agregando: "Aquí la muerte me sorprenderá".

Pasaron las semanas, los meses. El joven abogado Paulk ni siquiera ojeaba sus libros profesionales. Laura y su padre lo visitaban continuamente más aún por la enfermedad de tío William.

No quiero hacerme cargo de ningún caso, doctor Redd. ¡No podría! Prefiero vagar por esos campos.

En sus marchas silenciosas por Weeling, solía acompañarlo Laura. No cambiaban palabras, y ella respetaba ese silencio del hombre, aunque era una tortura para ambos.

Ese mediodía Owen aceptó almorzar con los Reed. Fue una comida grata. A los postres...

No quiero que digas "que me he aprovechado de este almuerzo", pero necesito hablarte con urgencia, Owen.

En la zona se había cometido un crimen que parecía confuso.

¿Hut Cherson asesinado? ¡No lo sabía!

Jack Reed adivinó que "un cierto interés profesional" había asomado por las pupilas de Owen Paulk. Se alegró muchísimo.

(¡El abogado Paulk no ha muerto, gracias a Dios!)

Pasados los primeros momentos de lógica sorpresa...

Desde ya me niego a poner las manos en ese asunto, Jack. ¡Caramba! ¿Se siente viejo, terminado?

Reed acercó al joven su taza de café caliente.

Podría ser. ¿Y tú, Owen, "con tus radiantes veintiocho años"?

¡Tú sí que eres un viejo terminado! ¡Y una vergüenza! ¡Y una pena! ¡Una pena muy grande para mí!

No entiendo...

Te haces el que no entiendes, Owen. Sabes de sobra que más que tu propio tío William, "yo quería"...



... "verte convertido en el primer abogado de los Estados Unidos". Que te casaras con otra, no me fastidiaba.



¡Que abandones tu maravillosa profesión, eso sí me fastidia, me hiere, y me duele mucho. Owen!



No puedo trabajar. Mi cabeza vive en el caos. ¡No puedo salir de él!

"Asesinaron al acaudalado Hut Cherson, Owen", dijo Reed con suavidad.



Hay un detenido. Creo que es tan culpable como tú y yo, de ese crimen. ¡Y van a hundir a ese hombre!

El doctor Reed era un gran actor en ocasiones. En la oportunidad, agregó a su facilidad histriónica, su sinceridad.

¿Quién es ese "cándido e inocente", doctor Reed?



Sin vacilar ni una décima de segundo, Jack Reed narró a Owen Paulk, los pormenores del extraño caso sucedido horas antes en Weeling.

Con sinceridad, Owen. Te está interesando, ¿verdad?



Laura se mantenía a cierta distancia, haciendo más café, pero viviendo la lógica ansiedad de ese instante decisivo.

¡Eres muy astuto, maestro de abogados!



¡Owen sonreía! Era como el sol entrando por entre unas nubes negras.

¡Y bien, sí, "me está interesando", Jack Reed!

(¡Gracias a Dios!
¡Gracias!)



Atiéndeme bien, por favor. ¡Laura, más café! ¡Un tanque de café para Owen y para mí!



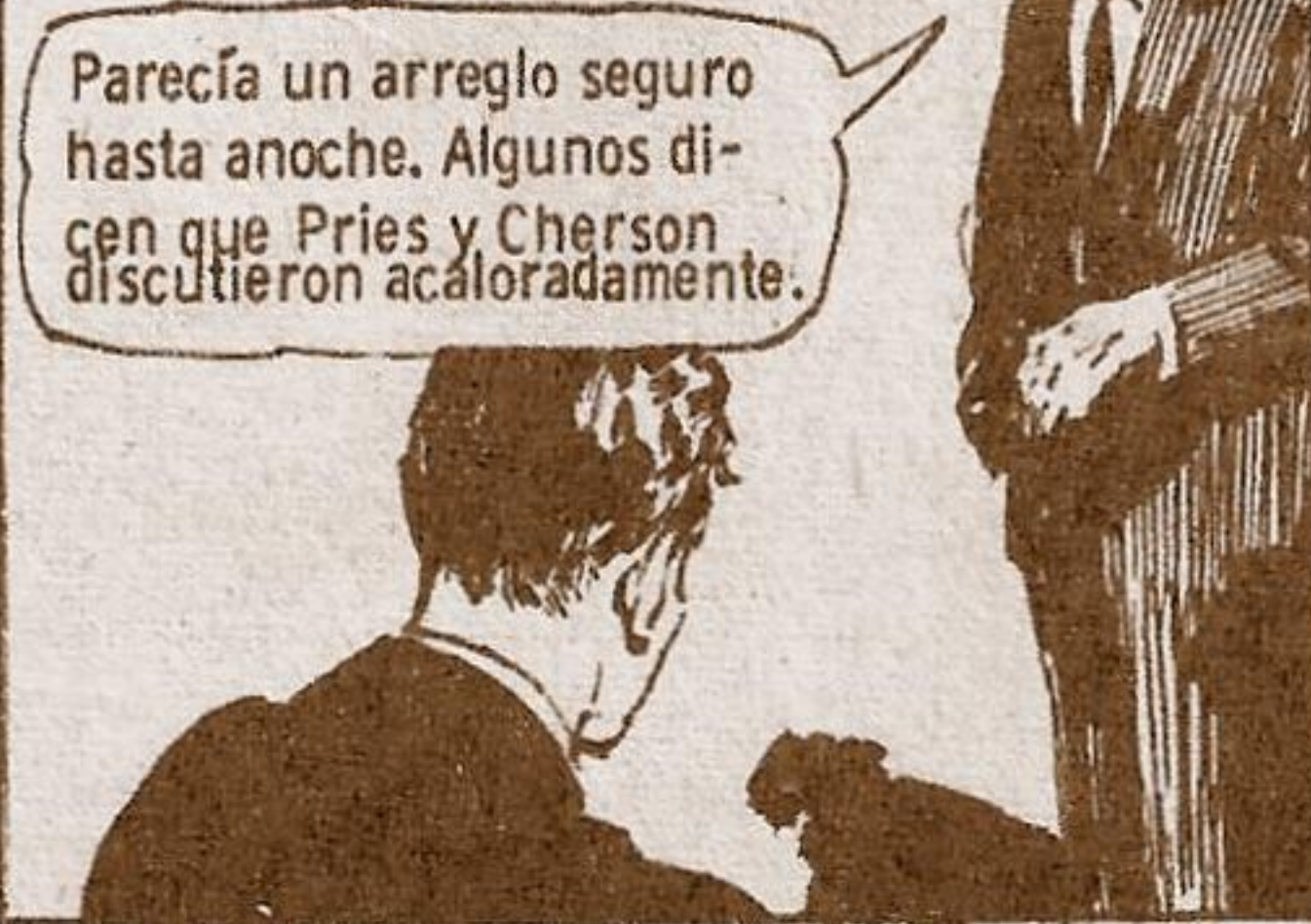
Las arrugas del rostro de Reed desaparecieron, mientras hablaba a Owen con entusiasmo en aumento.

Dicen que Ray Pries pensaba robar a Cherson.



Ray Pries, un rematador con poca fortuna, había llegado a Weeling intentando tomar a su cargo un importante loteo que iba a disponer el millonario Hut Cherson.

Parecía un arreglo seguro hasta anoche. Algunos dicen que Pries y Cherson discutieron acaloradamente.



¡Y no porque fuera demócrata y el otro republicano! Una hora después, Cherson estaba muerto.



El fiscal Michael Hew y su ayudante Nick Olker prometieron "colgar al rematador en cuestión de pocos días".

La justicia en Weeling nunca fue algo alentador, y tú lo sabes, Owen. Ahora, que me siento cansado...



...agobiado, y sin muchas fuerzas, "he visto la inocencia" en los ojos de ese rematador de California".



Primero "sepamos bien qué clase de sujeto es ese señor Pries".

"El pedido de informes de Ray Pries ya ha sido despachado", dijo con una pícaro sonrisa Jack Reed.

Laurita lo redactó esta mañana. No es mala secretaria, Owen.



Arrancado de su doliente retiro, Owen Paulk acompañó al veterano Reed hasta la fiscalía de Weeling.

¿Qué participación tuvo en todo esto la señorita Pat Sue?



Imagino qué camino tomaste, Owen. ¡Y no vas mal!

Hut Cherson era un notorio solterón de "hazañas deportivas" que generalmente le preparaban sus servidores que eran muchos en Weeling. Así resultaba vencedor en natación, esgrima, tiro, box, y otros deportes. Cherson enfrentaba a gente de escaso valor. Traída a Ohio en calidad de "partenaire" del campeón.



Los diarios locales-bien pagados-se encargaban de hablar hojas enteras del veterano y aún magnífico "ejemplar del Oeste". Hut Cherson se creía un campeón, un irresistible campeón; y ridículos similares.



No está del todo mal dudar en cierto sentido de Hut Cherson.

Un fotógrafo del pueblo entregó a los abogados varias revelaciones que aún estaban frescas.



¿Así es miss Sue, Reed? Una tentación, ¿eh?

¿Tú crees que estamos ante un caso fácil?



Es "una caso". Lo demás ya lo veremos.

Empieza por agradecer tu ayuda al "viejo maestro", Owen.



"Laura tiene gran participación en mi paso adelante", dijo Paulk.



¡No ha pasado día sin alentarme, sin luchar a brazo torcido por mi recuperación! Y yo que traicioné sus...

¡Vamos, vamos! ¿Quién habla de traición entre nosotros?



En ese largo, trajinado día, Owen pudo escuchar la palabra del detenido.



(¡Es extraño! La señorita Pat Sue no me habló de esto.)

El abogado conservaba fresco el recuerdo de la bella y provocativa Pat. Las declaraciones de ella "no favorecían en nada al rematador".

(Ella dijo que Cherson y Pries se fueron a las manos "por dinero.")



Ray Pries insistía en decir "que perdió la suma de dinero que le entregara Cherson", agregando: "Bebía demasiado esa noche".

¡Pero no lo maté! ¿Por qué iba a matarlo?



"Lo mató al enterarse de que Cherson iba a quitarle la secretaria", fue la respuesta del fiscal Hew, ante la consulta de Owen.



Pat Sue es mayor de edad, y "nada quietecita", fiscal. ¿Le extraña?

¡Me extraña de que tenga dudas sobre la culpabilidad de Pries!



Dudaré de su culpabilidad mientras no aparezca el dinero "que Pries tenía en sus bolsillos".



¡Mentiras de ese rematador charlatán!

Owen cenó con los Reed. Eso permitió a Laura descollar con una mayonesa de gran impacto. A la cena siguió un afiebrado diálogo entre los abogados. Algo monstruoso se movía ante ellos. Algo oculto y pasional. ¿Quién tenía esa suma desaparecida de los bolsillos del rematador? Pries aseguraba "que al volver en sí ya no la tenía".



El juicio se desarrolló anormalmente, pues al pedido del fiscal "de una rápida decisión que vengara convenientemente al distinguido Hut Cherson", se oponía Owen Paulk, cada vez más convencido de la inocencia de Ray Pries.

¡Por Dios que no maté a ese hombre, aunque en realidad era un aprovechador, un canalla!



¿A pesar de todo la sigue queriendo?

A pesar de todo lo que me ha hecho sufrir desde que la conocí.



Pries "ponía su casita de California, a disposición de sus abogados". Tenía miedo de morir "como un vulgar asesino", y agregaba: "No sé lo que sucedió. ¡Maldito sea el momento en que vine a este pueblo... trayendo a Pat conmigo".



El amor estaba del lado de ese hombre. El más mezquino interés, del lado de la atractiva Pat Sue. Sobre esa base tendría que trabajar la defensa. Un día más transcurrió. No se progresaba absolutamente nada. Y entonces...



¿Reed? Aconseje a ese chico Paulk "que no se esfuerce por sacar aceite de una roca".



¿Qué dice, Hew?

En su celda, Ray Pries acababa de firmar una confesión, tras contestar a una serie de preguntas del fiscal y su ayudante Olker. Owen se apresuró a leer el cuestionario comprometedor. En él, "ni una palabra de los galanteos del señor Cherson, ante los propios ojos de Ray Pries".



(Tampoco se habla del dinero "que Pries tenía esa noche.")

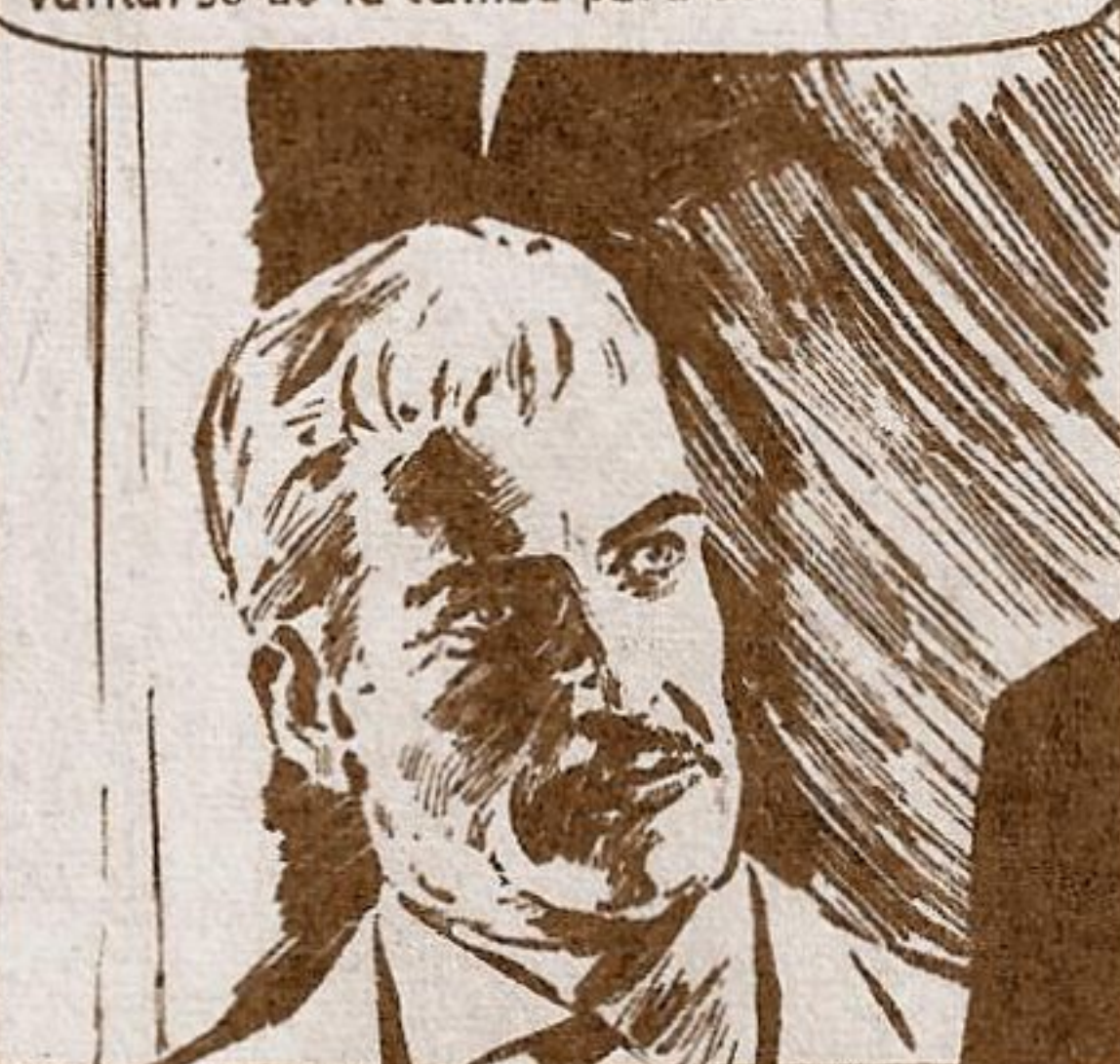
Owen no pudo dormir, pensando que el rematador iba derecho al cadalso, "y que en las sombras de ese pueblo se ocultaba el verdadero culpable".

¿Cómo iba a darle diez mil dólares el señor Cherson, sin reclamar un recibo del rematador?



El recibo no pudo ser hallado.

¡Ray Pries miente, y sigue mintiendo! ¡Lástima que Hut Cherson no pueda levantarse de la tumba para denunciarlo!



Terminaba la tarde cuando emergiendo del rojo crepúsculo, un hombre abrazó a una mujer, y la besó. La escena sucedía en uno de los extremos...



...del pueblo, cerca del bosquecillo que limita con la importante fábrica de maquinarias "Rasseys". El tío William había puesto sus últimos dineros en acciones de la empresa que no andaba bien.

(Si esto se derrumba, es mi ruina.)

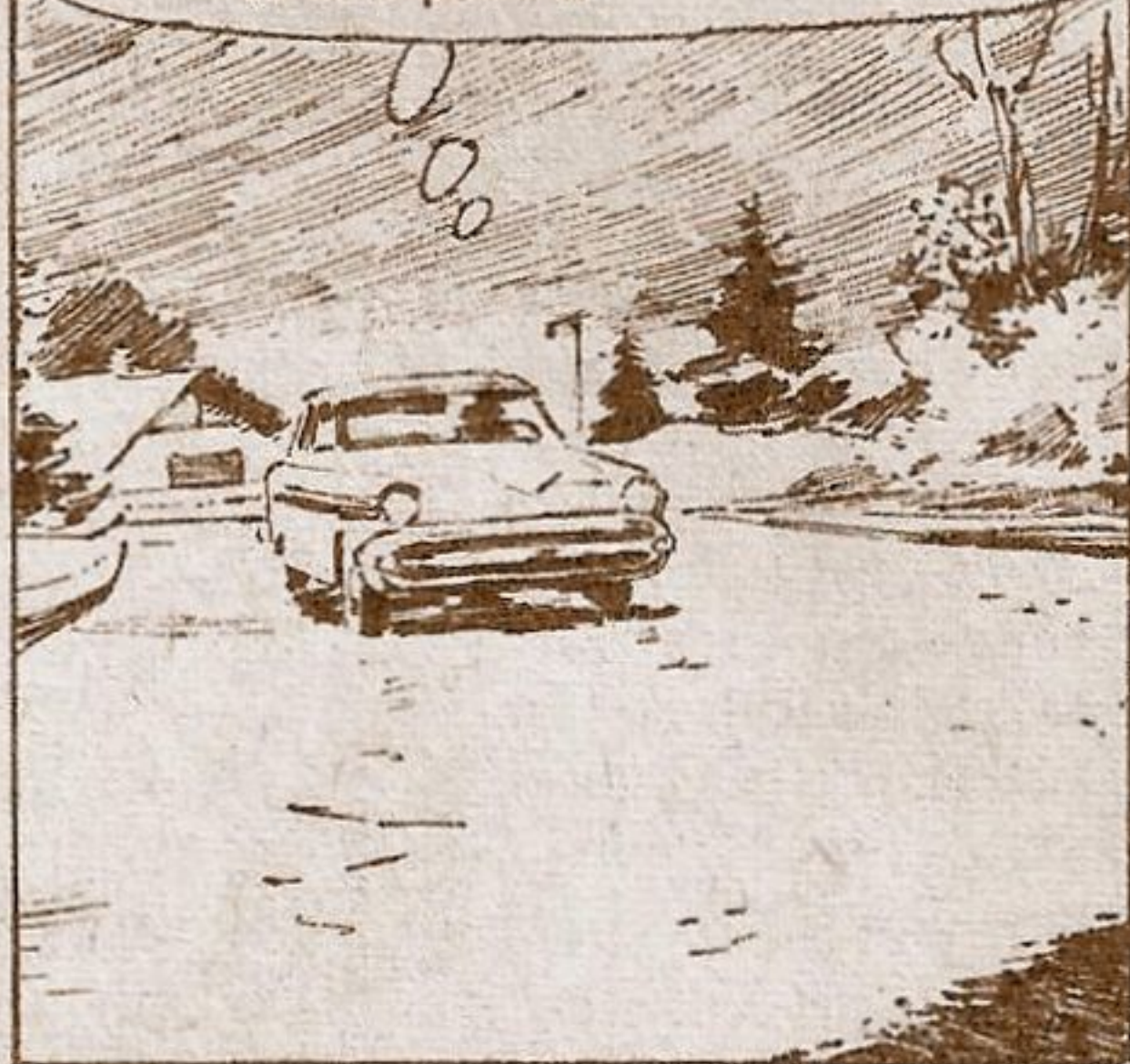


El tío de Owen pensaba que su sobrino "nunca haría dinero, pues era demasiado sensible y humano".

(Ahora mismo, ¿por qué defiende a ese californiano desconocido? ¡Ese bohemio de Jack Reed lo metió en el lío!)



(Si el fiscal Hew lo derrota, ya puede irse de este pueblo.)



El automóvil se desplazaba con lentitud por la carretera junto al bosque, cuando el anciano tío William vio algo que mucho lo sorprendió.

(¿Esa mujer no era la...? ¡Y ese guitarrista y botarate con ella!)



Una corazonada empujó al anciano hasta la oficina de Owen.

¡Tío William! ¡Usted tendría que estar en cama a estas horas!



Escucha bien, "investigador ciego", que puede ser de utilidad.

La mujer y el hombre continuaban besándose en la quietud del bosque de Weeling. Owen Paulk los observaba, y en su interior una voz gritaba: "¿Cómo no se te ocurrió pensar en que 'el guitarrista' podía haber puesto sus uñas en esto, Owen?" Nick Olker, ayudante del fiscal, besaba a miss Sue. Y era guitarrista...

...aunque nadie en Weeling tocaba la guitarra "mejor que Hut Cherson".



(¡ Por ese camino, Owen!
¡ No andarás muy equivocado!)

A la hora de la cena, Pat Sue salió de su cuarto en el hotel, vistiendo un trajecito nuevo. Soltó un grito al encontrarse de golpe con "ese guapo abogado-Owen- quien insistía en hacer el papel de tonto, defendiendo a Ray". Owen se le acercó y dijo: "¿ Quién lo mató; usted o Nick Olker?"



¡ Abogado! ¡ Cómo se atreve... ?

El abogado mostró a la mujer una fotografía recién revelada. El "flash" del fotógrafo amigo del doctor Reed, había sorprendido a la rubia y al ayudante del fiscal, besándose en las afueras del pueblo.



Tengo dos testigos, como usted puede imaginarse. ¿Cuál es su respuesta "ante el pueblo de Weeling", señorita?

"¡ Qué usted es tan buen mozo como idiota!", gritó ella avalanzándose sobre Paulk, quien con facilidad eludió las uñas de la fierecilla.

¿ Quiere acompañarme, o tendrá que venir por la fuerza, Pat?



Ante el comisario, ella confesó ampliamente: "Nick Olker me asedió desde un primer momento. Cuando él supo qué negocio traía Ray Pries a esta ciudad, me dijo "que le gustaría jugarle una mala pasada a Cherson."



Nick me hizo creer "que tenía la voluntad del fiscal en un puño".

¡Era tan farolero como Cherson! ¿Verdad?

Ahora me doy cuenta de que no hice buen negocio con Nick Olker.



Nick mató a Cherson de una puñalada, hizo desaparecer el arma, y luego se presentó ante el fiscal...



...acusando a Ray.

¿Y el dinero que Cherson entregó al rematador? ¿Y el recibo?

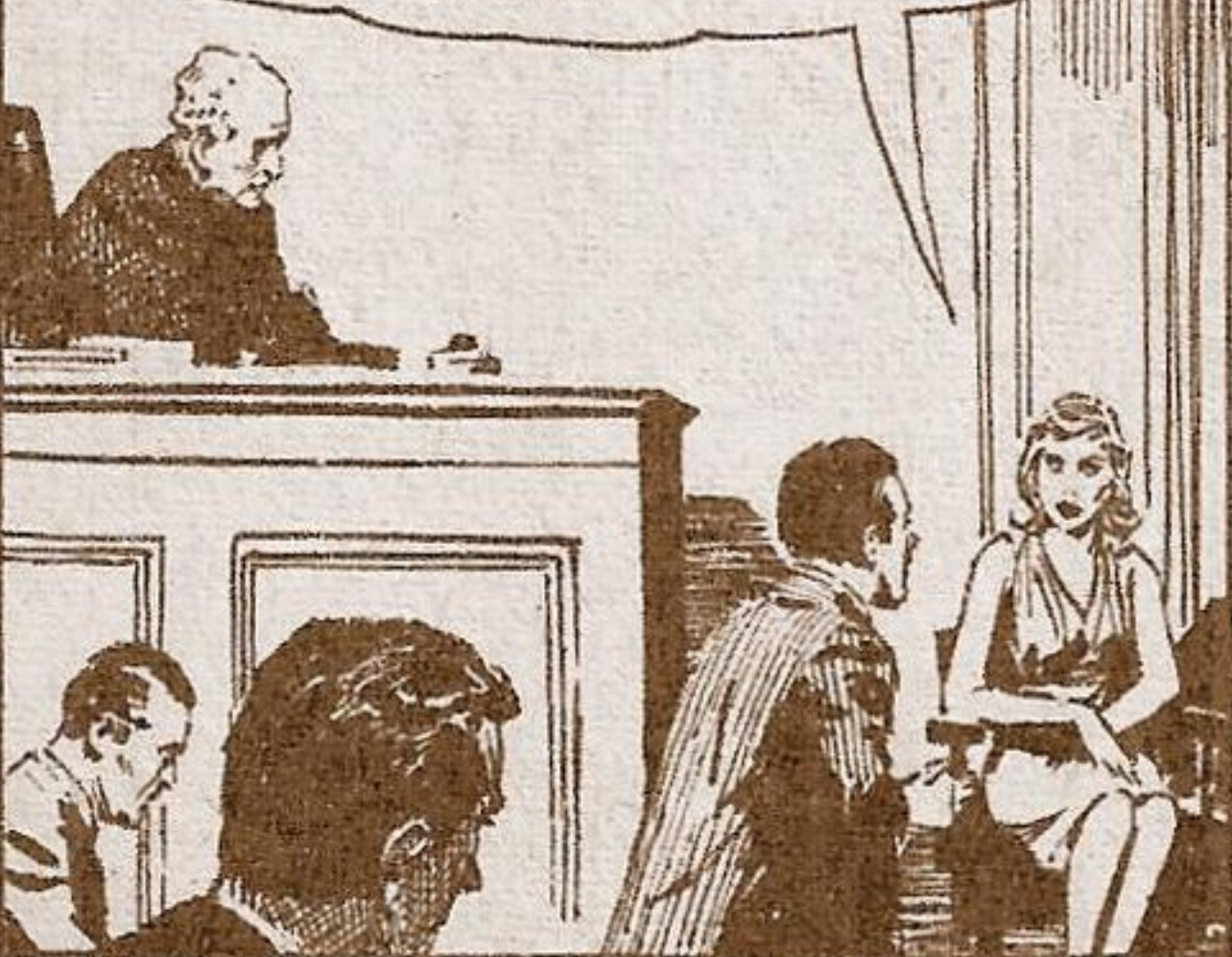


¡ Pregúntenle a ese guitarrista! ¡ El lo hizo todo! ¡ Yo sólo soy una mujer engañada!



Pat Sue era su perfecta cómplice. Mientras Olker acusaba al rematador, ella se apoderaba de los diez mil dólares de Ray Pries.

Ray estaba muy bebido. Fue fácil. ¡ Pero repito que la culpa es de ese guitarrista endemoniado!



Ray Pries quedó en libertad, y nada exigió. Quería regresar a California; olvidar a la mujer que amaba con tanta desdicha. Owen y el doctor volvieron a la mesa, de nuevo regalada por las delicias que sabía preparar Laura.

Una Laura que Owen "volvía a encontrar"; él convertido en un hombre responsable; ella en una mujercita nada desdeñable. Ese día de triunfo, lo fue para todos. El pasado ya no sería un fantasma para ellos. Owen tenía fe en su destino. Y el amor de Laura completaría el milagro.

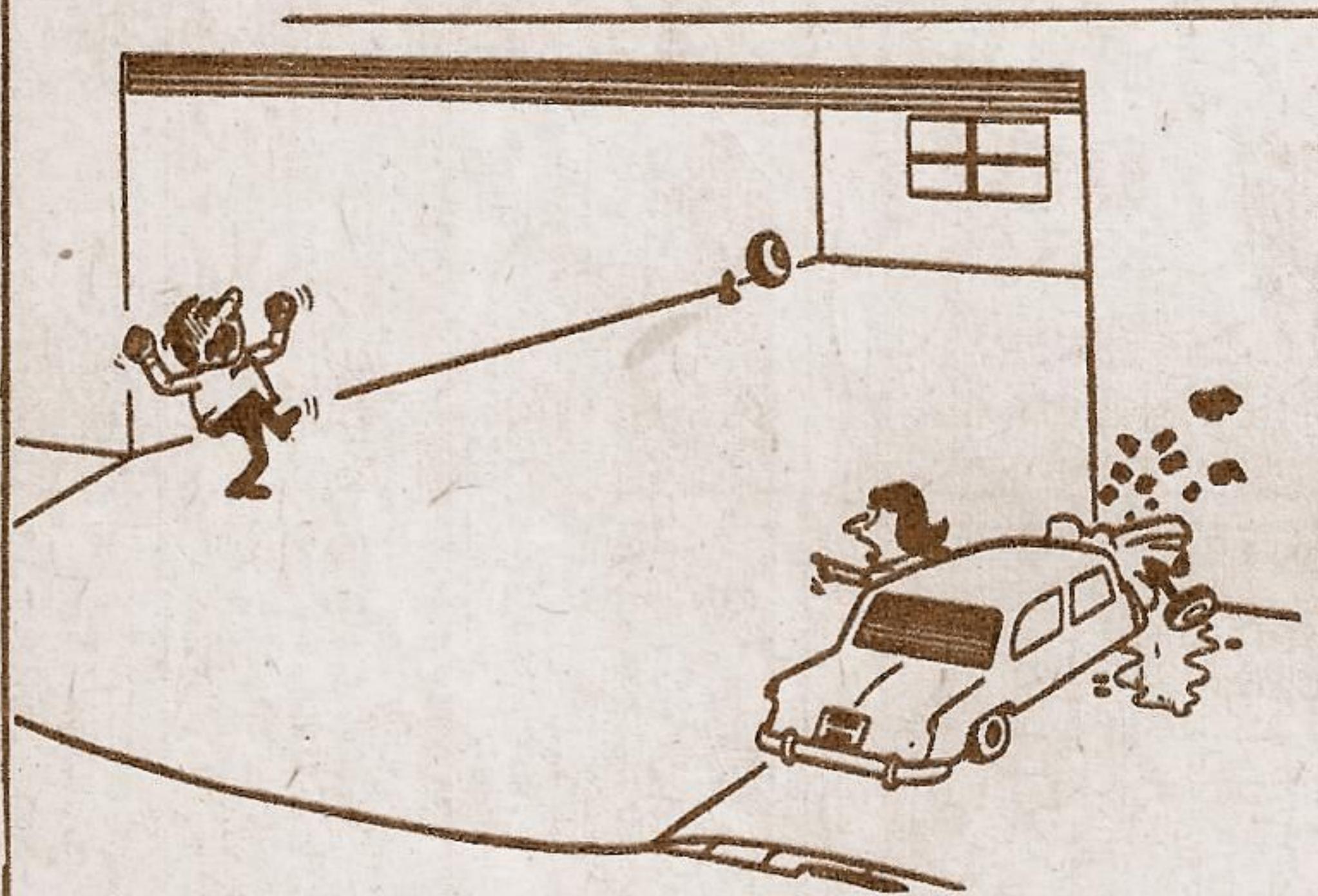


FIN

PÁGINA ALEGRE



-Lo siento, pero hoy es-
treno mi uniforme.



-La culpa es tuya y sólo
tuya. Ya te dije que hicie-
ras la puerta del garage
más grande.



-Quieren hablar con el jefe de la ca-
sa...



-Acaban de telefonar de
la oficina, que te dieron
mil pesos de más en el
sobre de tu sueldo y ten-
drás que devolverlo.

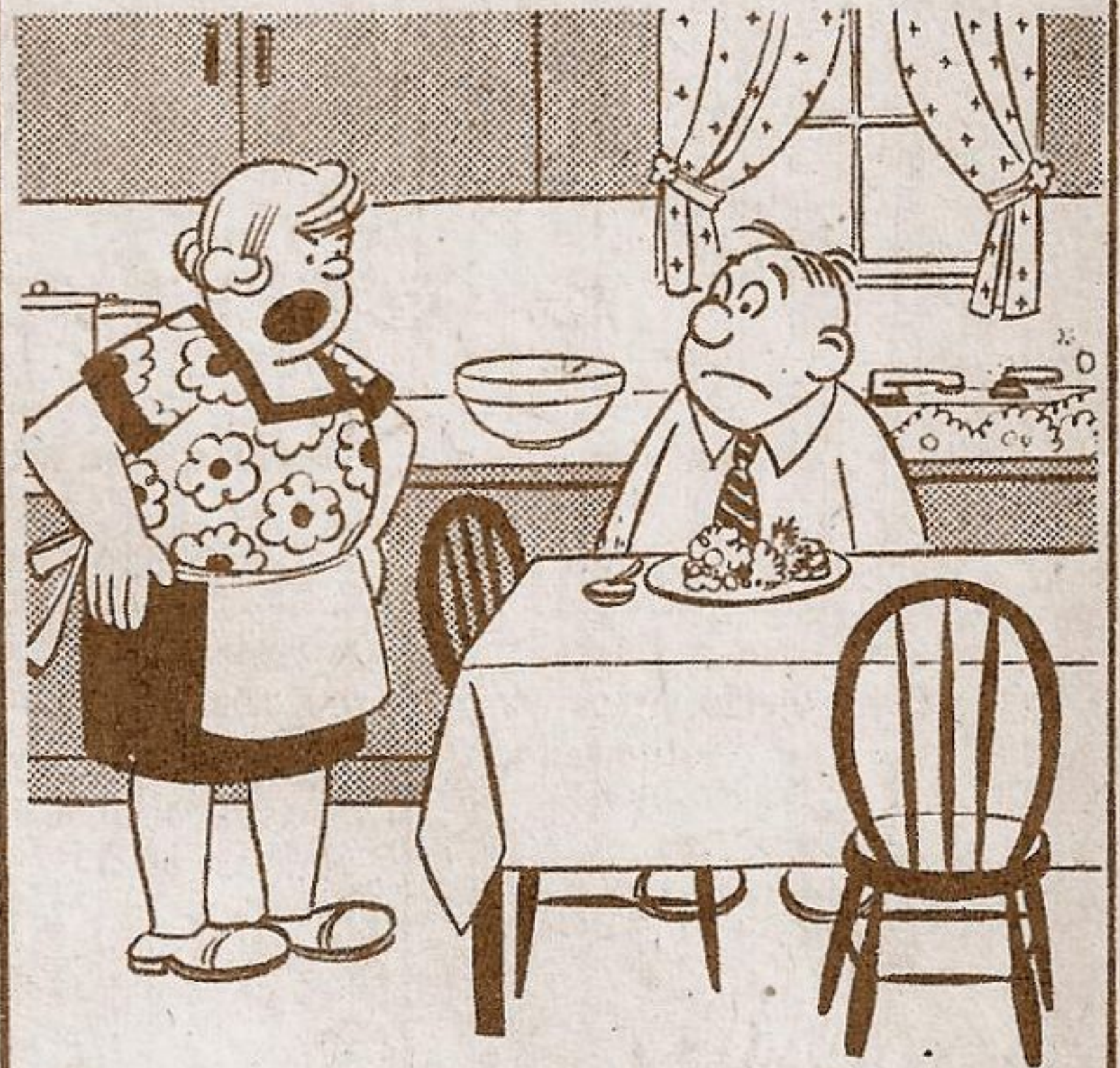


-Ya verás la novedad que
hay en casa. Rogelio es-
tá ampliando la pared pa-
ra tener más espacio.

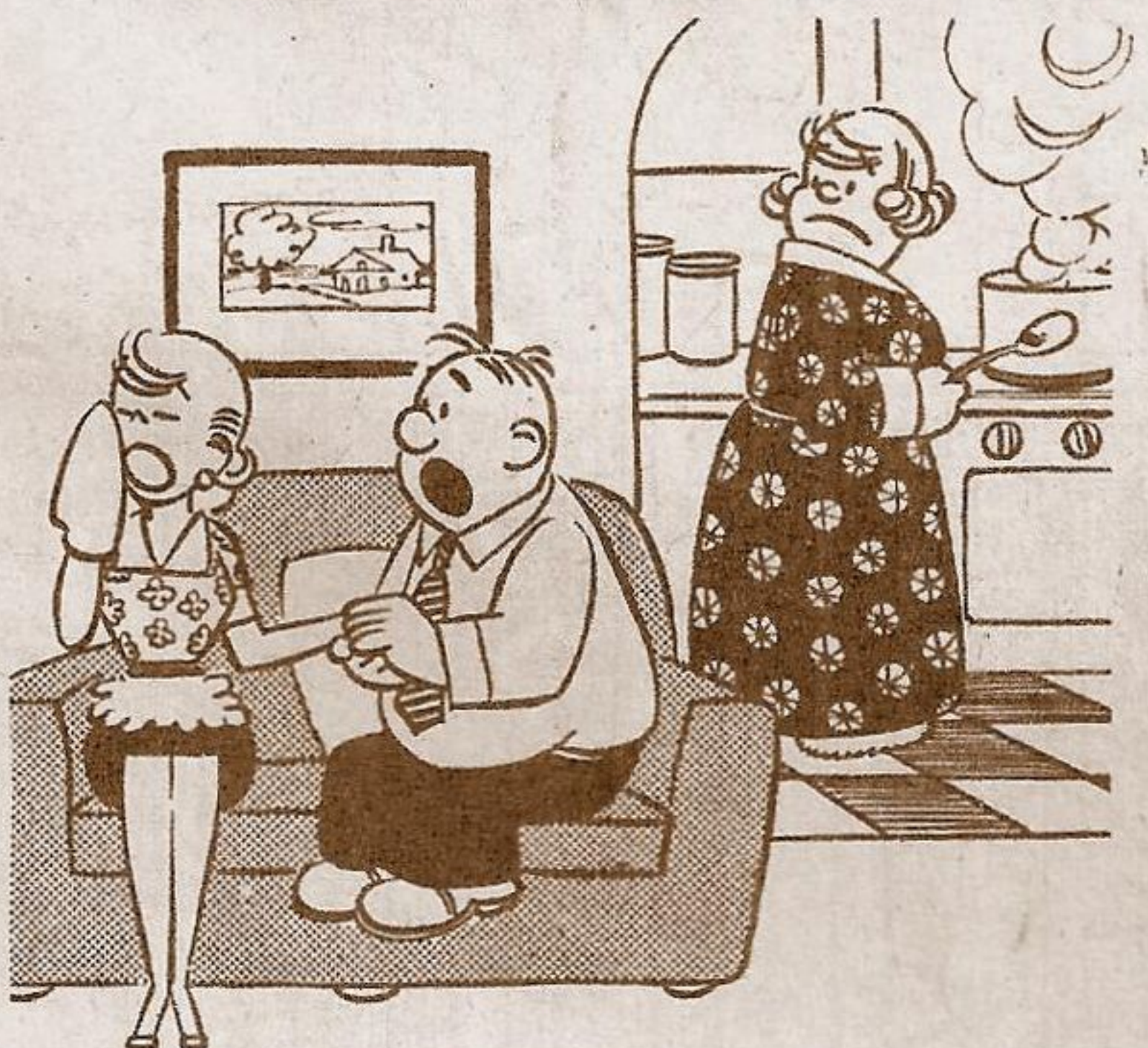
GOTITAS DE ALEGRÍA



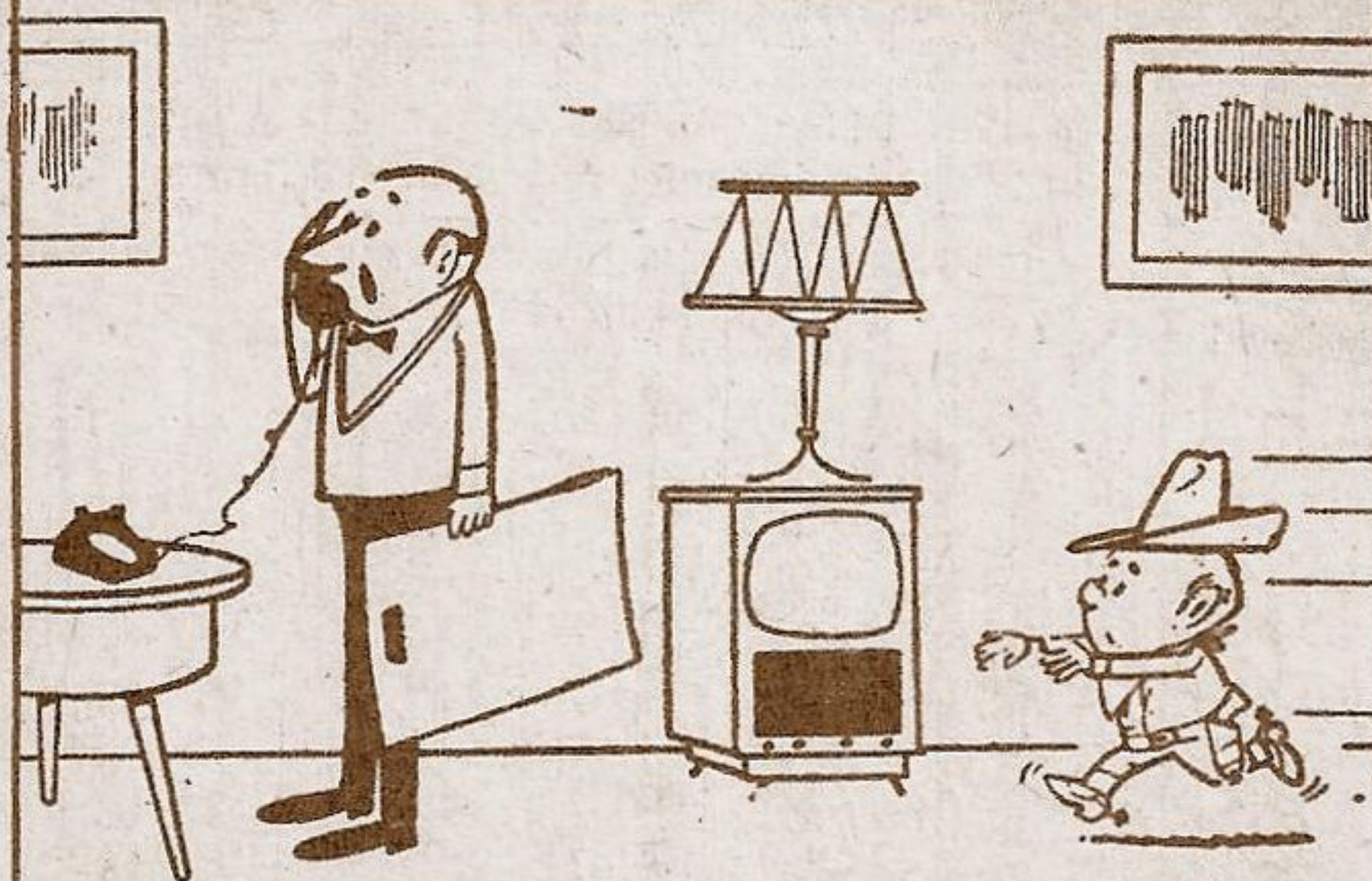
¡Qué charlatana insoporable! Creí que no podría ni decir palabra.



-¿Cómo se atreve a insultarme en la propia casa de mi hija, estimado yerno?



-¡Seguro que te amo! ¿Acaso no como todos los días en casa?



-Lo siento, pero aquí no hay nadie que se llama Búfalo Bill.

SEA UD. INGENIERO EN RADIO TELEVISION

ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO
A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO
EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO
EN SU DOMICILIO
INSCRIPCIONES LIMITADAS

CURSOS de DIFUSION TECNICA:
MATEMATICAS SUPERIORES para RADIO y TV
TELEVISION ACUMULADORES ELECTRICOS

Escriba, enviando sus datos personales, a
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"
SECCION ELECTRONICA

CASILLA DE CORREO N° 1790
BUENOS AIRES

AMARGA ES LA GLORIA

Por ROBERT DOZIER

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE GUTIÉRREZ

Ya habían aparecido las primeras luces en la noche londinense, cuando un lustroso taxi negro se detuvo frente al consultorio del famoso cirujano David Donne. Una vez que el chofer hubo abierto la portezuela, descendió de él la menuda figura de Jenny Bowman, cantante norteamericano de jazz, que había llegado a la capital para dar una serie de conferencias.

Jenny y el doctor se habían casado hacía varios años, pero actualmente vivían a separados. Una mucama la recibió con estudiada sonrisa.

El doctor la espera, señorita Bowman.

Ya en el piso superior, hizo ademán de entrar en una sala de recibimiento, pero una voz a sus espaldas la detuvo.

Ahí no, Jenny. Esa sala es para visitas personales.

Resignada siguió a su marido hacia el consultorio contiguo. Se ubicó en mullido sillón de cuero.

Y ésta es una visita "profesional", ¿verdad?

Exacto.

Sin dejar traslucir la más mínima emoción ante el encuentro con su mujer, David se abocó a su tarea específica.

¿Te duele aquí?

Sí, hace varios días.

Abre la boca.

AAAAhhhh.

Se dirigió a su escritorio y se caló unas solemnes gafas de carey.

Tienes la garganta irritada de tanto fumar y cantar. ¿Cuándo debutas?

Dentro de cinco días.

De esos cinco días procura descansar tres y tómate estas pastillas.

Gracias, David.

La visita había terminado. Al salir, ella se introdujo en la sala en que antes no había podido entrar.

¿Por qué no tomamos una copa aquí para celebrar el encuentro?

Al fin te diste el gusto de entrar, ¿eh?

Jenny dejó su vaso en una mesa para tomar en sus manos la foto de un muchacho de trece años que le sonreía desde un marco de cuero.

Este es Matt, nuestro hijo. ¿Dónde está?

Cursando sus estudios en un colegio.

Al separarse, los jueces confirmaron al padre la tenencia del niño, pues la carrera artística de la madre no ofrecía garantías para su cuidado y educación. Al encontrar ese rostro infantil, el amor maternal de Jenny, dormido a través de los años, despertó de pronto con fuerza incontenible.

Fue por eso que no pudo contener una súplica.

¿Puedo verlo? Te prometo que lo veré una sola vez y luego no los molestaré más. ¡Por favor, David!

La respuesta de él le llegó fría e impersonal.

Habíamos convenido en que no lo verías más. Lo que pides es imposible.

Ella sintió deseos de llorar, pero se contuvo. Tomó su abrigo y bajó apresuradamente por las escaleras.

Tomaré mis pastillas y descansaré tres días para poder cantar como una buena chica. Muchas gracias, doctor.

Tenía ya la mano sobre el picaporte de la puerta, cuando él habló.

Si es tan importante para ti... iremos al colegio. Pero sólo lo verás una vez.

Bajo un pálido sol otoñal varios chicos jugaban al rugby en el espacioso campo del colegio.

¿Cuál de ellos es Matt?

El que ahora tiene la pelota.

Terminado el juego, Matt vino hacia su padre. Estaba embarrado de pies a cabeza y un largo mechón negro le caía sobre los ojos. Dio la mano a Jenny, sonriendo.

Tanto gusto, señorita Bowman. Tengo todos sus discos, pero a papá le gusta más Beethoven.

Una vez que se hubo cambiado los llevó a visitar el colegio.

Estos muros son del tiempo de los Normandos. Iremos a visitar la torre de la Catedral. La escalera tiene 267 escalones.

¿No será mucho esfuerzo, Matt?

Tía Beth que tiene 60 años la subió tranquilamente, así que usted...

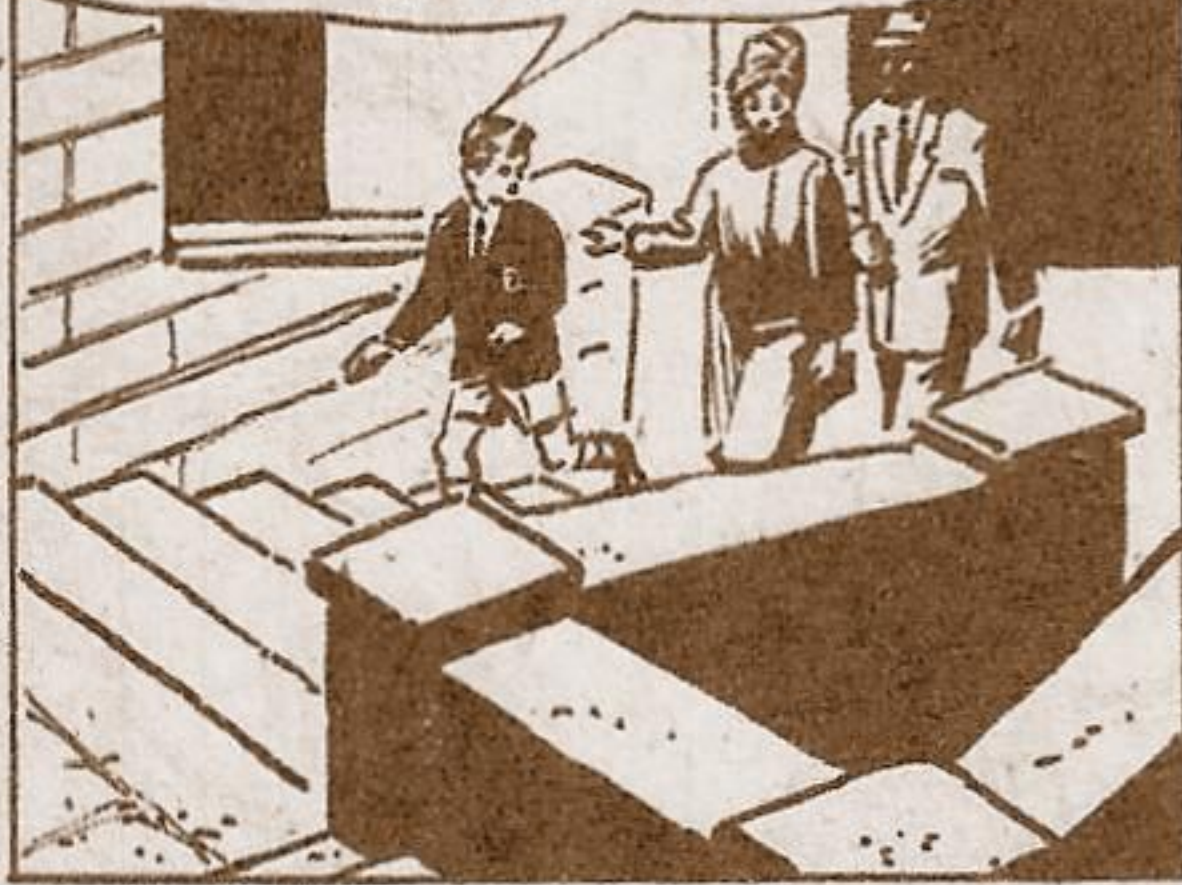
David llevó aparte a Jenny para decirle.

Tomaremos el té con él y después regresaremos a Londres.

Sí, David. Pero déjame ahora gozar de estos momentos. Es un chico encantador.

Matt inició agilmente la ascensión de la sombría y secular escalera, saltando de dos en dos los desgastados peldaños de piedra.

¡Animo! Cada veinte escalones haremos un descanso.



Jenny no estaba habituada a tal ejercicio, pero la alegría de estar nuevamente junto a su hijo le dio fuerzas para seguir.

(Si tía Beth pudo con sus 60 años...)



Con las mejillas encendidas pero siempre sonriente, Matt fue el primero en llegar. Dio la mano a Jenny para ayudarla en el tramo final.



Ya me gustaba su forma de cantar, pero después de esta hazaña deportiva, soy su más rendido admirador.

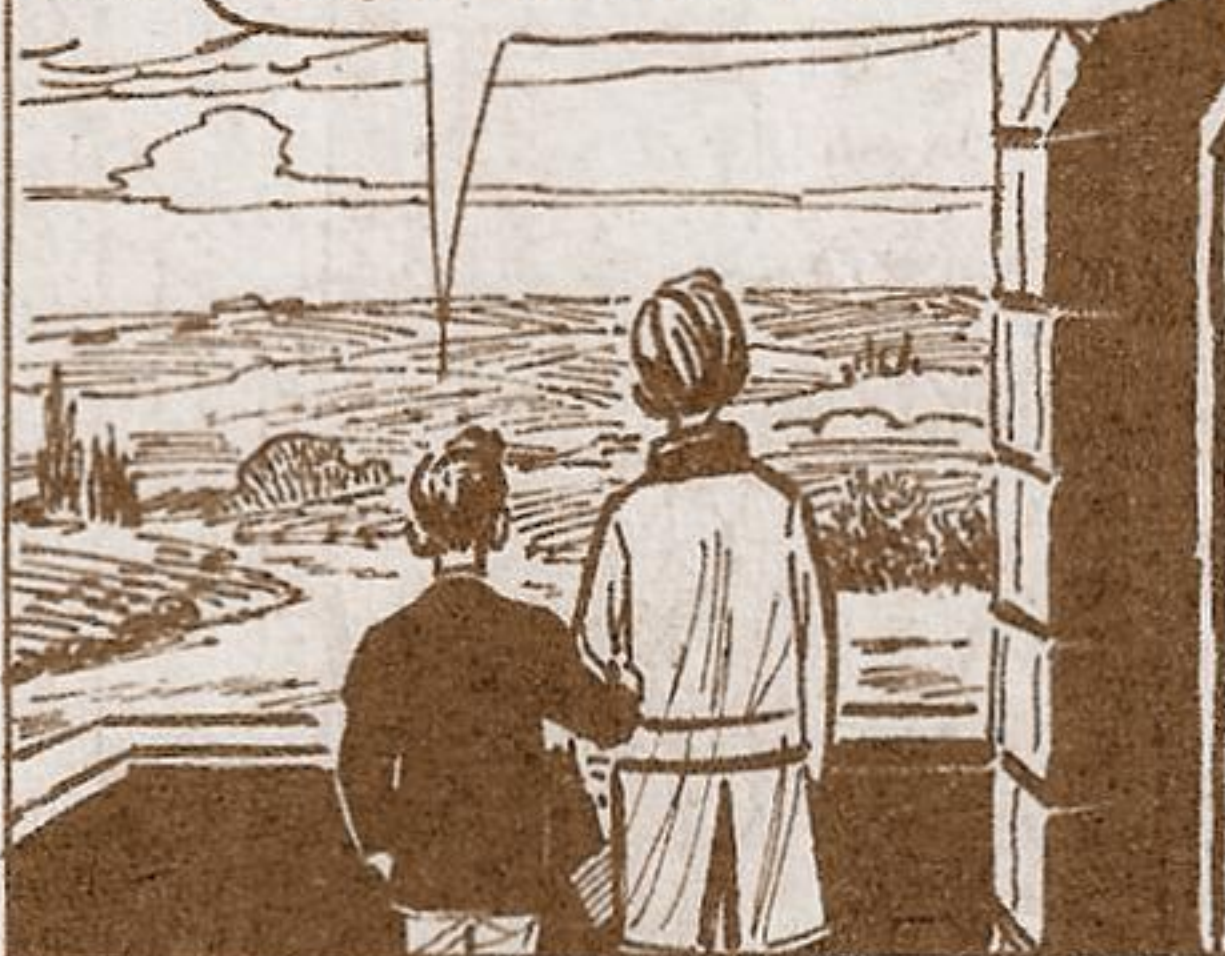
Esa tía Beth de quien me hablaste, debía ser corredora de carreras.

¡No espere tanto! Usted lo ha hecho muy bien.



Tomándola del brazo la llevó hasta el balcón para que viera el panorama.

En días claros se ve el mar desde aquí, pero... hay pocos días claros.



En ese momento, por la puerta entró David, jadeante, y quitándose unas telarañas de la cabeza.

¡Qué no se diga, papá; te ganamos!



Esta noche se quedan conmigo. Les he sacado entradas para la representación que daremos de una opereta de Gilbert y Sullivan. Yo hago de tía Hebe.

¿Tía Hebe?



Las mejillas de Matt enrojecieron aún más ante lo que tuvo que confesar.

Como en el reparto hay mujeres y somos un colegio de varones, algunos no tenemos más remedio que pintarnos la boca y ponernos los trapos.



Ambos rieron con la ocurrencia. David vio brillar de gozo los vivaces ojos de Jenny, y aunque la invitación contrariaba sus deseos, respondió a su hijo:

Nos quedaremos entonces, pero mañana temprano regresaremos a la ciudad.



Un público ruidoso llenaba el salón de actos. Sobre el pequeño tablado, los chicos rindieron una depurada interpretación de 'El barco de su Magestad Pinafore'. Matt resultó una tía simpatísima con su vestido rosa y su capotita rosa. El coro final fue recibido por una atronadora salva de aplausos.

Al terminar la representación, público y actores, puestos de pie, corearon el himno.

¡Dios salve a nuestra Reina!



Jenny arrastró a David hasta los camarines para saludar a los chicos. La "tía Hebe" se había quitado la peluca. Sus labios pintados de subido carmín, se distendieron en una amplia sonrisa de triunfos al verlos entrar.

Ha estado maravillosa, "Tía."



Matt quiso que sus compañeros compartieran el elogio de la cantante famosa.

Este es Dickens, marinero de primera, y éste es nuestro almirante.

Encantados, señorita Bowman.

Jenny era muy feliz.

Si me dejas tocar el piano, cantaremos uno de los coros.

Ella se sentó frente al teclado y el bullicioso grupo la rodeó. Estaban orgullosos de tener por acompañante a una estrella del teatro.

Somos los marineros de la Reina...

Entre aplausos y vítores terminó la canción. Sin poder ya contenerse, Jenny besó a su hijo en la mejilla.

Así como yo vine a tu debut, tú y tu padre vendrán al mío en el Teatro Palladium. Los invito a ambos.

Papá, la señorita Bowman nos invita a su función inaugural. Recuerda que prometiste llevarme tres días a Londres.

¡remos. Lo prometido es deuda.

La noche del estreno, George Kogan, el representante de Jenny, mostró un telegrama a Ida, su mucama.

El doctor no vendrá. Si se lo nuestro es capaz de no querer cantar.

Pues no se lo dejes ver entonces.

Guardó el papel en el bolsillo, ante la súbita aparición de Jenny.

¿Matt y David no han llegado? Tienen sus butacas reservadas.

Pueden haberse retrasado por el intenso tránsito.

Sin embargo, ya debían estar aquí.

Muéstraselo, George.

Su representante le entregó el mensaje.

("Urgente viaje a Roma me impide asistir. Perdón. David. "... ¡El me había prometido asistir!")

Unos golpes en la puerta la hicieron levantar la vista del papel. Cuando George la abrió, se encontró con la sonrisa de Matt.

Papá tuvo que viajar a Italia y yo vine sin su permiso.

La noche será una fiesta estando tú aquí. Después del teatro nos iremos a cenar juntos. George le avisará a tu ría Beth para que esté tranquila.

El pequeño fue ubicado en primera fila. A su alrededor vio como damas y caballeros de aspecto distinguido, aplaudían frenéticamente la presencia de la estrella. Dejándose llevar por el entusiasmo, se unió a la ovación.

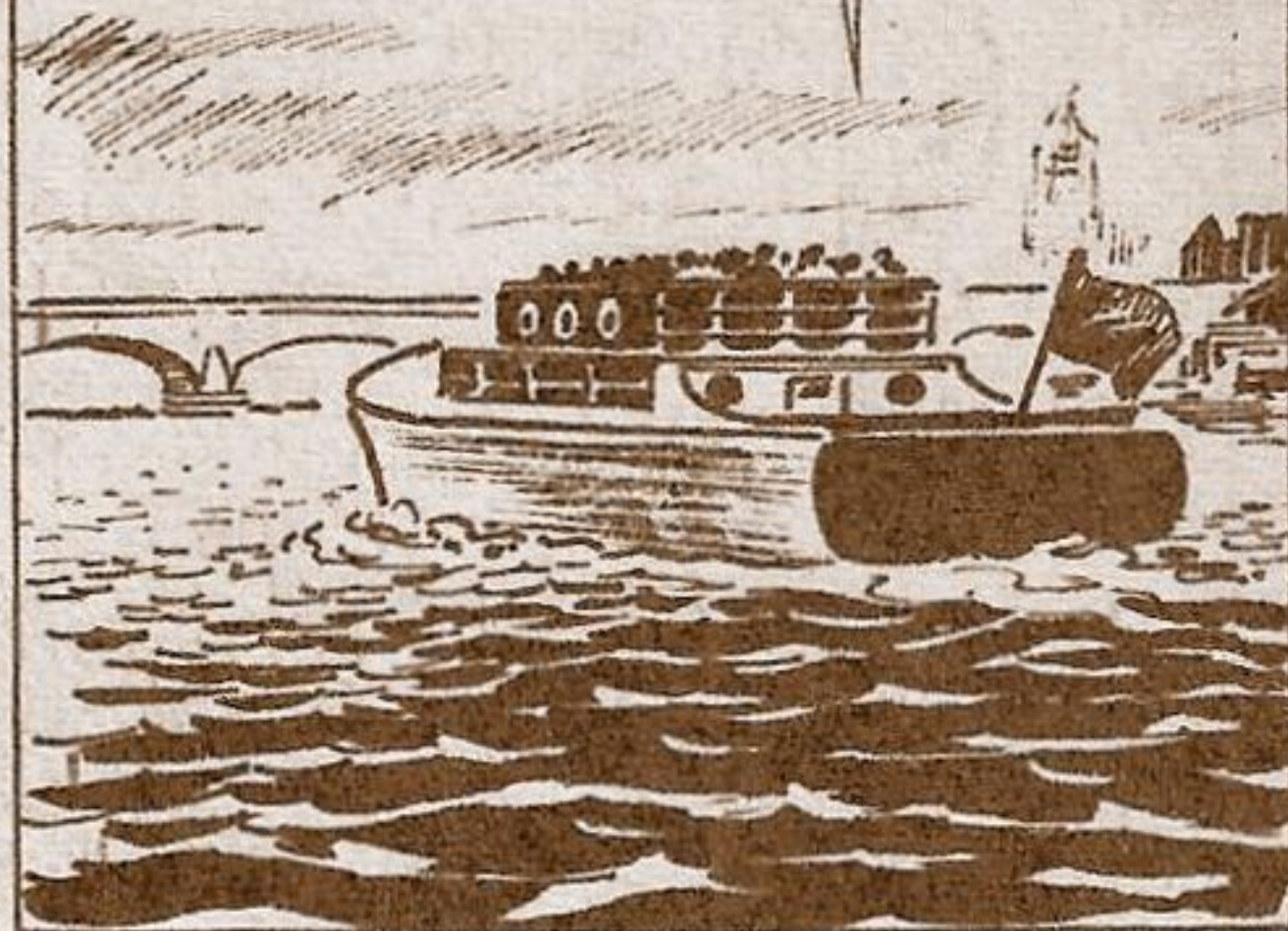
Esa noche tuvo especial significado para Jenny. Envuelta en el haz luminoso del reflector, avanzó, radiante, hacia el escenario, y cantó. Cantó poniendo en cada canción toda la vitalidad y poder de comunicación que fue capaz. Nadie, entre el público, sospechó que el magnífico recital, fue dedicado a un niño de trece años, con un mechón de negros cabellos sobre los ojos.

Al día siguiente, un barco de excursión navegaba por el Támesis. Sobre un banco de cubierta, Jenny y Matt charlaban felices.

Esta tarde te compraré ese grabador que tanto te gusta y esta noche también vendrás a la función.



Y mañana por la mañana iremos juntos a visitar el Museo de Ciencias Naturales.



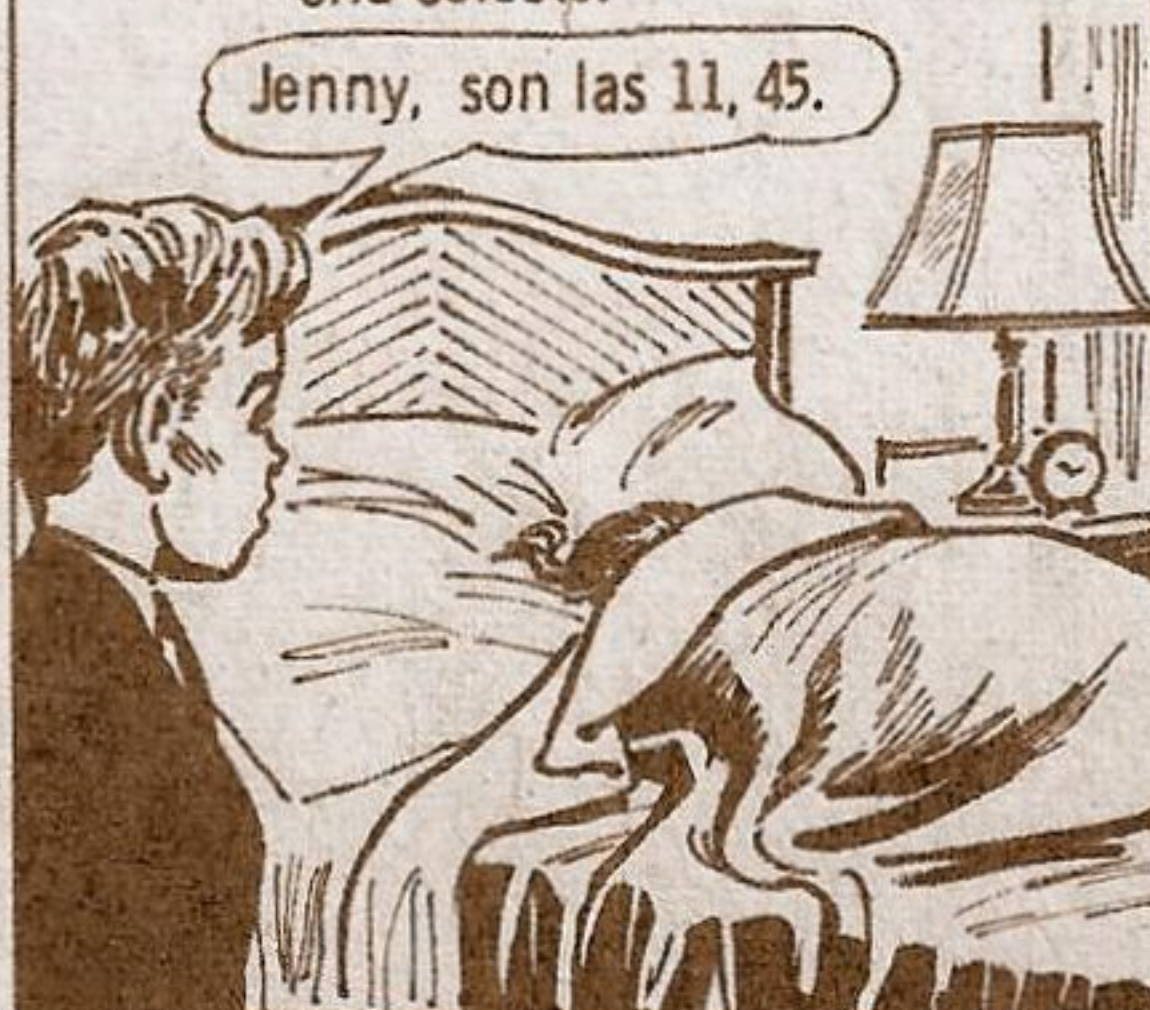
Cuando Matt, al otro día llegó al hotel para su cita, ya era casi mediodía. Ida le abrió la puerta del departamento.

Todavía está durmiendo. Puedes entrar a despertarla.



Entró tratando de no hacer ruido en el gran dormitorio. Apenas si vio asomar algunos cabellos de Jenny bajo la colcha celeste.

Jenny, son las 11, 45.



Jenny abrió los ojos al oírlo y se incorporó en la cama.

¡Oh, querido! Me he quedado dormida y hoy teníamos que ir al museo.



Al ver la desilusión en el rostro de su hijo, tuvo una idea salvadora.

No te aflijas. Iremos a otra parte y verás qué bien lo pasamos.



Fueron juntos a alquilar un helicóptero. La aventura de ver Londres y sus alrededores desde el aire, fascinó al chico y bien pronto el museo quedó olvidado.

Nunca había volado en uno de éstos. ¡Es fabuloso!



Por complacer a su hijo había olvidado que esa tarde tenía una conferencia de prensa. Su departamento se había llenado de impacientes periodistas y George, nervioso, trataba de calmarlos de cualquier forma.

La señorita Bowman no podrá venir pero yo contestaré cualquier pregunta que me hagan.



Hay algunos francamente divertidos.

¡No seas malo!

El helicóptero se detuvo en un campo. Madre e hijo fueron a visitar un cementerio. Casi todas las tumbas eran muy antiguas y algunas lápidas hicieron reír a Matt debido al estilo de los epitafios.



Caminaron lentamente por un sendero de grava. La atmósfera de paz que reinaba en el lugar lo hacía propicio para la confidencia.

-Es usted muy buena conmigo Jenny.



Será que nunca tuve hijos y hago de cuenta que eres mío.

Se sentaron en un banco de piedra a la sombra de unos álamos.

Y yo que jamás conocí a mi madre real, la quiero a usted como si lo fuese.



Cuando le leyó su corazón estuvo a punto de traicionarla y a duras penas pudo contenerse de contarle toda la verdad.

La próxima ciudad que visitaré es París. ¿No te gustaría venir conmigo?



La propuesta entusiasmó a Matt, pero en seguida imaginó el rostro severo de su padre.

Me gustaría, pero debo esperar el regreso de papá para pedirle permiso.

Tienes razón, querido. Volvamos al hotel.



Todos esos días Jenny había vivido en un mundo de ilusión, sintiendo como suyo lo que en realidad le pertenecía. Ninguna de las alegrías que le dio su carrera de cantante, pudo compararse a la de sentirse querida por su hijo. ¿Por qué no podría ser siempre así? Después de aquellas horas dichas, estaba dispuesta a luchar con todas sus fuerzas para reconquistar definitivamente a su hijo.

Decidida a enfrentar la realidad, fue al aeródromo a esperar el avión de David.

Avión procedente de Roma aterrizará en pista número cuatro.



En el taxi permaneció callada frente a la indignación de su esposo.

Mi secretaria me ha informado de todo lo que has hecho. Eres una egoísta y quieres todo para ti. Has ido demasiado lejos.



Sé que lo tienes en tu hotel. Iremos allá y me lo llevaré a casa.



Llegados al hotel, la disputa llegó a su punto máximo. David, que normalmente tenía modales suaves, había perdido todo control y gritaba rojo de ira.

¡El es mi hijo y se quedará conmigo!



El hombre que había pronunciado esas palabras era el mismo que, minutos antes, la había tratado de egoísta. Jenny comprendió que había llegado el momento de hablar. Con la frente en alto, respondió con voz serena.

Te olvidas de un pequeño detalle, David. El es mi hijo también. Yo lo llevé en mi seno.



Ninguno de los dos notó que el pequeño Matt había entrado en la habitación, oyendo las palabras de su madre.



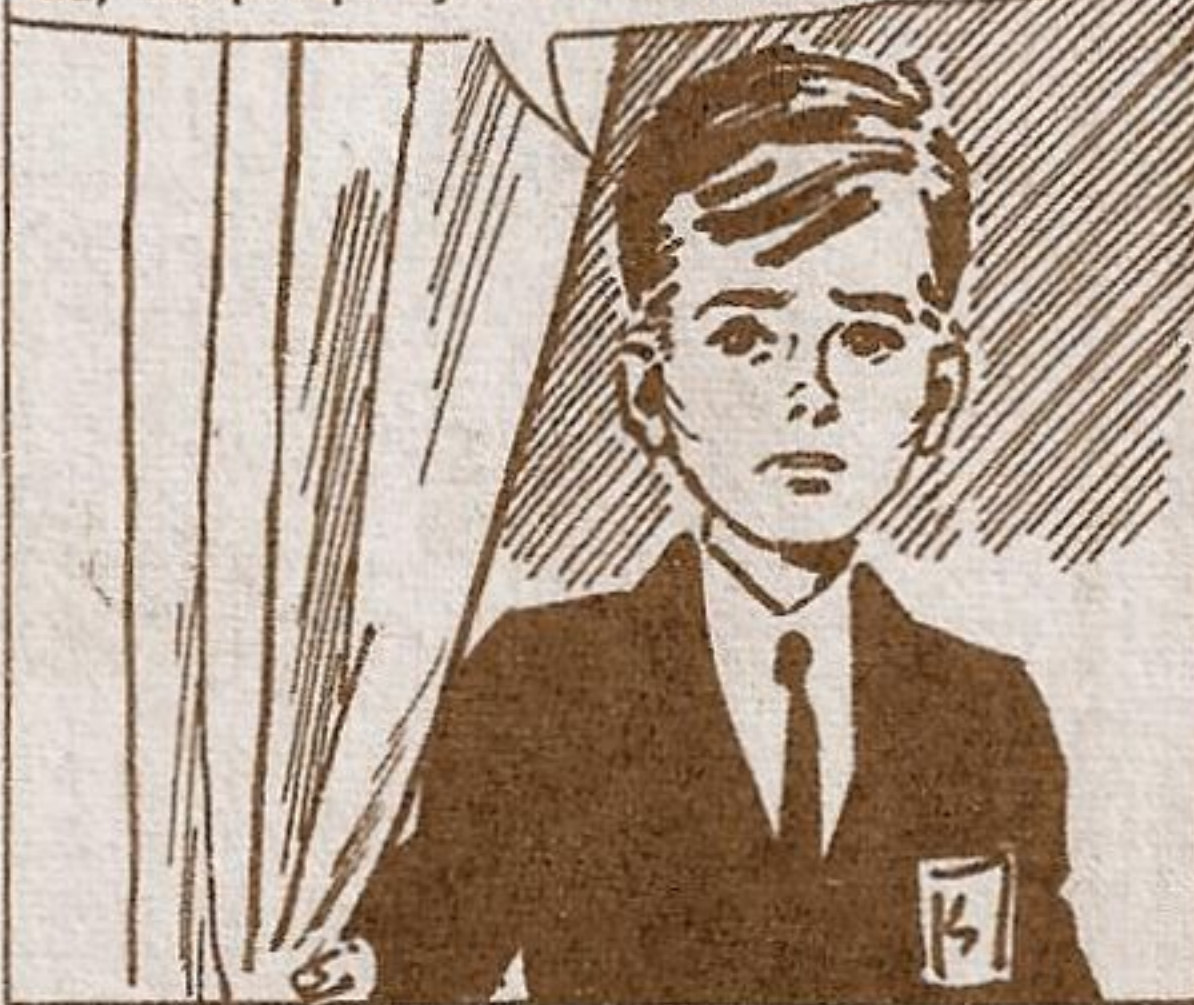
David fue el primero en reaccionar y dio una seca orden a su hijo.

Recoge tus cosas. Nos vamos a casa.



Jenny sintió los latidos de su corazón y vio humedecerse los ojos de Matt.

Si me voy de acá es porque papá me lo manda, no porque yo lo desee.



David comprendió que la armonía entre él y su hijo se había roto definitivamente, pero mantuvo inflexible su actitud.

Obedece a tu padre. ¡Rápido!



El niño le hizo aún una última pregunta.

¿Puedo llevarme el grabador que me regaló Jenny?



Puedes llevártelo.

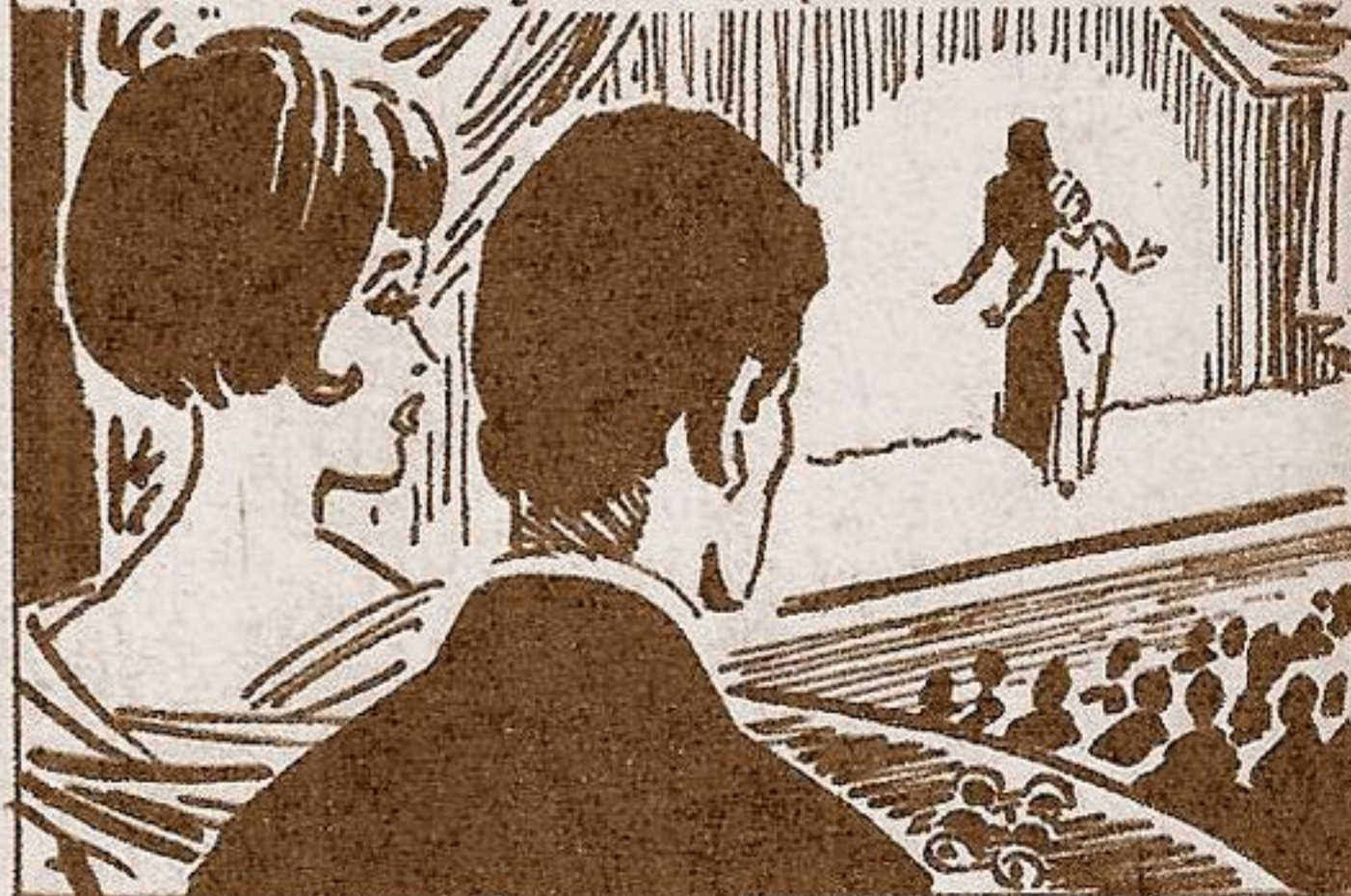
El instante final había llegado. Dentro de segundos abandonaría esa habitación para siempre. Su madre quedaría en ella y él no la vería más. Sus ojos tristes se posaron por última vez en los de Jenny.

¿Puedo llamarla por teléfono?



Te ruego que lo hagas. Ma hará mucho bien.

Esa noche, el público del teatro gozó otra vez con Jenny Bowman. Ella bebió sus lágrimas para darse por entero a quienes la admiraban. Cumplió una vez más con el viejo postulado teatral: "el espectáculo debe seguir"... ¡a pesar de todo!



Sin más testigo que la música de Beethoven en un tocadiscos, un niño solitario y pensativo, dejaba vagar su mirada por el cielo raso de su cuarto. Trataba de comprender, sin lograrlo, las motivaciones del extraño mundo de los adultos, que lo obligaban a separarse de su madre.



La puerta se abrió. Al ver a su padre, Matt se levantó e hizo ademán de apagar el tocadiscos.



No lo apagues, hijo; es buena música.

Al ver que su hijo lo miraba fijamente, David que había preparado de antemano una prolija explicación, se sintió confundido y desarmado.



Tenemos que hablar, Matt.

Sí, padre.

Algunos matrimonios se separan por diversos motivos. Así nos pasó a Jenny a mí hace mucho tiempo...



Quizá cuando seas mayor lo entiendas. Pero por ahora la realidad es ésta.



Matt seguía sin pestañear, señal evidente de que sus palabras no habían producido su efecto. Entonces desvió la conversación.



Por supuesto, si quieres telefonarle, puedes hacerlo.

Sí, padre. ¿Puedo salir ahora a dar un paseo?

La indiferencia de su hijo dio a David la pauta total de su fracaso. Automáticamente respondió a la última pregunta.

Como quieras.



El aire fresco le golpeó el rostro cuando salió. Se levantó el cuello de la chaqueta y comenzó a caminar sin rumbo fijo. Las hojas secas crujieron bajo la suela de sus zapatos.



Desde una ventana su padre lo vio partir. (He sido un torpe y un egoísta con él y con Jenny.)



Matt se sentó en un banco frente al río. Mirando las oscuras aguas, dejó fluir sus confundidos pensamientos.

(Si ella es mi madre... ¿por qué no viven juntos...?)

(Jenny fue buena conmigo. Yo los quiero a los dos. Quiero un padre y una madre como los demás chicos.)

Al volver la cabeza notó, a pocos pasos del lugar en que se hallaba, la forma roja de una cabina telefónica.

(Podría llamarla. ¿Debo quedarme con papá?)

La alegría había huído de la habitación del hotel desde la partida de Matt. Jenny fumaba despaciosamente junto al teléfono esperando la llamada de su hijo.

Sin estar totalmente seguro de sí, el muchacho discó el número del hotel.

¿Es el Savoy? Con la habitación de la señorita Bewman, por favor.

Hola, sí, querido... no puedes, es claro. Comprendo, Matt.

Ida entró trayéndole una taza de té. La encontró con la mano sobre el auricular. Sus ojos estaban enrojecidos.

Es mi hijo, ¿comprendes, Ida? No me ha dado más que excusas para no venir. ¡Pero yo sé que me quiere!

La fiel servidora comprendió que sus palabras serían superfluas en un instante como aquel. Se limitó a sentarse a su lado y la atrajo hacia sí para que se desahogara.

Estuvieron así unos instantes. Por fin Ida logró hacerle beber el té.

Así me gusta. Ahora trate de descansar. Recuerde que esta noche tiene dos funciones.

Cuando estuvo dormida, abandonó en puntillas la habitación. (¡Pobre Jenny! ¡No quisiera estar en su piel!)

Jenny, agotada, cayó en un profundo sueño y tuvo una pesadilla. Se vio a sí misma en el fondo de un pozo oscuro, abandonada e impotente. Allá arriba, Matt la llamaba con grandes voces.



Arañaba la tierra desesperadamente buscando salir. Y fue entonces que despertó. Volvió a distinguir los objetos familiares en la penumbra del cuarto y sintió que la transpiración bañaba todo su cuerpo.



Con gesto mecánico, se echó un tapado sobre los hombros y salió de la habitación. Cuando llegó a la calle ya era de noche. Dio vuelta a la esquina y se perdió de vista en medio de un hervidero humano.



Mientras tanto una apretada multitud se agolpaba en las puertas del Palladium para ver y oír a su estrella favorita.



Caminó varias cuadras y entró en un bar. La atmósfera era allí pesada por el humo de los cigarrillos. Un pianista de color tocaba desganadamente.



Camarero, tráigame un Martini.

En otro lugar de la ciudad, otro solitario estaba también meditando sobre una copa.

(Jenny y Matt están sufriendo por mi culpa.)



Y entre las bambalinas del teatro, George Kogan bramaba su impotencia.

No vas a decirme que se la tragó la tierra. ¡Es ridículo!

Sigo sin comprender. Yo la dejé durmiendo en su cuarto.



Después de beberse cuatro copas, Jenny comenzó a ponerse agresiva.

Si no me sirve pronto, me iré a otro bar.



Lo siento, señorita. Ya ha bebido bastante.

Furiosa por la negativa del camarero, intentó golpear el mostrador. Pero el alcohol había hecho sus efectos, y su movimiento fue en falso, cayendo con entropito sobre la alfombra.



Varias personas acudieron en su ayuda. El camarero que la estaba atendiendo, fue el primero en llegar.

Tiene un tobillo dislocado. Hay que llevarla al hospital.



¡Pero si es Jenny Bowman!

El vibrante campanileo del teléfono sacó a David de sus cavilaciones.

¡Sí, habla el doctor Donne. ¿Hospital Muir? Voy en seguida.



Al llegar a la sala de guardia, lo recibió un médico joven. Mientras subían en el ascensor, le explicó lo sucedido.

Tiene un tobillo dislocado y unas cuantas copas de más. Ya está mejor, pero insistió en ser atendida por usted.



Al abrir la puerta del cuarto la vio sentada en una silla metálica, con la pierna vendada sobre un banco. Su pequeña mano giró en el aire a modo de saludo.

Unos tragos de más y un mal golpe... nada más.



Por toda respuesta, David tomó una cafetera que estaba humeante sobre una cocina portátil, y le sirvió una taza.

Tómame esto. Te hará bien.



La emoción que le produjo la palabra que David pronunció después, estuvo a punto de hacerle caer la taza de las manos.

Amor mío, debes ir al teatro. Tu público te espera y yo estoy ansioso por oírte.



¡Cuánto tiempo hace que no me llamabas así! Dilo otra vez, por favor.



Sí, amor mío. Yo nunca he dejado de quererte. Ambos fuimos muy egoístas cuando nos separamos. Sólo pensábamos en nosotros mismos.



Y por eso te pido que empecemos de nuevo. Estoy seguro de que ahora será todo distinto entre nosotros.



Cuando la tomó en sus brazos y la estrechó, los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Pero esta vez, Jenny lloraba de felicidad.



Ya en el teatro, la indignación de George se estrelló contra la sonrisa de una Jenny transfigurada por el amor.

Una hora y media de retraso... ¡No puedes hacerme esto!

Cálmate, hombre; fui a buscar un marido que se me había perdido.



Le dejó el tapado en las manos y así, vestida con un traje de calle y con el tobillo vendado, se dirigió, feliz, a la escena de sus triunfos.

Amigos, quiero disculparme por la demora...

Nada importa ahora.

¡Queremos tus canciones, Jenny!



La amargura había quedado definitivamente atrás. Ahora era el momento de la verdadera gloria.

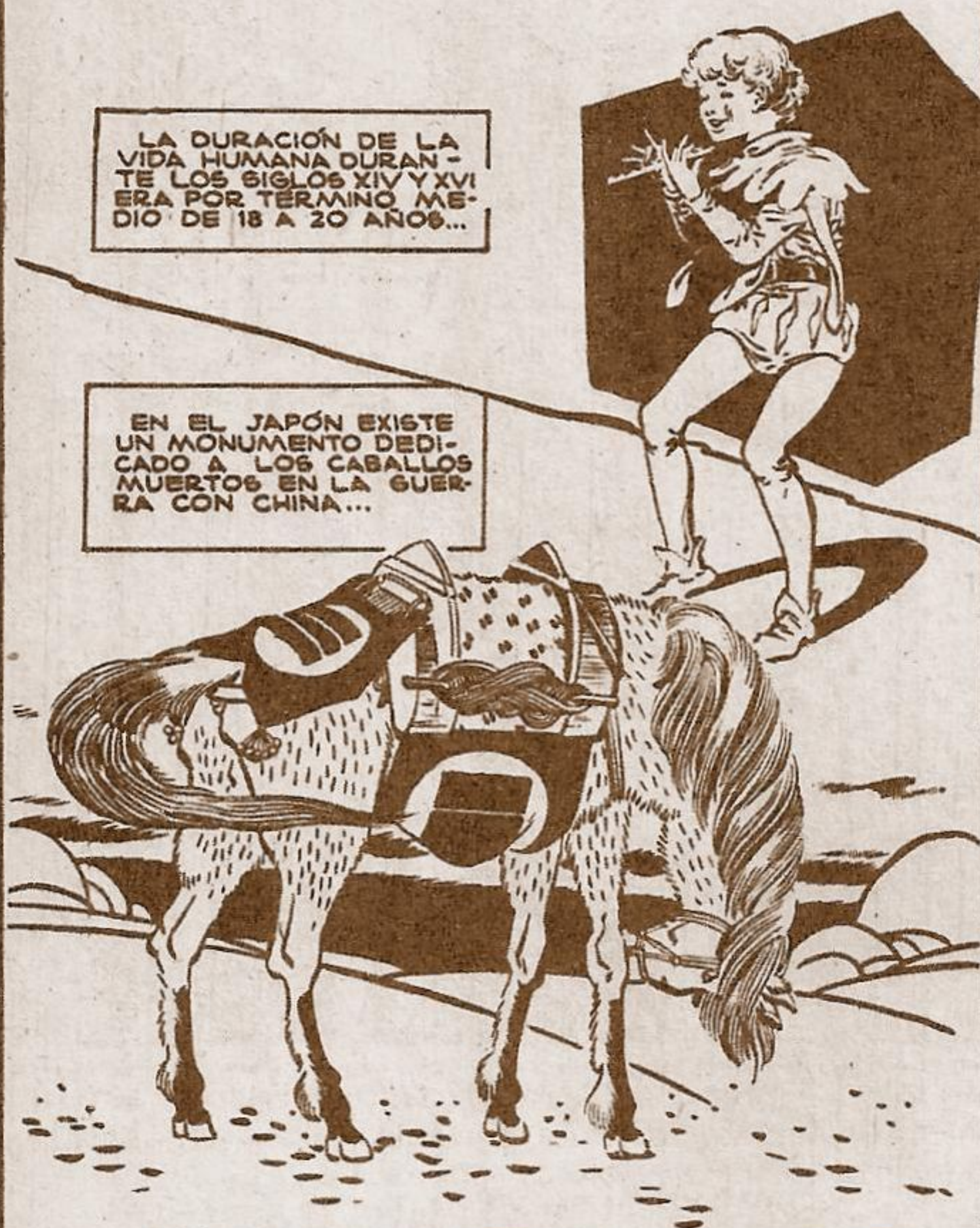


FIN.

Curiosidades

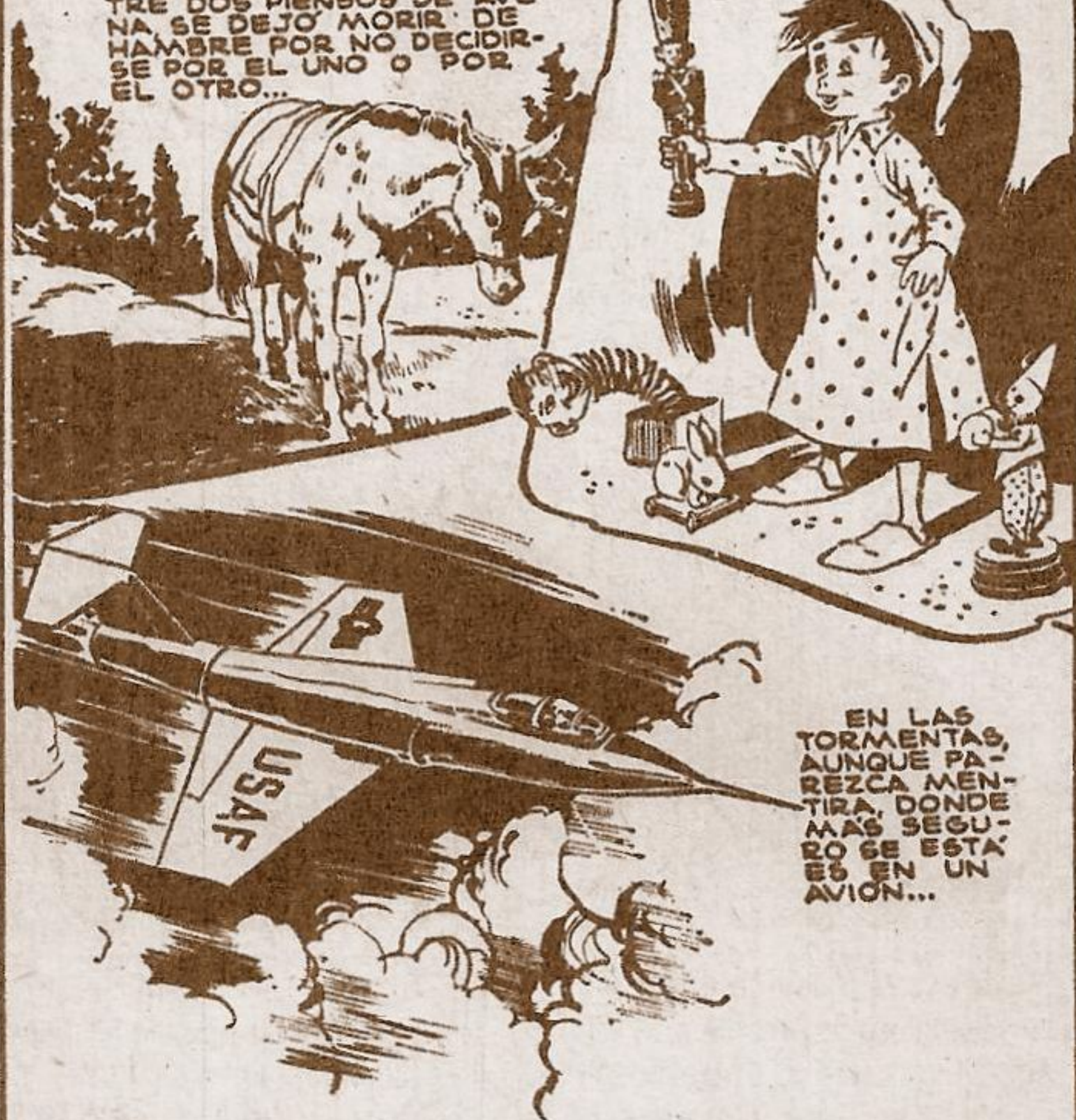
LA DURACIÓN DE LA VIDA HUMANA DURANTE LOS SIGLOS XIV Y XVI ERA POR TÉRMINO MEDIO DE 18 A 20 AÑOS...

EN EL JAPÓN EXISTE UN MONUMENTO DEDICADO A LOS CABALLOS MUERTOS EN LA GUERRA CON CHINA...



EL ASNO DE BURRIDAN, FAMOSO BORRICO PUESTO ENTRE DOS PIENSOS DE AVENA, SE DEJO MORIR DE HAMBRE POR NO DECIDIRSE POR EL UNO O POR EL OTRO...

EN ESTADOS UNIDOS EXISTEN TIENDAS, YOCOTECAS, DONDE SE PRESTAN JUGUETES. NO HAY QUE PAGAR UN CENTAVO POR ELLO. EN TALES LUGARES RIGE UN REGLAMENTO QUE HAY QUE CUMPLIR...



EN LAS TORMENTAS, AUNQUE PAREZCA MENTIRA, DONDE MAS SEGURO SE ESTA ES EN UN AVION...

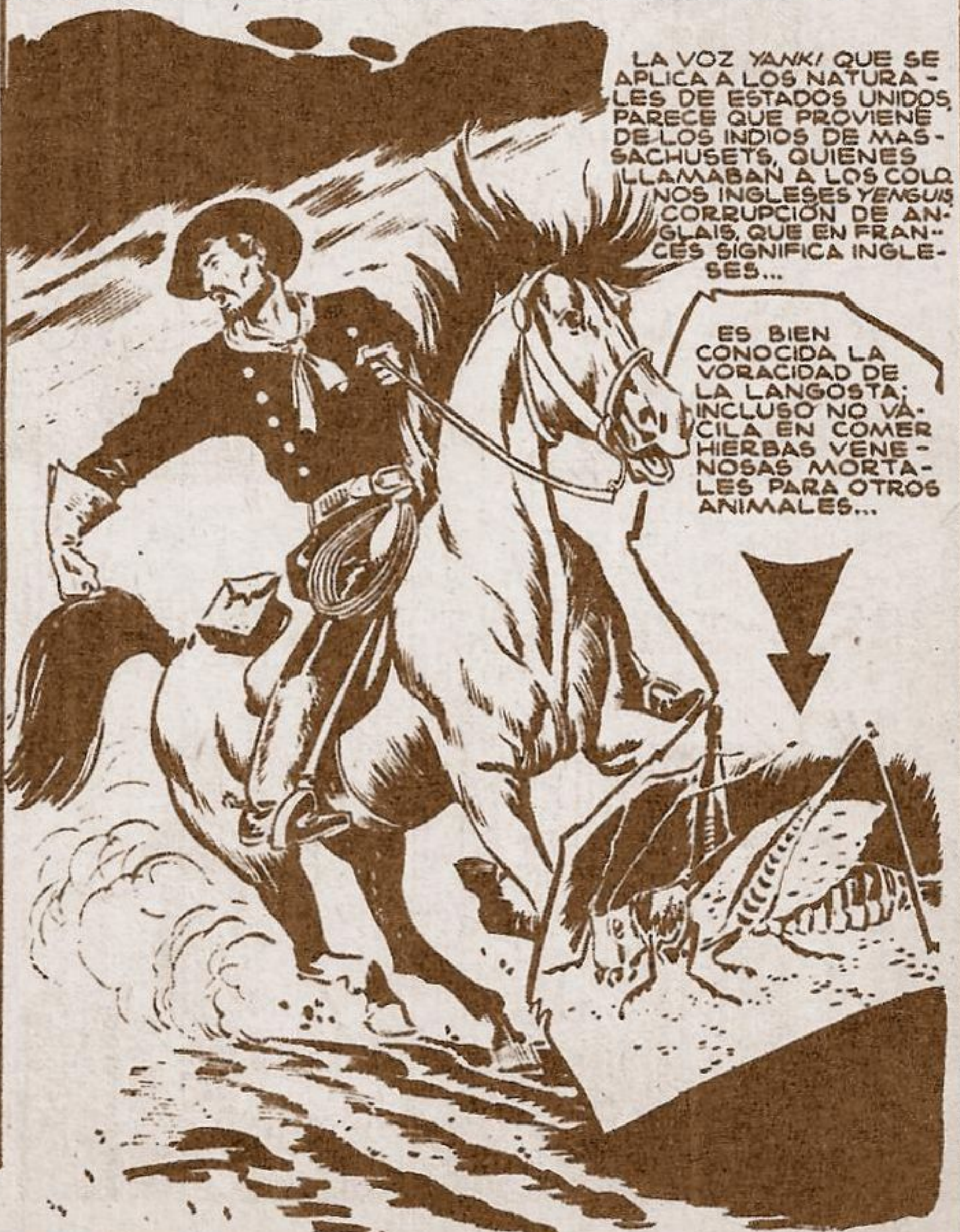
EN EL SIGLO XVIII SE CONSIDERABA EN MADRID COMO REQUISITO INDISPENSABLE EN TODO LETRADO EL USO DE LA BARBA...



LA EXISTENCIA EN MARRUECOS DE ARBOLES Y BOSQUES SAGRADOS O ASOCIADOS AL CULTO DE LOS SANTOS, ES UNA CREENCIA QUE YA EXISTIA ENTRE LOS ANTIGUOS ARABES COMO MUY DIFUNDIRA HASTA EL PUNTO QUE PUEDE AFIRMARSE, NO EXISTE REGION DEL MUNDO SEMITICO DONDE LOS ARBOLES NO HAYAN SIDO ADORADOS COMO DIVINOS...

LA VOZ YANKI QUE SE APLICA A LOS NATURALES DE ESTADOS UNIDOS, PARECE QUE PROVIENE DE LOS INDIOS DE MASSACHUSETTS, QUIENES LLAMABAN A LOS COLONOS INGLESES YENGUIS, CORRUPCIÓN DE ANGLAIS, QUE EN FRANCÉS SIGNIFICA INGLESES...

ES BIEN CONOCIDA LA VORACIDAD DE LA LANGOSTA; INCLUSO NO VACILA EN COMER HIERBAS VENENOSAS MORTALES PARA OTROS ANIMALES...



EL MARIDO DE ELENA

POR

GIOVANNI VERGA

ADAPTACIÓN — DIBUJOS DE COTIGNOLA



Nació este famoso novelista italiano en Catania en 1840 y murió en 1902. Le dieron notoriedad sus novelas rurales, en las que la reciedumbre de los caracteres y las pasiones se destacan sobre el encanto del paisaje. Su triunfo culmina con **Cavallería rusticana**, que en alas de la música de Mascagni recorrió el mundo y se hizo popular. **El marido de Elena** pertenece a sus novelas ciudadanas y está considerada como su obra maestra.

Cuando sus padres se disponían a acostarse, Camila llamó alarmada a la puerta de su alcoba, diciendo que su hermana Elena había huido. Don Liborio, tan aturdido como su mujer, se apresuró a abrir, pálido como un muerto.



¿Qué dices, criatura?

Elena ha huido. La he buscado por todas partes. No está.



¡Ay! ¡Que me han robado a mi hija! ¡Han robado a mi hija!

¡Calla! ¡No alborotes así, que los vecinos oyen!



El pobre hombre, todo azorado, encendió otra bujía, y se pusieron los tres a buscar por toda la casa, como si Elena estuviese jugando al escondite.



Tras la infructuosa búsqueda, doña Ana se encaró con su marido.

¿Qué haces ahí como atontado? ¡Anda, ve, corre a avisar al comisario que han robado a nuestra hija! ¡Y ya puedes decirle que ha sido César! César es quien nos ha robado a Elena, y bien seguro que irá a la cárcel, si no se casa con ella. ¡Pronto! ¡Ve a ver al comisario!



Sin dejar de gemir y lamentarse, dio doña Ana a su marido el sombrero y el bastón, empujándolo hacia fuera, y don Liborio bajó las escaleras con paso vacilante, iluminado por su hija Camila.



Luego, doña Ana, llevando detrás a Camila con la luz, reyizó todos los cajones, sacando su contenido. Examinaba los estuches de los objetos de oro; tocaba uno a uno los pañuelos de seda; abría de par en par la puerta de los armarios, en cuyo interior pendían los vestidos de Elena, y abajo se veían los zapatos.



Al fin, más sosegada, fué a sentarse en el sitio acostumbrado, ante la mesita de brisca, y desahogó las lágrimas. Camila, rígida en la silla frontera a ella, no abría la boca. Buscó con mucho tiento el hilo y la aguja en el cestillo y se puso a hacer labor, muy callada, sin levantar la vista. En todo el barrio de Foria no se oía más que el tic-tac del reloj colocado en un ángulo obscuro de la habitación.



Hasta que se oyó a don Liborio. Apenas entrado, se dejó caer sobre el sofá como si tuviera rotas las piernas, deshecho, con el sombrero puesto y el bastón en la mano. Como las mujeres lo interrogaron ansiosas; se puso colérico para darse ánimos, gritando: —¡Se han reído en mi cara cuando han oído que el raptor es más joven que mi hija!...



Después, don Liborio tomó la cabeza de Camila entre sus brazos y la apretó contra su pecho, diciendo que aquella era su preferida, y no tendría otra hija en adelante.



El caso es que no se han llevado nada.

—¡Se han llevado nuestro honor! ¡Te parece poco! ¡Y la culpa es toda nuestra, Ana! ¡La hemos educado como una princesa! ¡Como si hubiera de casarse con un rey coronado! ¡La hija de un pobre escribano de los tribunales!

¡Tú no sabes de estas cosas! Hoy en día, las muchachas, si no están bien educadas, no se casan cuando no tienen dote.



¡Mira cómo se casan! ¡Entregándonos a la murmuración de Nápoles! ¡Arrojando el deshonor sobre nuestros cabellos blancos!

En fin, quizá se casen. Sólo la muerte no tiene remedio. Y no sería la primera ni la última...



¡César no me debió inferir una afrenta semejante! ¿No era acogido como un hijo en nuestra casa? Habría debido esperar a que su madre se decidiera a decir que sí...

Doña Ana calló, mas después dijo, como quien recapacita: —Ese muchacho tiene su porvenir: ha terminado la carrera de abogado, y no consentirá que su mujer carezca de nada. Hemos tenido un disgusto, es cierto; pero, cuando veamos a nuestra hija bien colocada, nos consolaremos. Y mira: si para que se case era preciso pasar por el disgusto, casi, casi habría querido que se fugara también Camila.



Es claro que esto se lo dijo hallándose con el marido a solas, después que la hija menor se retiró a su alcoba. Don Liborio quiso protestar, responder algo para no parecer que compartía aquella opinión de su cónyuge; pero la mujer le cortó la palabra, alegando que era hora ya de que descansaran, y que de eso hablarían mañana.



Elena, entretanto, del brazo de César, andaba tocando de puerta en puerta en casa de los amigos y parientes para buscar asilo. Unos con un pretexto y otros con otro, todos se negaban a recibirla. El desaliento se iba apoderando de los enamorados. Iban por la calle, sin saber qué hacer, aturridos.



¿Vamos a mi casa?



¡No! ¡Te amo mucho! ¡Volvería a hacer lo que he hecho para ser tuya! Pero, antes de que nos casemos, no puedo vivir contigo, ni en tu casa.



El intentó tomarle la cabeza entre las manos y darle un beso casto, de hermano. Pero Elena lo apartó, poniéndole las manos sobre el pecho, sin despegar los labios. Solamente de cuando en cuando se le aferraba al brazo, mientras marchaba a su lado. César no sabía adónde llevarla, con la gran confusión de su cabeza, y el corazón le martilleaba. Mas el paso de Elena parecía tener una dirección.



¿Adónde vamos?

A casa de tu tío Luis. No te sorprendas. De sobra sé que tu tío me es hostil, pero no me dejará en medio de la calle. Verás.

César objetó que su tío era severo e inflexible, y que él no lo visitaba desde que lo regañó por no seguir su consejo rompiendo aquel noviazgo.

—¡Tanto mejor!

—rebatía ella—.

Eso quiere decir que no ignora nuestro amor. Una vez u otra sería preciso hacer la paz con tu tío, que es rico. Verás cómo te perdona.



El enamorado llamó resueltamente en la casa de su tío, y éste quedó atónito ante el grupo que se le presentó, apenas abierta la puerta. Elena se arrojó a sus pies, llorando y llamándolo querido tío. Este no tuvo necesidad de preguntar más. Se desató en denuestos contra César, llamándolo depravado y diciéndole que era la ruina de la familia.



Elena, con el bello rostro lleno de lágrimas, le tenía tomadas las manos, rogándole que no la dejase en medio de la calle. Al fin, el tío sintió debilitarse las piernas, apretadas por los brazos de aquella linda muchacha, y terminó por refunfuñar: —En cuanto a usted, quédese aquí, si quiere, ya que ha hecho la locura. ¡No puedo dejarla en medio de la calle! Mi mujer le preparará un lecho lo mejor que pueda.



Elena se puso de pie, y el tío agregó: —Pero ¡ha causado usted una ruina! ¿Qué creé haber atrapado? ¿Un premio de la lotería? César no se atrevía a levantar la cabeza. El tío le gritó: —¡Tú vas a dormir a la plaza! ¡Ve a reposar ahora de tu gloriosa empresa! ¡La has hecho buena!



Y como lo arrojaba fuera peor que a un perro, Elena, en el umbral, tomó la mano de César y le dijo: —¡Ahora soy tuya; puedes estar tranquilo! Y, por primera vez, le besó la frente.



César se alejó despacio. Y sólo entonces tuvo una idea clara de lo que había hecho. Sintió como un dolor en el corazón: una mezcla de angustia, de ternura y de espanto. La noche anterior, Elena, aprovechando el instante en que el padre disputaba con la madre, y Roberto, el sempiterno novio de Camila, miraba a ésta en silencio, le lanzó al rostro una mirada singular, balbuciendo: —¡Tengo miedo!



¿Qué puedo hacer? ¿Quieres que deje de venir?



¡No! ¡Eso no! No podría estar ya sin verte.

¿Qué he de hacer, entonces?

Lo que quieras.
¡Lo que tú quieras!



El se sintió sacudido y penetrado por aquellas palabras, dichas con un soplo de voz. Se puso rojo. Trataba de dar a entender a Elena que los parientes de él no consentirían en casarlo hasta que tuviese una posición, y que los padres de ella dirían lo mismo. —¿Entonces? —lo interrogó Elena. El no sabía qué decir, hasta que, por último, balbució: —¿Huir...?



Elena se llevó las manos al pecho, blanca como una estatua, y no contestó. César no respiraba, aterrado de la palabra que se le había escapado. Luego ella lo miró cara a cara un momento, se inclinó sobre el piano, escribió dos palabras en el margen de un periódico, y, cuando terminó, se lo entregó, diciendo en voz alta: —Acuérdese: si mañana no puede usted venir, envíeme esta romanza.



En la calle, a la luz de un farol, César supo qué romanza le pedía Elena. He aquí lo que había escrito en el margen del periódico: "Mañana, por la noche, a las once, después que se haya ido Roberto. Espérame en la escalera."



Como había indicado, tras de esperar una media hora, la vio llegar de puntillas, sumamente pálida. Tenía las manos frías, pero no temblaba. Le dijo con voz breve y sorda: —¿Vamos?



El quería abrazarla, pero la joven esquivó la cara de los besos que él no se atrevía a darle, y añadió en el mismo tono: —No; aún no. El primer beso se lo dió en la puerta del tío Luis, cuando le dijo que ya era suya.



César era todavía un niño al morir su padre en Altavilla, donde tenía unas pequeñas fincas, que le daban escasamente para sacar adelante a su familia, compuesta de su mujer, César, que era el primogénito, y varias hijas. Por fortuna, un hermano del padre, canónigo, había asumido animosamente la protección de la viuda y de los huérfanos.

Don Anselmo, que así se llamaba el tío canónigo, tomó afecto a César, que se criaba delicado y enfermizo, y en el que todos reconocían dotes de talento y aplicación al estudio. A su lado, el muchacho recibió una educación casi claustral. Y la influencia de tal educación en aquel temperamento delicado, dió por resultado un carácter tímido, recogido y meditabundo.



El tío canónigo no había reparado en sacrificios con tal que el sobrino fuese abogado. La más preferible entre las profesiones le parecía ser la de hombre de leyes, una especie de sacerdote sin sotana, que confiesa en casa y se hace pagar caro los casos de conciencia delicados: que va de paseo hombro con hombro con el alcalde, saludado por todos y designado con el gran título que llena la boca: ¡abogado!...

Para tal castillo en el aire, la madre había visto partir a su hijo hacia la Universidad de Nápoles, a pie, tras el carro que llevaba la cama y la mesita; las hermanas se habían quemado las pestañas para coserle el equipo.



En Nápoles, César fué a vivir en un cuarto de una humilde casa de huéspedes, cuarto que compartía con otros tres compañeros, para que le saliese más económico. En el patio de la misma casa, frente a la habitación de los estudiantes, estaban las ventanas de la familia del ex escribano, con sus dos hijas, Elena y Camila.



La familia de enfrente tenía mucha importancia a los ojos de aquellos estudiantes pobretones. Las señoritas habían recibido una educación propia para casarse con príncipes. Se las oía hablar inglés y francés en el balcón, y tocaban el piano como si no tuvieran que hacer otra cosa en toda la vida.

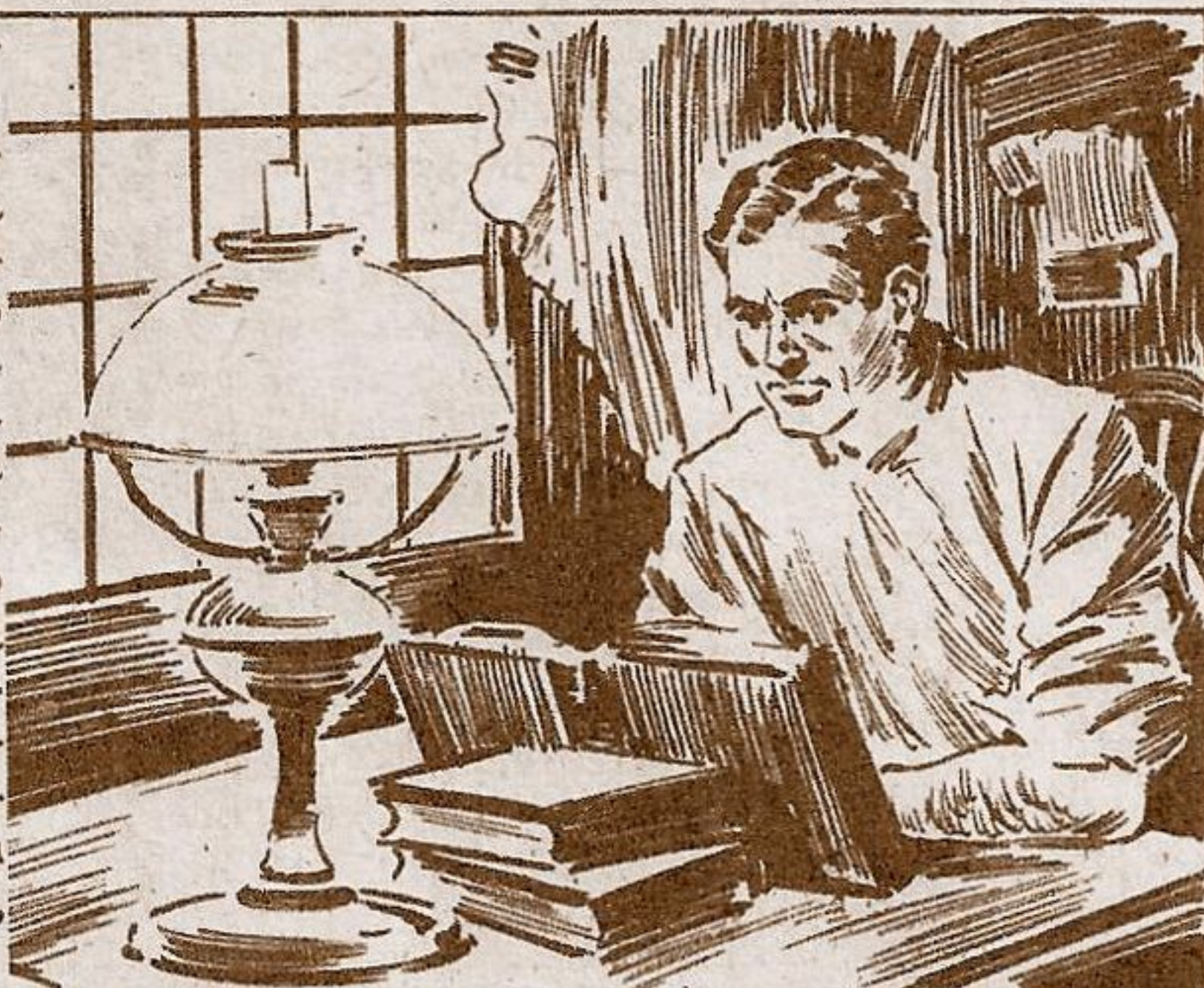


Elena, que leía novelas cuando no tocaba el piano, miraba de un modo especial cuando estaba en la calle o en el balcón, como si esperase al personaje novelesco que debía ofrecerle la mano, el corazón y un coche de cuatro caballos.

Cada vez que las dos hermanas salían de casa, vestidas siempre de punta en blanco, los jóvenes estudiantes se comían con los ojos a Elena, que atravesaba el patio fangoso sobre la punta de los pies y con las faldas recogidas.



César, en tanto que sus camaradas expresaban su admiración un poco vulgarmente, como aldeanos que aspiraban a tomar parte en la rica cosecha de la vida, era el único que se mantenía comedido y reservado, como acostumbrado, por la educación eclesiástica, a respetar las jerarquías. Estudiaba como un muchacho concienzudo que no quisiera perder su tiempo. Las señoritas de enfrente, cuando volvían tarde a casa, veían siempre la luz de la ventana, y a él ante los libros ordenados sobre la mesa. No ignoraba César que le era preciso golpear y golpear en su cabeza como con un martillo para terminar la carrera, y no se consentía distracciones.



El día de la terminación de la carrera, cuando debía abrirse el portón de par en par para permitir la entrada en el patio del coche que había de recoger a César, de frac y corbata blanca, fué un gran acontecimiento para todo el vecindario. La noticia fué de un balcón a otro. Las vecinas supieron de ese modo que el muchacho iba a recoger su título de abogado.



Y era ésta como una palabra mágica que hacía decir a don Liborio: —Hoy es la carrera que conduce a todo. ¡Quién sabe! Quizá este joven tenga madera de ministro. Y la madre sugería a Elena:



—Ahora, con la corbata blanca, no está mal. ¿Verdad?

Elena, como había vuelto el verano, salía a menudo al balcón, donde leía novelas o versos. Su hermana se ponía también en el balcón, al fresco, a trabajar silenciosamente y con los ojos fijos en el bordado. La madre no aparecía nunca, y don Liborio, viendo siempre a aquel jovencito tranquilo y estudioso por la ventana; lo saludaba tocándose el birrete.



Y, naturalmente, terminaron por encontrarse en el portal, al salir o al volver a casa, y por entablar conversación con un pretexto cualquiera. Un día, mientras las hijas subían la escalera con la cabeza inclinada, los dos cónyuges dijeron al joven que, si deseaba hacerles alguna visita, tendrían mucho gusto en recibirlo.



De este modo empezó César a frecuentar la casa de la señorita Elena, donde hablaba con don Liborio de legislación, política y otros asuntos serios, mirando con el rabillo del ojo a la joven, y embrollándose cada vez que ésta lo contemplaba con sus ojazos castaños. Su hermana Camila, callada como una sombra, no levantaba la nariz de su trabajo.



Entre los visitantes habituales había un joven ya maduro, que se sentaba siempre junto a Camila. Doña Ana, al presentarle a Roberto, añadió que estaba empleado en la Casa de Expósitos. Más tarde supo César que aquél debía entrar en la familia casándose con Camila, en cuanto hubiese obtenido el ascenso, que esperaba desde hacía siete años.



Poco a poco, César llegó a ser también como un miembro de aquella familia. La madre le sonreía; don Liborio lo acogía con un ¡oh! cordial; Camila, sin abrir la boca, ponía una silla junto a la de su hermana, cerca de la mesa, y Roberto le tendía en silencio la mano, perennemente enguantada.

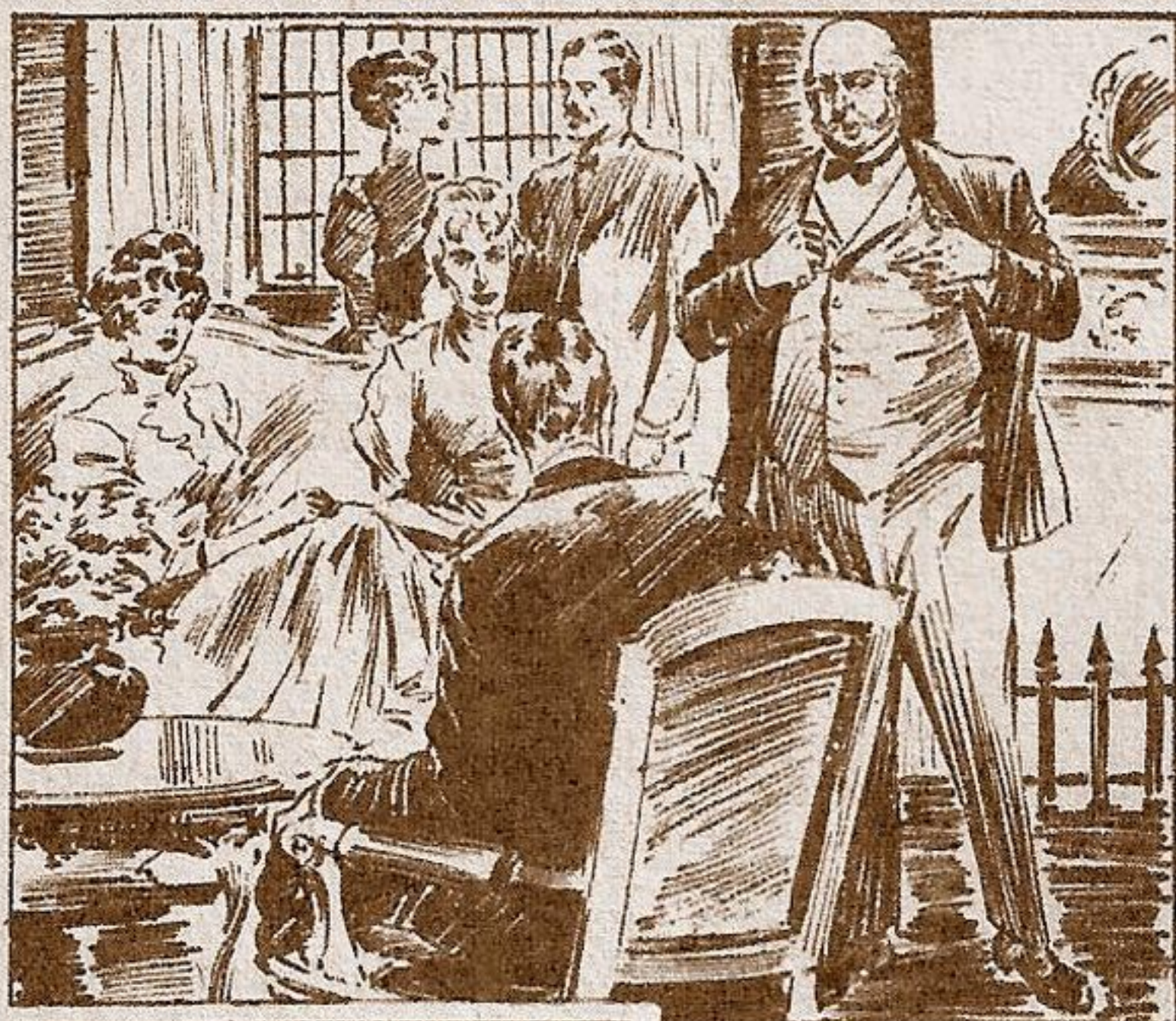
Elena tardó en darle alguna muestra de particular interés hacia él. Pero el día en que César, viéndola tan esquiva, le pidió perdón por sus asiduidades, y ella, por toda respuesta, le tomó la mano a escondidas, todo cambió para el joven.



Desde aquel momento empezó para César otra vida, toda de ensueños, de la que las exigencias de la realidad parecían despertarlo con sobresaltos y latidos del corazón. Se entrapó con los colegas para estar bien vestido y llevar siempre guantes como Roberto. Cada vez que escribía a su familia, le era preciso mentir, inventar pretextos para hacerse enviar dinero, que era devorado antes de llegar.



Mas también desde aquel momento cambió su situación en casa del ex escribano. Ya no se trataba del amigo de don Liborio que iba allí a discutir con él de asuntos serios, sino del pretendiente de Elena que, sin embargo, no se decidía a mostrarse como tal, en la seguridad de que todo compromiso matrimonial por su parte, sería rechazado por su madre y execrado por su tío Anselmo.



Doña Ana y don Liborio lo acosaban cada vez más a ese respecto, preguntándole cuándo pensaba abrir su bufete de abogado, si en su familia había algún proyecto respecto a su porvenir, si sus hermanas pensaban casarse antes que él; sentenciaban, además, que el primer deber de todo caballero era crearse una familia, y que un abogado, para presentarse a los ojos del público, necesitaba tener mujer.



—Nuestra legislación es incompleta —dijo un día don Liborio con aviesa intención—, porque no castiga suficientemente las traiciones domésticas. Quien abusa de la buena fe y de la hospitalidad de una familia honrada, debería ser condenado a cadena. Querría saber, ahora que han establecido la moda de los jurados, qué me dirían si me hiciese justicia con mis propias manos en un caso semejante. Fue cuando Elena dijo a César:

¡Tengo miedo!



El tío Luis telegrafió a Altavilla lo que había hecho el sobrino. La madre de César se quedó aterrada, y don Anselmo se esforzó por no perder la serenidad.

¡Estamos arruinados!



Vosotras, no. Por ti y por tus hijas, miraré mientras viva, si queréis continuar conmigo.

¿Y él?



He de poner en orden sus asuntos. Pero será preciso un poco de tiempo, porque no esperaba tenerle que arreglar sus cuentas tan pronto.



Luego, como respondiendo a la ansiedad que se reflejaba en los ojos turbados de su cuñada, agregó: —He aquí mi propósito: él tiene siete mil liras de su legítima en el patrimonio de su padre. Si se contenta con adjudicarse las viñas de Rosamarina y lo que le corresponde de la casa paterna, haremos las cosas amigablemente, repartiendo los gastos, y será preferible para todos.

¡Siete mil liras!... ¡Son pocas para vivir!



Alguna dote aportará la mujer. Tiene, además, una excelente profesión... Lo que importa ahora es casarlos.

“Si no, sería un escándalo. Aquí paso por el jefe de la casa, y el obispo me quitaría las licencias. Además, no puedes impedir que tu hijo se case. Si le niegas el consentimiento, se lo otorgarán los tribunales.”



—Yo no se lo niego — murmuró ella tímidamente, agitada entre la esperanza y el temor, pareciéndole que su cuñado se inclinaba a perdonar. El aprobó en silencio, moviendo la cabeza. Entonces la pobre madre prorrumpió en lágrimas de consuelo, y quería correr a despertar a sus hijas para darles la buena nueva: que el tío canónigo perdonaba al sobrino y le abría los brazos.



Pero don Anselmo la detuvo dulcemente, posándole sobre el hombro la mano, y le dijo: —¡Poco a poco! En cuanto a perdonar, perdono, que debo celebrar misa mañana; pero otra cosa, ni quiero ni debo hacer. Lo poco que poseo lo doy de buen grado por la familia de mi hermano. Pero no puedo echar sobre mí también la familia de los hijos de mi hermano. Cada uno en su casa.



Al día siguiente, después de comer, el tío, en lugar de dar su acostumbrado paseo por las afueras, fué a casa del notario, su amigo, y juntos escribieron a don Liborio una larga carta.



En casa de Elena, pasado el primer furor de la borrasca, se habían calmado un tanto. Al llegar la carta del tío canónigo, que prometía el consentimiento de la madre del joven y quería saber qué dote habían de asignar a Elena, doña Ana montó en cólera, diciendo que no pensaban arruinarse a beneficio de una ingrata que los había ofendido de tal manera.



Si César había hecho aquella proeza, quería decir que se encontraba capaz de mantener mujer sin necesidad de dote. Su hija llevaba consigo no una, sino cien dotes, con todas las virtudes que poseía y con la educación que ella le había dado. Sin embargo, para que no dijeran, cedió generosamente a Elena todos los trajes y equipo que poseía de soltera.

Como el tiempo apremiaba y faltaba el dinero para poner casa, los novios decidieron casarse en familia, e ir a pasar el otoño en el fundo rústico de Rosamarina, de propiedad de César, una vez hechas las particiones de la herencia paterna. Llegaron en un lluvioso día de octubre, precedidos de un carro cargado con los baúles, cajas y cajitas de Elena.



El primer día en Rosamarina fue melancólico. Aquellas habitaciones desnudas, donde se amontonaban los equipajes como en un muelle de ferrocarril, al caer la tarde gris, con la perspectiva del pueblecillo perdido en la niebla, plomizo y descolorido sobre el cielo obscuro, resultaban poco hospitalarias.



El joven habría querido correr inmediatamente a Altavilla para abrazar a su madre. Pero don Anselmo le hizo saber que no quería verlos por su casa, ni a él ni a su mujer, y que hasta tanto se terminaran las reformas que en ella se estaban haciendo para aislar del resto las tres habitaciones que a él le correspondían, podía ver a su madre en la iglesia.



Todas las familias de Altavilla vivían en el campo, vigilando la vendimia. En Rosamarina, la llegada de los recién casados fue un acontecimiento. Elena, con sus trajes nuevos, con sus sombrillas vistosas, ponía los gayos colores traídos de la ciudad sobre el verde pálido de las viñas, entre los tintes melancólicos del verano que moría.



Ella era realmente feliz, en el pleno desenvolvimiento de su naturaleza exuberante, ávida de sensaciones agradables, seducida por el espectáculo nuevo del campo, acariciada por la adoración concentrada y casi tímida del marido, halagada por el respeto semibárbaro con que los campesinos acogían a la nueva propietaria, por la admiración atónita que leía en sus caras.



César, a su lado, olvidaba su infortunio de verse separado de los suyos. Y olvidaba también las inquietas preocupaciones del porvenir y las molestias mezquinas y apremiantes del presente, que lo obligaban a tomar dinero prestado del notario. Ella no sabía nada de todo esto. Lo creía feliz, como ella lo era.



Terminada la vendimia, los vecinos del campo, que no sabían cómo engañar el tiempo mientras esperaban la recolección de la aceituna, vinieron a visitar a los recién casados. Las señoras, vestidas con trajes de fiesta; los maridos, ocultando en los guantes nuevos sus manos negras del sol, verdaderas manos de campesinos. Se hacía música, se bailaba, se improvisaban meriendas en la hierba.



Elena había puesto en revolución a la vecindad. Entre los que la visitaban se contaba el joven Barón, que vivía con su madre, la Baronesa, en un castillo que señoreaba sus inmensas posesiones, y, entre los señores y las damas de la vecindad, era el gallito.



Gozaba Elena de aquella vida fácil y alegre, sin cuidarse de los dolores secretos que producían a César todo aquel movimiento, aquella alegría robada a su luna de miel, aquel deseo de placer que inspiraba su mujer, que él adivinaba con su penetración delicada y casi enfermiza. Sin embargo, habría muerto de vergüenza antes de confesar sus extraños celos.

Mas terminó la época de la recolección. Llegaba el invierno. Los terratenientes abandonaban sus casas de campo de Rosamarina para volver a Altavilla. No era cosa de que César y Elena se fueran a vivir a las tres habitaciones que les correspondían en la casa del canónigo, aislados del resto de la familia. Su propósito era instalarse en la ciudad, y para ello fué preciso vender en Rosamarina y las tres habitaciones de Altavilla, que en junto le produjeron nueve mil liras.



Elena alquiló en Nápoles un piso a su gusto. En la puerta clavaron una linda placa que decía: "César Dorello, abogado". Y en el estudio nuevo César esperó a sus clientes. En tanto, Elena estaba ocupadísima en enviar tarjetas con la participación de su nuevo domicilio y en recibir visitas en su saloncito dorado, entre sus bagatelas brillantes y sus vasos llenos de flores.



Pronto tuvo su día de recibo, su cuaderno para el turno de visitas, amigas que venían a recogerla en coche, asiduos que esperaban su turno en San Carlos para dejarse ver en el palco de ella. Había hecho buena impresión en la sociedad donde había entrado, seguida de su marido. —Harás conocimientos que te podrán ser útiles —le decía ella—. Conquistarás clientes ricos que te pondrán de moda.

Cuando Elena, apenas había terminado de cenar, corría a encender todas las luces de su tocador, y se arreglaba para ir a pasar la noche en el teatro, en la Filarmonía o en sociedad, César disimulaba una profunda tristeza. Le parecía que los extraños, que apenas lo saludaban, que la música que no entendía, que el baile y las demás diversiones que no compartía, le robaban algo de su mujer.



Dijérase que ella tenía necesidad de aquella vida, de aquel lujo, de aquellas seducciones. No sabía siquiera que los dineros de la viña y de la casa desaparecían rápidamente, y su marido hubiera querido ahorrarle, a cualquier costa, las sordas angustias que lo atormentaban, mientras ella reía y loqueaba en salones dorados. Pero había algo más terrible para él que las angustias económicas.

Adivinaba que él no le bastaba ya; que había algo en ella que se le escapaba cada día, hoy por una invitación a un baile, mañana por una función de gala en San Carlos. ¡Y él la amaba siempre, como antes, de un modo distinto! Y se resignaba a todo, y se contentaba con lo que ella pudiera dejarle en su corazón, en su mente, después de pensar: "¿Agradaré de este modo?"



Pero llegó un día en que César no pudo facilitar a su mujer el dinero que necesitaba para sostener el tren de vida que llevaba, ni aun para el mantenimiento de la casa. Y, en vista de lo poco que le producía el bufete, decidió renunciar a la abogacía, a las espléndidas aspiraciones de su mujer, y se hizo inscribir como procurador.



Era descender de categoría. Suponía para él un trabajo más pesado y subalterno; pero el pobre se multiplicaba para aumentar sus ingresos, con objeto de dar todas las satisfacciones posibles a su mujer, instándola para que volviese a hacer vida de sociedad. Mas ahora ella no quería. Hacía de víctima ingenuamente, creándose tristezas solitarias de novela.



Y, en aquellas circunstancias, recibieron un telegrama del tío canónico que decía: "Vuestra madre está enferma y desea veros. Venid." César sintió doblársele las rodillas. Después, acurrucado en una butaca, se puso a llorar desesperadamente.

Elena estaba allí inmóvil; parecía conmovida también. Por primera vez, después de mucho tiempo, le tomó la cabeza entre las manos y se la estrechó contra el pecho en silencio.

¡Mi madre, Elena!
¡Mi madre!

Voy contigo.
Quiero ir también.



Llegaron al alba al pueblecillo. Atravesaron las habitaciones en desorden, con las puertas abiertas, por las cuales salía el llanto de la familia, el olor vago del incienso, de los cirios y de la muerte. Don Anselmo, ornado aún con la estola negra, salió a su encuentro, y en aquel instante solemne abrazó a su sobrino sin decir palabra, y lo llevó al viejo sofá, entre las hermanas que lloraban.



Elena, en aquella desolación, permanecía como olvidada en un rincón; se notaba que era la única extraña a aquel dolor. Quien se ocupó de ella fue el tío canónico, el que le había hecho la guerra más áspera, como si ahora la muerte hubiese disipado todo rencor. Y el favor que le dispensaba don Anselmo hizo que todas las personas que conoció en Rosamarina fueran a visitarla. También el Barón.



Poco a poco se restablecía en la familia la calma del dolor. El sacerdote volvía a la iglesia y a sus fincas. César tuvo que regresar a Nápoles para seguir atendiendo sus asuntos; pero Elena prefirió quedarse en Altavilla, al menos por una temporada. Con la volubilidad extrema de su naturaleza, le parecía que habían pasado siglos desde que asistió a las fiestas mundanas.



Sentía Elena una satisfacción refinada, un contraste agradable, al evocar los sueños románticos como cosas lejanas, en la fantástica contemplación de la naturaleza, y en la charla de las señoras del lugar que con frecuencia iban a verla, por las que supo que el Barón había pedido en matrimonio a una de las más ricas damiselas de Altavilla.



El Barón, como hemos dicho, se contaba también entre sus visitantes, y pronto fue el más asiduo. Su admiración ingenua por la burguesita, cuando ella estuvo de recién casada en Rosamarina, se trocó ahora en exaltado deseo, y terminó por mandar al diablo su casamiento.



Y todo el pueblo, inquieto, celoso, espiaba por turno las ventanas, afanoso por descubrir lo que no podía ver aquel marido que se había marchado a poner orden en sus asuntos de Nápoles, sin darse cuenta del peligro que en Altavilla pesaba sobre su cabeza. Los más indulgentes decían que marido y mujer estaban separados de hecho desde hacía tiempo y conservaban las apariencias exteriores por respeto humano.



Con todo, y a pesar de que el honor de los Dorello estaba en entredicho por culpa del Barón, el tío canónigo se mostraba con él más obsequioso que nunca. Pero las sobrinas, que lo conocían bien, presentían algo de extraordinario que pesaba sobre la casa, algo como un peligro, como una amenaza que maduraba y se acercaba lentamente.



César volvió de Nápoles de improviso, llamado por un telegrama urgente de don Anselmo. Elena, al ver aparecer a su marido, se puso pálida, y le preguntó con el gesto duro que la transformaba en ocasiones: — ¿Te ha escrito tu tío?



César quería decir algo, pero no podía. Por fin balbució: — ¿Es verdad que la Baronesa te ha hecho arrojar de su casa? Ella no contestó, mirándolo fijamente. — ¿Verdad que su hijo ha deshecho su matrimonio por ti? Elena no contestó tampoco; César agregó: — El tendero ha visto salir de esta casa al Barón... de noche.



César esperó, anhelante, temblando todos sus miembros, con los ojos ardientes de lágrimas.

Pero responde, responde, desdichada! ¡Contesta algo!

Quiero irme a Nápoles, a casa de mis padres.



Fue lo único que contestó Elena. El no dijo palabra. Abrió la boca sin aliento. Vaciló. Después cayó sobre una silla. ¡Ah! Esa era la respuesta que le daba! Ni una palabra de justificación, de consuelo, de afecto, de piedad para el dolor atroz que, sin embargo, debía de leer en la cara de su marido.

Una inmensa vergüenza, un inmenso desaliento, una cólera amarga lo invadieron. Le aferró las manos con una explosión de angustia sobrehumana. Ella tuvo miedo, sólo miedo, y se apartó aterrada. — ¡No! — exclamó César, con una sonrisa amarga. — ¡No temas!



Don Liborio llegó con la familia, comprendida Camila, todos disgustados. Se instalaron en las mejores habitaciones de la casa. No hablaban en la mesa. Y, después de comer, el padre salía a pasear con el canónigo para arreglar los asuntos de su hija, antes de llevársela.



Había venido armado con el Código, con todos sus libros legales, felicísimo de poder demostrar su elocuencia y sus reflexiones. Doña Ana revisaba los baúles y los armarios de su hija, iba a la vecindad a decir allí mil perrerías de su yerno, llevando detrás, para probarlo, a Camila.



El pueblo gozaba con el escándalo, lo ampliaba con sus comentarios, lo hacía irremediable. Elena, encerrada en su habitación, no se dejaba ver, y el Barón se había marchado a Nápoles para huir del escándalo; "para esperarla allá", decían las malas lenguas.



— ¡Ah! ¡Terminemos, terminemos pronto, por caridad! — decía César a su tío, como quien está a punto de perder la razón.



El canónigo, para evitar el escándalo en lo posible, había hecho todas las concesiones. Por último, arreglados los intereses como quería don Liborio, fijaron el día de la partida.



La noche antes, César, desvelado, se preguntaba cómo Elena, que en los últimos días no se había dejado ver de él, podía marcharse sin decirle una palabra. ¿Qué corazón tenía aquella mujer? ¿Qué sentimientos había tenido para él? ¿Podía marcharse así? ¿Podía dejarlo y no sentir nada por él? Sin embargo, lo había amado... Y él... ¡Ah! ¡Cómo la amaba todavía!...



El pasado desaparecía todo: los celos, la cólera, el dolor, todo. No quedaba más que Elena, allá, separada por dos o tres habitaciones, que partía al día siguiente, ¡para siempre!... Al menos verla por última vez, ¡la última! Antes de dejarla, prefería matarse con aquel puñal que acababa de sacar de un cajón de su mesa. ¡No! Sin ella no podía quedarse. ¡Mejor la muerte!



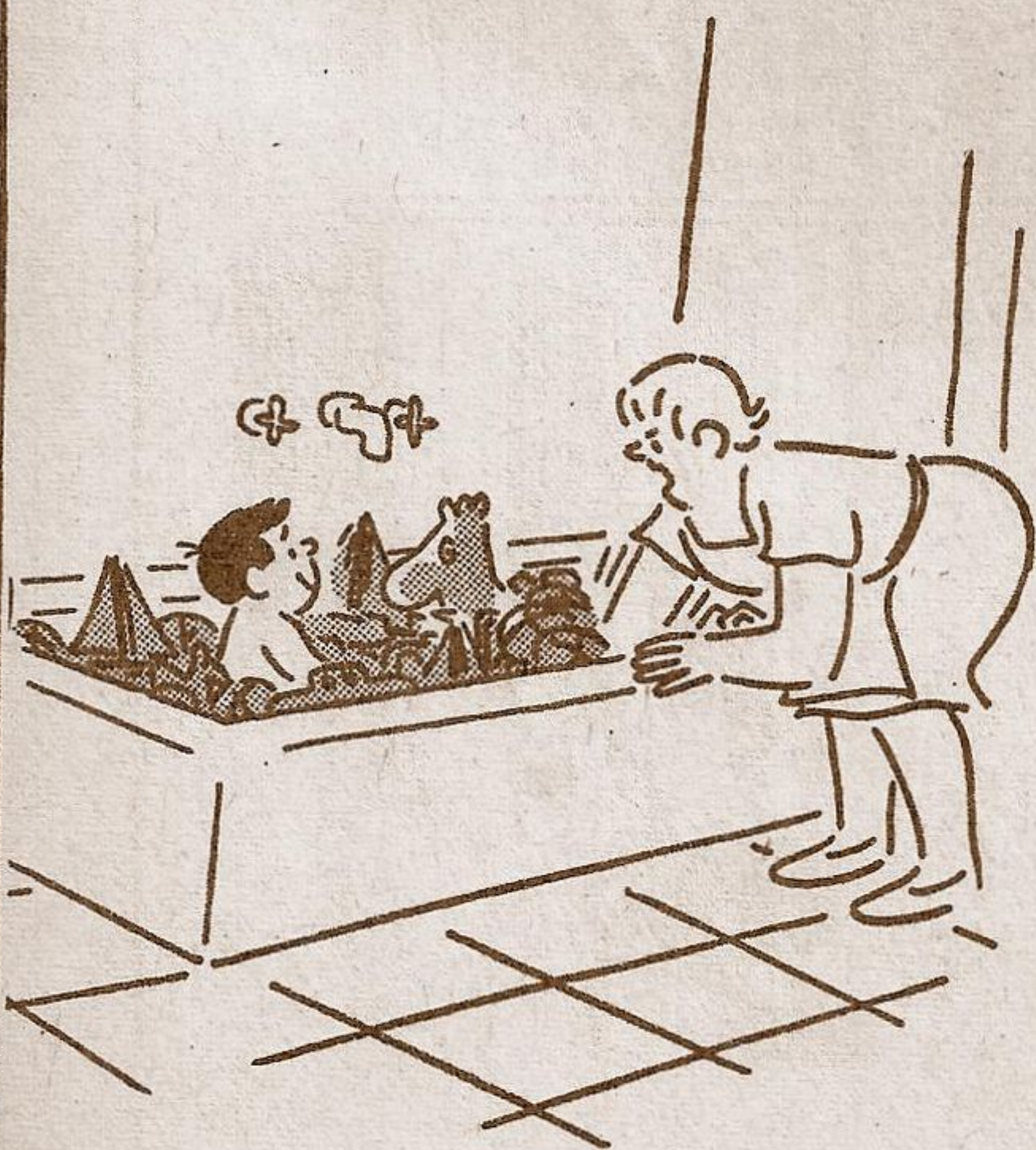
En la casa no se oía un solo rumor. Las habitaciones estaban oscuras. Un esfuerzo, y la puerta del cuarto de Elena cedió. Ella dormía serena, casi sonriente, con los cabellos negros sobre la almohada. ¡Si ella lo viese allí, en aquel momento supremo, pronto a morir, dispuesto a matarse con aquel puñal!



La llamó con voz sorda: — ¡Elena! Ella se despertó aterrada, con los ojos extraviados.



SONRÍA



-Pero... ¡no le has puesto agua en la bañera, Horacito!

Tuvo miedo y saltó fuera del lecho, con la voz sofocada en la garganta por el terror. El continuaba llamándola con un extraño acento de deseo y de amor: — ¡Elena! ¡Elena!... Ella empezó a gritar, loca de terror, pidiendo socorro.



— ¡Ah! — balbució César, erizándose los cabellos hasta la raíz—. ¡Ah! ¡No me amas ya! ¡No me amas ya! ¡No sientes más que miedo! Entonces la tomó por el brazo, con la mano firme, y desesperadamente apuñaleó una, dos, tres veces.

FIN



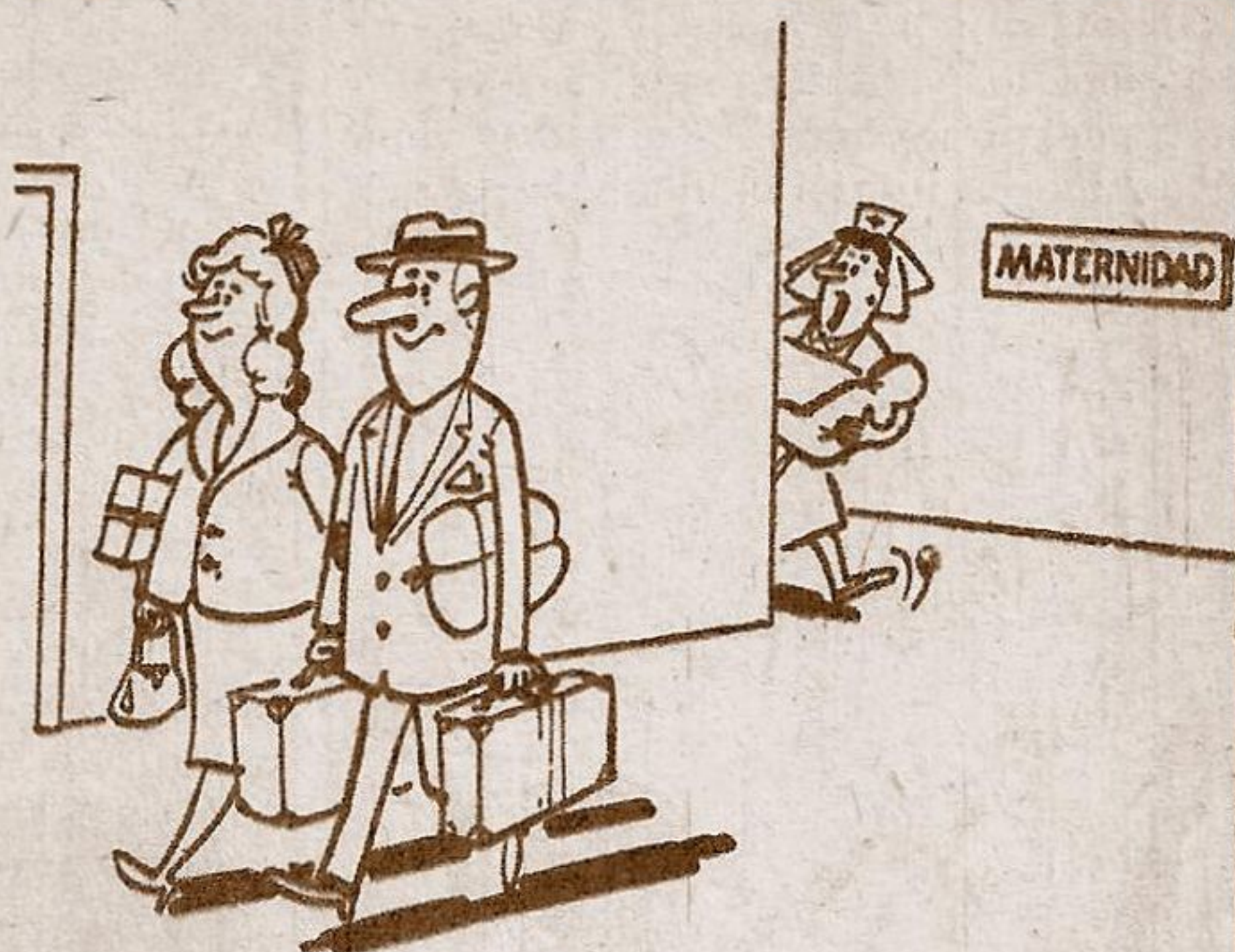
MOMENTO HUMORÍSTICO



- Le sacaré la muela dentro de diez minutos. Mientras tanto, ¿qué le parece si hablamos de política?



-No tienes porqué avergonzarte de decirme: "si tú fueras hombre..."



-¡Señora de Vasa!

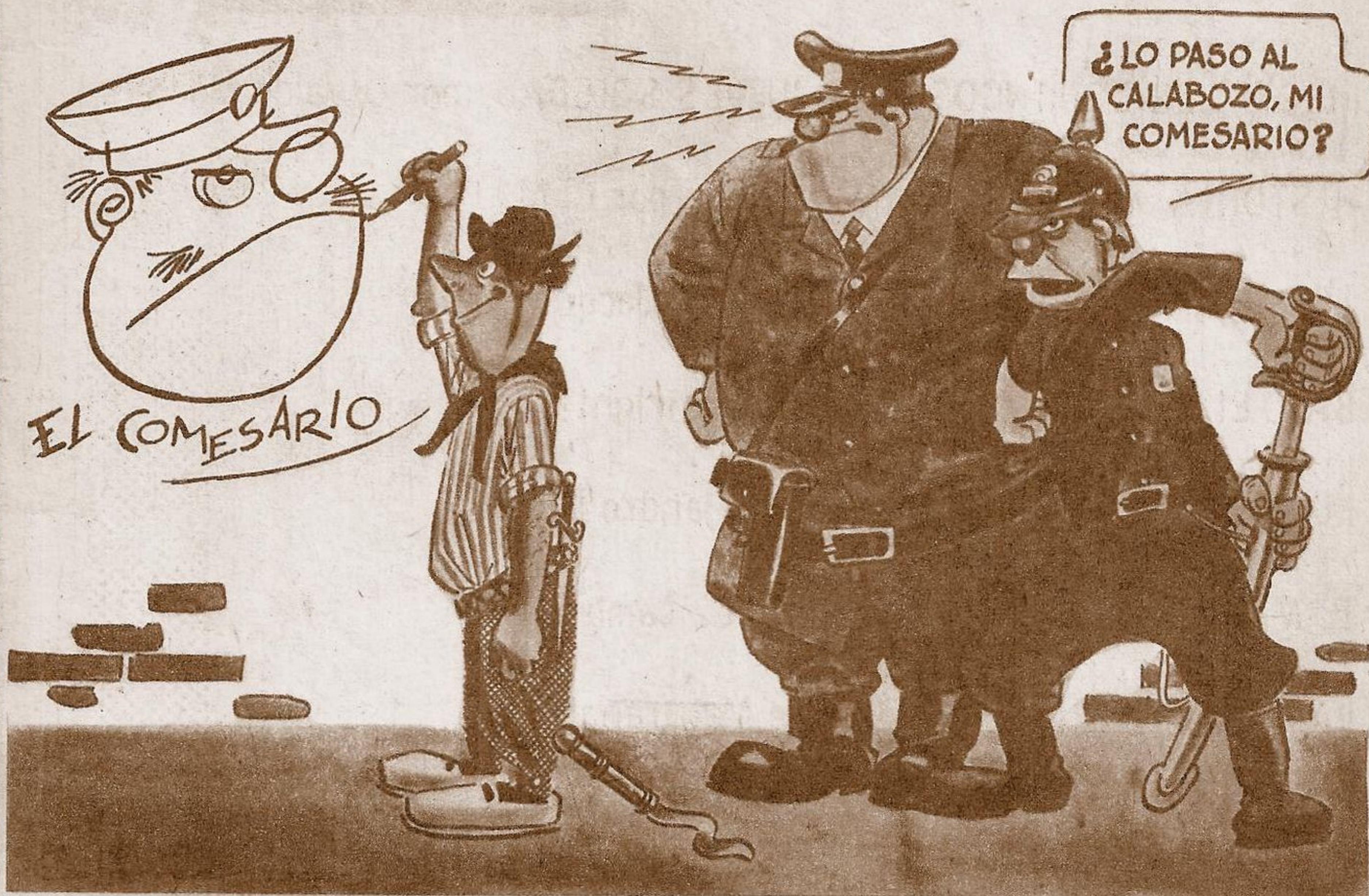


-Le repito una vez más que no quiero comprar una aspiradora.



-Sí, señora: su sombrero me molesta. Mi esposa quiere que le compre uno igual.

ALMANAQUE CRIOLLO



Consejos del
Viejo Irala
por Alberto
Vacarezza



No le ricordés a naide
los defetos que tuviera;
yo te hablo de esta manera
por las probanzas que tengo...
no hay que pasarle al rengo
por el lao de la cojera.

MAYO 1964

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
C. Meng 3 4	L. Nueva 9 11	S. Crec. 10 18	L. Llena 20 26	*	1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24 31	25	26	27	28	29	30

JUNIO 1964

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
C. Meng 3 3	1	2	3	4	5	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30	L. Nueva 3 10	S. Crec. 16 16	L. Llena 24 24	*

COMPRE

intervalo

ALBUM

TODOS LOS MESES

Lea, en el próximo

Intervalo
ALBUM

FIESTA LOS DOMINGOS, LOS JUEVES SOLEDAD, por Osvaldo Moro

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

LOS PARAGUAS DE CHERBOURG, por Jacques Demy

BAJO EL CIELO DE CHINA, por Ray Enright

MARGARITA DE BORGOÑA, por Alejandro Dumas

TE MATARE, QUERIDO, por Ricky C. Lambert

LA FLOR DEL TRIGO, por José de Maturana

EL NAVEGANTE, por Frank G. Slaught

BEN CASEY, por Neal Adams

NI ANIA, por H. Grenville

Intervalo
ALBUM

AÑO XIV — Nro. 80



Editor responsable

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45-1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta Interior y Exterior: B. Bertrán,
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hnos., Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 763.406

de la Propiedad Intelectual

Correo
Argentino
Central B

Franqueo a pagar
Concesión Nº 372

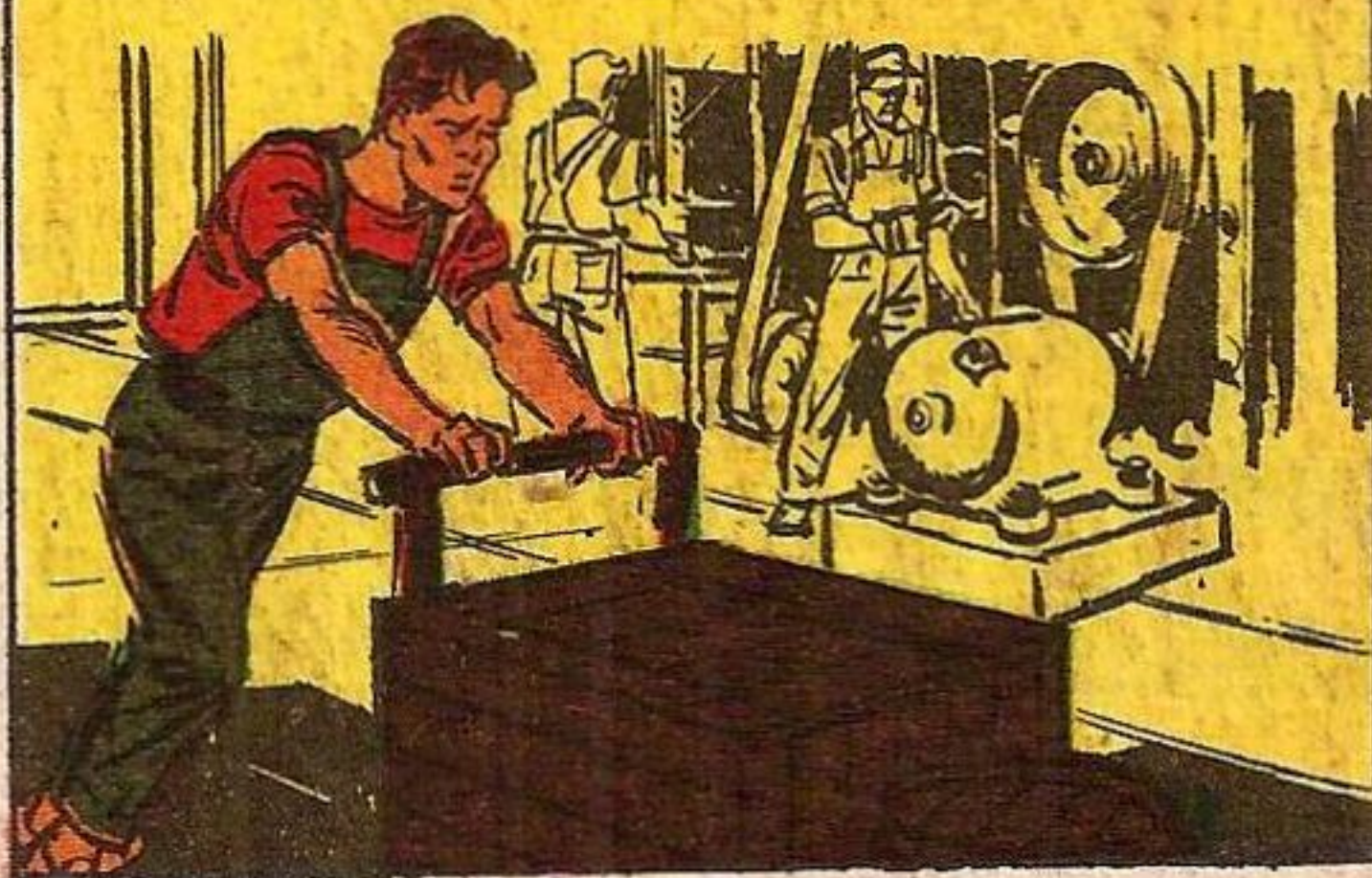
Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

(464) 2

ROSSO S. A. I. I. F. A.

COMO NACIO UN DIBU- JANTE

A LA EDAD DE 17 AÑOS TRABAJABA EN UNA FÁBRICA PARA AYUDAR A MI FAMILIA. MI VOCACION ERA EL DIBUJO, PERO NO SABÍA COMO INICIARME.



SÚBITAMENTE UN DIA VI UN AVISO QUE CAMBIO MI VIDA. 12 FAMOSOS ARTISTAS ENSEÑABAN A DIBUJAR. ENVIÉ EL CUPÓN PIDIENDO FOLLETOS



TODAVÍA RECUERDO LA ALEGRÍA QUE ME PRODUJO RECIBIR LOS FOLLETOS EN COLORES DEL FAMOSO CURSO. ME INSCRIBÍ ESE MISMO DÍA.



FUE REALMENTE MUY BUENA LA ENSEÑANZA QUE RECIBÍ DE DIBUJANTES TAN PRESTIGIOSOS. EL MÉTODO ES MAGNÍFICO. ESTUDIÉ CON CARÍÑO. "SENTÍA" QUE ESTABA...



APRENDIENDO; Y NO ME EQUIVOQUÉ. RECIBIR EL DIPLOMA FUE UNO DE LOS MOMENTOS MÁS EMOCIONANTES DE MI VIDA. LUEGO INGRESÉ A UNA EDITORIAL.



TODO PASÓ MUY RÁPIDO. AHORA DIBUJO Y CREO HISTORIETAS IMPORTANTES. HE CONSEGUIDO GRAN FAMA Y OBTENGO GRANDES SUELDOS.



ME SIENTO MUY FELIZ ES UNA HERMOSA PROFESION Y ME DA MUCHAS SATISFACCIONES.



V3

¡JOVEN! HAGA USTED TAMBIÉN COMO YO. DÉ EL PRIMER PASO Y ENVÍE ESTE CUPÓN HOY MISMO A LA ESCUELA PANAMERICANA DE ARTE. GRATIS RECIBIRÁ FOLLETOS EN COLORES DEL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS. ¡Y VEA QUE ARTISTAS!...

PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Daniel HAUPT
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Angel BORISOFF	Hugo PRATT
Carlos FREIXAS	Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA	Enrique VIEYTES

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE

SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D 4

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: _____
Calle y N°: _____
Localidad: _____
Provincia: _____
Ocupación: _____

Edad: _____

ATENCION CLASES PERSONALES: ABIERTA LA INSCRIPCION